

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO II

BUENOS AIRES 20 DE JULIO DE 1930

NÚMERO 55



ESPECIAL PARA LA NACION

EL ÚLTIMO RETOQUE

Por Pablo Siena

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Este importador

en el segundo piso y sin
vidrieras - tiene un brillante
éxito de ventas con la
clientela nueva que atrajo
por sus avisos en
LA NACION

FERNANDO PUGLIESE

REPRESENTANTE EXCLUSIVO DE:

THE CARTER'S INK & - BOSTON
AUTOMATIC PENCIL SHARPENER & - CHICAGO
THE BUMP PAPER FASTENER & - LA CROSSE
GENERAL PENCIL & - NEW JERSEY
V. MATERAS I. - NÁPOLES
A. M. CAPEN'S SONS, INC. - NEW YORK

FABRICANTES DE
ARTICULOS GENERALES
PARA
LIBRERIAS
PAPELERIAS
IMPRENTAS

MUEBLES MODERNOS
DE ACERO
PARA OFICINA
ARCHIVOS
RELOJERIAS - JOYERIAS
ARTICULOS SANITARIOS ETC. ETC.

PAPELES Y
MAQUINAS DE IMPRENTA
EN GENERAL
PASTAS

CARBONICOS
TINTAS
CINTAS PARA
MAQUINAS DE ESCRIBIR
NUMERADORAS.
Y MAQUINAS PROTECTORAS
DE CHEQUES

PLUMAS FUENTE
LAPICES MECANICOS
CARTER
Y EFECTOS
DE
OFICINA EN GENERAL

ESPECIES
PARA FABRICACION
DE
ARTICULOS ALIMENTICIOS

NULOMOLINE
CONVERTIT
ETC., ETC.

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: "ELCICLON" BUENOS AIRES

The AMERICAN WATCH Co.

OFICINAS Y EXPOSICION DE MUESTRAS
CALLE RIVADAVIA 659

TELEFONO: U. T. 38, MAYO 3458
BUENOS AIRES - ARGENTINA

Buenos Aires, Julio 7 de 1930.-

Señor Jefe General de Avisos de
LA NACION
Don Dermot Fitz Gibbon.
Florida 347
CAPITAL

Muy Señor mio:

Me es muy grato dirigirme a Vd. a fin de significarle mi reconocimiento por las atenciones que se ha servido dispensarme con motivo de los anuncios que publicara en ese diario.

Aprovecho la oportunidad para expresar a Vd. la satisfacción con que he comprobado el amplio éxito obtenido con esos avisos, no obstante no contar con un local apropiado para la venta al público, éxito éste que ha repercutido en el interior y hasta en la República del Paraguay, lo que me ha probado el gran poder vendedor de ese diario, superando así, en mucho, a mis mas optimistas cálculos.-

Por ello, "La Nación" que usara a título de prueba en un comienzo, es hoy el diario que mejor consulta mis intereses en materia de avisos.-

Con tal motivo me es grato saludar a Vd. muy atte.-

THE AMERICAN WATCH CO.
"FERNANDO PUGLIESE"

Fugher
Gerente

PLUMAS FUENTE «CARTER» CALIDAD INSUPERABLE



RA una tarde de verano. El revoloteo de las alondras moteaba el límpido cielo azul. El viento se había quedado aquietado como para escuchar su lindo canto. De la tierra esplendente subía una tenue humareda, como incienso despedido por invisibles turbulencias columpiados, en rapsodia de júbilo, por legiones de espíritus. ¡Qué paz había descendido sobre el mundo! Parecía no haber por doquiera más que amor y belleza; fragante aire estival y trinos de pájaros dichosos. Todo estaba pendiente, en abandono de ensueño, del cantar de las alondras. Si; hasta los caracoles reposaban tendidos sobre las piedras grises portando a cuestas su casa.

No se oía sonido fuerte alguno. Nada afirmaba su magnitud en brutal estrépito de viento o de trueno. Nada había que hiciera alarde de su existencia con ruidos ásperos que turbasen la armonía perfecta. Hasta los insectos diminutos que escalaban las briznas de hierba eran en sí gigantes y motivo de orgullo para la naturaleza.

Ondulando con los movimientos de su juventud, las hierbecillas susurraban graciosa y gentilmente, a semejanza del suspirar de una doncella enamorada.

Un campesino y su familia trabajaban en una pequeña granja, bajo las alondras cantoras. Estaban allí el padre, la madre y cuatro hijos. Amon-tonaban tierra nueva alrededor de tallos de patatas en brote. Sentíanse muy dichosos. Era grato trabajar en aquel campo, bajo el revuelo de las alondras cantoras. Si, quizá Dios les concedió la música para alegrar sus corazones sencillos.

La madre y la segunda de las hijas escardaban los camellones, adelantadas unos pasos a los demás miembros de la familia. El padre acomodaba cuidadosamente en torno de los tallos la preciosa arcilla que el hijo mayor iba extrayendo del pedregoso suelo del campo somero. Su hermano menor, de doce años, acarrea desde un extremo del campo arena de mar en un serón y ambos mezclaban la arena con la arcilla negra. El cuarto hermano, casi un mamoncete, correteaba junto a su madre arrancando yerbajos, parsimonioso, y ofreciéndoselos a ella como un presente.

Trabajaban en silencio hasta que por un descuido la pala del padre resbaló en una piedra y descuajó un tallo tierno de su lecho. El padre lanzó un grito. Miraron todos.

—¡Oh! ¡Loado sea Dios en las alturas! — exclamó la madre santiguándose.

En las manos del padre estaba el tallo de patata, de cuyas raicillas divergentes pendía un racimo de patatitas más pequeñas que quijas. Sus semillas habían dado ya fruto y multiplicádose. Toda la familia permanecía alrededor, admirada. De pronto, el hijo mayor, un adolescente, se escupió en las manos y dijo, pensativo:

—¡Ah! Si María estuviese, cómo le agradaría ver las patatas nuevas... Recuerdo que en este mismo lugar esparció ella algas el invierno pasado.

Fué acogida en silencio esta observación. El mozalbete se refería a la hija mayor. Había marchado a los Estados Unidos a principio de primavera. Desde entonces no recibieron más que una carta suya. Sin embargo, la hija de un vecino había escrito poco tiempo antes diciendo que María estaba sin trabajo. Había dejado la primera colocación que le consiguió un sacerdote en casa de una señora rica.

La madre inclinó la cabeza y murmuró tristemente:

—Dios es bueno. Tal vez hoy tengamos carta.

El padre se agachó de nuevo, clavó, rudo, la pala, y susurró ásperamente: —Sigamos trabajando.

Reanudaron la labor, pero el hijo mayor quedó un instante meditabundo contemplando los cerros lejanos. Luego dijo a su madre en voz alta, como desconfiando:

—Es demasiado orgullosa, madre, para escribir sin tener dinero que enviar. Conozco a María. Siempre fué una orgullosa.

Todos prosiguieron su trabajo, y el niño, vacilante, siguió obsequiando a su madre con yerbajos. De improviso, ésta le tomó en brazos y le besó, diciendo:

—¡Oh! Parecen ángeles cantando. Angeles parecen. ¡Qué bueno fué Dios con ellas al darle voces como esas! Tal

con su hermana el anuncio de la buena noticia —. El cartero nos la dió.

Entregaron la carta al padre. Todos se agruparon alrededor de éste, junto a la cerca, allí donde había un montoncito de piedras.

El padre se sentó, limpióse cuidadosamente los dedos en los calzones y tomó la carta. Todos se

arrodillaron en torno de él. La madre tomó en brazos al nene. Todos guardaron profundo silencio. Su respiración hízose grave. El padre dió repetidas veces vueltas a la carta, examinándola.

—Es indudablemente su letra — dijo al cabo.

—Sí, sí — afirmó el hijo mayor —. Abrela, padre.

—En el nombre de Dios... — murmuró la madre.

Y dejó escapar un chillido de gozo.

—¿Queréis estaros quietos? — dijo lentamente la madre con voz triste —. ¿No viene también una carta de mi tesoro? ¿Por qué no me lees la carta?

—Tomad — respondió el padre —. Tomad y leedla uno de vosotros. A mí me tiembla la mano.

Estaba temblando y había en sus ojos lágrimas, a tal punto que no veía más que una mancha.

—Yo la leeré — se ofreció la hija segunda.

Tomó la carta, la recorrió con la vista de cabo a rabo y, de pronto, se echó a llorar.

—¿Qué pasa? — preguntó, colérico, el hijo mayor —. Tráela.

Tomó la carta, la leyó y luego su rostro se ensombreció. Todos los rostros se ensombrecieron.

—¡Léela, hijo — solicitó el padre.

—Queridos padres — comenzó el hijo —. ¡Oh, madre, qué sola me encuentro!... Está toda, toda llena de borrones, tal como si hubiese llorado sobre el pliego... "¿Por qué, papito, se me... por qué se me ocurrió jamás... jamás..." — Es muy difícil entender lo que dice — "por qué se me ocurrió jamás venir a este lugar terrible? Reza por mí todas las noches una oración, madre. Da muchos besos míos al nene. Perdóname, madre. Su hija que les quiera, María".

Cuando terminó, hubo un largo silencio. El padre fué el primero en romperlo. Se puso lentamente de pie, apretada todavía la mano sobre el cheque. Luego comentó con voz estrangulada:

—La carta no dice una sola palabra acerca del dinero. ¿Qué significa todo esto?

—Veinte libras... — afirmó la madre con voz hueca —. No se ganan en una semana...

Arrancó furtivamente la carta de manos de su hijo y se la escondió, presurosa, en el pecho.

El padre se apartó de la cerca lentamente, al tiempo que musitaba irritado:

—¡Ay de mí! ¡La codicia me impidió hacerme la misma pregunta! Veinte libras...

Y echó a andar tieso, rígido, cual un hombre ebrio de cólera.

Los demás continuaron sentados silenciosos, rumiando su desazón. No oían ya el canto de las alondras. De pronto, uno de los hijos alzó la vista y preguntó, asustado:

—¿Qué está haciendo, padre?

Miraron todos. El padre había cruzado el campo hasta llegar a la tierra contigua, pedregosa y escarpada. Y allí estaba ahora, de pie sobre una roca, colgantes los brazos e inclinada sobre el pecho la cabeza descubierta. Perfectamente inmóvil. Le veían de espaldas, pero sabían que estaba llorando. Se había alejado, lo mismo que ahora el año anterior, el día que se les murió el caballo.

Y luego, el hijo mayor ahogó un juramento y se levantó. Apretaba los dientes y en sus ojos ardía una llama extraña. El nene dejó caer de la manecita un yerbajo y rompió a llorar, desconsolado.

Y entonces la madre tomó al nene en brazos y gritó con voz atormentada:

—¡Oh, pájaros, pájaros! ¿Por qué seguís cantando si mi corazón está yerto de dolor?

Dieron todos juntos rienda suelta al llanto, y el murmullo entrecortado de sus sollozos subió hasta el cielo desde el campo aquel, tornado súbitamente triste y solitario. Y subió, subió hasta el límpido cielo azul, en el que las alondras seguían cantando su melodía triunfal...

LA CARTA



vez si María las oyese cantar así, escribiría. Pero seguramente no hay alondras en las grandes ciudades.

Y nadie contestó. Mas, ciertamente, las alondras no siguieron cantando tan joviales. Ahora el cielo tornábase inmenso. El mundo tornábase inmenso, con inmensidad vacía y peligrosa. Y la música de las avecillas que revoloteaban experimentaba por ello un leve sobresalto. Así lo sentían ellos, todos, salvo el nene vacilante que acudía otra vez hacia su madre llevándole yuyos a modo de presentes.

De pronto, la alegre gritería de los chicos se mezcló al canto triunfal de las alondras. Todos interrumpieron la faena y se incorporaron. Dos muchachitas venían corriendo por la senda en dirección al campo. Entre las cercas ondulantes del angosto sendero vieron los albos delantales y las áureas cabezas de las niñas. Refulgían las cabelleras de oro a la luz del sol. Llegaban corriendo, gritando alegremente con voces infantiles como trinos. Eran las dos hijas menores. Acababan de regresar a casa de la escuela.

—¿Por qué vienen aquí? — interpe-
ló la madre cuando aun estaban lejos.

—Una carta! —
gritó una de ellas mientras trepaba por la cerca del campo.

El hijo mayor golpeó la tierra con la azada.

—¡Por la Biblia! — dijo.

—¡Sí; una carta de María! — confirmó la otra chica encaramándose también a la cerca, deseosa de compartir

—Dios nos envía buenas nuevas — añadió el padre desgarrando el sobre lentamente.

Luego se detuvo otra vez, temeroso de mirar dentro del sobre. Entonces una de las hijas dijo:

—¡Mira, mira! ¡Hay dentro un cheque! Lo veo al trasluz.

—¿Cómo? — exclamó la madre.

Con rápido ademán, el padre extrajo el contenido del sobre. Había un cheque entre el pliego de papel doblado. Nadie habló una palabra hasta que el padre examinó el cheque y dijo:

—¡Dios grande! ¡Es de veinte libras!

—¡Hija mía adorada! — prorrumpió la madre alzando los ojos al cielo —. ¡Tesoro mío, fruto de mis entrañas! ¡Dulce tesoro mío!

Los pequeños empezaron a reír con nerviosa alegría. El padre tosió y dijo en voz baja:

—Por ese dinero se compra un caballo. Un caballo.

—¡Oh, padre! — sugirió el hijo mayor —. Uno de dos años, y le domaremos a la cuerda. Yo lo domaré, padre.

Y luego tendremos un caballo como la gente de la aldea. ¿Verdad que María es muy buena? ¿No os dije que yo estaba esperando a tener dinero que enviar? ¡Un caballo de una vez!

—Y así podré después quedarme con el burro para mí, papito — se alborozó el segundo hijo.

LIAM O'FLAHERTY

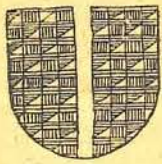
ILUSTRACION DE
ALEJANDRO SIRIO

LETRAS FRANCESAS

("VIDA DE ATILA" Y "RUDYARD KIPLING", POR MARCEL BRION)



ATILA



Marcel Brion, el joven escritor francés que tan viva y espontánea simpatía mostró siempre por las letras argentinas. Acababa apenas de graduarse de doctor en derecho en la universidad de Aix, cuando el torbellino de la guerra lo arrojó en la tormenta de fuego de los Dardanelos. Pasada la catástrofe, dióse Brion a recorrer Europa. Visitó España, Italia, Holanda, Alemania, Inglaterra, Portugal, Austria, Bélgica y, por fin, Rusia. En carta amistosa que me dirige de París habla ahora de venir dentro de poco a Buenos Aires. Es, pues, oportuno comentar aquí la fuerte y copiosa obra por él realizada, a propósito de dos interesantes libros últimamente salidos de su pluma: "La Vida de Atila" y "Rudyard Kipling".

Todas las actividades intelectuales solicitan el espíritu ávido de Marcel Brion. Viajero, no sólo en el espacio, sino también en el tiempo, pasa de la "Historia de Las Casas, padre de los indios" a las correrías de las hordas de Atila en la Europa del siglo V. Sociólogo, escribió sobre Gobineau un libro de primer orden, y crítico de arte, dedicó a Giotto y a Turner dos volúmenes de sutil análisis. A través de las fisonomías y las costumbres, quiere conocer el alma de los países que recorre, vinculándose a su vida pensante y artística. Y se da tiempo para colaborar en revistas alemanas, italianas e inglesas, sin descuidar por eso su crónica permanente sobre literaturas extranjeras en "Les Nouvelles Littéraires" de París.

La frase simple y corta de Brion tiene una cadencia que les comunica a sus relatos vida y movimiento. Se percibe en ella un ligero batir de alas que transporta sin esfuerzo la imagen y la idea. Véase, por ejemplo, este retrato de los hunos:

"Su vida era instable como las dunas hechas y deshechas sin cesar. No tenían casas ni ciudades; no tenían ni siquiera tiendas de campaña. Las mujeres y los niños vivían en las carretas, los hombres sobre el caballo. Algunos minutos bastaban para que la nación entera se aprestase a marchar. La dirección del viento y los giros de la arena indicaban el rumbo: ora hacia el Asia, ora hacia Europa. Si los pueblos circunvecinos los recibían como intrusos, ellos les quitaban por fuerza las tierras que necesitaban. Rápidos, violentos, invencibles como las olas de arena, como éstas enterraban ciudades y campañas. Presa del pánico, el pueblo amenazado por ellos huía para echarse a su vez sobre otro más débil. El choque de la ola de arena en el desierto repercutía de onda en onda hasta las más lejanas fronteras, yendo a golpear los muros de Roma, las torres de Constantinopla, los palacios de China. Y acaecía a veces que en la embriaguez de la carrera y el delirio de la aventura los jinetes cruzaban como tromba una provincia, arrebatados por la visión del botín".

Parece que se viera pasar bajo el tórrido sol, y entre torbellinos de arena, la inmensa horda de bárbaros de cara amarilla, cabalgando en los potros mongoles...

II

Tal como Brion, ateniéndose a la verdad histórica lo reconstruye, el personaje de Atila resulta mucho más interesante que el bárbaro de la leyenda. Se diría que el historiador experimenta por su héroe secretas simpatías. Y se comprende que así sea, cuando se compara al humo inteligente, dominador y audaz, con los patricios flojos y perversos, o con los eunucos y las cortesanas que rodeaban a Valentiniano III y a Teodosio II.

Educado como rehén en los palacios de Roma y Ravena, Atila, espíritu observador, habíase dado cuenta de que el Imperio se encaminaba hacia la decadencia. Quedaba todavía en pie la fachada del edificio romano, gracias al prestigio inmenso de su esplendor pasado, pero en el interior todo estaba podrido. Desde entonces soñó el descendiente de jefes de hordas con apoderarse de Ravena, de Roma y de Constantinopla, cuando se encontrase al frente de sus jinetes mongoles. Guardó su secreto con esa paciencia de que sólo son capaces los orientales y esperó la hora propicia. A medida que maduraba su plan, su ilusión se engrandecía. He aquí lo que M. Brion llama el sueño de la Gran Conquista.

Era tan enorme el proyecto, que podría compararse con el de Alejandro: subyugar la Galia, el Imperio romano, el Imperio de Oriente, la Persia, y una vez en ésta, seguro de no ser atacado por el lado de Occidente, remontarse hacia el Asia, tomar la gran muralla por asalto y dominar la China.

A nuestros ojos, Atila había aparecido siempre como un ferroz jefe de banda que ejercitaba sus soldados al azar de la destrucción y el saqueo. Brion muestra que tal leyenda es vana. Antes de emprender una campaña, cualquiera que ella fuese, Atila ponía en juego cuantos recursos diplomáticos podían favorecer sus fines.

"Este, como todos los grandes políticos—dice—no gustaba de la guerra, teniéndola por un medio fácil y brutal, al cual sólo recurrían de primera intención los reyes desprovistos de genio. Se sometía a ella cuando los demás se la imponían, pero por propia iniciativa no la declaraba sino a manera de recurso extremo, después de haber agotado los expedientes pacíficos y las astucias de la diplomacia. No tomaba jamás parte en los combates: se limitaba a dirigir los ataques y a ordenar desde lejos la marcha de los escuadrones. Los hombres que no pensaban sino en matar o hacer matar le inspiraban gran desprecio. Ello le parecía una diversión bestial y, por lo común, estéril. Hábil en estratagemas, prefería las negociaciones prolongadas que agotan la paciencia del enemigo; las insidiosas e irritantes disputas que lo obligan a desenfocarse; las esperas que sofocan al adversario prendido del anzuelo como un pez. Semillante juego, sostenido por las más sutiles cualidades del

espíritu, parecía infinitamente más inteligente y digno de un soberano que las guerras, único argumento de reyes bastante estúpidos para rehuir el duelo diplomático".

Llegar a someter a su férrea voluntad las hordas nómadas que vagaban entre el Volga y el Danubio fué lo más prodigioso de su empresa. Cuando atravesó el Rin, presentóse a los celtas, galos y germanos como el libertador que venía a emanciparlos del yugo romano. Los ejércitos del Imperio lo vencieron en los campos Cataláunicos. Pero de su derrota misma el humo sutil e infatigable extrajo una lección: por grande que su fuerza bruta fuese no podía medirse con la ciencia y la disciplina: era necesario copiar los métodos, las máquinas



MARCEL BRION

de guerra, los escudos y los cascos de los romanos.

¿Cómo hubiera cambiado la faz del mundo de realizarse la quimera del bárbaro? Imposible imaginarlo. Por lo demás, la muerte impidió lo que la prodigiosa voluntad de un hombre habría llegado acaso a realizar. Desaparecido Atila, sus hordas se dispersaron, no dejando de sus matanzas y de sus conquistas más que el eco catastrófico de una lejana tempestad.

Pero sí: alguna enseñanza nos legaron sus campañas. Atila había desencadenado huestes asiáticas, eslavas y germánicas sobre el mundo latino. He aquí que aquel peligro sigue amenazando el mundo civilizado en nuestros días; he aquí al bolchevismo que espía desde las altiplanicies de Asia el momento de lanzar sobre Europa nuevas olas de bárbaros...

III

Las novelas y los cuentos de

JEAN PAUL



RUDYARD KIPLING

personajes. El hindú comprende mejor que nosotros la existencia de las plantas y las bestias, porque todo cuanto vive es para él sagrado. De él aprendió, sin duda, el inglés a penetrar lo que podríamos llamar el alma de los animales, cuyos instintos y costumbres describe con amor. ¿A la manera de La Fontaine, según se ha pretendido? No. A los animales el francés los hace hablar como si fuesen hombres, con pensamiento y palabra humanos; el inglés les deja su animalidad, es decir, su verdad.

¿Qué magnífico profesor de energía hay en Kipling! La energía es el rasgo más profundo de su carácter, el que domina todos los otros, el que da tono a su imaginación y a su sensibilidad, el que alimenta y guía su arte. Con razón ha podido afirmar Chevrillon que a la energía le debe Kipling la decisión y la prontitud con que destaca ciertos detalles significativos, por medio de los cuales realza el valor evocativo de un cuadro o la vivacidad de un sentimiento.

Pues no se trata sólo de un gran novelista sino también de un gran poeta. Difícilmente llega una traducción a rendir los matices expresivos del verbo y del sentir originales; pero aun a través de las insalvables deficiencias de la traslación idiomática, percíbense la dulzura y el encanto de esta "berceuse", por ejemplo:

Duerme, mi Baby, la noche está detrás de nosotros—y se han vuelto negras las aguas que tan verdes brillaban—la luna nos busca por encima de las rompientes.—Haz tu nido hermetico allí donde la ola sigue a la ola.—Deja rodar tu cuerpo nadador—que ni el viento ni el tiburón te despierten o hieran.—mientras duermes en los brazos mecedores de las ondas lentas.

Obra tan diversa sabe conmover de mil maneras, y en razón de su misma universalidad provoca nuestro deleite. ¿No es acaso signo de genio esa facultad de poder ofrecer a todos los lectores, simples o cultivados, un poco de placer y de belleza?

Diversa es también la producción de Brion, su brillante comentador que se propone visitarnos, y cuya sutil observación recogerá, sin duda aquí, materiales para nuevos libros. Además de los titulados "Vida de Atila", "Rudyard Kipling" y "Turner", acaba de publicar "Caprice Espagnol" y anuncia ya, para en breve, una novela ("Ganancias y Pérdidas"), una colección de cuentos, una "Vida de Alarico" y un ensayo sobre la interpretación de lo barroco en el arte.

Cronista de literaturas extranjeras, novelista, historiador, crítico de artes y letras, Marcel Brion nos reserva para el porvenir bellas promesas. Su inquieta y laboriosa juventud, rica ya en frutos excelentes, no cesa de buscar materia de estudio en sus andanzas por los campos del pensamiento y de la vida. Puesto que pronto le hemos de ver en Buenos Aires, esperemos que el espectáculo febril y caótico de este mundo en formación le inspire un libro que nos refleje y aleccione.

Rudyard Kipling se hallan traducidos al francés por Fabulet y d'Humières. André Chervillon ha estudiado unas y otros en artículos elegantes y sagaces. Pero faltaba un examen adentrado del autor y de la obra considerada en conjunto, y esto es lo que Marcel Brion nos dió no ha mucho en un libro que lleva por nombre el del famoso escritor inglés.

Nacido en Bombay, en 1895, Rudyard Kipling es hijo de un conservador del museo de Lahore y nieto del pintor Burnes Jones. Cuando contaba seis años de edad fué enviado a Inglaterra, en donde hizo sus estudios; pero la civilización occidental no borró de su espíritu tenaces reminiscencias de la infancia, que fueron luego amplificándose hasta la nostalgia. "Si has oído una vez el llamado de Oriente—dice Kipling—no podrás olvidar jamás el olor de las especias y del ajo, el sol sobre las palmeras, las campanas del templo pintorreado". Su padre hubiera deseado que el muchacho continuase sus estudios en Oxford o en Cambridge y que se esforzase por crearse una situación importante en la metrópoli. Mas éste se negó a escuchar razones, y con tal de volverse sin demora al país de sus primeros ensueños, hizo nombrar allí repórter de "The Pioneer".

Baudelaire se quejaba: D'un monde on l'action n'est pas la soeur du rêve... Del novelista inglés puede afirmarse que ha realizado maravillosamente tal aspiración. Durante la más activa de las existencias, ha podido obrar y soñar a un tiempo mismo. Quiso verlo todo, sin temer el peligro, ni la guerra, ni los salvajes misterios de la "jungle". Vivió entre soldados, a quienes siguió en su expedición contra los boers y acompañó hasta las más lejanas avanzadas. Se mezcló con los hindúes y con las bestias salvajes entre zarzas y jarales, o se aventuró en largos viajes por el mar. Por eso su obra aparece desbordante de emoción y de color.

Su primera colección de "Simplex cuentos de las colinas" esparció el aire, la luz y los perfumes de la India en Inglaterra, a la hora en que Oscar Wilde y Thomas Hardy practicaban la psicología refinada, nutriendo su literatura de paradoja y quintaesencia. El éxito de Kipling fué inmenso: un elemento nuevo venía con él a restaurar el arte inglés.

"La verdad de sus descripciones—escribe Brion—, la irónica exactitud con que pintaba la vida de los administradores civiles y de los soldados, las intrigas amorosas de Simla, en donde se reunían durante el verano las mujeres de funcionarios y militares, todo ello ofrecía una lectura curiosa, a través de la cual los anglo-hindúes se reconocían, y los que no habían salido de Inglaterra gustaban ese exotismo, ese misterio, ese espíritu de aventura que tanto sedujo siempre al público inglés".

Cuentos, novelas y poemas trasuntan en la obra de Kipling la presencia vibrante de la India, del mar y de la "jungle", presidiendo como misteriosas divinidades el destino de sus

P

ASAMOS la tarde esperando que pasara la tarde. Todos los veranos ocurría lo mismo; desde mediados de julio hasta fines de agosto languidecía el trabajo y el tiempo se alargaba. Había generalmente un instante al día en que ambos, Snyder y yo, estábamos a punto de gritarle que se apresurase; pero, indiferente a toda sugestión, seguía arrastrándose a nuestra vista como un desmesurado reptil. Y, sin embargo, ese tiempo abúlico (me lo representaba alegóricamente sentado en actitud meditativa al pie de un ciprés vestido de levita), ese tiempo inerte de las horas de oficina, rodaba, se precipitaba fuera del cuadrado de ladrillos, un poco más allá de la calle, del río, de Londres; en el mundo entero era un alud arrollador, sólo en la oficina de suministros de Ludgate se transformaba en remanso. ¿Es que no le habríamos confundido con un expediente y clavado en un pincho o metido en un "dossier"? Daban ganas de ir a buscarlo al archivo, soplarle el polvo y echarlo a volar por la ventana. Snyder y yo nos mirábamos, reflejando nuestro tedio interminablemente como en dos espejos enfrentados. ¿Por qué no ocurría algo? ¿Por qué no se declaraba una peste como la de 1664?, ¿o un incendio como el de 1666? ¿Por qué no se desencadenaba un ciclón que se llevara bailando los tejados, que descuajara los árboles, que sacara a volar las plumas de todos los edredones de las camas de Londres?

Snyder proponía estos interrogantes tamborileando sobre el encerado de la mesa, mientras yo dibujaba en el reverso de una carta o el margen de una circular la estrella de siete puntas, el corazón trazado con dos triángulos equiláteros, la espiral de dos centros o el arco zarpanel, todo el acervo lineal, en fin, de los tiempos del "Crist-Hospital", cuando yo era un "blue-cot-boy" recién salido de Hertford.

A veces sonaba un timbre y Snyder se precipitaba a la oficina del director. Y cuando ya nos habíamos resignado a no salir nunca, los tres campanilleros reglamentarios, sangre generosa que recorría todo el organismo de la oficina y a cuyo llamado resucitábamos como al son de las trompetas del juicio final.

En la calle, frente a Crosby, yo pensaba con melancolía en mi comida sin café ni cerveza, y en la vetada inmediata, sin otro aliciente que la caza accidentada de los mosquitos.

Toda la City es a la hora de salida, las seis de la tarde, una inmensa nube rastrera. Una nube formada del vapor de miles de cuerpos y de millones de partículas de polvo y de hollín. Podéis reiros de los parques que "purifican el ambiente"; están ahogados a esa hora; son como los jardines de las botellas de anís. Y cuando, influenciado por la conversación de Snyder, que ha nacido en Sheringham y hablaba del mar, creía sentir en el rostro el soplo de la bocina de un tritón, se trataba apenas de la corneta de un ómnibus que había estado a punto de aplastarnos.

Acababa de despedirme del pecosito hasta el día siguiente; él marchó rápido hacia la peluquería, insinuando que tenía una aventura; yo me sentí solo, abrumadoramente aburrido; y entonces precisamente fue cuando creí que mi pie aplastaba un sapo. Al pisar, algo cedió; admirable que aquello estuviese allí como esperándome. ¡Pasa tanta gente, al cabo del día, por King-William Street!

Cosas del destino, sin duda. A veces, en medio de una vida sin alteraciones, ocurren hechos sorprendentes. Pero los imaginativos y los románticos los anulan, porque viven con la mente en acecho y, en fuerza de esperar acontecimientos, borran lo que la vida puede darles de inesperado y de original el destino. Yo no soy así; desde niño he carecido completamente de imaginación; no creo que una mañana, con el café, me sirvan la corona de Nepal, ni que una tarde, al volver de la oficina, me espere un notario para comunicarme que soy hijo de una condesa que acaba de morir arrepentida y legarme su fortuna.

Me pareció bastante raro encontrar un bolsillo de cuero de Rusia, de esos que usan las señoras, pero lo recogí

sin dar demasiada importancia a la cosa. (hay que tener en cuenta que me llamo Parker, como cualquier lacayo, y que no he sufrido ningún desengaño fatal); otra cosa sería si estuviese en la India cazando leones o fuese por lo menos lord.

El bolsillo pesaba bastante poco y no lo abrí; ¿para qué?, ya lo miraría al día siguiente, después de leer la sección "objetos perdidos" del "Times". Cualquiera de las elegantes que se dirigen del West-End a Picadilly le habría dejado caer por inadvertencia. Ocurre lo mismo a millares de mujeres en Londres, en Bruselas, en París o en Nueva York. Estos nombres de ciudades me sugirieron la idea del aislamiento del hombre en el mundo; las

nacido en Misora, cuando me creyó del propio corazón de la City... Lo único que me molestaba era llamarme Parker y el antecedente de las deudas de papá (hablaría de su herida gloriosa y callaría lo de las deudas). Una herida bien colocada en el relato es de muy buen efecto. Y en este caso era verdadera (le hacía sufrir en tiempo de tormenta; era un verdadero barómetro, y antes de ponerse su mejor vestido, mamá interrogaba con un interés conmovedor: "¿Cómo estás hoy de la herida, Parker?"). Sí, callaría esas pequeñas domesticidades, que deben quedar ocultas en el fondo de la conciencia...

Sin embargo, nada de todo esto podía ocurrirme, porque nunca he tenido la facultad de soñar. Se me ocurrió, por ejemplo, que las cosas se parecían a otras cosas; me dije que el cielo parecía un cristal grueso, y decidí que, en vez de mi naranjada en Peoplesbar, me ofrecería esa

tificarme, y salí a la calle de muy mal humor. Se me ocurrió que sería hermoso abandonar Londres, ciudad puritana, y habitar un "palazzo", con la morena del automóvil, en el Gran Canal de Venecia, o por lo menos en las inmediaciones de Banff, cerca de la costa. También me hubiera agradado tener un "yat" que se llamase La Euriata, o algo clásico de este género, pero me apresuré para no llegar tarde al correo. Cuando regresaba hallé a Kitty esperándome, como todos los días, debajo de los hocicos de los leones de Nelson.

¡Kitty! ¡Era verdad, Kitty, con la que pienso casarme cuando me aumenten el sueldo, estaba allí! Desde hacía veinticuatro horas me había olvidado completamente de ella. (Debo decir que no tiene nada de particular: tradicionalismo burgués, familia honorable, té y Biblia los domingos).

Hablamos de muchas cosas. Le dije cuál es la época más conveniente para la pesca de la sardina, le hablé de Lorrain, del cultivo del regatiz y de la evolución del calzado a través de los siglos. Ella me miraba estupefacta, y comprendí que una distancia mayor que la que separa Battersea de St Paul mediaba entre ambos. Cuando llegué al tópico del bolsillo de cuero giró sobre sus talones, se arrancó el anillo de compromiso y manifestó que aquello era el dolor más grande de su vida.

—Prefería verte muerto que en este estado—exclamó—. Se alejó, dispuesta a no verme más en la vida. No me alarmé; sé que cada tarde, en Londres, miles de muchachas se apartan para siempre, y sollozando, de sus prometedos y vuelven sonriendo, a la mañana siguiente, dispuestas a otorgarnos su perdón y aun a aceptar un pequeño obsequio.

Me alejé silbando hacia el embarcadero. La tarde era deliciosamente fresca. Una gran nave se apartaba de los muebles conducida por el remolcador como un elefante por un niño. A su paso, entre el laberinto de embarcaciones sujetas al fondo del río por el áncora, como por un deber ineludible. Las aguas espejantes se agitaban en oleadas sin espuma, veíase chorrear la baba herrumbrosa de las cadenas por el escobén de los veleros, gemían los guindastes de los descargadores y un rostro curioso asomaba, a veces, tras el cristal verdiclaro de las portillas. En las aguas hondas y oscuras flotaban cáscaras de naranja, frascos vacíos, palos, juncos y otros mil objetos inmundos, incalificables. Un fuerte olor a marea baja mezclábase a las emanaciones de los cuerpos y al aroma pesado de las especias—café, té, anís, pimienta, etc.—de los fardos que se elevaban en la punta de los descargadores como la oferta burlona de un brazo gigante.

Fué precisamente entonces, mientras seguía con la vista la maniobra cien veces repetida, cuando el nombre de Liberata Mac Morton se me vino a la mente. Liberata es ya un nombre poco vulgar, no puede ni siquiera compararse con el de Kitty. Liberata Mac Morton me pareció el nombre más apropiado para la dama del bolsillo de cuero de Rusia. Entonces me entró una viva desazón; había olvidado guardar esa prenda "que no me pertenecía", exponiéndola a la vulgar curiosidad de miss Bahum y sus asistentes...

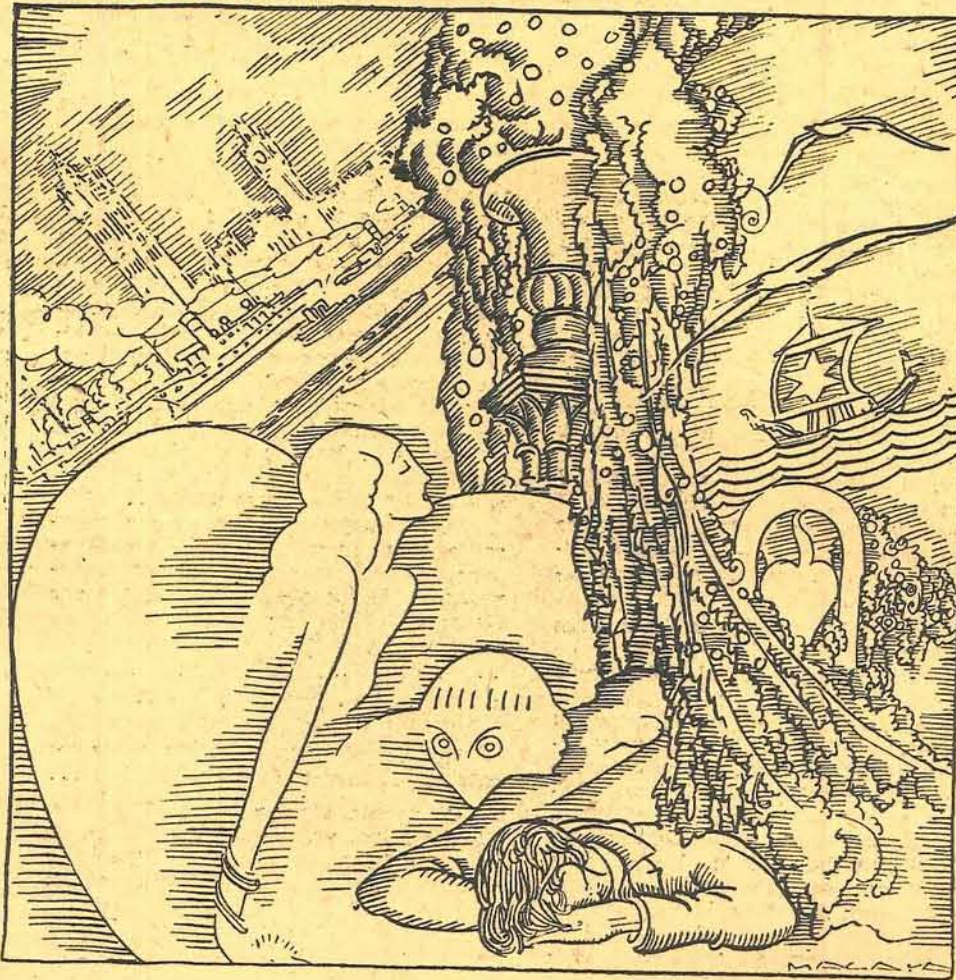
—A estas horas, acaso...—me dije. Me volví aprisa hasta encontrar un tranvía; compré un periódico y cigarrillos y entré, como todas las noches, a eso de las ocho.

Pero no pude comer; el calor era sofocante, se preparaba una tormenta (que hubiera hecho recrudescer los dolores de la herida de papá. ¿Vivía aún en alguna parte?... Desapareció dejándonos horriblemente endeudados. Después de varios años mamá pidió y obtuvo el divorcio y volvió a casarse; ahora vive ella en Doven, con bastante prosperidad, creo).

Estaba en mi habitación con el balcón abierto; monstruos ínfimos, pequeños insectos horribles, rodeaban mi lámpara eléctrica, golpeándose contra la pantalla de celuloide y formando una red móvil en torno de la luz. Sobre la mesa, frente a mí, estaba el bolsillo de cuero de Rusia; tenía una inicial—la ele—en una de sus caras... Liberata, quería decir esa inicial.

De pronto, una dama de cabellos negros y ojos celestes entró en mi habitación, es decir, no entró en mi ha-

EL BOLSILLO DE CUERO DE RUSIA O CULPABILIDAD E INOCENCIA DE UN JOVEN SIN IMAGINACION



POR PILAR DE LISARRETA ILUSTRACIONES DE LUIS MACRA

tarde un whisky en el Royal.

Varias horas después, cerca del hospicio de Chelsea, advertí que no podía sacarme el sombrero. Fué terrible, porque no supe a qué atribuirlo, y sólo cuando me hallé ante un espejo comprendí que no podía sacármelo, porque lo había perdido.

II

Vivo en la parte norte, cerca Hackney, en la casa de huéspedes que desde hace más de treinta años tiene instalada miss Walpurgis Bahun, bajo cuya severa vigilancia tomamos el desayuno todas las mañanas y la comida todas las tardes. No es extraño que, cuando alguno de nosotros llega a deshora, tenga que sufrir al día siguiente una cordial reprimenda de esta señorita celosa del buen nombre real y aparente de su casa.

—Si algunas personas—comentó la dama al día siguiente de los sencillos hechos relatados más arriba—, si algunas personas suponen que una casa honorable es aquella a la que se llega a las tres de la madrugada sin sombrero y con una cartera de señora en la mano, esas personas están equivocadas.

Me afané buscando en el diario el aviso salvador que explicara en parte mi proceder, pero no hallé nada del género. Se reclamaba a la generosidad del público un perrito de lanas nombrado "Doky", un paraguas con puño de asta, olvidado en el Atlas (no confundir con el Gran Atlas) el día 22; un niño pecosito, con traje azul, que sacaba la lengua a los mayores, un paquete de cartas y algunos otros objetos de idéntico escaso valor.

Era, pues, inútil que tratara de jus-

generaciones contemporáneas, que se ignoran; las distancias, el pasado negro y el porvenir nebuloso.

Estaba en medio de la City; si hubiera tenido imaginación, podría haberse ocurrido que Londres abría a mis dos flancos su extensión inmensa, como un par de alas: a la derecha, Hyde Park, con su arbolado exótico, la estación de Chelsea, las landas de Hampstead, el castillo de Windsor; a la izquierda, los docks, el hospicio de Greenwich, el Arsenal, el Crystal Palace y las amenas riberas del Ingreburne. No sé por qué miré al cielo; hasta ese día nunca se me había ocurrido pensar que fuese algo realmente bonito; lo sorprendente es que estaba azul. Ha oído uno hablar tanto a los extranjeros de las nieblas de Londres, que ha acabado por creer en ellas. Tradición, como contar por guineas, medir por pintas y pesar por libras, como si nunca hubieran existido Mechain y Delambre.

En este momento pasó a mi lado un automóvil y desde el interior me miró una mujer de cabellos negros y ojos azules. ¡Las cosas que yo habría pensado si hubiera tenido imaginación! Hubiera pensado que precisamente un aviso del "Times" ofrecía remuneración al que entregase un bolsillo de cuero josas de St James. Claro que yo no de Rusia, en una de las casas más lujosas de St James; en cambio, entregaba intacta la cartera. Al retirarme, la dama de los ojos celestes salía casualmente al "hall"; una sola mirada y "nos reconocíamos". Es casi seguro que en el bolsillo había papeles de la mayor importancia. Ella me llamaba su salvador y me ofrecía la mitad de su fortuna, que yo... rechazaba.

También había un acto heroico, y yo, convaleciente, me reclinaba en su hombro, después le contaba mi historia; ella se sorprendía al saber que he

bitación, porque resultó que yo no estaba en ella, estaba en un jardín magnífico, con altos cercos de mirto recortado y pedregullo blanco en los senderos; me di cuenta que cerca de allí debía extenderse la inmensidad azul del mar. Un aire impregnado de aromas sutiles me hizo alzar el rostro y respirar a pleno pulmón. Dos pavones blancos abrian su cola sobre una escalinata... No podía calcular la hora, parecía que en aquel jardín luciese eternamente el día, pero sin ardores de sol. La luz era purísima, incolora. Yo debía encontrarla allí con ella para amarla. En aquel ambiente los sentimientos se ennoblecían, y es seguro que si los enamorados del mundo dispusieran de lugares como aquel para contarse sus ternuras, ni los bajos instintos ni las pasiones innobles se despertarían en ellos.

Y sin embargo, a pesar de la infinita dicha que me poseía, yo estaba seguro de que "eso" no iba a durar, de que la realidad destruiría "eso" de algún modo. Me atrevía apenas a moverme, como si a la menor brusquedad el ambiente fuera a quebrarse como un Murano. Sabía también que ese parque y ese palacio, estaban muy lejos de mí, aunque yo estuviese en ellos, muy lejos en el espacio y fuera del tiempo... en otro continente acaso, en el infinito ovizá. Y aunque veía moverse los labios de mi compañera, no podía entender sus palabras. ¡Oh!, el recuerdo de aquellos momentos, de la bondad que envolvía las cosas, confundiendo con su belleza, me reveló el íntimo, el misterioso secreto del ideal estético. Se diferenciaba de un jardín real, tanto como la concepción se diferencia de la obra artística.

Era "la cosa" en toda su simplicidad, en su pureza inmoderada, la perfección de lo que puede sentirse, mas es imposible realizar.

Y en la comunión silenciosa de aquella entrevista, todo era natural, transparente y noble. Yo presentía la separación; fué sin brusquedades que todo comenzó a hacerse confuso, a palidecer como los recuerdos. Pero el cambio era imperceptible. Antes de borrarse para siempre Liberata me puso una sortija lisa en el índice de la mano derecha.

Después todo desapareció como en los cuentos de hadas.

III

Desperté al amanecer. Tenía en la mejilla, fuertemente marcada, la inicial del bolsillo de cuero, sobre el que había dormido toda la noche.

Por la ventana entraba una pulverización azul; un charco de agua, parecía, en la calle, un trozo de espejo y por instantes, el cielo se ruborizaba de sol. De las profundidades de mi memoria ascendió como una mongolfiera, el recuerdo de mi aventura nocturna. Un gran desencanto pareció vaciarme el alma; ¡un sueño, un sueño todo aquello! Y aun me parecía guardar en los pulmones, algo de ese aire purísimo, noble, incontaminado, que respiré con delicia en el jardín de los blancos senderos. ¡Un sueño sí, un sueño... y no obstante, en mi dedo estaba el anillo que Liberata me había colocado tan dulcemente! No me produjo sorpresa, al contrario, creo que de no haberlo hallado habría sufrido una desilusión.

Sin embargo, por respeto a mi seriedad de inglés, me formulé esas preguntas de rigor en los momentos de perplejidad: ¿Seguiría aún soñando? ¿Qué significaba todo aquello?

Sentía una inmensa tristeza. Una de esas tristezas cuya causa se ignora y de las que todo distrae, aunque renazca a cada distracción, precisamente porque nos hemos olvidado de ella.

En la casa comenzaban los rumores familiares — sacudir de alfombras, silbidos, portear de ventanas — sentíase una aroma a huevos con tocino y a café; y del otro lado del feble tabique, oí cómo Cirilo Barth (ha estado en la guerra y tiene en el cráneo un trozo de calabaza) gritaba pidiendo un vaso de agua y media pinta de room.

Llegué a la mesa cuando Harrison, el telegrafista, con un diario desplegado sobre el mantel, decía al pecosito Smithers.

—Parece que están sobre la pista. Muchas personas le vieron la tarde del 27, por Chelsea y St. James Park, completamente borracho y con el bolsillo en la mano.

—Se necesita ser audaz — dijo el otro con una corteza de pan, distendiéndole la mejilla peligrosamente.

—¿Audaz? ¡Temerario! ¡Mire usted que asaltar a una elegante a las seis de la tarde, en plena calle!

Hablaba apasionadamente, pero a mí, ¿qué podía importarme una conver-

sación de ese género? Creía sólo a medias en Liberata, pero renunciar a ella me hubiese sido imposible. Y aceptaba su posibilidad sin llegar a explicármela. El anillo estaba en mi mano... de eso nadie podía dudar, y yo menos que nadie; una cosa material, por lo menos, me ligaba a ella.

Al revés de lo que esperaba — de lo que temía — no hallé a Kitty en el omnibus de las 9.15. ¡Qué alivio! Kitty empezaba a molestarme bastante. Si hasta hacía dos días pudo haber bastado a mi necesidad sentimental, ahora comprendía de otro modo el amor; sabía que todo cuanto a ella le parecía lógico me es fastidioso. Después, huyendo estas reflexiones, salí a la delicia de los recuerdos. Salí de mí mismo como de una habitación cerrada al aire de la campiña, salí a la realidad, porque al fin había dado con la oculta puertecilla por la que cada individuo que sea capaz de descubrirla puede escapar al valle de los ensueños.

Cuando me instalé detrás del escritorio — entre un mapa del continente australiano y un cuadro ilustrativo sobre los perjuicios del joto en los cereales — Snyder se quedó mirándome: —¿Qué le ha pasado a usted? — dijo.

—Nada.

Pero él insistió con una mirada aguda y torva como una lezna: —¿Alguna herencia?

—Pst...

Pasó un largo rato en silencio mientras leía el periódico; y después de un momento de roerse las uñas exclamó acalorado:

—Si no lo pillan lo sentiré, palabra, lo sentiré.

—¿A quién?

—Al tipo ese del asalto; está dando un trabajo... Todo el mundo le ha visto, dicen que parece un infeliz, pero no dan con él. Para mí, ya debe haber salido de Londres.

—¿Ha habido entonces un asalto?

—pregunté súbitamente interesado.

—¿Hombre, me gusta? ¿Es que se entera usted ahora? — y volvió a mirarme con una desconfianza que achicaba sus ojos.

—No he leído periódicos desde hace días — repliqué.

Entonces Snyder me alargó el suyo para que me enterase de la noticia.

Crean ustedes, que a medida que iba leyendo se me helaban las manos y comenzaron a zumbarme los oídos como dos enjambres viajeros. Sí, había habido un asalto en la calle King William. La multimillonaria americana Liberata Mac Morton había sido brutalmente agredida en momentos en que acababa de retirar sus joyas de la caja de seguridad de un banco de la "city".

Las llevaba en una cartera de cuero de Rusia, marcada con una inicial. Varias personas habían dado la filiación del agresor, muchacho de poca edad, mal vestido, de aspecto oficinesco. La dama, que practica el espiritismo, había puesto en juego sus facultades de "sensitiva" para tratar de suggestionar al ladrón, induciéndole a ponerse un anillo en el índice de la mano derecha. Después venía la enumeración de las joyas y los trabajos de captura realizados por la policía.

Creo que durante unos instantes debí perder el conocimiento. Una amarga desilusión me cubrió y me oscureció interiormente, como una nube. Después, mi primer cuidado fué esconder la mano en el bolsillo del pantalón. Así estuve toda la tarde.

¿Qué hacer ahora — me decía — ¿Volver a casa, huir de Londres?...

Snyder debía sospechar algo; sus ojos me pesaban como dos plumas; comprendía el enojo de Kitty y sus palabras... ¡Otro testigo más! ¿Y miss Bahum? ¡Dios mío, la que iba a armarse en aquella casa!

¿Cómo he podido hacer esto? — me preguntaba — ¿Es reparable? Pero realmente, ¿he hecho algo? Frente a mí, una gran casa de ladrillos me pareció amenazadora con sus ojos de cristal, acechándome como un argos de mampostería...

No obstante, yo estaba seguro de no haber robado nada... ¿Lo estaba? No. Al querer reproducir la escena del hallazgo, sólo encontraba el caos en mi mente. Y al miedo, se apareaba la de-

silusión, el rencor, la vergüenza de la burla que se había hecho de mí.

Indudablemente... por algo me habrían inducido a ponerme el anillo... yo habría robado... sí, era seguro... Al bajar las escaleras sería detenido. En mis labios se formulaba una confesión. ¿Cómo negar? ¿Para qué negar? ¿Comprendería alguien, acaso, aquella fatalidad en que me veía envuelto?

Y al mismo tiempo que me encerraba en la desesperación — como en una celda — sentía la necesidad de comunicarme mi pena con alguien. Un temor compartido está casi vencido. Yo comprendí por qué causa los ladrones trabajan generalmente en pandilla.

—Ha sido una locura proceder así, me dije — ¿Qué consolador resultaría ahora dirigirse furtivamente hacia los barrios bajos (como he visto en el cinematógrafo que es costumbre) y penetrar en una casita misteriosa, después de silbar tres veces!

Estaba sudando tanto, que el barniz de la silla se me pegó a los pantalones y tuve dificultad para ponerme en pie cuando sonó el timbre de salida. ¡Ah! ¡Iban a prenderme sin duda al bajar las escaleras... y esas horribles prisiones de Londres, esas prisiones grises (acababa de leer el "De Profundis" de Wilde).

La calle hervía de gente. ¿Y pensar que cada una tenía dos ojos para ver, una lengua para delatar!

Mecánicamente penetré en la primera cervicería que hallé al paso; la sed me agrietaba la garganta, las piernas se resistían a sostenerme, me parecía estar sujeto por un grillete y la sed aumentaba a medida que yo bebía. ¿La sed?... ¿Es que acabaría, acaso, alguna vez de cruzar aquel desierto de arenas móviles como el mar, ásperas como el trigo maduro?

¿Qué horrorosa monotonía! Y qué distancia enorme me separaba ahora del jardín... Pero, ¿por qué me había puesto las medias amarillas de rigor en el colegio? ¡Iba a llegar tarde...

Involuntariamente me puse a reparar el tema de griego; un Oda de Píndaro que parecía escrita para la desesperación de los alumnos de la tercera clase:

Χρoία φορμή, Απολλωνος και ισπλαηουσ

"La dorada lira de Apolo el de los cabellos oscuros como las violetas"...

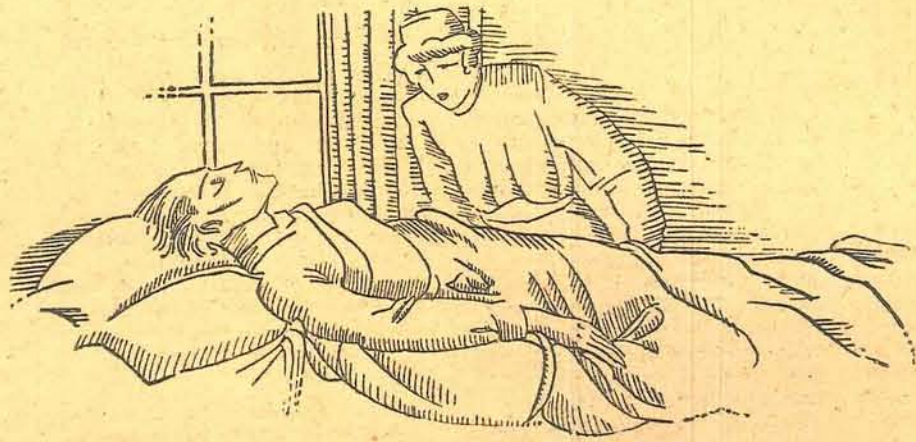
De pronto alguien quiso detenerme. ¿Kitty? No, no; un inmenso leopardo se me echó encima. ¿Un leopardo, o más bien un policía? — ¡Soy culpable! — grité.

Todo estaba perdido y el fantasma de Reading pasó ante mí.

IV

Desperté con una deliciosa sensación de frescura y de ingravidez, como debe uno despertarse en el Limbo. Una desconocida estaba sentada a mi cabecera haciendo "crochet". Le pedí agua y bostecé.

Del fondo de mi conciencia los re-



cuerdos agazapados comenzaron a surgir vertiginosamente. Aun estaba en casa; reconocí los muebles, el retrato del príncipe Alberto en traje de escocés y una reproducción de Watts, de dos peniques, que representan al arte en la ornamentación de mi aposento; reconocí mi sombrero (no el que había perdido, sino el de invierno) colgando de la perilla del tocador. Estaba en casa sí, y con un cinismo de profesional del delito, me regocijé de la estulticia de la policía londinense. Lo curioso es que ni una sola vez ya, volví a decirme que era inocente.

—¿No ha venido nadie preguntando por mí? — indagué a la enfermera.

—Sí, una señorita, a causa del anillo, creo...

—¿Han avisado ya... a la oficina?

—Lo saben desde el jueves.

—Ah...

La mujer salió. Evidentemente no quería que yo le hablase. Sentía una amargura creciente, un rencor sordo contra los seres y las cosas y un profundo desprecio hacia los que se creen honestos me avasallaba.

Hubiera deseado estrangular a uno de esos idiotas hipócritas y no pudiendo contener mis nervios me incorporé en la cama.

—Y se han atrevido a venir! — me dije — la muy infame, a regocijarse en mi agonía, a escarnecerme en mi humillación...

En este punto — iba a sacar un cuello del cajón de la cómoda — tropecé con el bolsillo de cuero. Me pareció el despojo podrido de un ser muerto a mis manos; lo odié, y por no verlo le arrojé encima una toalla. Pero de pronto comprendí la injusticia que se cometía conmigo y grité: "¡Ya que he perdido la libertad, no te enojaras como un ídolo!" Y con el envoltorio de la toalla que ocultaba mi crimen me precipité escaleras abajo. Estaba dispuesto a abrirme paso aunque las calles fueran una floresta de lanzas. Pero las calles presentaban su aspecto ordinario, era la hora del crepúsculo, la hora romántica de los poetas... cuando empieza a encenderse la luz del alumbrado municipal. De pronto, en el cielo aparecieron unas letras de fuego. Temí que fuese mi sentencia escrita desde el cielo; pero se trataba sólo de un aviso luminoso preconizando el uso del salitre de Chile para el crecimiento de las plantas de jardín.

Anduve largo rato hacia el puerto; después me incliné sobre los balaustres de piedra, sentí en el rostro el tifo húmedo y putrefacto del Támesis... Y a él arrojé el fatídico bolsillo, lanzando al propio tiempo una maldición.

V

Varias horas después volví a casa, vencido por una fatiga de muerte.

Kitty me aguardaba en la sala. Presentí sus falsas condolencias y me estremecí de furor.

Su actitud era tímida.

—Ya sé — dijo — que tienes sobrados motivos para estar incomodado conmigo, pero confiesa que te portaste mal aquella tarde...; ya estabas raro, por eso te devolví el anillo...; pero si hubiera sabido que lo ibas a tomar así... Nunca supuse que me amaras tanto. Ahora nos casaremos en seguida; y no creas que es por tu nueva posición; si lo creyeras, todo habría terminado entre nosotros.

—No gozaré de ninguna fortuna; las joyas están en el fondo del Támesis.

—No sé a qué joyas te refieres.

—A las del bolsillo...

Kitty llamó a gritos a la enfermera, que me ordenó meterme en la cama.

Al rato Kitty secó sus lágrimas:

—Harold — dijo —, no volveré a ser cruel contigo, iremos siempre juntos. Con la fortuna que has heredado podemos vivir muy bien donde tú quieras; yo prefiero que sea en Hamstept, donde conozco mucha gente; ya verás cómo rabian las Douglas (Maud, Marion y Mery), pasaremos ante su puerta en automóvil, y el reverendo William Lods vendrá todos los domingos a la tarde a tomar el té con nosotros.

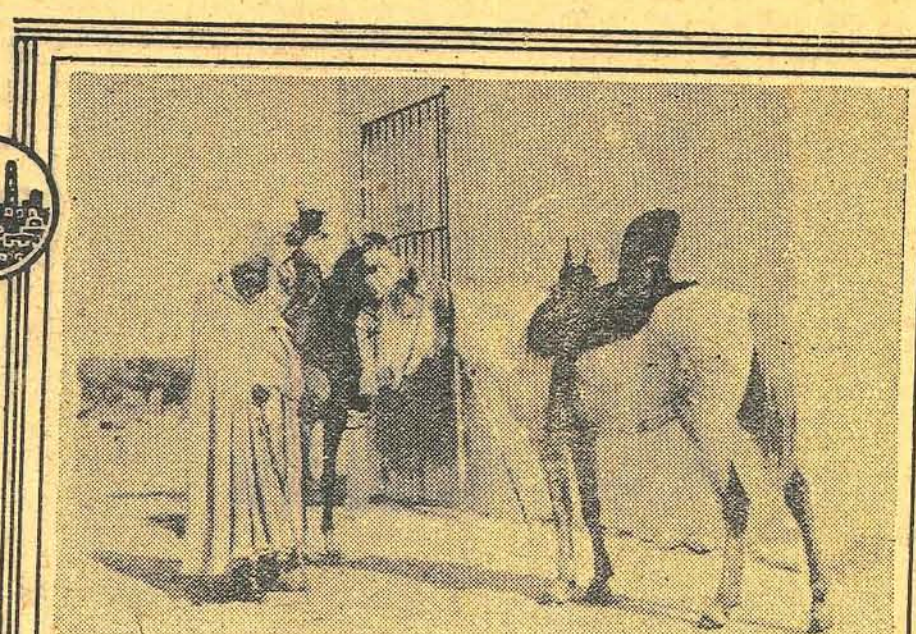
Cinco mil libras es una bonita suma; tu padre debe haber sido un hombre muy inteligente y muy bueno, aunque en Australia parece que cualquiera hace fortuna. Entre paréntesis, tendremos en el comedor un retrato de tu papá.

Después que se marchó me dejé acostar por la enfermera como si fuese un niño. Ella se sentó a mi lado, desplegó un diario de la noche y comenzó a leer. En el revés de la página percibí en gruesos caracteres los títulos de las noticias de policía:

"ESCLARECIMIENTO DEL ROBO DEL BOLSILLO DE CUERO DE RUSIA — SE ENCUENTRAN LAS JOYAS, PERO EL BOLSILLO NO — CONFESSION DEL DELINCUENTE — CAPTURA DE LAS JOYAS — MISS LIBERATA MAC MORTON GRATIFICA AL DETECTIVE H. J. PLUM"



Una mujer judía haciendo costura en el patio de su casa del barrio israelita de Ghardaia. Las mujeres de raza hebrea no usan velo en la cara



Las puertas hospitalarias del refugio de las caravanas de Tilrempt, abiertas para dar asilo a los viajeros del desierto

EL PAIS DEL REPOSO

POR LADY GRACE
DRUMMOND - HAY

zando del derecho a la vida, en el siglo once se entregaron a merced de la naturaleza más despiadada, yéndose a refugiarse en el aislamiento, defendidos por todos lados cuando menos por 150 kilómetros de árido desierto y de inmensidad desolada. Semejante baluarte en la tierra del "camello-correo" fue más eficaz que los muros de una fortaleza y hasta hoy ha mantenido a los mozabitas como pueblo aparte del resto del mundo.



Ghardaia: Los soportes de los arcos están hechos con troncos de palmera. En el país de M'Zab se aprovecha hasta la última partícula de la palmera; los dátiles constituyen un excelente alimento para la población: los carozos molidos sirven para la comida de los camellos; la madera se utiliza en construcciones y las fibras de las hojas se emplean en la fabricación de cuerdas

Siete ciudades, de 3 a 4000 pozos, más de 200.000 palmeras de dátiles, unos 40.000 habitantes, gobierno autónomo bajo el protectorado francés, carencia de policía, falta absoluta de crímenes, ausencia de desamparados, prohibición de salida de sus casas a las mujeres entre los 14 y los 60 años, atestiguan las características de este pueblo curioso. La fuerza militar francesa en el M'Zab consiste en un fuerte que domina Ghardaia, con una guarnición, durante mi estada allí, de un capitán francés, dos ayudantes y treinta soldados indígenas, para custodiar la población entera de 40.000 almas.

En Ghardaia me alojé en el Hotel Mozabita, administrado por un Abdel Kader ben Taher, con ayuda de un cocinero negro,

dos chicos que servían de mucamos y un mocito de doce a trece años que desempeñaba, a la vez, los oficios de portero guía y factótum fuera del hotel. La hospitalidad y la bienvenida compensaban la falta de comodidades, y, por lo demás, yo estoy habituada a los hábitos y maneras del indígena norteafricano.

La cortesía oficial del Caid Yehia Bellalou, de Ghardaia, las invitaciones de Si ben Abdullah, Sheikh ed Daya, y el sincero interés y la frecuente compañía de mi huésped, me iniciaron en la "sociedad" mozabita. Las ingenuas charlas de mi pequeño guía revelaronme aspectos curiosos de la vida doméstica, celosamente encubierta, de la civilización mozabita.

Hice una visita oficial al Caid, personaje barbudo y majestuoso que debió haber surgido de la sombra de una higuera o palmera. Me dió la bienvenida en la frialdad de una alcoba, con frente a la plaza del mercado. Subimos las escaleras, perseguidos por los chillidos y malagüeros de un halconcillo suelto, que, según dijo el Caid, amaestraba para la caza. Una amplia sala en el primer piso hace veces de sala municipal, tribunal de policía y concejo deliberante. Antes de empezar la conversación hubo un cambio de cumplidos sobre las tazas de té de menta dulce y los platos de dátiles apenas recogidos de la cosecha aun no terminada.

—Usted ha llegado a un país extraño — me dijo el Caid —. Sé que mi pueblo es diferente de los demás, pues ¿no he viajado acaso fuera de M'Zab? "Judíos de Arabia", nos dicen. Si el trabajo, la paz, el respeto a la ley son características judías, entonces lo somos en realidad.

El Caid Yehia siguió diciendo que no hay policía en M'Zab. Sus habitantes se turnan en el desempeño de las funciones policiales. Como no usan uniforme, no se les puede diferenciar de sus conciudadanos en las calles. No ocurren apenas crímenes. Se puede caminar por la calle de día o de noche "con alforjas llenas de oro", sin temor de ser asaltado ni robado. Raros procesos por homicidio o crímenes mayores requieren la intervención de las autoridades militares francesas o de los tribunales de Argel. Los pleitos de menor cuantía los ventila el patriarcal Caid en el lugar mismo del suceso. Mi pregunta natural acerca del cuidado de los indígenas, sorprendida ante fenómeno tan raro en Oriente como la absoluta ausencia de mendigos, provocó un relámpago de indignación en los ojos del anciano.

—¡Mendigos! ¡Indigentes! No existen en M'Zab. Los que tienen dan a los que no tienen.

La donación de limosnas, el socorro a los afligidos, la asistencia a los necesitados y a los huérfanos son deberes sacratísimos; ¡no!, son privilegios—hizo una pausa y me lanzó una mirada—, y no requieren, por lo tanto, coacción alguna. Cada cual se considera responsable para con su prójimo, y la colectividad para con la civilización mozabita en su conjunto. Por esto cada persona es policía de sí misma; por esto, cualquier individuo se avergonzará de ver a un mendigo en la calle o a un humilde prójimo en condición necesitada o miserable.

Con bastante materia de reflexión, dejé al buen Caid engriando a su halcón alborotador.

Ghardaia, que ofrece al turista el aspecto pintoresco de un hacinamiento de piedras y un laberinto de edificios derrumbados, es de suyo un mundo fascinante. Allí vive "Mama Sliman", por ejemplo: mujer sorprendente, de personalidad, responsable de la conducta que observe la feminidad mozabita. Es Tolba de la Mezquita y está encargada de enseñar a las mujeres el ritual de las plegarias, de velar por el cumplimiento de los deberes religiosos y de hacer de madre-confesora en general. En el desempeño de sus atribuciones, oficiales y privadas, "Mamá Sliman" no entra en relación con los Tolbas del sexo masculino. Las mujeres mozabitas viven estrictísimamente recluidas, regla de la cual no presencié excepción alguna.

Durante toda mi estada en la comarca no me fué dado ver ni una sola mujer joven en las calles y poquíssimas viejas, y las que vi de éstas parecían terriblemente marchitas, gastadas y decrepitas. Las mozas suelen ser muy lindas; deben ser encantadoras en su adolescencia. A todas se las tiene práctica-

Evitemos la acidez gástrica

El exceso de acidez estomacal es el que produce los malestares que siguen a toda comida, como dolor, ardor, flatulencia, etc. Esta misma acidez, atacando las paredes del estómago, termina a la larga por producir ulceraciones y graves enfermedades.

Por eso los médicos aconsejan tomar después de cada comida media cucharadita de bicarbonato cálcico, que elimina el exceso de acidez, calma al instante toda molestia o dolor al par que estimula la perfecta digestión.

El bicarbonato cálcico es un producto científico, cuyas propiedades están claramente descritas en el interesante folleto editado por los señores Laich y Rey, calle Belgrano 2544, Buenos Aires y que enviarán gratis a quien lo pida.

HE descubierto el País del Reposo. Es el país de los "Sheiks Cuáqueros" en el Sahara, en donde la Edad de Oro no es un mito, sino una realidad. Arenas de oro, sol de oro, dátiles de oro, naranjas de oro, sencillez de la Edad Dorada, no complicada por la prensa ni por el teléfono; no perturbada por la radio, el cinematógrafo ni el teatro; no alterada por mendigos ni por policía; no desmoralizada por las "chicas de hoy" ni por las extravagancias de la "juventud alocada". He dado con la paz sobre la tierra, en los tiempos mismos de esta generación turbulenta.

Rendida de cansancio, después de doce meses de arduo viajar, luego de recorrer más de 300 kilómetros diarios por término medio durante los 365 días precedentes, incluso el primer viaje transatlántico del Graf Zeppelin, su vuelo alrededor del mundo, viajes a China, Japón, Hawai, amplias jiras por los Estados Unidos, Canadá e innumerables excursiones (apenas se le puede considerar como verdaderos viajes) entre las capitales europeas, anhelaba este descanso. Este significa para mí aislamiento y paz. Ambos me esperaban en el misterioso M'Zab, región meridional de la Argelia francesa, situada entre la meseta del Atlas y el Grand Erg, donde se asientan siete ciudades santas, como pirámides-centinelas frente la desolación de las inmensidades desiertas.

De la Riviera y su cordial hospitalidad, hui a Argel; de la baráunda cosmopolita de la Ciudad Blanca, mucho más al Sur, más allá de Blida y de la Garganta de los Monos (efectivamente de monos y muy dañinos); de Boghari a Djelfa, baluarte de la famosa tribu Quled Nail, una de las principales proveedoras del "Hechizo de Oriente" en el Africa del norte, como que sus bellezas, contratadas como bailarinas en los cafés árabes, sazonan Argel con aventuras para el turista.

En el verde oasis de Lag-

VESTIDOS a 0.80

Lo mismo de seda que de lana, toda dama haciendo puede tener un vestido nuevo con tan poco gasto. ¿Cómo? Teniendo en su hogar los vestidos viejos, descoloridos o pasados de moda con S U N E T, que les da, además de un hermoso color de moda, la apacencia de recién comprados.



Touggout: Tipos de la nueva generación

mente encarceladas desde los trece a catorce años hasta los sesenta; desde que usan velo y empiezan a rezar no pueden salir de sus casas. Por "salir de su casa" se entiende que no pueden franquear el umbral de la puerta principal. Las doncellas viven en los domicilios de sus padres hasta que se casan, pasando entonces a los de sus maridos, donde se encerrarán como prisioneras en vida.

Pocas casas de las siete ciudades de M'zab tienen jardines o patios. En su mayoría carecen de ventanas, y sólo reciben luz y aire del exterior por unas rendijas. En estos cubiles, pues no cabe llamarlos de otro modo, las infelices reclusas pasan su vida, condenadas a perpetua obscuridad, en aquellos gloriosos oasis, soleados y hermosos. Raras veces, con permiso de sus maridos, van a visitar a sus familias, rigurosamente vigiladas; pero tales salidas sólo se efectúan a favor de la noche.

Mi pequeño guía me inició en la vida de su propio hogar. Tiene una hermana de diez y siete años que se casó a los catorce y que jamás ha salido a la calle.

—No — me contaba —, no hay jardín ni patio en casa. Mi hermano vive en sus habitaciones. Mi madre puede visitarla, yo también, pero ella no puede salir. Verdad que al principio era desdichada y malhumorada — decía esto último a regañadientes —, pero ya le pasó.

—Las mujeres casadas no deben salir de su casa cuando sus maridos están allí — prosiguió, ávido de justificar su papel de guía e informante —, porque ellos no se lo permiten. Si ellos salen, tal vez ellas lo harán también, pero se apresurarán a encerrarse antes de que ellos vuelvan. No mi hermana, por cierto; no "mi" hermana — agregó vivamente.

La idea de la emancipación femenina no parece haber cruzado aún en forma alguna por la mente mozabita. Un hombre osó decir que es pueril la costumbre de cubrirse con velos las mujeres.

—Si la mujer quiere ser mala, lo será, con o sin velo; y le es mucho más fácil hacer el mal encubierta que afrontando las miradas de sus vecinos y conocidos.

Otro a quien interrogué pareció sorprenderse de que pudiera yo imaginar que las mujeres fueran desdichadas.

—¿Por qué habrían de serlo? No están solas. Por lo común hay en su hogar otras mujeres casadas.

Y señalando a una anciana espantosamente fea que atizaba el fuego, añadió en tono definitivo:

—Ya lo ve usted: ni siquiera lleva velo. La emancipación, como ustedes la llaman, no es más que cuestión de años.

La mujer mozabita no puede salir de M'zab. Esto no lo prohíbe una ley musulmana, ni

francesa, sino una mozabita. Con todo, la mujer mozabita disfruta los derechos de la musulmana, que no son desdeñables aun comparados con el estado legal de la mujer de ciertos países occidentales. También posee otros derechos; por ejemplo, a la doncella que se casa se le nombran varios padrinos y se hace a éstos responsables de su bienestar.

En los tiempos del transporte por medio de camellos y caravanas, se obligaba a los maridos que iban al Norte a buscar fortuna, a volver a los hogares de su tierra natal cada cinco años. Si pasado ese tiempo, luego de ser llamado oficialmente por los padrinos de su mujer, el esposo no volvía o se negaba a hacerlo, la mujer tenía el derecho de pedir el divorcio, la custodia de sus hijos, una pensión y la devolución de todos sus bienes familiares.

Posteriormente cuando el transporte se hizo a caballo y en carros por caminos, el plazo se redujo a tres años. Hoy, con las distancias abreviadas ya por el camión, no se permite al marido mozabita más que dos años de ausencia de su hogar.

Imponen esa ley los hábitos de los mozabitas, que los llevan al Norte, a Argelia, y a los grandes centros civilizados a comerciar y a hacer fortuna. Abren tiendas, se dedican al comercio, generalmente entre dos o tres socios que se turnan para volver a descansar a Ghardaia o a su ciudad natal. Viven muy económicamente en comunidades, con habitación y cocina en común para ahorrar. Casi invariablemente vuelven a su patria ricos y se establecen en Ghardaia, que es muy poco más que un "centro de recreo". Estos "judíos de Arabia" trabajan años y años antes de comprar tierras, cultivar un oasis, donde ellos y sus familias puedan pasar el resto de sus días a la

sombra de sus datileros de áureos frutos.

Cosa curiosa: el mozabita no se establece en el Norte, ni lleva allí su familia; su objetivo es siempre M'zab y un bosque de palmeras.

Las ciudades de M'zab son pintorescas hasta cierto punto. Cuando yo estuve allí, los zocos refulgían con el oro de una rica cosecha de dátiles, con el carmesí de las granadas y con los vivos matices de cuévanos atestados de naranjas y limones dulces; pero no hace falta ir al mercado para comprar dátiles o granadas: se pueden tomar de los árboles. La costumbre permite al viajero recoger cuantos dátiles pueda comer en el sitio en que los toma; pero no llevarlos a otro lugar. Por el camino se encuentran las granadas caídas de los árboles a fuerza de jugosa madurez.

En las ciudades referidas hay varias "tiendas" abarrotadas de diversas mercaderías como tazas de latón para té, velas, telas, lámparas, vasijas vidriadas, cerillas, linternas eléctricas, etc. Se comercia mucho con gomas ya inservibles de automóviles, con las cuales los zapateros de viejo hacen hábilmente suelas de calzado. La mayor parte de la gente anda descalza o usa sandalias. Los niños son lindos, pero singularmente apáticos; prefieren sentarse a imitación de sus mayores cuando conversan, a corretear y jugar. Todo les sirve de traje, un saco viejo o un puñado de andrajos.

Los hombres tienen aspecto arrogante con sus albornoces, a menudo primorosamente bordados en seda por los sastres. Las mozabitas se pintan densas ojeras con kohol; pero cuando recorri los diversos mercados en busca de los vasitos ornamentales de plata o de bronce

Guerrera: Nótese el minarete de tipo sudanés que corona la ciudad

que usan en el Norte, descubrí que guardan ese cosmético en una caña o bambú huecos. Las mujeres del barrio judío no usan velo.

A la sombra de una pérgola de vid, Si ben Abdullah, el Sheikh ed Daya, del Oasis, me convidó con té de menta dulce, apetitosos racimos de uvas que pendían al alcance de la mano y dátiles maduros de palmeras cargadísimos de ellos y también de fácil alcance.

En el edificio frío y obscuro de la Misión, los Padres Blancos me contaron su obra y sus andanzas en el Sahara, donde compiten con el árabe orgulloso y el velado tuareg y bravo guerrero como jinetes y viajeros resistentes.

Desde la sagrada ciudad de Melika vi el panorama de Ghardaia; desde la impoluta Beni-Isguen puede contemplarse ambas. Beni-Isguen es aún hoy la ciudad santa, donde no se permite fumar ni beber alcohol y de donde deben salir el cristiano, el judío y el musulmán antes de que se cierren sus puertas a la caída del sol. La ciudad es absolutamente limpia y aseada, hasta el punto de que en sus calles no se ve ni un pedazo de papel.

Las demás ciudades mozabitas, además de Berriane, Ghardaia, Beni-Isguen, Melika, son Bou-Noura, El-Ateuf y Guerrera, todas semejantes en arquitectura, en costumbres, en tranquilidad y en ambiente, no turbadas por el mundo circundante, ajenas al progreso occidental y a la inquietud oriental.

A pesar de todo su cuaquerismo, estos sheikhs gustan de la vida nocturna, como tuve ocasión de advertir. Una noche me invitaron a un café a ver a las danzarinas de Ouled Nail; no al "Café Árabe" que luego hallé en Biskra y Túnez, especial para turistas, sino un genuino recreo del desierto.

El asilo de Tilrempt: Un viajero solitario abandona la placidez del refugio para afrontar el desierto y lo desconocido

La entrada, fronteriza a una calle lateral, era oja y pequeña. Una habitación de regulares dimensiones, de paredes blancas, atestada completamente por los que llamó uno de los nuestros "reyes de Oriente", se abría en seguida. Reyes en verdad podrían haber sido, reyes dignos, barbudos, de ojos brillantes, muchos de ellos hermosos, vistiendo albornoces bajo los cuales se podía vislumbrar bellos bordados de seda. Sentados en hileras en toscos bancos, serios, vieron entrar, sin que se moviera un músculo de sus rostros, a las danzarinas, de una en una o de dos en dos; las vieron enlazarse y girar, describir círculos, hacer una breve pantomima y marcharse en seguida. Aquello podía difícilmente llamarse un "dancing".

Tres músicos tocaban música árabe en tanto que un maestro de ceremonias negro como el carbón, de albornoz listado, llamaba a las danzarinas por sus nombres; para que salieran a dar su "vuelta". Ellas vestían túnicas lisas de muselina blanca que les llegaban al cuello, a los tobillos, con mangas hasta el codo o la muñeca. Un cinturón de plata ceñía sus amplios pechos. Pesadas joyas pendían de sus cuellos; de sus orejas colgaban fulgurantes pendientes y en sus brazos tintineaban brazaletes. Los anillos atiesaban sus dedos. Aros para tobillos oscilando sobre los lazos de los zapatos europeos y un turbante de oropel completaban su tocado, si bien casto en exceso, incongruente.

Interesante, en verdad, era la "honra" de las danzarinas, que despertaba la única emoción visible en el auditorio, semejante a un grupo de esfinges. Apenas una o dos de las muchachas empezaba a danzar, alguno llamaba al maestro de ceremonias y le entregaba cinco o seis billetes grandes. Estos iban a parar, arrollados, uno al turbante del director de la música y los cuatro restantes a los pliegues del turbante de la danzarina, y producían un rumor provocativo como de hojas, que acompañaba el ritmo de la música. Al cabo de un minuto, los billetes eran devueltos al donante, quien los ofrecía de nuevo ceremoniosamente. El acto protocolario se repetía con solemnidad por tres veces; pero al final los billetes quedaban en manos del obsequiante y éste daba sólo una pequeña propina.

Mi invitante "honró" a la danzarina de su preferencia con billetes hasta por valor de cien francos; pero los substituyó llegado el momento por seis céntimos para los músicos y otros seis para la danzarina. Esta "honra" siguió durante toda la noche y, según pude ver, ni una sola de las danzarinas

(Continúa en la pág. 41)



La cruz bermeja se erguía, recubierta de una pintura resquebrajada, de un matiz sucio y sombrío, junto al camino polvoriento, batido por los vientos. Unas piedras, amontonadas en desorden junto a la base, la mantenían en posición.

Pasaban por el camino, de tarde en tarde, con rostro impasible, los escasos jinetes de la campaña riograndense, y apenas si llevaban la mano al desgaire hacia el sombrero de alas anchas y lacias, en que se podía ver aún las huellas recientes de la ancha divisa.

blanca o colorada, o del bicolor "assissista", verde y amarillo. ¡Un muerto más! En una tierra en que el valor personal es un rito, un muerto más, al borde del camino, representa poca cosa. ¡Mala suerte! Una brega, una desgracia... ¡La vida del gaucha!

Pero, entre las piedras que formaban el montoncito funerario, en torno a esa cruz, unas florecillas coloradas, florecillas silvestres, de esas que pueden verse a trechos al lado de los caminos pedregosos y rojizos de la tierra misionera, aparecían llevadas por no se sabe qué mano piadosa. Aquella cruz bermeja no estaba del todo abandonada... Alguien había que recordase...

Florecillas coloradas en un país todavía en pie de guerra, donde mandaban los blancos... Florecillas coloradas...

En vano habían vigilado algunos jinetes; durante las noches que se mantuvieron en vela, nada vieron, nada sintieron; la cruz estuvo esos días sin su humilde tributo. Apenas se retiraron, las flores volvieron a aparecer; y, con un breve encogimiento de hombros, el subintendente abandonó su empeño y tranquilizó a sus hombres: total, por unas flores...

Y el hombre, el negro Anibal, estaba muerto. A enemigo, muerto, florecillas. ¡Bah, ya no importa! ¡"Va embora, a outra cousa"!

El negro Anibal era un hombre muy valiente y fanfarrón. Bajo los anchos pliegues de su capa gris, su pecho musculoso se revelaba a través de una gruesa camisa de lana oscura, cruzada en todos sentidos por los numerosos correaes de un equipo bélico que hubiese hecho la envidia de los más formidables foragidos. Sus altas botas mosqueteras, plegadas en un sin fin de arrugas, llevaban unas espuelas feroces y resonantes, cuyo chasquido hacía pareja con el de su enorme sabote de caballería y, embutida en una de ellas, asomaba el puño de plata de su faca. Un revólver 44 y una tosca bolsa de lona con cartuchos pendían de su ancho cinto. Pocas veces faltaba en sus manos, juguete inevitable, su bien cuidada tercerola.

Porque el negro Anibal era un hombre muy valiente; teniente de revolucionarios.

Su cara era una sonrisa: una ancha sonrisa, que mostraba sus blancos dientes y enrojecía las córneas de sus ojos grandes y chispeantes, inflando los anchos carrillos e irradiando de todo su rostro una cordialidad infantil y hasta cierto punto contagiosa e irresponsable. De vez en cuando, dándose cuenta de que era "un guerrero", trocaba a su sonrisa, con un cierto esfuerzo, en mueca de ferocidad. Apretando los dientes, haciendo resaltar la quijada en gesto de invencible y agresiva resolución, revolviendo los ojos frenéticamente de un rumbo al otro del horizonte o clavándolos como águila en los de su interlocutor, adoptaba la máscara de la crueldad.

Pero esa actitud no podía durar; y es que el negro Anibal —que no se dijera en su presencia, por Deus!— era un hombre bueno. No dejaba, es cierto, de tener sus manchas de sangre sobre las manos, pero no sobre la conciencia. Siempre se había batido, cara a cara, uno contra tres. Y, juzgándose la vida a cada vuelta, el negro Anibal encaraba el porvenir con la sonrisa de los fuertes y de los limpios. Era un hombre muy valiente el negro Anibal, y, si era un tanto fanfarrón, es que, sin saberlo, el sol claro y fuerte de sus regiones nativas, el reflejo rojizo

atareado junto a unos bueyes ágiles y delgados.

★
Era al caer de la tarde. El sol se ocultaba tras la suave ondulación de las cuchillas, y el verde, ocre y rojo de las lomas iba fundiéndose en el sempiterno pardo del anochecer. A lo lejos se oían, melancólicamente prolongados por la distancia, los silbatos repetidos de un tren, que recorría cautelosamente la vía serpenteante, revelando su presencia por una estela de humo sobre la línea del horizonte.

★
Desprendiéndose de los dos chicuelos, el perro gruñó, enseñando los dientes amari-

bía asomado a la puerta. Los pequeños, siempre atraídos por el brillo de correaes y el relumbrón de las armas, contemplaban boquiabiertos a los guerrilleros que acababan de llegar.

★
Los jinetes entregaron a dos de sus compañeros las riendas de sus cabalgaduras. Adivinando las primeras exigencias de toda gente armada, la mujer ofreció víveres en su voz zalamera, y ante el brusco asentimiento del que parecía mandar, entró en su procura.

"¡Siéntese!", ordenó secamente el jefe de la partida. El prisionero obedeció.

Mantenia su rostro en tensión; con la cabeza erguida, los

había podido rebuscar; acomodándolos en sendos trozos de pan moreno, fué repartiéndolos a los guerrilleros. El prisionero, con las manos atadas, consumió con dificultad su porción.

El jefe, entretanto, se había mantenido un tanto aparte, mirando, con el ceño fruncido, a la distancia. Un jinete, solo, se aproximaba al paso. El color de su divisa le aseguraba amigo.

★
Al pasar del tiempo, el prisionero hallaba cada vez más difícil mantener su actitud impasible. Un leve parpadeo revelaba con frecuencia la inquietud que lo dominaba, y sus muñecas temblaban, tal vez cansadas de las ligaduras.

El jinete llegó, lentamente, y ató su caballo a una rama. La escolta del preso le saludó con poquitas palabras, a las que él respondió apenas. Echando atrás con un gesto amplio los pliegues de su ancha capa gris, ajustó su cinturón y sus otros correaes y llevando al desgaire su tercerola, se aproximó al lugar donde el prisionero le miraba con hosca curiosidad.

Un gesto breve de la cabeza en su dirección; un ademán significativo del que mandaba el grupo; y la desesperanza cubrió el rostro del desgraciado. La sonrisa amplia del negro Anibal se le cuajó de repente, y su frente se frunció en una interrogación. Sin palabras, el jefe de la patrulla respondió encogiéndose de hombros y levantándose, estiró sus brazos con el eterno ademán indiferente de los hombres de campo, para quienes el espacio y el tiempo — y la vida — son manifestaciones de un fatalismo, identificado con la marcha pausada e incontrarrestable de la naturaleza, para la que no hay apresuramientos ni piedades.

Los hombres de la escolta hicieron otro tanto, y algunos miraron, con siniestra precaución, los cerrojos de sus armas. Comprendiendo, el preso también se levantó.

El negro Anibal se apartó para dejarles paso. Algo tétrico había posado su sombra sobre el grupo. El perro enseñó los dientes, babeando, y ocultó su rabo entre las piernas. Los dos pequeñuelos, con los ojos dilatados, pusieron a un lado. La mujer se apoyaba contra la puerta de la casucha.

Como para beber del todo, en un último abrazo, la vida plácida de la llanura crepuscular, el cautivo miró en torno suyo, con los labios apretados y el cuerpo excesivamente erguido. Su mirada se clavó en la mujer. Era como si en ese momento su espíritu atormentado, su carne amenazada, advirtiesen como última piedad la fuente sempiterna de la vida: Eva, por quien morimos y nacemos, por quien sufrimos y gozamos; la Eva morocha y desconocida de la llanura rojiza; la mujer, la madre. Ella sintió en sí el dardo negro de su mirada. Sus brazos



EL FANFARRON ANIBAL

Por ANTONIO GUTIERREZ ALFARO

:: :: ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO :: ::

de las llanuras, se había adueñado de su alma: era toda imaginación. Imaginación que se convertía en realidad; acción que a su vez se trocaba en fantasía.

Y en el gesto con que al caminar revolcaba la capa gris, y el sable largo de caballería, y el ancho sombrero de ala levantada, se veía al hombre dueño de sí mismo, dueño del mundo.

★
Cuatro estacas, una techumbre de paja, oscurecida por el tiempo... A la puerta, un trozo de tronco, un caldero...

Desde adentro se oía la cantinela y el paso lerdo de la mujer que se atareaba en la preparación de la comida: carne asada en un plato, farfina en el otro. En un pequeño hornillo, la caldera de agua, lista para la yerba, humeaba lentamente; en un rincón de la mesa tosca, un machete viejo y enmohecido, una botella de cañaza, unos naipes...

A la puerta, Aristides y Fredolino jugueteaban con las lanas sucias de un perrazo... Seguida de sus polluelos, una gallina correteaba en feroces semicírculos, a la caza de arañitas... Un caballo, con la cabeza gacha, husmeaba lánguidamente en un montón de pasto medio seco.

Lejos, un viejo canturreaba,

lleantes. Delante de un pequeño grupo de jinetes, tres hombres, a paso lento, se aproximaban, tropezando a veces contra los pedruscos o en las pequeñas hondonadas.

El viejo se detuvo en su labor y, haciendo sombra con la mano a los ojos, examinó detenidamente a los recién llegados. Aristides y Fredolino, precipitándose detrás del perro, lo retuvieron por las lanas y las orejas. De adentro, se oía la cantinela imperturbable de la mujer. Los hombres seguían aproximándose, sin hablar ni hacer demostración alguna hasta que, al llegar a pocos metros de la choza, los jinetes desmontaron, y uno de ellos, pronunciando secamente unas breves palabras de saludo, se adelantó hasta la puerta.

Habiase el viejo acercado lentamente, a su vez, hacia el grupo; sacándose el sombrero con un gesto brusco, saludó humildemente, haciendo una gran reverencia, al ver las armas que asomaban por debajo de las amplias capas extendidas. En el centro de los que llegaban, con el sombrero ancho volcado sobre su frente, venía un prisionero, alto, ceñudo, con las manos atadas. Junto a él, dos mocetones fornidos tenían sus armas prestas. La mujer, con una expresión de temor en sus facciones, se ha-

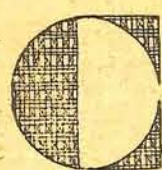
hombros cuadrados, revelaba, a pesar de su ropa de paisano, algo de tiesura militar. A uno y otro lado, los hombres que formaban su custodia, con las armas listas, no se separaban de él.

Todos guardaron silencio; algunos de los hombres fumaban cigarrillos de chala; otros, en actitud de leve descanso, lanzaban de vez en cuando miradas indiferentes al prisionero. La mujer trajo los víveres que



REUMATISMO? Linimento de Sloan MATA DOLORES

HOLLYWOOD EN MADRID



CUANTOS millones de personas hablamos el español en todo el mundo? ¿Qué fabulosa extensión ocupan sobre la Tierra las naciones de lengua castellana? Idioma noble y elegante, rico y hermoso, nutrido con obras de una variedad y un profundo valor incomparable. De pronto, ahí aparece el inquietante problema: el cine sonoro.

El cine sonoro ha venido a acentuar esa enorme influencia que el mundo anglo-sajón ejerce sobre todos nosotros, simples pueblos subordinados. Y subordinados, vencidos, entregados completamente a un poder, como el cinematógrafo, que parecía una broma o un puro pasatiempo. Ahora, con la invasión del cine parlante, nos vemos obligados a tragar el idioma inglés, sin que nos valga la excusa de que no lo comprendemos. No importa que no lo entendamos; su acento y su tono se nos meten en el espíritu, y el lenguaje de los chiguenses y los californianos acabará por resultarnos familiar.

Tan familiar como ya se había hecho el alemán cotidiano de la gente estadounidense. Pues quiera o no quiera, el joven de España como el de Alemania, el de Francia como el del Brasil, bailan hoy y cantan todos según el ritmo que marcan en Nueva York, y visten y juegan, aman y gesticulan en lo usual de la vida como la gente norteamericana. Y esta victoria no la ha conseguido un tipo elevado de cultura, un singular poderío político, una superioridad de la literatura y el arte. Lo ha logrado el cine, sencillamente. Esa invención que parecía una broma y que ha dado en poco tiempo a Norte América, además de fabulosas sumas de dinero, el privilegio de imponer el tono, el ritmo, el gesto de la vida a todo el mundo civilizado.

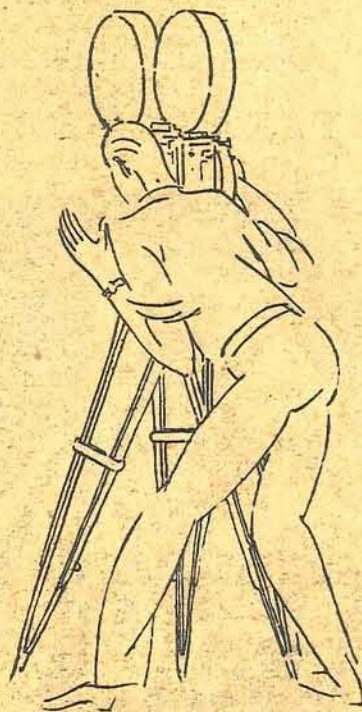
La especie de despotismo francés, por ejemplo, vigente hasta hace pocos años, ha quedado poco menos que reducido a la impotencia. Cuando veo a la hora de la cena, en el sitio de la Gran Vía de Madrid donde se aglomeran los lujosos cinematógrafos, salir la gente en oleadas, pienso que

en la conciencia y en el ser de esas muchedumbres no hay caída más que para el espíritu y la vocación de los Estados Unidos. Nadie se acuerda de las viejas actitudes europeas. Ninguno de esos transeúntes que salen del cine aspira a parecerse a un francés ni a pensar como un alemán; ningún tipo de civilización les seduce, fuera de la palpitante civilización que las películas difunden por toda la extensión de la Tierra.

El cine parlante, en efecto, viene a agravar este estado de subordinación, y nuestro oído ya empieza a familiarizarse con el acento gangoso del inglés de Norte América y a parecerse tan natural e irremediable como el aire de "fox" de las orquestas de todas las salas de té. El cine se ha apoderado, además, del dominio de la revista de gran espectáculo. Los chistes, los "couplets" y las canciones amorosas se nos sirven ahora en lengua inglesa. La "girl" neoyorquina asciende al rango de heroína erótica universal y sirve de modelo imitable a la ambiciosa costurera madrileña como a la mecanógrafa napolitana. Hubo un tiempo en que la opereta vienesa, mezcla de sensualismo sentimental y de elegancia frívola, hacía el encanto de todo el mundo; era el apogeo del vals y de los príncipes galantes y calaveras. Hoy estamos en la edad del "jazz". La edad en que todo se traduce en mecánica. Mecánica el cine, mecánica la voz, mecánico el aparato que substituye a la orquesta, mecánico el compás de la danza. Triunfo total de Norte América, ese gran depósito de máquinas. En cuanto a París, aquel ingenioso París que imponía el tono a la muchedumbre de gozadores del mundo entero, tiene que someterse como todos al despotismo de Hollywood y consentir que la "griseta" imite a la "girl", que el compás de la danza de negros repique monótonamente por todos los lados.

La enorme, la profunda influencia del cinematógrafo es un fenómeno que preocupa a muchas personas responsables. Para luchar contra la invasión se han tomado en algunos paí-

ses medidas de diverso género. Medidas inspiradas principalmente por un interés económico, o sea para evitar los cuantiosos millones que cuesta la introducción de películas y aparatos. Sin embargo, hay algo superior al dinero en esta cuestión. No es lo peor las sumas monetarias con que tienen que tributar a Norte Amé-



rica las naciones; lo peor es ese tributo de la personalidad que pagamos todos a los Estados Unidos por cuenta del cinematógrafo. Esta dejación sin resistencia que hace Europa de todos sus derechos, y este cambio de tipo de vida realizado tan caprichosamente, como si no se tratase de los viejos y profundos pueblos de Europa, sino de las fáciles tribus de

JOSE MARIA SALAVERRIA

(Para LA NACION)
MADRID, junio de 1930

cualquier continente indocumentado.

Pero el cinematógrafo produce también en eso una sorpresa; en que parece un arte simple, fácil de imitar, y resulta, sin embargo, poco menos que inaccesible. Si descontamos a Rusia y Alemania, vemos que naciones tan provistas de medios como Inglaterra y Francia no acaban de dominar el manejo cinematográfico ni producen películas capaces de resistir la competencia norteamericana. Italianos y españoles nos encontramos en el período de la noble y frustrada tentativa. Hay algo de íntimo y secreto en ese arte que simula ser una simple facilidad. Los norteamericanos poseen, sin duda, el secreto, y ellos, con su hábil manera de los resortes, contribuyen a dar esa sensación de cosa fácil y sencilla.

El cine hablado, por último, presenta la cuestión en su máxima gravedad. No es posible consentir pasivamente esta tributación del idioma. Sin necesidad de declaraciones de guerra y de batallas desafortunadas, todos nos encontramos en el cine en la actitud de habitantes de un país invadido. El invasor nos impone su lengua extraña, que tenemos que soportar humildemente como pobres súbditos de un ejército de ocupación.

Hace pocos meses me llevó el viento del azar, mejor dicho, de la buena fortuna, a las costas del mar Caribe: Puerto Rico, Santo Domingo, La Guayra. Y entonces también, como en otras ocasiones, me invadió la especie de religioso asombro al sentir que el idioma, más poderoso y audaz que todas las limitaciones geográficas, me perseguía hasta los territorios más lejanos. Esta emoción se acentuó después cuando me interné en Venezuela, cuando vi aparecer entre las montañas, en la interior y oculta altiplanicie, el encanto de la ciudad de Caracas. El idioma español me acompañaba hasta allí. Y por más prolongado que hubiera sido mi viaje a una parte y otra, siempre encontraría ciudades, ranchos y tolderías donde saliera a saludarme el mismo idioma.

Cuando reflexionamos en esto atentamente, una impresión deslumbrante nos sobrecoge. Pensamos que un positivo milagro nos asiste a cuantos empleamos este común idioma, pues nada hay comparable a su sorprendente, a su maravillosa difusión por tierras y gentes tan dispares. Y en este caso se repite también el efecto de indiferencia o distracción con que el hombre vive en medio de fenómenos estupendos. El milagro, al hacerse cotidiano, pierde la virtud de producir en el hombre estupefacción; pero esto no le roba su cualidad de milagro. En cuanto miremos a lo profundo del fenómeno y nos alejemos un poco de lo contingente y cotidiano, el milagro aparecerá a nuestra vista en toda su potencia deslumbradora.

Tal es el caso de este lenguaje nuestro que oímos pronunciar en torno en usos vulgares, en empleos ordinarios o para expresar las emociones más viles o ridículas. Pero de repente una palabra atraviesa como un dardo el círculo vulgar en que nos movemos. Una palabra. Quijote, es suficiente para que el idioma cobre un repentino sentido de sublimidad y eternidad. Entonces percibimos claramente, es decir, profundamente, la naturaleza del milagro. Entonces vemos dilatarse el escenario de la lengua española en una extensión inaudita, abarcando continentes y archipiélagos los más lejanos, trepando a las mesetas más altas y escondidas, hundiendo en las selvas más espesas.

Y ahora llega el momento de examinar el asunto de una manera más grave; de estudiarlo más de cerca y profundamente. La necesidad de crear un cinematógrafo propio es ahora cuando se muestra en forma imperiosa e inaplazable. Es preciso que las películas hablen nuestra misma lengua, si no queremos renunciar a los últimos derechos de la personalidad. Habrá que atacar el problema con otros medios más serios y con mayor inteligencia que hasta ahora. Y llegar a reconocer, sobre todo, que el cine no es una simple cosa de juego, sino una realidad de enorme trascendencia en la vida actual, tanto o más que la que tuvo el teatro en épocas anteriores.

crispados se extendieron en dirección al grupo, su boca se entreabrió, dejando escapar un gemido, que al fin se hizo articulado:

"¡Piedad!"

El negro Anibal, mirando al descuido la partida del pequeño grupo, sintió no sé qué extraña vibración. Se encasquetó el sombrero, arrojó violentamente sobre su espalda los paños de la capa, y adelantándose, a grandes trancos, se interpuso con decisión en el camino de la patrulla.

"¿Qué ha hecho este hombre?" — preguntó, ceñudo.

"No podemos conservarlo" — respondió el guerrillero — "Tiene información".

Anibal apoyó su arma livianamente contra el suelo. La mujer gimió de nuevo, tratando de dominarse. Era una voz gutural, prolongada, casi indescifrable: "¡Piedad!"

El negro tocó en el pecho al cabecilla. "El río queda cerca. Dejadle ir".

"No es posible".

"Otros de los nuestros fueron..."

"Tiene información".

El preso, con las mandíbulas contraídas, miraba fijamente delante de sí, procurando dominar su emoción, concentrándose en un punto indeterminado del horizonte.

"Deje paso, teniente. No podemos estar siempre aquí".

El jefe de la patrulla se impacientó.

Una red de canalillos sanguinolentos se dibujó en la córnea blanquisima de los ojos de Anibal.

Su voz sonó a mando, potente.

"¡Un momento!"

Alzando de improviso la mano derecha, llevó el caño de su carabina bruscamente contra el pecho del jefe de la partida, mientras con la mano izquierda lo empujaba hacia atrás.

"¡Desaten a ese 'picapao'!"

Los guerrilleros, en su desconcierto, adoptaron diversas actitudes. De los que estaban junto al hombre, unos vacilaron, y dos se echaron las armas al hombro, apuntándole al teniente. Uno sacó el sable, relucieron dos o tres puñales. Un mocetón alto y desgredado, de aspecto feroz, echó mano, airadamente, al hombro del preso.

Los ojos de Anibal relucieron con el gozo del combate. Dió un paso cauteloso hacia adelante.

Una voz rajada y temblorosa se interpuso. Una figura delgada, de ademán espantado e inseguro, apareció en el centro del círculo de los hombres armados. Sus brazos, a medio extender, parecían querer abarcarlos a todos, bajar los caños de los fusiles, abatir las hojas de los sables y de las facas.

Un miedo se ofrecía heroicamente al exterminio para sal-

var una vida. Un cuerpo débil y achacoso, aferrado a la existencia con ese tenaz deseo propio de la ancianidad, se interponía entre las herramientas de muerte. Mientras sus ojos espantados parecían otear la muerte, sus manos crispadas parecían querer aferrarse a la vida.

"¡Yo soy colorado!" — exclamó — "¡Entre hermanos!"...

El jefe de la partida se levantó, con una mano sobre el pecho herido, con la otra en la empuñadura de su faca. "¡Fuego!" — gritó roncamente.

No se oyó ningún disparo. Tomándole del brazo con suavidad, uno de los insurrectos alejó, con cierta dificultad, al viejo, que mascullaba frases incoherentes. Las armas de fuego se apoyaron en el suelo. Sables y cuchillos volvieron a sus vainas.

"¡Traidores!" — gritó el jefe.

El mismo mocetón que le tenía del hombro, desató las ligaduras del preso. Este permaneció en su sitio, como helado. Dando después un paso hacia adelante, vaciló, tropezó, se irguió, volvió a caer, de rodillas primero, de bruce contra el suelo después. Dos de los guerrilleros le ayudaron a incorporarse, y otro le señaló el camino de Occidente.

"¡El Uruguay!"

El jefe de la partida había

ensillado su caballo y partía al trote, con la cabeza echada hacia atrás. Su figura, envuelta en la capa parda, se perdió en la obscuridad.

Sus hombres no se miraban, como avergonzados. Anibal había recuperado su buen humor. "¡Patrona, un jarro de agua!" — exclamó sencillamente.

La mujer se apresuró a servirle, con mano todavía agitada. El viejo, acurrucado, parecía recitar algún extraño ensalmo, con los ojos fijos en la luna. Aristides y Fredolino, aproximándose poco a poco, examinaban con curiosidad el armamento fantástico del negro. El perro, desconfiado, rondaba la patrulla.

Uno de los "maragatos" vino a pedirle órdenes a Anibal. Montaron lentamente a caballo y desfilaron rumbo a la mole lejana de la sierra, que no se advertía en la penumbra de la noche, pero que su instinto les advertía con certeza.

El negro puso una mano sobre la cabeza de Aristides. Dió una palmada en el hombro a Fredolino. Castañeteando los dedos, invitó al perro a un gesto de amistad. Al pasar por delante del viejo, se agachó para oírle.

"Eu tive un filho" — decía.

El negro Anibal cayó, en una encrucijada, peleando, en su ley, uno contra diez. Caído sobre una rodilla, con la cara

abierta y el cuerpo asaeteado a tiros y puntazos, uno de sus adversarios le ofreció merced. Reuniendo sus fuerzas para el último salto, el negro Anibal, con un ¡Viva a la libertad! en sus labios, no logró llegar hasta los que le cercaban y rodó sin vida.

Era un fanfarrón el negro Anibal.

Los policías de la subintendencia todavía no comprenden quién ponía esas florecillas coloradas al pie de la cruz hermeja, tosca y ruda, que las manos del pueblo habían levantado sobre la tumba del muerto. Tal vez Aristides y Fredolino, merodeando ambos sobre el caballo pardo, con la bolsa de arpillera en exquisito equilibrio delante de la montura improvisada, pudieran decirles algo... Porque en los ojos de una mujer del campo no se había borrado nunca aquella mirada con que un desconocido le impetró piedad, ni aquella mirada con que otro desconocido se jugó, para otorgarla en su nombre, la vida.

Y es que — ya lo hemos dicho — era un gran fanfarrón el negro Anibal.

UN PEQUEÑO ERROR

MI marido se ha caído de la escalera. Dice que le falló un escalón, pero me parece que fueron quince los que le faltaron.

ESCRITORAS INGLESA DE HOY

KATHERINE MANSFIELD



UNIQUE ello no sea muy conocido en el extranjero, la mujer ocupa lugar destacado en la literatura inglesa actual. Es

imposible pasar revista a los escritores británicos de hoy sin encontrar el exquisito ingenio, el agudo análisis y el sentido preciso del estilo de mujeres tales como Virginia Woolf, Rebecca West, crítica y ensayista; Rosa Macaulay, satírica; la malograda Katherine Mansfield, escritora única de novelas cortas; Mary Webb, Edith Sitwell, que, integrando el famoso trío Sitwell de poetas, es una sorpresa continua para el Londres literario; Radclyffe Hall, que alia un magnífico don de estilo con una sinceridad apasionada; pasando por alto a una legión de novelistas cuya obra siempre se distingue al reflejar brillantemente el espíritu de los tiempos.

Por eso, la autora de estas líneas se propone describir, tan brevemente como le sea posible, en una corta serie de artículos, la personalidad y la obra de esas mujeres, empezando por Katherine Mansfield, la escritora de novelas cortas, cuyo fallecimiento prematuro, ocurrido en 1922, privó a las letras inglesas de una de las artistas más notables de su generación.

Nacida en Nueva Zelanda en 1888, Katherine Mansfield es autora de cinco libros de narraciones cortas, dos volúmenes de cartas y un diario, fuera de algunos fragmentos que comprenden bocetos para una novela y varios poemas sin mayor mérito. Todos sus libros, con excepción de "En una pensión alemana", son obra de una artista consumada. Los volúmenes de cartas y el diario, naturalmente más espontáneos y emotivos que sus demás trabajos, dejan vislumbrar una personalidad radiante, casi extraterrena. La autora de "Bliss" (Bienaventuranza) y de "The Garden Party" estuvo siempre muy lejos del tipo común de escritora moderna, por su exquisito encanto infantil, unido a la visión madura de la mayoría. La vida y el mundo del hombre y la mujer fueron siempre para ella una fuente de alegría, salvo en los momentos sombríos, en que volviéndose, desesperada de la fealdad del modernismo, a los dorados reinos de sus poetas, a Shelley, Coleridge y Thomas Wyatt, a Southey y Abraham Cowley. Respiran esa alegría todas sus cartas, y ello les presta una intensidad que es la esencia misma de la obra de Katherine Mansfield. Parece que hubiera escrito en estado de éxtasis aquellas cartas en que el mundo visual se transforma en panorama gozoso: la clara belleza del mediodía de Francia, la riqueza de color de Cornualles, los jardines de sus amigos, el esplendor de Suiza en el estío, todo cobra en sus epístolas nueva riqueza, nueva intensidad de belleza. Es de todo punto imposible leerlas sin sentirse tocado por el sutil espíritu de la escritora, de la esbelta muchacha de oscuros ojos risueños que velan una melancolía interior de poeta y de boca voluntariosa, definida y capaz, pese a la dulzura de sus líneas.

Durante su corta existencia, pues murió a los treinta y cinco años, cuando el público empezaba a reconocer su talento, Katherine Mansfield vivió plenamente. Neozelandesa por nacimiento, fué a Inglaterra a los trece años y permaneció allí hasta los diez y ocho. Durante su estadía en Gran Bretaña, encontró el principio de su libertad intelectual, como muchos jóvenes antes que ella, en la admiración de Oscar Wilde y los decadentes ingleses; pero, al mismo tiempo, su curiosidad cambió de la literatura a la música: hizose devota del violoncelo y buena ejecutante. De vuelta a Nueva Zelanda, la invadió la nostalgia de Londres,

hogar espiritual del intelectual joven, centro de todo cuanto hace la vida para el artista digna de ser vivida. Persuadió a sus padres a que le asignaran una modesta pensión y le permitieran residir en Londres. En esta ciudad abandonó la música por la literatura, y presentó manuscrito tras manuscrito a editores que los rechazaron con inflexible regularidad. En sus esfuerzos por hacer que los extremos se tocasen, tuvo experiencias variadas como partiquina en diversas compañías ambulantes de ópera, cinematográficas y otras por el estilo, hasta que en 1909 el director del "New Age" reconoció el valor literario de sus escritos y la incorporó como colaboradora a su periódico. Varias de las novelas que escribió para el "New Age" publicaronse posteriormente en forma de libro, con el título de "En una pensión alemana". Este libro, que encerraba bocetos de la vida en Alemania, país donde pasó breve tiempo, convalenciendo de una enfermedad grave, fué mirado inmediatamente como una promesa de un talento muy poco común, y pronto alcanzó tres ediciones, no llegando a más por la quiebra del editor y no habiendo recibido la autora por sus derechos sino quince libras en calidad de adelanto.

"En una pensión alemana" es una colección notable de vivaces y a ratos crueles bocetos de tipos que conoció su autora en Baviera, durante su curación. El talento que iba a florecer posteriormente en novelas cortas tan admirables como "Prelude", "Je ne parle pas français", "Bliss" y "The Little Governess", no estaba maduro todavía; tenía aún cierta acedia y aspereza; era intensamente juvenil en su crueldad burlona, pero no desmedaba la lucidez de percepción ni la preocupación de la escritora por los problemas de estilo y ambiente. Entre 1911 y 1913, Katherine Mansfield colaboró con J. Middleton Murry y D. H. Lawrence en dos revistas: "Rythm" y "The blue Review", y se casó con el primero de los escritores nombrados, a la sazón estudiante de Oxford, más tarde uno de los más autorizados críticos literarios de su tiempo y director de "The Atheneum", y luego de "The Adelphi".

En 1917, "Prelude" fué publicado en un librito de color azul por la Editorial Hogarth. Era la obra más importante de la escritora, y de esa novela dice su esposo en la Introducción a su Diario: "Prelude" marca el comienzo de la última etapa de la evolución de Katherine Mansfield. La guerra significó para ella una profunda conmoción espiritual, del modo mismo que lo significó para muchos menos dotados escritores de su generación. Durante mucho tiempo el caos en que se sumieron sus pensamientos, ideales y propósitos, no se resolvió; luego, paulatinamente, su espíritu empezó a volverse hacia su primera infancia como a una vida que hubiera existido aparte de la civilización mecánica que produjera la guerra y no estuviese contaminada por ésta. Su momento crítico ocurrió en 1915, cuando su querido hermano menor llegó a Inglaterra a servir en el ejército inglés como oficial. Su encuentro con él constituyó, en realidad, el núcleo en torno del cual pudo cristalizarse su nueva actitud. Los hermanos conversaron horas y horas acerca de su niñez, y Katherine Mansfield decidió dedicarse a reproducir la vida tal como la viviera y la sintiera en Nueva Zelanda. La muerte de su hermano un mes después la confirmó en su propósito, y a poco de esto salió de Inglaterra para radicarse en



KATHERINE MANSFIELD

Bandol, al Sur de Francia, donde empezó a escribir una larga narración de sus días de infancia, con el título de "El álamo", que se publicó en forma diferente y abreviada con el de "Prelude".

Cablegramas

Cablegramas lleva el viento por encima de la mar. Cablegramas a su encuentro que no lo puedo olvidar.

En el mástil más alto de mi navío, se ha parado una estrella muerta de frío.

Siete puntas le sangran, que siete tiene. ¿Y esa estrella sangrante de dónde viene?...

De polo a polo.

¡Cablegramas al viento que no esté solo!...

Concha Méndez Cuesta

A poco de escribir "Prelude", Katherine Mansfield sufrió un serio ataque de pleuresía y los médicos le ordenaron que residiera en el mediodía de Francia. Entonces empezó la larga agonía de su salud desfalleciente, que iba a acabar en Fontainebleau, seis años después, luego de viajar mucho

HERMINE
HALLAM-
HIPWELL

por todo el Mediterráneo, Suiza y el Sur de Inglaterra. Durante este tiempo escribió sin tregua y aun con mayor lucidez de visión, aplicada a lo que consideraba su misión de escritora. En una carta no remitida, escrita en enero de 1921, Katherine dice así: "Ya lo ve: para mí, la vida y la obra son cosas indivisibles. Sólo siendo leal para con la vida puedo ser leal para con el arte. Y serlo para con la vida equivale a ser 'buena, sincera, sencilla, honrada'. Me parece que ciertas personas le han dado quizá una idea falsa de mí. Me gusta amar sólo a mis amigos. No tengo tiempo para cosas menos preciosas". Poco después escribe en su diario: "Le travail, même mauvais, vaut mieux que la rêverie". Como todo escritor de talento, Katherine Mansfield era víctima de su temperamento: una y otra vez en su Diario se queja de la dificultad con que escribe: las ideas están a la mano, la visión también; pero las palabras no acuden: se esfuman al menor roce de la pluma en el papel. Sus cartas están llenas de reproches a sí misma; de la amargura del artista que, queriendo darlo todo, es retenido por una inhibición interior. Semanas de inacción, sombras, dolorosas y frustradas, ceden el paso, no obstante, a días gloriosos en que escribe en "estado de gracia", hasta el punto de exclamar al fin del trabajo cotidiano: "Esto está bien". Y esa íntima satisfacción, esa conciencia de lo acabado vale bien todas las horas negras de introspección, las largas noches febriles, los dolores de su enfermedad. A medida que se agravaba ésta, intensificábase su obra, ganaba su visión en claridad, tornábase casi espiritual en demasía para la tosquedad de este mundo.

Porque Katherine Mansfield fué siempre una escritora fina; la vida se le aparecía llena de matices delicados, de gradaciones de color y de sonido que llegaron a constituir el perfecto conjunto de su visión artística. Así fué como logró escribir novelas tales como "The Garden Party", "The Fly", "Revelations", "Bliss", "The Wind Blows", "Psychology", todas obras maestras acabadas, perfectas, con aquella perfección que era uno de los secretos de la grandeza de Katherine Mansfield como artista. A la vez, a pesar de esa perfección que puede parecer al profano frialdad y hurañez, su obra fué siempre notable por su vitalidad, su calor y su ternura, pues Katherine Mansfield siempre tuvo amor por la vida y por el mundo: el mundo de los pájaros, de las llamas vacilantes, de los árboles y de las flores en botón, de los ancianos y ancianas contentos con el apacible final de sus días, de una

escena callejera, de la charla chillona de un londinense. Es el amor lo que da a sus descripciones su viveza y su comprensión y humanidad intensas; el amor, que palpita en cada una de las cartas que escribió durante sus viajes y en todas sus novelas, tan presente en éstas, si menos ostensible, que en aquéllas, pues las cartas y hasta cierto punto el Diario—aunque este último es más "atormentado" y en verdad más crispado de desesperación que aquéllas, siempre tan risueñas y joviales y tan iluminadas por esa alegría que tiene la divina sencillez de la infancia—revelan más completamente la personalidad de Katherine Mansfield que sus novelas. Tocante a su obra, escribe a un amigo:

"Cuando escribo acerca de patos, le aseguro que me siento un pato blanco de ojo redondo, que nada en una laguna bordeada de manchas amarillas, y que de cuando en cuando se lanza contra otro pato de ojo redondo, que boga patas arriba debajo de mí; y ciertamente todo el proceso mental que sigo para convertirme en el pato (aquellos que Lawrence llamaría la identificación con el pato), es tan emocionante, que apenas puedo respirar con sólo pensar en ello. Pues si bien hasta este punto puede llegar mucha gente, ello es en realidad sólo el "preludio", porque luego viene el momento en que usted es más pato, más manzana y más Natacha que lo que podrían ser probablemente estos entes, y así es como se les crea de nuevo. Creo en la técnica por lo mismo que no acierto a comprender cómo el arte puede bucear en el perfil exterior de las cosas si no ha dado cima al proceso de intentar convertirse en estas cosas antes de volverlas a crear". Quizá en estas breves frases consiste todo el secreto del arte de Katherine Mansfield: sus hombres y mujeres, sus cuadros de naturaleza muerta son nuevas creaciones suyas, gracias a su maravillosa percepción y a su simpatía hondamente alentadora. Esta calidad de simpatía, unida a la intensidad de su percepción, es lo que inmortaliza su obra. Katherine Mansfield tuvo muchos imitadores y discípulos; pero ninguno de éstos escribió una sola frase digna de compararse con el más ligero y menos consistente de sus bocetos. Permanece sola por siempre, criatura graciosa y hechicera, con algo del exotismo de su tierra natal en su belleza frágil e infantil. Para sus colegas, su nombre será siempre inspirador, pues seduce especialmente al artista, por más que nunca escribiera deliberadamente para el "exótico gremio" al que pertenecía a regañadientes; y nadie que haya conocido los goces de la creación, podrá dejar de gustar la hermosura y rareza peregrinas del espíritu de Katherine Mansfield, que floreció en narraciones y epístolas tan exquisitas que leerlas es entrar en un reino de sutiles placeres intelectuales y de inolvidables emociones.

EL AHORRO
INSTITUCIÓN ARGENTINA DE CREDITO
ESTABLECIDA EN 1911
LAVALLE 362 BUENOS AIRES

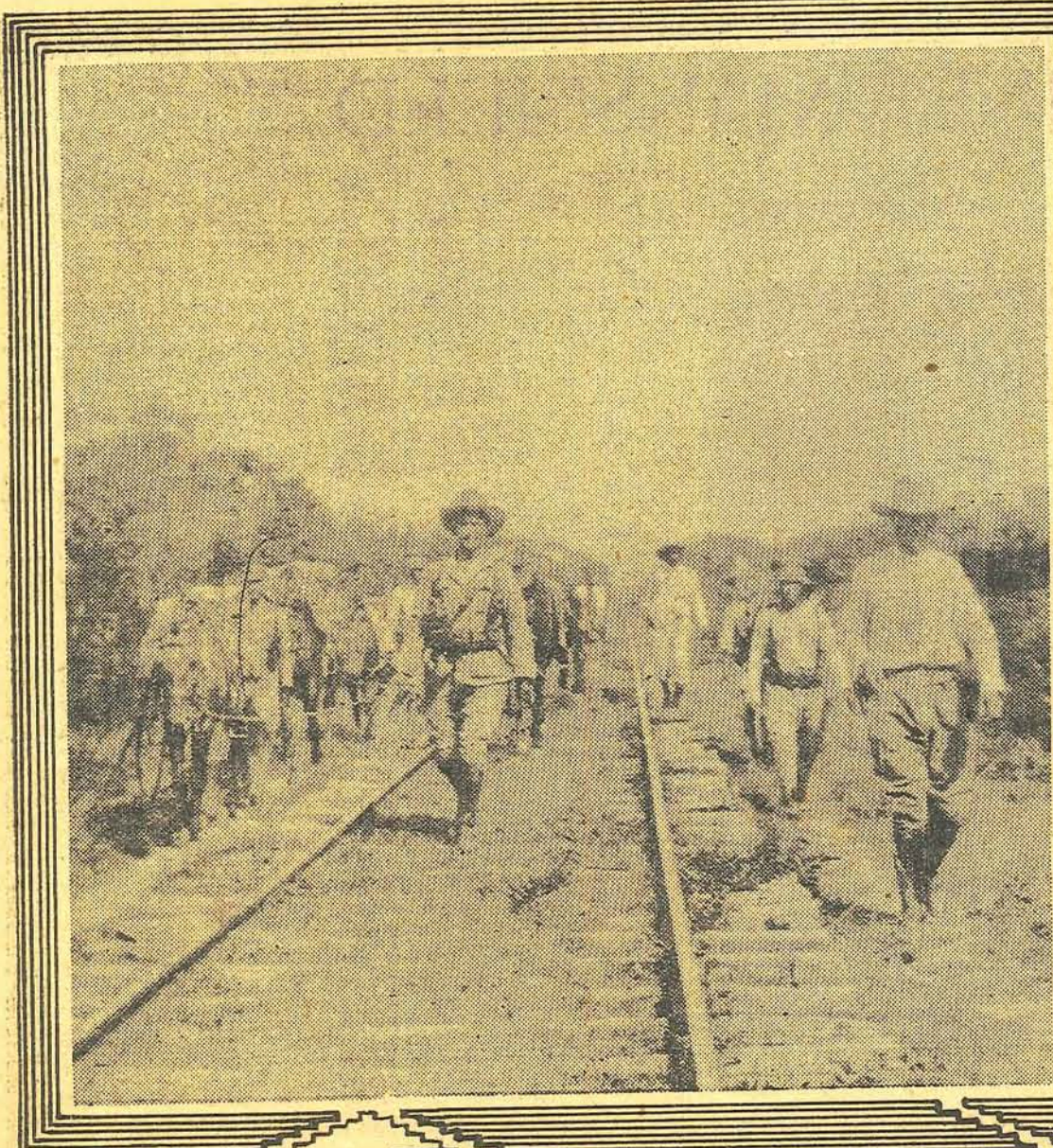
El noventa por ciento de los indigentes se ven en la miseria por culpa de su desobediencia o por ignorancia de las leyes de la vida, sobre templanza y ahorro.

GUARDE

algo cada mes! Sea previsor. La riqueza es consecuencia de la práctica del ahorro. ¡Abra usted una cuenta! El Banco "El Ahorro" le abona el 8 o/o de interés anual y coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

Opera desde hace veinte años a completa satisfacción de sus clientes.



Marcha a lo largo de una vía de ferrocarril



XHUATAN es un pueblo pobre y triste como todos en la costa de Chiapas. Una casona de dos piezas provee el

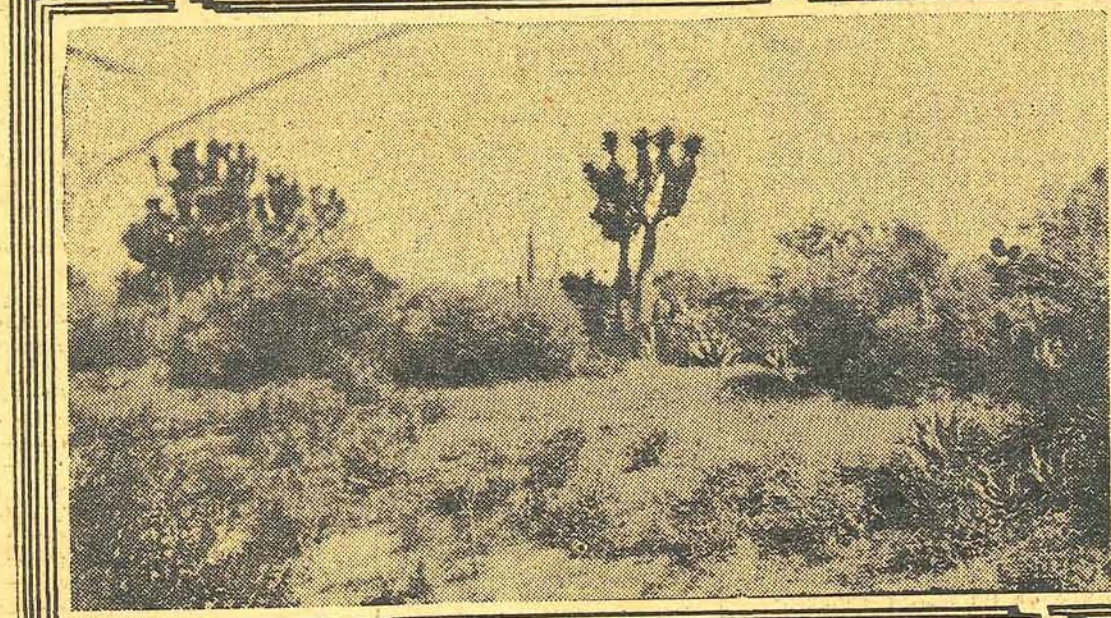
cantón militar. En el cuarto mayor, destinado a la tropa, había varios cajones que hacían las veces de mesa y bancos, unas cuantas latas vacías tiradas por el suelo, trapos y restos de comida. En una pared veíase una lámina representando al general Calles. Evidentemente, un recorte de diario.

Tiramos las monturas y pilchas empapadas en agua en un rincón. Fui a comprar una botella de tequila. Un trago o dos de esta bebida de fuego bastaron para desentumecer los huesos de la gente, y un reparto liberal de cigarrillos, con varios chistes, devolvieron la alegría y el buen humor a estos soldados sufridos y bonachones.

Acomodé a Mancha, cosa que siempre hice yo mismo, y fui de casa en casa en busca de algo para mi estómago. Los soldados hicieron otro tanto, pero con suerte más pronta que la mía, pues es de notar que allá el Gobierno no provee la comida a sus soldados, teniendo cada uno que adquirir su propia alimentación. Y como la necesidad, en Méjico también, tiene cara de hereje, esos hombres son de una baquía única para dar con el pan de cada día. A punto tal que me parece que si se largara a un grupo de estos hombres en el lugar más desolado del desierto de Sahara, no pasaría un cuarto de hora sin que se hubiesen provisto de comida para todo un festín...

Después limpié un rincón de la pieza para tender mis pilchas. Los soldados me miraban curiosamente como se mira a un loco, porque, ¿a quién demonios se le ocurre limpiar el pedacito de suelo donde se va a dormir?

Nos alumbramos con dos velas y un soldado sacó una ima-



Paisaje típico de Méjico

gen descolorida de la Virgen de Guadalupe. La colocó encima de un cajoncito, y delante puso un frasco de botica de vidrio colorado, con aceite y su mecherito. Esta lamparita ardió toda la noche y su luz fue suficiente para siempre mostrar la imagen de la Virgen.

Antes de acostarnos inicié una conversación sobre santos. Quería simplemente saber cuáles eran las creencias y opiniones de estos rudos muchachos y hombres sobre religión. El dueño de la lamparita declaró que la única Virgen verdadera era la de Guadalupe; que era trigueña y mejicana, con lo cual todo estaba dicho. En cambio, la Virgen María no le gustaba; una, porque tenía el cutis blanco, y otra, porque era "gringa". Es decir, norteamericana, ya que, como ya tuve ocasión de contar, en Méjico solamente a los yankees los llaman, y muy despectivamente, gringos.

Hubo varias opiniones más, pero en este punto todos coincidían: la Virgen de Guadalupe ante todo y sobre todo. Cada soldado llevaba un amuleto sobre el pecho. Antiguamente

estos talismanes eran vendidos por los sacerdotes y, según los medios del comprador, estaban hechos de oro, plata, otro metal cualquiera, o simplemente de pedacitos de género sobre los que iba impresa la figura de algún santo, generalmente la de la Virgen de Guadalupe. Siendo pobres los soldados, los amuletos eran de género, pero a fuerza de llevarlos durante años y más años, y con la grasa y el sudor del cuerpo, nada de la imagen quedaba en ellos. Mas, pese al hecho de que ninguno de esos hombres demostraba tener sentimientos religiosos, se mostraban muy supersticiosos con los amuletos y jamás vi al portador de uno de ellos quitárselo en circunstancia alguna.

Varios hombres ya dormían mientras otros seguían discutiendo sobre la cuestión religiosa. Esto lo hacían en términos fuertes, como para dar más peso a sus argumentos. Pero poco a poco la conversación fue languideciendo, las frases salían entrecortadas, y al cabo de un tiempo no sentí más que el cadencioso respirar de los hombres. Me dormí.

Temprano alguien me despertó de un empujón. Arrollé las pilchas, saludé a Mancha, y fui, lo mismo que los soldados, en busca de café.

Ese día, como la nueva escolta no estaba lista todavía, me puse a engrasar aperos, a remendar ropa y a coser algunos botones.

Luego hice una visita al mariscal, para conocer su sistema de curar caballos. Con el nombre de mariscal se designa en el ejército mejicano al vete-



NOTAS DE UN "RAID" POR LAS DOS AMERICAS

rinario. Es un nombre de importancia. Varios caballos padecían de elefantitis, otros estaban matados del lomo, los había con heridas cortantes y algunos andaban agusanados.

Los remedios únicos del mariscal eran yodo, ácido carbólico y agua sucia que se hacía alcanzar por algún asistente de un bache en mitad del camino.

Para cauterizar las heridas empleaba indistintamente tiras de arpillería y bosta de caballos, y las querezas y gusanos que sacaba de las heridas, se los comían las gallinas que andaban por la calle. Esto me quitó las ganas de probar carne de gallina por varias semanas.

Llegó un soldado con la noticia de que un caballo estaba muy mal de cólicos. Fuimos a inspeccionar al paciente, hallándolo tirado en el suelo, gacha la cabeza y las orejas. El mariscal le clavó una mirada penetrante, de experto, dió una o dos vueltas en derredor suyo, despacio, como lo hace el automovilista alrededor de su coche para cerciorarse si tiene una goma pinchada; le dió una patada en las costillas, y como el tratamiento no surtió efecto inmediato, lo repitió con más energía, hasta que, por fin, el caballo con gran esfuerzo se levantó.

Me aproximé al hombre de ciencia con respeto y cautela para inquirir, profano y lego como soy en la materia cuál era el próximo tratamiento que pensaba darle al animal. Pensó largamente el mariscal, y hondo, como lo denotaba claramente un pausado rascarse la barba cepillosa con el lomo de la mano forzada. Por fin tomó su resolución. Ordenó a uno de los soldados que lo había

Feria en un pueblo de Chiapas





EN IXHUATAN POR AIME F. TSCHIFFELY

estado mirando lleno de admiración y respeto, que fuera a la "oficina" en busca de la reata prieta. Reata es sinónimo de lazo, y prieto, en Méjico, significa negro. Al rato, el hombre volvió con el artículo pedido; lo tomó el veterinario, lo remojó bien en agua, y luego se arremangó bien la camisa.

Yo estaba perplejo y más intrigado que nunca.

El caballo fué bien atado de un poste, y hecho esto, el mariscal comenzó a darle una paliza feroz con su reata prieta. Llovían los sogazos sobre la cabeza, el lomo, el anca, las costillas, patas y panza del infeliz animal, pero tuve la prudencia de no intervenir, pues cuando un hombre de ciencia se halla en pleno ejercicio de sus funciones, no es sensato ni aconsejable que un profano, invitado de favor por afiadidura, se meta a opinar en lo que no entiende.

Cuando, finalmente, el mariscal se hubo cansado de tanto golpear, ordenó a un soldado que montara al caballo aterrizado y que le diera un galope a todo correr hasta que el animal no pudiera más, y mientras se daba ejecución a esta última fase del tratamiento, se volvió hacia mí con el aire que podría afectar una eminencia médica después de haber hecho una demostración feliz de un método operatorio particularmente difícil, pero en vez de gastar muchas palabras, me hizo una guiñada significativa y dijo con satisfacción suprema: "¡Ha visto, ha visto!", y agregó en voz baja, confidencialmente, que el secreto de la cura estaba en la reata "prieta", que cualquier otra reata, por buena que fuese, no siendo prieta, sería absolutamente ineficaz.

El mariscal en pleno ejercicio profesional

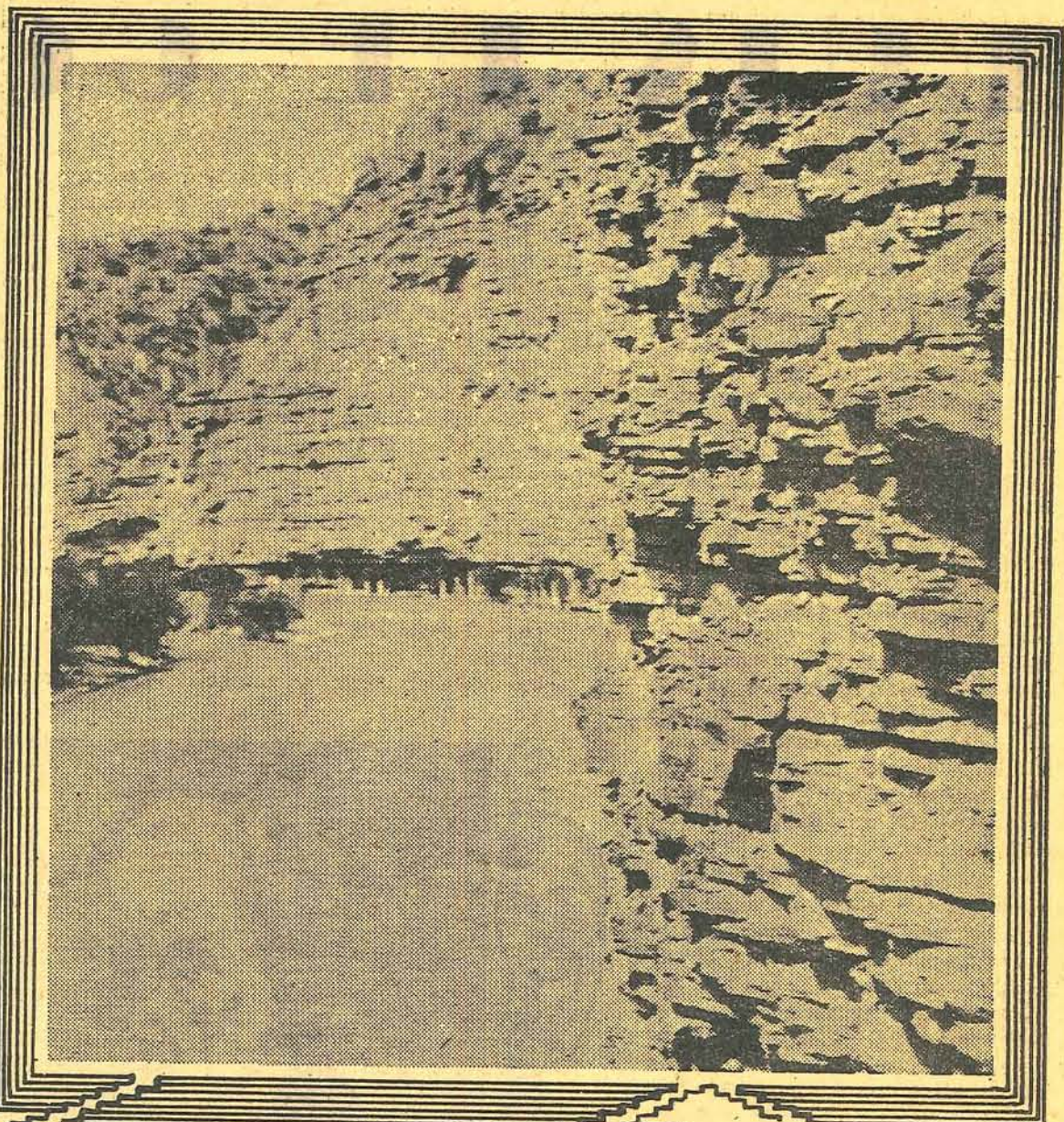
caz para este particular tratamiento.

Yo, ciertamente, había visto bastante, por más que mi entendimiento quedara prieto en comprender ese enérgico procedimiento curativo por medio de colores.

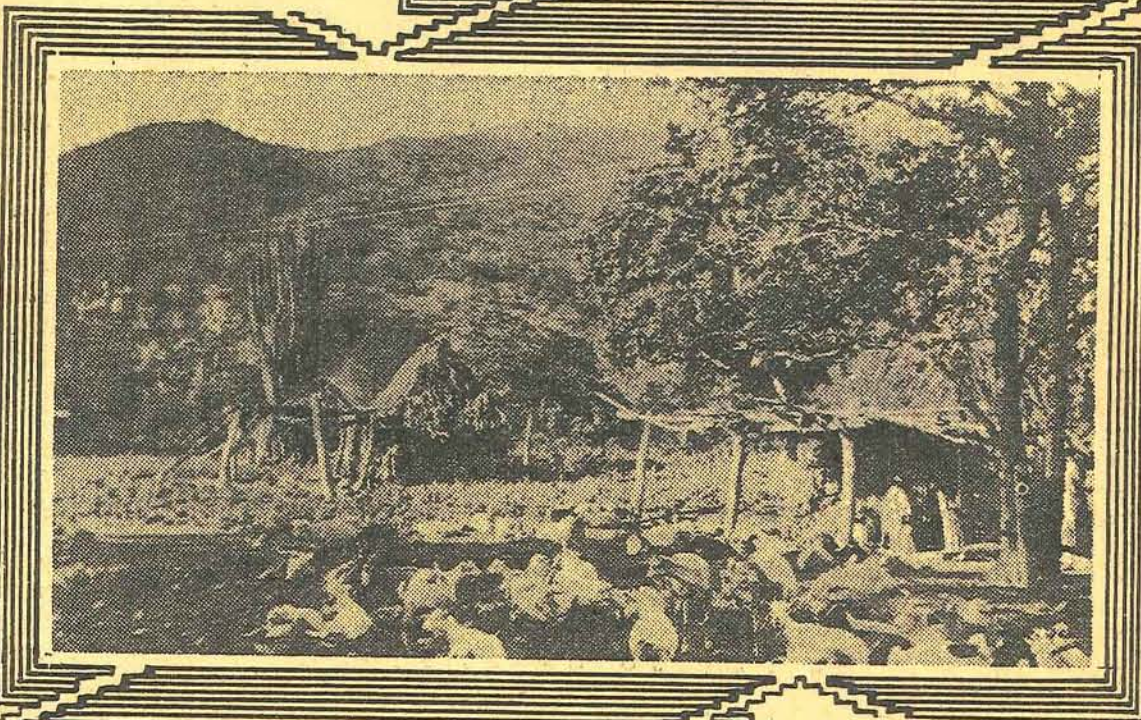
De regreso al cantón, hallé a los hombres sentados y echados en el suelo, sin decir palabra y quietos, que se me parecían figuras de cera sacadas de un museo de antigüedades. Apareció un oficial, y viendo a un cabo, comenzó a insultarlo, llamándolo haragán, miserable, etc., y le preguntó por qué no había venido al cuartel las dos o tres noches pasadas. El cabo contestó que había estado enfermo de malaria, a lo cual replicó el oficial porque no había dado parte de enfermo al mariscal (!!), agregando que su deber era dormir con la tropa y no ir tras las mujeres del pueblo. Hablaba el oficial rápidamente, sin tomar resuello, y me causó admiración cómo podía dar salida a ese torrente de palabras sin repetirse una sola vez.

Se fué el oficial y quedó el cabo sentado en un cajón. Tenía el uniforme todo deshecho y sucio; los pies descalzos. Como todos los indios y aquéllos que tienen mucha sangre de aborígen en sus venas, en ningún momento su cara denotó la menor impresión, pero en sus ojos estaba pintada la furia. Quedé mirándolo.

De repente creí descubrir una mirada terrible en sus ojos, una mirada de feroz rabia y desprecio, y cuando me di vuelta hacia donde fulminaba ese par de ojos, vi que ahí



Un pasaje arriesgado



Visión campestre

estaba el oficial. El también debió haber visto esa mirada, porque vino hacia el cabo. Primero caminó de prisa, pero a

medida que se acercaba, su paso se fué haciendo más lento, hasta que, por fin, se halló frente a su subordinado. El cabo también se levantó y ambos quedaron mirándose cara a cara. Los ojos lanzaban chispas y fuego. Parecían dos felinos, listos para saltar uno sobre el otro. Ni la menor contracción de músculos; sólo un leve temblor de los labios. El cabo fué midiendo con la vista al oficial de cabeza a los pies y de los pies a la cabeza, lentamente, como para asegurarse de qué largo habría que cavar la fosa para enterrarlo. Así quedaron por largos segundos, y después el oficial, apartando la vista, quedamente, se retiró. Estaba vencido y pareció comprenderlo así.

Luego el cabo también se fué y no volví a verlo hasta la mañana siguiente cuando emprendimos la marcha. Se notaba que había estado bebiendo, porque sus ojos estaban rojos y su marcha insegura, más nadie dijo una sola palabra. El hombre se había anotado un punto.

¿ESTA USTED HERNIADO?



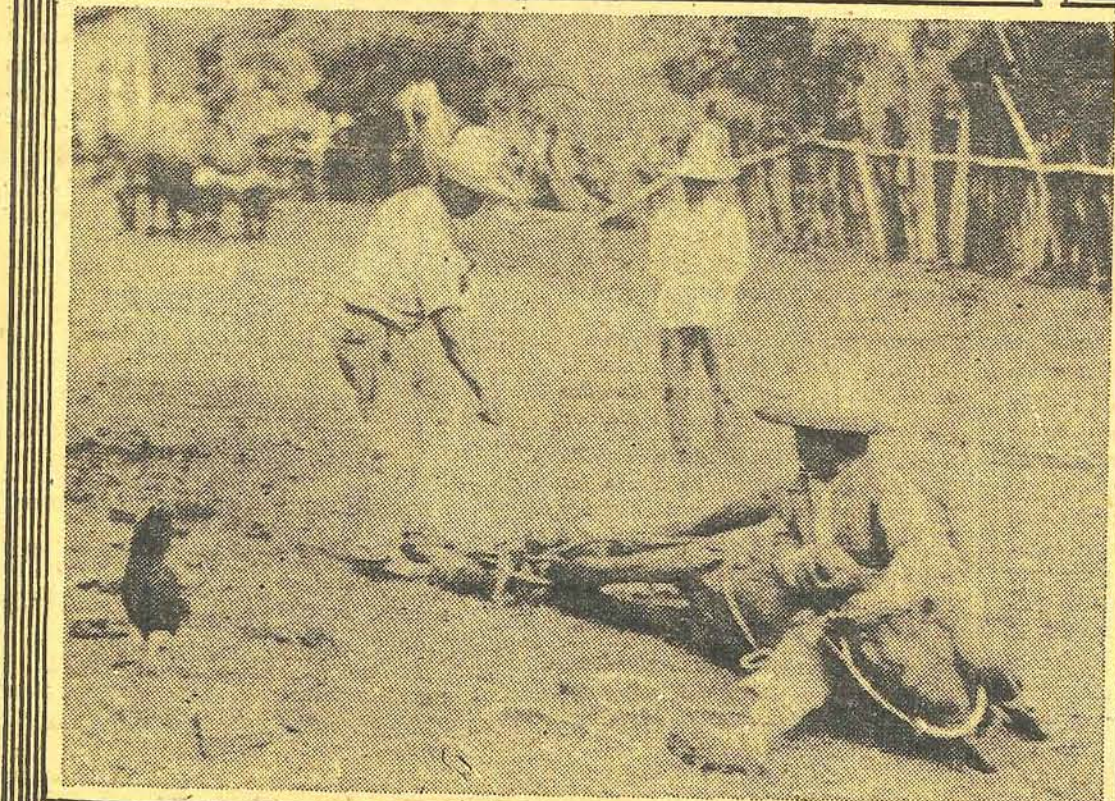
Si Vd. está herniado es seguro que habrá usado bragueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Vd. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorable referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

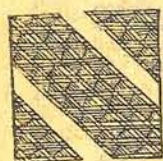
No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escríbame sin demora, y a vuelta de correo, recibirá gratis mi precioso ALBUM-FOLLETO que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídale ahora mismo, a **S. MORASSUT** (ESPECIALISTA) SARMIENTO 1584 ROSARIO (Argentina)



LUIS DE GONGORA



NACIO en Córdoba en 1561. Su padre se llamaba Francisco de Argote y su madre Leonor de Góngora. El hijo se firmaba Luis de Góngora. Desde chico le gustaron las palabras pretensiosas. Además, la época se lo permitía. Seguramente el apellido del padre le sonaba demasiado rudo. Por ahí empezó a comprometer su destino.

Hasta los quince años estudió en el Colegio de la Compañía. Le enseñaron griego, filosofía y gramática, y tal vez un poco de música y esgrima. La música le sirvió para hacer amistades y la esgrima para divertirse. La filosofía le sirvió para no ser filósofo, y el griego y la gramática para moverse a gusto entre los poetas antiguos. Tal vez estudiara poco, pero estudió como artista, es decir, a puro pálpito. La antigüedad le interesó como espectáculo y no como disciplina: por eso pudo aprovecharla. De otra manera hubiera sido un erudito.

Por aquella época le ocurrió su primera aventura. Se cayó de una pared muy alta y se abrió la cabeza. Los médicos lo desahucieron, y después se curó milagrosamente. Parece que San Alvaro tuvo mucho que ver con todo esto. Más tarde los detractores del poeta se pusieron a pensar en las consecuencias de aquel golpe. Con ese mismo sistema debían haber pensado también en el significado del milagro. Hace poco tiempo a Federico Nietzsche le ocurrió un accidente parecido. Los críticos también sospecharon, porque es más cómodo ocuparse de los accidentes que de la la inteligencia. Pero la comodidad suele ser la más traicionera de las tentaciones.

En 1576 sus padres lo mandaron a Salamanca para que estudiara derecho. En Salamanca la vida era cara y las rentas de Francisco de Argote no bastaban para sostener a su hijo: doscientos ducados por año parecían demasiados ducados. Un hermano de su madre le hizo favor de unos beneficios que tenía en Cañete y Guadalmazán. Para eso debía recibir antes las órdenes menores. En 1581 el obispo Fresneda ordenaba a Luis de Góngora.

Parece que este acto no tuvo mucha importancia en la vida del poeta. Fue nada más que una condición y él la cumplió como lo que era: es decir, tratando de no cumplirla. Pero le salvó del matrimonio, y de este modo le permitió ser hasta su muerte el poeta del amor. A un artista sensual como era Góngora, el matrimonio le hubiera destrozado su destino de artista. Admiraba a la mujer por lo que la mujer tiene de belleza, y la amaba por lo que tiene de mujer. Pero no se puede admirar públicamente a la esposa, porque eso sería demasiado ingenuo. Y no se puede amarla públicamente tampoco, porque eso sería demasiado cínico. La publicidad se parece mucho a la propaganda. De esta manera se hubiera perdido Góngora para nosotros, aunque se hubiera salvado este pedazo de su vida.

Dicen que anduvo embarullado en amores y que la esgrima le sacó de muchos entreveros. Pero el ambiente de las universidades estaba lleno de todas esas imaginaciones. Es que los estudiantes son eminentemente deportistas, y al fin y al cabo aquella era una manera de evadirse de los estudios.

En sus años de Salamanca Góngora

conoció todo lo que quiso de la antigüedad pagana. Por ella se escapó del derecho y se metió de golpe en la poesía. Leyó a los poetas antiguos, pero más que los poetas le gustaron los antiguos paisajes. Entre las arboledas de versos había ninfas huyentes y en las arenas de todas las playas estaba Galatea. Góngora sintió el paisaje mitológico como un verdadero pagano: vió el oro de las cabelleras flotar sobre las espaldas desnudas y oyó el galope de las mujeres entre los bosques y la respiración tendida de la jauría. El Renacimiento le había revelado el desnudo. Por eso se enamoró de la belleza pagana.

Dicen que en aquella época se aficionó al juego. Jugaba con Juan Rufo y Luis de Ulloa, y a cada uno le destinó un soneto: sus compañeros salieron ga-

el amor alegórico encontró la forma del amor irrealizable. Por la mitología se escapó de la anécdota. Las criaturas mentidas eran representaciones de la criatura que amaba. Los amores de Acis y de Galatea eran sus propios amores proyectados sobre un paisaje de irrealidad admirable. La felicidad de la Marquesa le ponía felicidad en los ojos aunque su corazón se quejara:

"Dormid, copia gentil de amantes nobles,
En los dichosos nudos
Que a los lazos de amor os dió Himeneo".

El amor de las diosas era inalcanzable, y por el mismo camino la mujer amada fué perdiendo de mujer lo que ganaba de diosa. El poeta se había librado de la esperanza. Toda su vida Góngora recordaría este amor como un

El conoció como ninguno la escenografía de cada hora. Oíó la tibia hemorragia de los crepúsculos y se bañó en la esplendor de las mañanas donde la luz del sol era pesada, como un ungüento.

Góngora sintió las cosas con una precisión animal:

"Entre espinas crepúsculos pisando", dice en las Soledades, y la luz va retirándose mientras quedan pedazos de la tarde prendidos entre las espinas. La naturaleza entera se le acerca a sus versos y él se siente dueño de la naturaleza. (Muchas veces el sol — decorador del mundo — es nada más que un toisón de oro en el cielo).

El artista sensual estaba maduro de Renacimiento. Por aquel tiempo escribió el "Polifemo" y las "Soledades". Entonces el color se le metió por la boca:

"No a las palomas concedió Cupido
Juntar de sus dos picos los rubies,
Cuando al clavel el joven atrevido
Las dos hojas le chupa carmesies".

Góngora pudo hablar del amor cuando ya el amor era un recuerdo. De otra manera hubiera sido cinismo. Pero el amor fué para él una experiencia y más que experiencia un aprendizaje de la imaginación. Al él le bastó con los deseos, y por suerte siempre anduvo sin esperanzas.

Después llegaron las condenaciones de los críticos. Quisieron juzgarle como poeta de su tiempo, y no se dieron cuenta de que el tiempo no tiene nada que ver con los artistas. Lo compararon con los poetas de España, y Góngora era universal: para España eso era todo un pecado. Le llamaron zafaduría a lo que debieron llamar humanidad. Encontraron solecismos donde no había otra cosa que mejoramiento. Le llamaron traidor porque les regaló unas cuantas palabras extranjeras. Le elogiaron el aliento de sus versos, pero no supieron oír las maravillas de su desaliento.

Lope y Quevedo le atacaron despiadadamente. Góngora se defendió como pudo, y entonces todos le tuvieron miedo. De los insultos pasaron a las sátiras y de las sátiras a los comentarios más o menos juiciosos.

Después anduvo haciendo de cortésano para sacar una pensión de cuatrocientos ducados. Dicen que Fray Hortensio Paravicino — aquel que les predicaba a los reyes — fué el mediador de su esperanza. (A todo esto los enemigos desparramaron dudas sobre la limpieza de su sangre. Muchos años antes Góngora había dicho que su sangre era demasiado buena y que no necesitaba testigos de su limpieza).

Murió donde había nacido, en 1627. Sobre su tumba le escribieron este epitafio:

DOM
LUDOVICI DE GONGORA ET ARGOTE
CORDUBENSIS
HUIUS ALMAE ECCLESIAE PORTINARIUM
PHILIPPI III ET PHILIPPI IV
SACERDOTIS FAMILIARIS
POETAE LEPIDISSIMI
INGENIO ET VERNACULI IDIOMATIS
SALIBUS
ET FACETIIS CELEBERRIMI
QUI FATES CESSIT
DECIMO. CAL. IUNIAS ANNO DOMINI
MDCXXVII
MORTALES EXUVIAS SINE TITULO
CONDITAS
CUIUS CONSANGUINEUS
EXCEL. DOM. IGNATIUS MARIA DE ARGOTE ET SALGADO
CABRINNANAE MARCHIO
HONESTANDAS DESIDERANS
HOC MONUMENTUM ERIGENDUM CURAVIT
ANNO MDCCCLVIII



nando. En ese tiempo Quevedo le destinaba a él un epitafio:

"Yaze aquí el capellán del Rey de Bastos
Que en Córdoba nació,
murió en Barajas. Y en las Pintas
le dieron sepultura".

De Salamanca se volvió a Córdoba con su destino trazado. Era el mejor poeta de España.

En Córdoba había de seguir su vida de jugador y de enamorado. No tuvo suerte ni en el amor ni en el juego. Le hicieron Racionero de la Catedral, y lo procesaron por escandaloso: después le encomendaron varias embajadas, porque al fin y al cabo era una gloria de Córdoba.

Alrededor del mil seiscientos se enamoró de la Marquesa de Ayamonte. Yo no me acuerdo de haber leído esto en ninguna parte, pero sí me acuerdo de haberlo visto en Góngora. A los poetas se les conoce siempre por la entonación de los versos. (He dicho a los poetas y no a los románticos). Cuando están enamorados, se les siente respirar de distinta manera. Góngora aprovechó ese amor para respirar de una vez por todas como poeta. Parecía que le hubiera estado haciendo falta. Volvió al paisaje mitológico, porque en el paisaje mitológico caben todas las alegorías. Góngora quiso disimular su amor, y en

glorioso espectáculo: y porque era un artista lo recordaría con los ojos cargados de pintura. Góngora vivía en pleno Renacimiento,

cuando el color y la pintura eran una misma cosa y todos los paisajes estaban decorados. En un soneto al Marqués de Ayamonte "enseñándole un retrato de la Marquesa" le dice:

"Cebado vos los ojos de pintura,
En noche camináis, noche luziente,
Que no será con dos soles oscura".

Góngora caminaba así, con los sentidos ansiosos. Oía en la noche la respiración de las sombras, y en el día se extasiaba ante el sol, que es el gran decorador de las cosas:

"Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El rojo paso de la blanca Aurora;
Suelta las riendas a Favonio y Flora,
Y usando al esparcir tu nueva lumbré
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora:

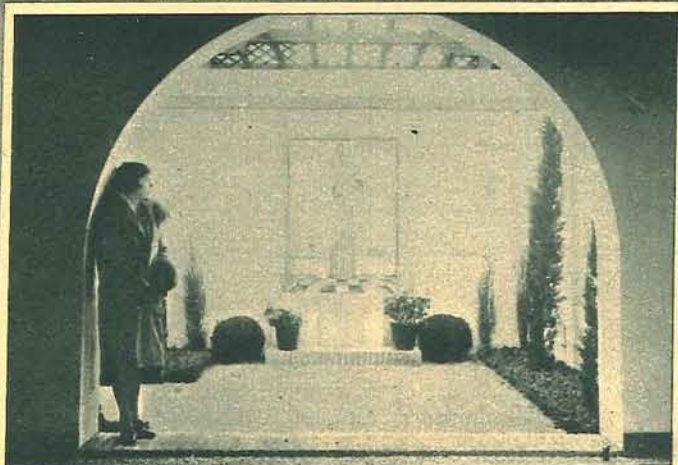
Para que desta vega el campo raso
Bordes, saliendo Flérída, de flores;
Mas, si no hubiere de salir acaso,
Ni el monte rayes, ornes ni colores,
Ni sigas de la Aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dores".



Escultura de Angel Ferrant, que decora el frente del jardín



La celebrada actriz española junto a la chimenea de su nueva casa madrileña



Patio interior con bojcs y cipreses. El frente está decorado con una pintura alegórica de Fontanals

Un aspecto del hall, con el acuario y el mapa de la península ibérica dibujado por Fontanals. Los muebles son de madera de majagua y estambres modernos

DEL MADRID MODERNO LA CASA DE CATALINA BARCENA POR EDUARDO RIVERO



N las inmediaciones del viejo parque de la Moncloa, enfrentando uno de los panoramas característicos de la

capital española, la actriz Catalina Bárcena se ha hecho edificar una vivienda que reúne las peculiaridades del estilo moderno, tanto en su aspecto exterior como en los detalles más fundamentales de la decoración y el mobiliario.

Este edificio, que se destaca entre las construcciones del flamante barrio madrileño por sus proporciones armónicas, merece también las prerrogativas del comentario periodístico, por ser el nuevo hogar de una actriz que monopoliza cada año, con la sugestión de su talento y gracia femenina, las predilecciones de nuestro público.

En cuestiones domésticas, Catalina Bárcena parece compartir el juicio de aquel héroe de Anatole France, Mr. Bergeret, que rechazaba en principio la uniformidad estandarizada de los grandes edificios de renta, donde cada departamento se repite con monótona exactitud, y donde cada inquilino vive en igualdad de correspondencia con los demás; en espacios equivalentes, en habitaciones decoradas del mismo modo, con un lujo mezquino, que descubre generalmente las aspiraciones malogradas del habitante. Las casas de

renta, por la precisión matemática de su estructura, hacen adivinar las funciones cotidianas de quienes las habitan. Los inquilinos comen y duermen y se divierten unos sobre otros, con monotonía metódica por el reglamento y la costumbre.

Catalina Bárcena ha querido librarse de esta regularidad tan generalizada en las grandes ciudades, buscando lugares atractivos y acomodados para su vivienda. Ama las flores, y

se ha procurado un jardín que cada mañana le ofrece la sonrisa de sus árboles florecidos; gusta de los panoramas campestres, y cada ventana le brinda la perspectiva de un paisaje de campo abierto, con frondas y montañas y caseríos; rechaza la regularidad, y ha dado a los interiores una distribución caprichosa, pero sujeta al raciocinio arquitectónico. Quiere decir que su personalidad artística está visible en todos los detalles fun-

Dos minutos de masaje del cutis dos veces al día con esta maravillosa espuma

es mi primer paso en cada tratamiento perfecto de belleza

dice EUGENIO de Milán

el consejero de belleza de los aristócratas más distinguidos de Italia

EUGENIO de Milán dice a todos sus clientes que la limpieza completa es el primer paso para la belleza, esto es: el aseo con el jabón Palmolive dos veces al día. "Además de la cualidad excepcional que Palmolive posee para limpiar," dice Eugenio, "sus balsámicos aceites tienen un gran valor para restaurar la salud del cutis."

He aquí el tratamiento de belleza

Con las dos manos haga una espuma del jabón Palmolive y frótese bien la cara con ella. En seguida enjuáguese y séquese completamente, limpiando así todas las impurezas de los poros. Este tratamiento es tan fácil como eficaz.

Colgate-Palmolive-Peet Ltda., S. A. Ind. — Buenos Aires.



"El primer paso que doy en cada tratamiento perfecto de belleza es limpiar el cutis completamente. El método más sencillo y eficaz que he encontrado, es el uso constante de jabón Palmolive y agua pura."

Eugenio

Corso Vittorio Emanuele
Galeria del Corso 2, Milán



35 cts.
la
pastilla.
3 por \$ 1.-

Insista en la marca
PALMOLIVE.
Exija la envoltura verde
con la faja negra.

JABON PALMOLIVE

damentales de la ornamentación y el alhajamiento.

La parte constructiva responde a la dirección del arquitecto Zuazo, uno de los más ponderados profesionales jóvenes de España, a quien Madrid debe algunos de los suntuosos edificios que embellecen el centro de la urbe. La decoración de interiores ha sido ejecutada por otro renombrado artista, el escenógrafo Manuel Fontanals, que también conoce el público porteño por acompañar a Catalina Bárcena en sus jiras periódicas a la capital argentina.

Con ambos colaboradores, se ha conseguido hacer de la vivienda un modelo de confort

y originalidad. Exteriormente, es de un estilo sencillo, donde los valores arquitectónicos destacan en toda su pureza. Una escultura de Ferrant, simbolizando las fuerzas oceánicas, proyecta la suavidad de su volumen sobre el fondo de la fachada.

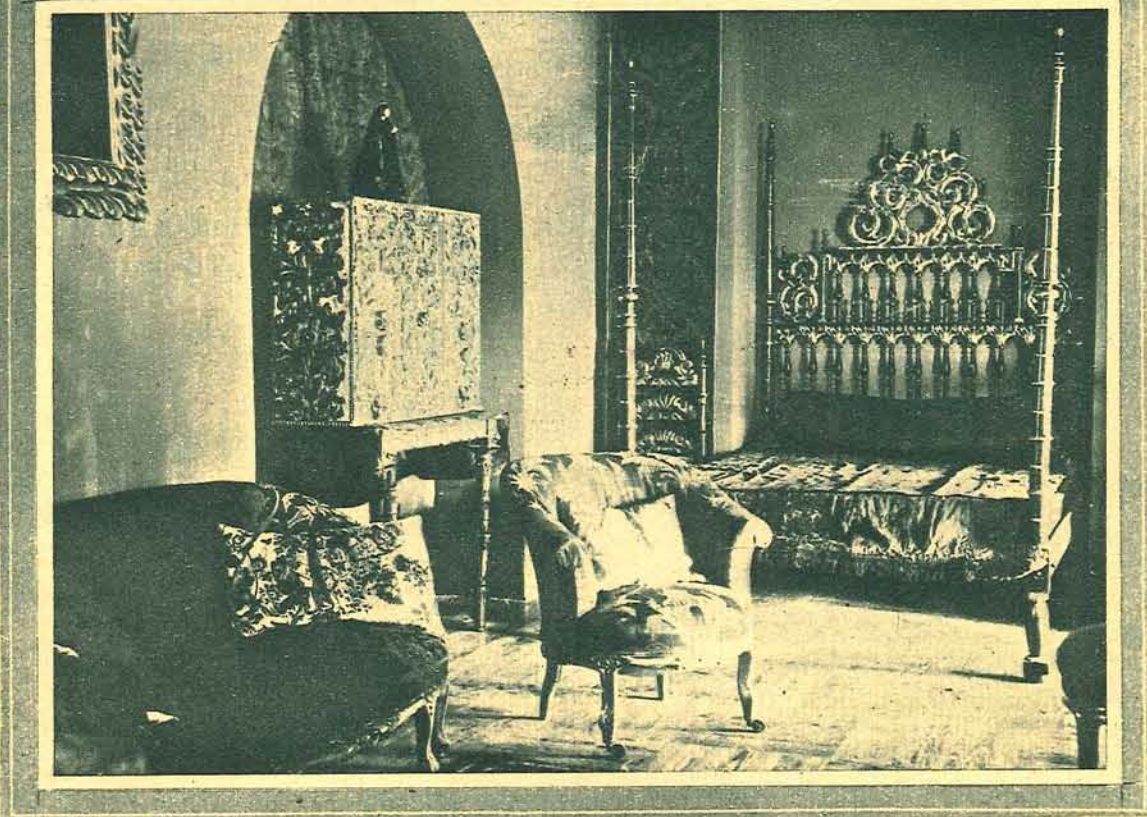
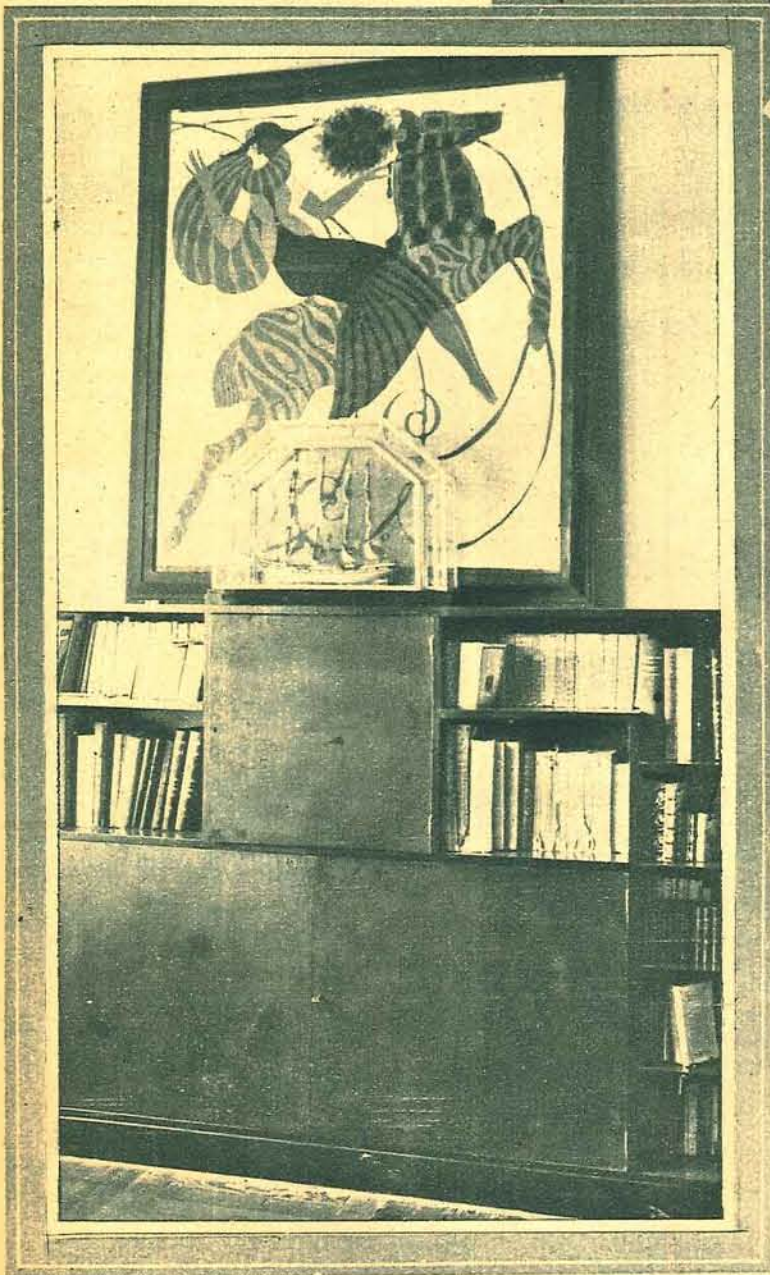
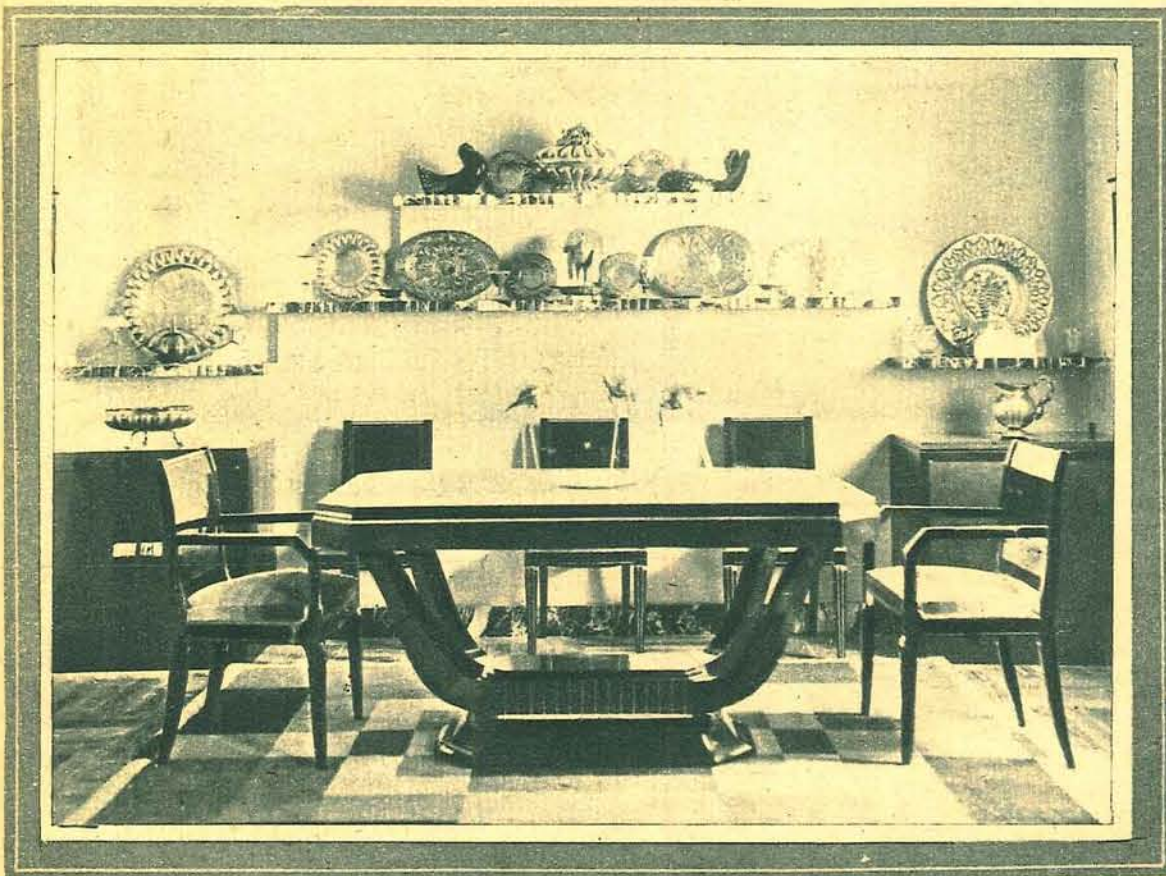
Los interiores se animan por la elegancia del alhajamiento. Catalina Bárcena tiene gustos cosmopolitas y su hábito de viajar la impulsa a rodearse de objetos que constituyen la historia anecdótica de sus andanzas. Y la casa es por consiguiente una imagen espiritual de la artista; habitaciones llenas de claridad, espaciosas, higiénicas, confortables, de pa-

ramentos lisos, ausentes de decoración superpuesta; patios donde el sol dibuja caprichosos arabescos sobre los muros; arcos rebajados, solerías de mármol y madera, puertas rectangulares sin contramarcos ni molduras.

El ingenio de Fontanals se ha manifestado con plenitud en los detalles artísticos del decorado. El "acuarium" del "hall" permite recrear la fantasía con sus peces multicolor-

Comedor con repisas de mármol y muebles de ébano macassar fileteados de marfil. La tapa de la mesa es de laca roja y los adornos de cristal y plata del Perú

Escultura de talla pulimentada que adorna uno de los frentes del hall



Uno de los dormitorios. La cama procede de Mallorca y el bargueño es de talla churri-gueresca

res y su vegetación submarina, iluminada con proyectores cenitales. Del mismo artista son dos mapas de dibujo esquemático, con representaciones típicas de las provincias españolas, y a su gusto personal obedecen las bóvedas plateadas, que relacionan el valor ornamental de los objetos y muebles, en su mayor parte diseñados por el decorador y ejecutados en Barcelona por técnicos y especialistas pertenecientes a importantes manufacturas.

Observando las fotografías que ilustran la presente nota, adviértase que el hogar madrileño de Catalina Bárcena ha sido construido con raciocinio y arte, elementos primordiales de toda obra moderna. El equilibrio de la arquitectura y la ornamentación, corresponde al criterio estético de los dos jóvenes profesionales que han colaborado en la obra. Y la propietaria, que prodiga la gracia de su arte teatral entre los públicos más expertos y solicitados de la Península y de los países de América, ha sabido animar el conjunto de los salones y aposentos con refinados detalles evocativos, exquisitas obras de arte, recuerdos de sus excursiones por el

Nuevo Mundo, curiosidades de todo género y de las más distintas procedencias: cuadros de Barradas, esculturas modernas de bronce y mármol, platería de Cuzco, sarapes mejicanos, objetos de China y de la India, vasos de Linosier, antigüedades españolas, cristales de Luce, arañas y vidrios de Venecia. Un conjunto múltiple de curiosidades valiosas que demuestran el gusto de Catalina Bárcena y su habilidad ponderable para armonizar el arte y la belleza. En esta casa moderna, la artista representa el personaje más atractivo y sugestivo: ella misma, en la intimidad de su espíritu y en la plena sugestión de su talento y su cultura.

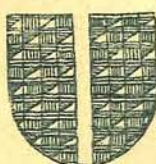
Biblioteca moderna laqueada en color naranja y verde obscuro

LA EXPOSICION INTERNACIONAL DE MONZA

PRIMITIVISMO Y MODERNISMO

LOS OBJETOS DE
VIDRIO DE
GIOVITA VITALE

POR
ANTON GIULIO
BRAGAGLIA



UNA loable iniciativa tomada por algunos fabricantes de vitrería de Murano es la del abandono — en buena hora hecho, pues ya era tiempo — de

la extravagancia de formas que fué hasta el presente, la característica verdadera y fastidiosa de los objetos venecianos. Finalmente, los muraneses demuestran aversión hacia la "pasticceria".

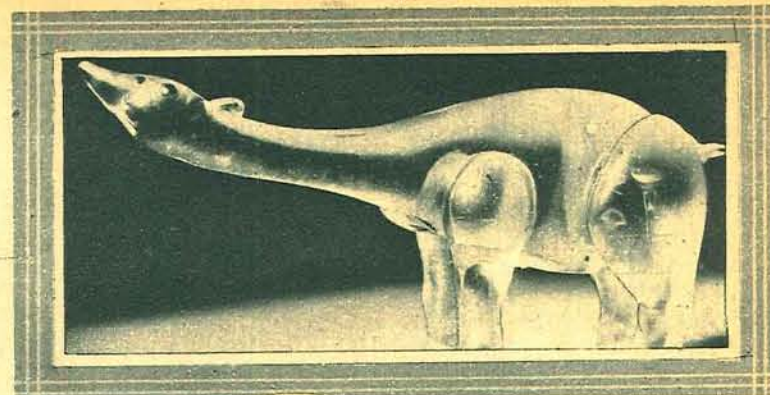
Entre los que retornaron a la simplicidad figura Giovita Vitali, el más genuino en sus manifestaciones. Es un cultor sincero de la forma primitiva, aunque neófito en el arte del vidrio, pues antes se ocupaba en otras cosas. Por consiguiente, ve el vidrio con nuevos ojos y de aquí deriva su buena disposición. En Praga se encuentran bellos objetos de estilo nuevo: las formas de los objetos de vidrio de Bohemia son decididamente elegantes; nada hay que oponer, pero esta es una manera de ver la vitrería con ojos modernos, y no ya con nuevos ojos.

Es necesario remitirse al origen de la sensibilidad del arte para encontrar admiraciones vírgenes por la materia, impulsos creadores originales que tienden hacia las formaciones plásticas extrañas de esquemas iconográficos cerebrales.

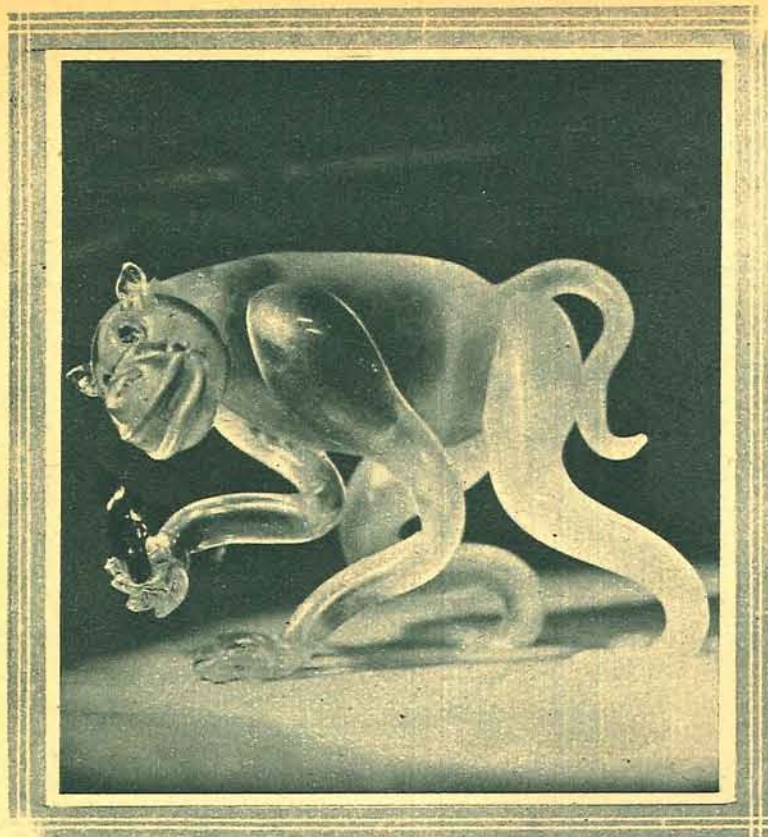
Entonces se ve que el arte infantil y el popular, el de la edad primitiva y el de los salvajes, de los ingeniosos y de los principiantes de talento se asemejan por su idéntica finalidad, por sus elementos cromáticos y sus actitudes figurativas dotadas de un gusto intuitivo, irreflexo.

Admiro en los salvajes este singular don de adorar la materia por sí y de cambiar oro y perlas por bolitas de vidrio, coral y compuestos artificiales; terracotas y mayólicas, piedra-cartón y similares. También pertenece a la esfera de gusto más refinado el significado y valor del hueso, de la tortuga o del cuerno, de las piedras irisadas, de los cuarzos, de los fósiles, del ámbar o del marfil, del ébano o del nogal. Los orígenes coinciden, en consecuencia, con el lujo más excéntrico y con la modernización más snobista: lo bárbaro con la civilización.

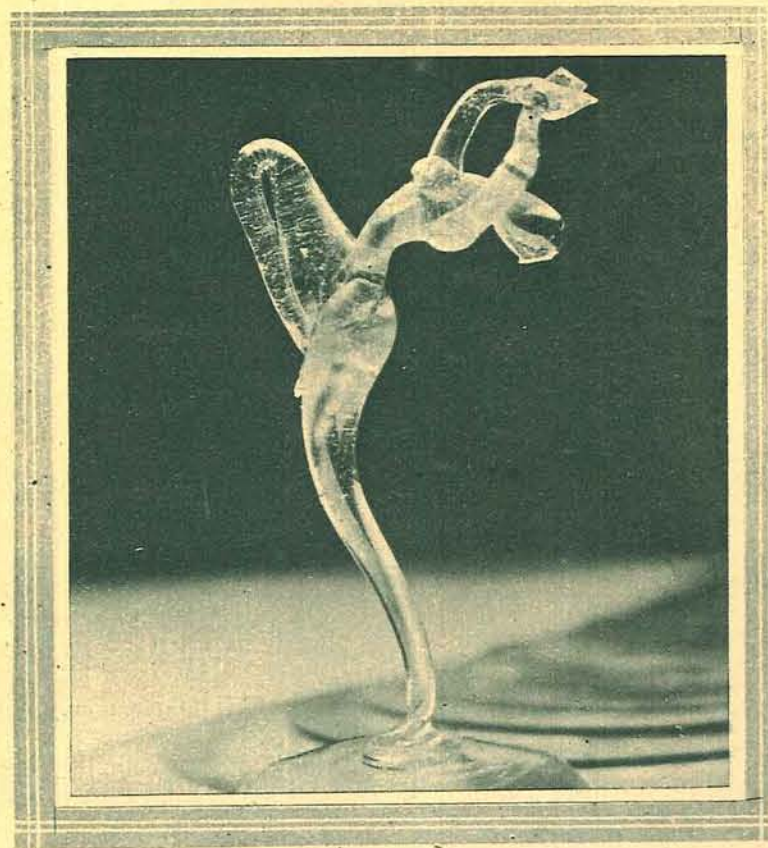
Delante de mayólicas, porcelanas y alfarería, ¿quién podría aventurarse a hacer una escala de los valores estéticos de semejantes materias? La grana, el pulido, la densidad, la dureza, el esmalte y el barniz son elementos de por sí manifestamente técnicos, extraños a lo bello; pero ¿quién podría aún objetivamente hacer abstracción de ellos? En cuestiones de arte decorativo se trata precisamente de elementos esenciales de la valorización. Especialmente cuando la materia prima aparece en su



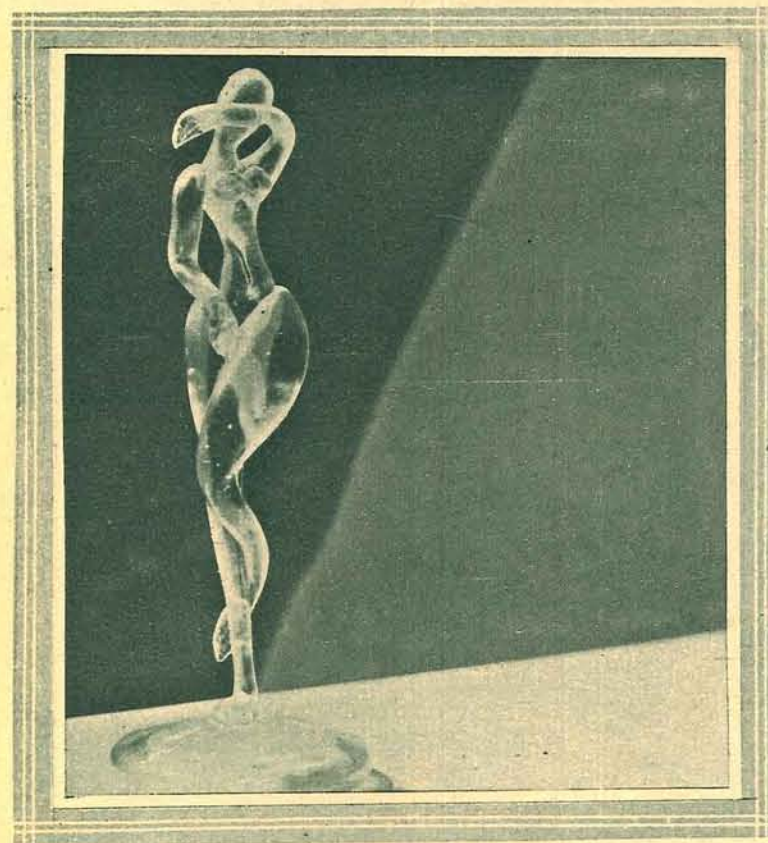
Una de las más originales creaciones de Giovita Vitali ejecutadas en los talleres de Murano



Una graciosa mona de cristal de Murano, bocetada por Vitali



Estilización de figura danzante: otro de los artísticos objetos que se exhibieron en Monza



"Bailarina", pieza de adorno, en vidrio de Murano, diseñada por Giovita Vitali y exhibida en la exposición de Monza



Un patrimonio de belleza es la garganta bien torneada

USTED puede conservar indefinidamente esta belleza, a menos que la descuide. No permita esas pequeñas líneas que cruzan la garganta en todos sentidos y la hacen ver marchita, envejecida. Dele el mismo meticuloso cuidado que da usted a su rostro y así la conservará siempre tersa, firme y con la suave frescura de la juventud.

Dorothy Gray ha descubierto varios notables tratamientos y preparaciones para evitar que la garganta se marchite, o para rejuvenecerla si ya lo está. El que conviene a usted se describe en el librito que se ofrece gratis, y las preparaciones de Dorothy Gray que necesita las consigue en las mejores tiendas de la república. Comience a usarlas y note los resultados.

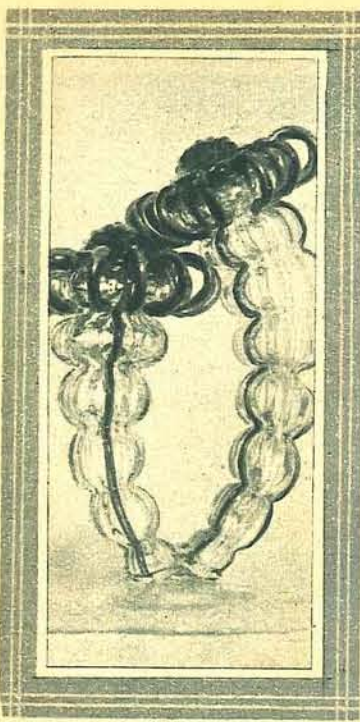
CREACIONES

DOROTHY GRAY

♦♦♦ Las Damas que van a París, quedan invitadas para visitar el Salón de Dorothy Gray—39 Avenue George V.—♦♦♦

DOROTHY GRAY, Casilla de Correo 2492, Buenos Aires.
Sírvese enviarme un ejemplar de "Nuestro Patrimonio de Belleza". Estoy especialmente interesada en los siguientes tratamientos: ☐ Contra las líneas y arrugas. ☐ Contra la papada. ☐ Contra la flaccidez de los músculos y la garganta marchita.

Sra. o Srta. _____
Calle y No. _____
Ciudad _____ Provincia _____



Un caprichoso objeto de adorno

cuales, sin superposiciones ni enmascaramientos.

A este respecto se nota, y se justifica, invariablemente, la antipatía de los entendidos por las substancias artefactas, por la adulteración, por los materiales compuestos que pretenden ser imitación de otros existentes "in natura". El oropel, el similor, la ficción no se toleran en estrecha relación a la cualidad genuina de la materia.

El vidrio presenta apariencias y transparencias genuinas que no supone el cristal de

roca, pero crea una materia que aparece y se transparenta—con características novísimas entre las demás. Sin pretensión de imitar algo, sino de cebar luces y reflejos e iridiscencias cristalinas.

Los artísticos vitreros deben experimentar intensamente la sensación de esta dúctil pasta suya. Y se me ocurre que cuando hacen hilachas de vidrio e inflan tubos y esferas y a fuerza de modelar y de soplar dan forma al vidrio, los vitreros semejan a los confiteros que trabajan con azúcar "hilado" (en la Piazza Navona de Venecia).

Así se explican, probablemente, las famosas lámparas de Murano, los candelabros, hechos a manera de hierbas y flores acuáticas, de medusas marinas flotantes, o frutos de mar o ramas de cerezo, de vivos colores. Como el azúcar hilado.

Tienen, además, una transparencia y una luminosidad grandísima, siempre que no se oscurezca la pasta vítrea con esmeril o substancias opacas.

El alternar de las partes transparentísimas y blancas con las coloreadas y zonas lacinadas o esmeriladas entre el centelleo y la alegría multicolor; todo embellece las figuras ornamentales y decorativas de la "industria de la vitrería artística".

En igual forma perdecen los maestros de los "vitraux": pintores que, a su vez, roban su oficio a los joyeros y se complacen, por esto, en reproducir urracas con el pico de piedras rutilantes a los rayos del sol "o bien la refracción perlácea e irisada de las olas sobre las

playas y escolleras, o las flores fragantes y milagrosamente transparentes" de los colores más vivos. Han existido escultores que pensaron en utilizar el vidrio para realizar sus obras especialmente policromas y me parece haber visto—¿o sueño?—enormes estatuas de verde y opaca masa vítrea vertida en moldes, como un reto al bronce.

Max Klinger con su estatua policroma—más que la de los pavorosos españoles—no debería haber desdeñado el vidrio, entre los diversos materiales de que se servía.

Limitándonos ahora al examen de la vitrería, causa placer encontrar de vez en cuando como fruto de la industria, una facilidad de creación, como la de Giovita Vitali, que encanta.

Artífices de la imaginación pura, de sensibilidad exquisita, magníficamente vivos en lo que a la tradición respecta, italianísimos, de ciertos productos artísticos nuestros (como los de Murano)—adaptados al más genuino gusto popular decorativo—se revelan en trabajos bellamente plasmados con el hierro y con el aliento. Aun con la sola intervención del aliento, estos trabajos parecen haber venido al mundo por magia divina.

Tal sucede con algunos caballos, cebras, lobos, ardillas y leones heráldicos de Giovita Vitali.

Caballejos del año treinta que se azotan los flancos con la cola—espantamoscas—sirviendo de motivo la crin y hasta la cola misma, ondulante. Caballejos que castigan nerviosamente el suelo con los cascos, moviendo el pescuezo y volviendo la cabeza; o inclinados y paciéndose en la pradera...

Sintéticas cebras, con los caracteres típicos de hocico y pescuezo grosísimos, de flexibles jarretes; y no sólo caracterizadas, como en general, por las acostumbradas rayas.

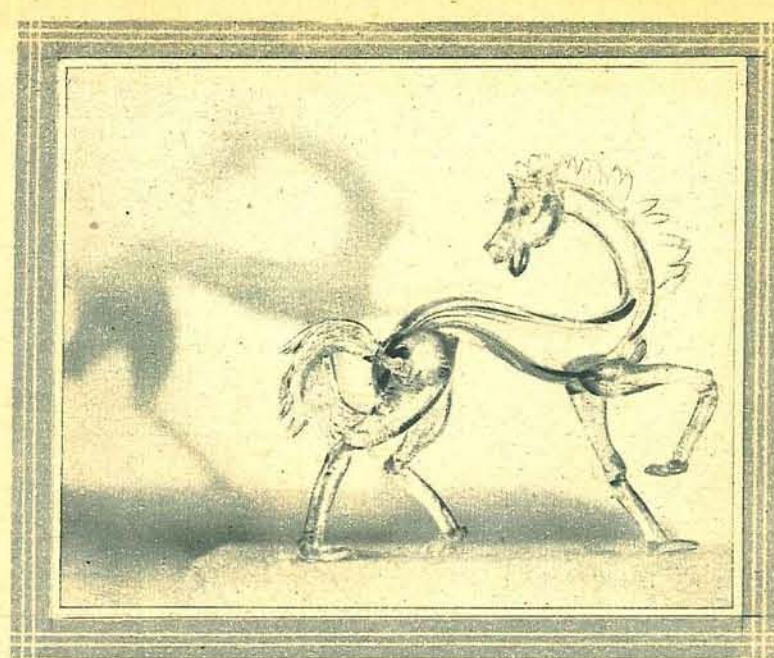
Lobos en acecho, ladinos y astutos, prontos a saltar sobre las desventuradas gallinas...

Hasta la figura humana es tratada por Giovita Vitali con elasticidad y valentía, con habilidad caricaturesca de actitudes y movimientos. ¿Puede figurarse el cuerpo carnoso y esbelto de una curvilínea mujer bailando, toda de blanco vidrio en forma de florero o de tintero? Además de la práctica frialdad utilitaria también interesa aquí la fácil, gustosa silueta de la pequeña estatua, porque ella es de protuberantes senos plasmáticos, de flancos sinuosos, arqueados, falcados, abdomen redondeado y ombligo perfectamente visible. Y luego, lo que es altamente significativo, una cabecita en forma de bola que tanto Chiricó como los otros metafísicos no habrían podido hacer mejor. Esto hace pensar en el escultor ruso, parisiense, berlinés, neoyorquino Archipenko. ¿No es verdad? Un Archipenko lleno de vitalidad, de bríos, de espíritu, de intenciones latidamente escarnecedoras.

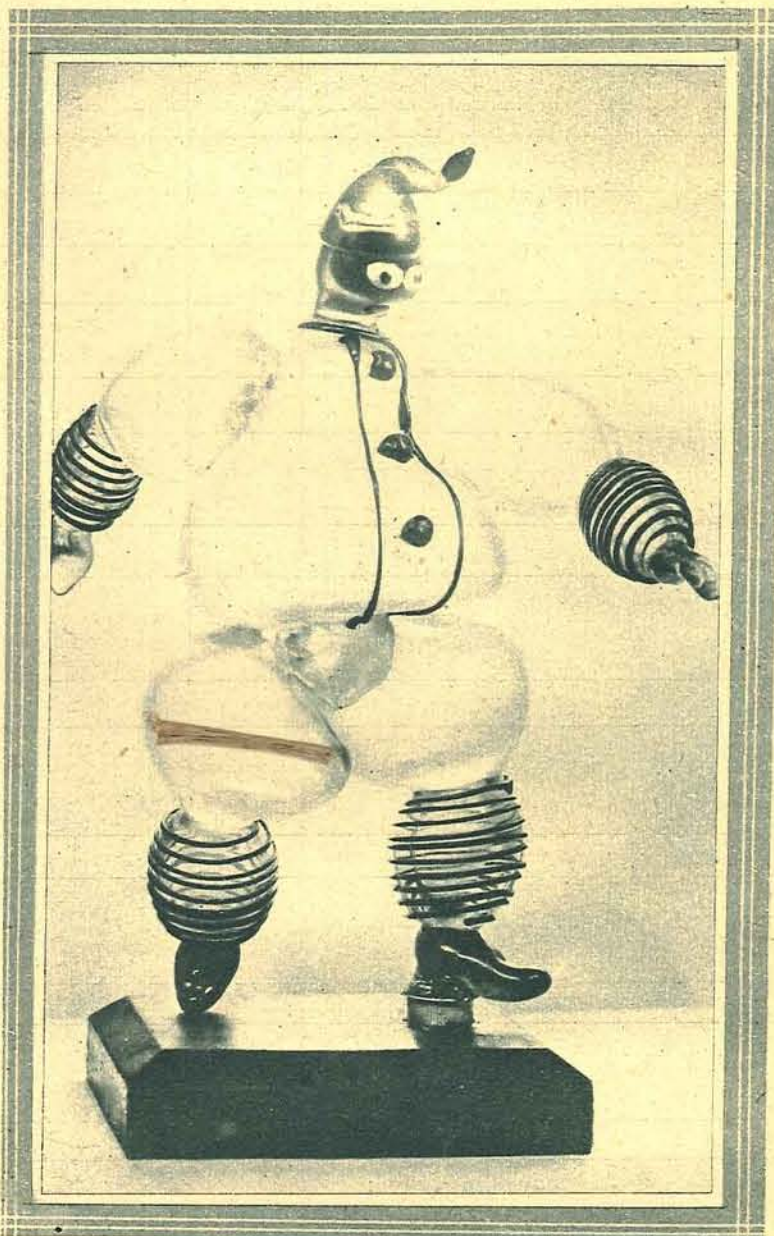
Esto, sobre todo, en la graciosa figuración del "Jazz negro" de Giovita Vitali. Saxofón y clarinete, bandoneón y guitarra argentina, batería y platillos, instrumentos de cuerda y percusión, novísimos, son reproducidos sintéticamente con verdadera maestría.

Es agradable alabar cuando hay lugar a ello. El aspecto de los negros está puesto de relieve con risueño arte de consumado caricaturista, mediante las polainas y las camisas blancas; y el blanco de los ojos da a las jocosísimas figuras un aspecto despavorido sumamente cómico.

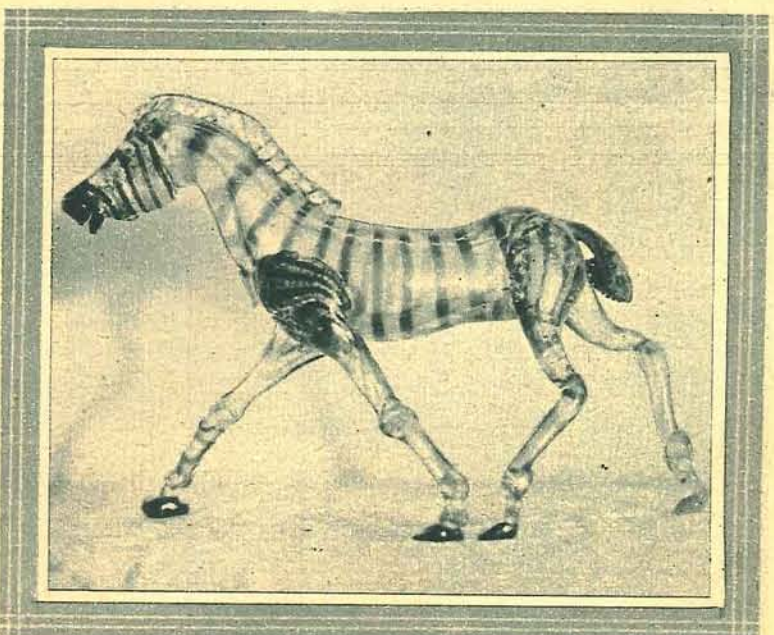
¡Bien! He aquí una tradición respetable y amabilísima. Todo hace creer que el gusto y el talento populares han de prestar consenso y admiración a este típico momento del arte italiano.



Una feliz estilización ejecutada en los talleres de Murano sobre boceto de Giovita Vitali



Policinela fabricado en Murano y exhibido en la exposición de Monza



Otra figura de cristal que llamó la atención en el certamen de Monza: un caballo de vidrio



¡Salud.... Fuente de Alegría!

CUÁNTOS niños, víctimas del raquitismo, anemia, o faltos de vigor, no pueden gozar de los sanos placeres que ofrece la época dorada de la vida. La salud del niño no sólo es indispensable para que disfrute de su infancia, sino para que más tarde sea un hombre sano, feliz y útil a la sociedad.

A los padres toca la grave responsabilidad de guardar ese tesoro, y para ello la ciencia médica pone a su disposición los medios necesarios. El Mentavitol Squibb es el tónico por excelencia para restaurar perdido vigor, evitar o curar el raquitismo y anemia, infecciones pulmonares y debilidad en general.

El Mentavitol Squibb tiene todas las propiedades del aceite de hígado de bacalao más puro y refinado que existe, pero con un delicioso y refrescante sabor a menta. Los niños lo toman con placer y lo digieren sin dificultad.

MENTAVITOL SQUIBB

(Aceite de Hígado de Bacalao con Menta)
preparado por

E. R. SQUIBB & SONS, Nueva York
Químicos Manufactureros Establecidos en el Año 1858

Agentes Exclusivos:
L. Van Bokkelen, Inc.
Caseros 820/838 — U. T. 23, B. Orden 1131
Buenos Aires

Cuando necesite
un buen tónico, fácil
de tomar, pida
Mentavitol Squibb





Da. Lita Casal de Seeber Demaria, en el volante, acompañada por la señorita Hortensia Aguirre.



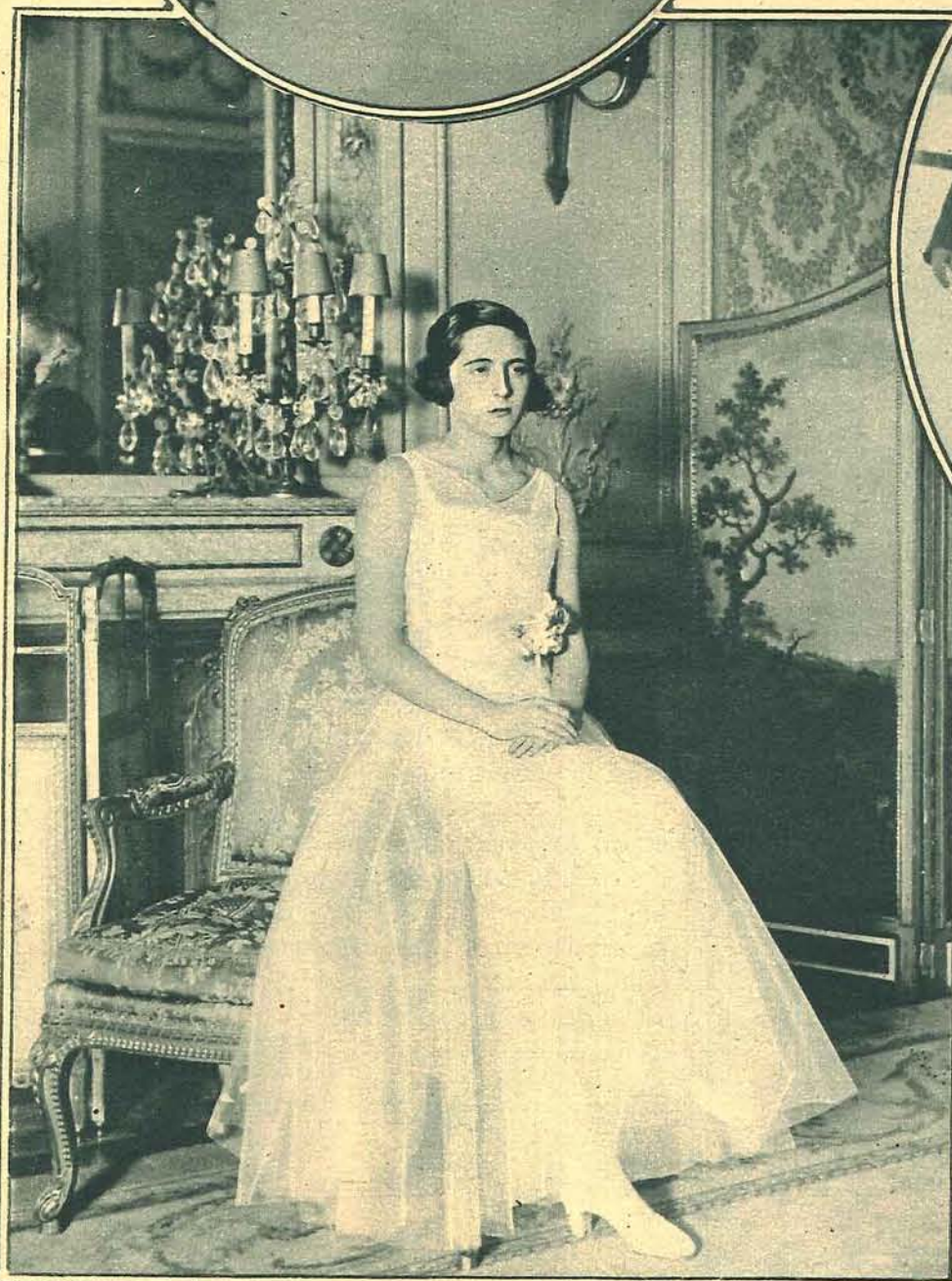
"Lea", "Todos", "Días". Absorbido por el rompecabezas de LA NACION que llegó a los hogares más calificados, el grupo juvenil trata de combinar en el hexágono la ansiada solución. De izquierda a derecha: María Carmen Cossio, Otilia Rodríguez Alcorta, Gloria Rodríguez Alcorta, María Mercedes Cossio, Marta Rodríguez Alcorta, Marta Ocampo Paz, Justa Grondona del Carril.



En los días fríos que ha soportado Buenos Aires en la semana anterior, el "footing" ofreció singulares halagos a las familias habituales del paseo de Palermo. De izquierda a derecha: Da. María Teresa Lamarca de Pereyra Iraola, señoritas Hercilia y Amalia de Anchorena y María Teresa Pereyra Iraola.



En el salón de París se exhibe el retrato de los niños Lucio y Javier García, hijos del doctor Lucio García y de doña Enriqueta del Solar, cuadro de Paul Chabas, presidente de la Academia de Pintura de Francia.



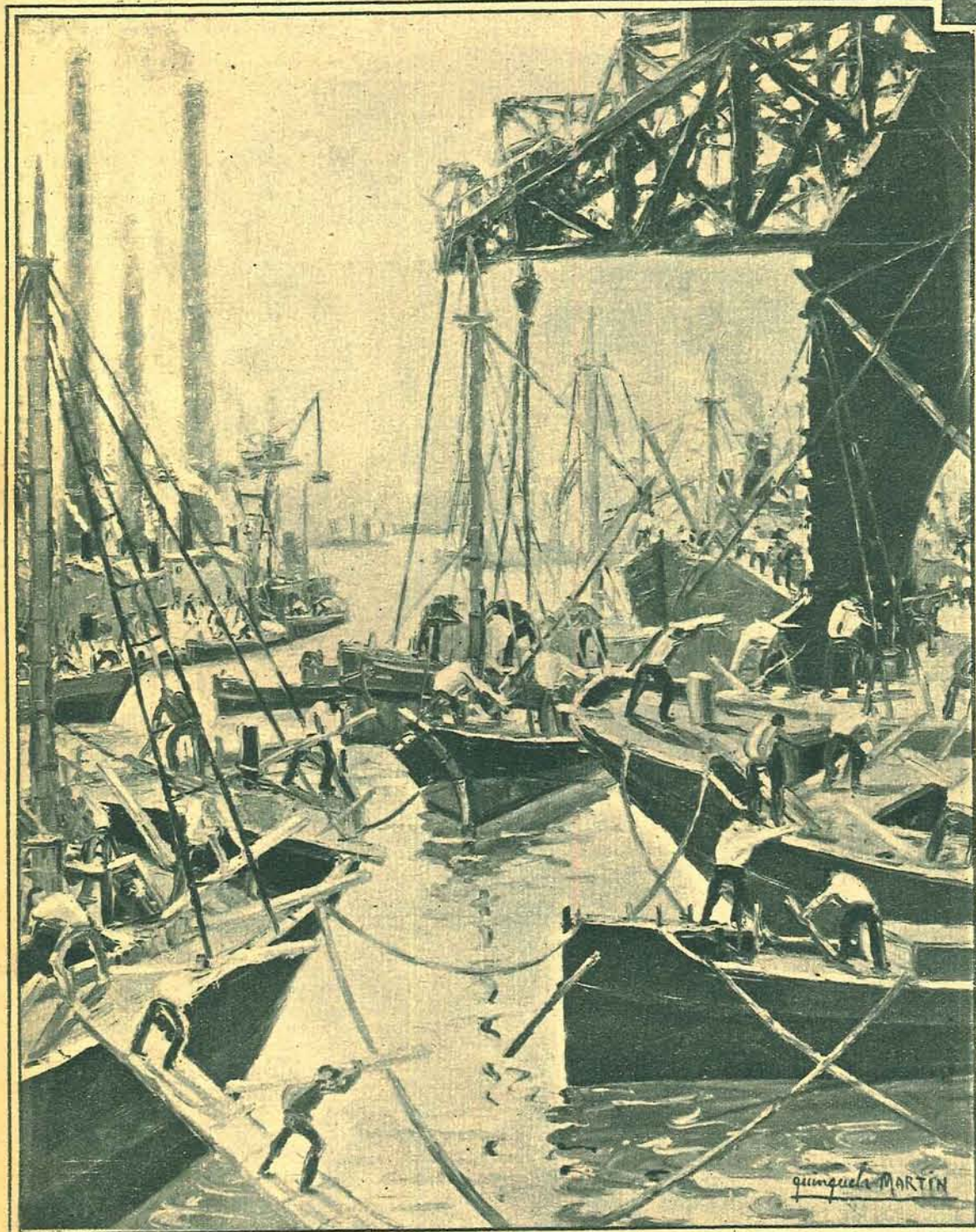
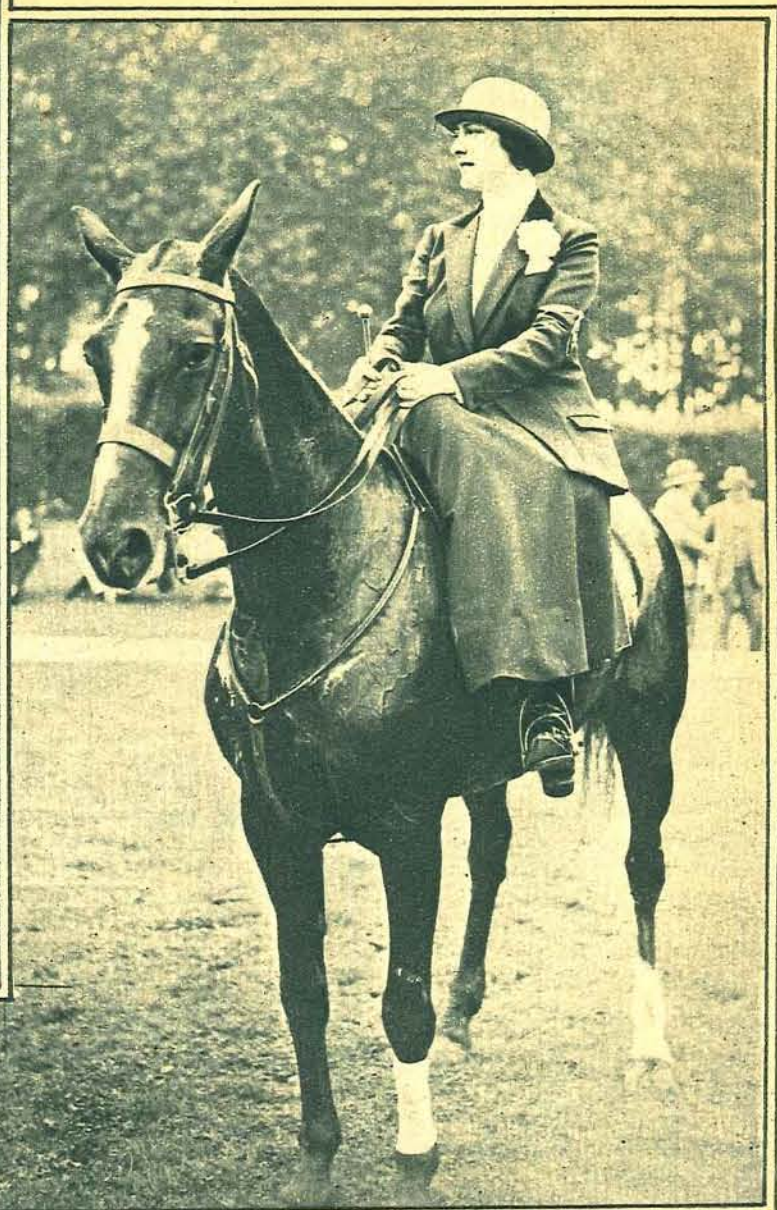
El grupo presentado este invierno en sociedad ha contado para su mayor prestigio con el aporte juvenil de la señorita Nelly Agote Ayerza.



El presidente francés Doumergue inaugurando la Exposición del "Centenario del Romanticismo", instalada en la casa que habitó Victor Hugo en París y dedicada especialmente al poeta.



La condesa Wangen, proclamada "la más bella amazona del mundo para 1930" en un concurso realizado recientemente en el campo de polo de Bagatelle, Francia.



"Sol de mañana". El cuadro de Benito Quinquela Martín adquirido por la Tate Gallery (Museo Nacional de Arte Moderno) de Londres.



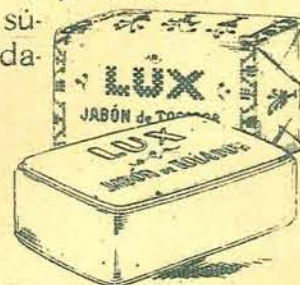
Las
señoras
que podrían pagar
diez veces su
precio,
usan

LUX
Jabón
de Tocador

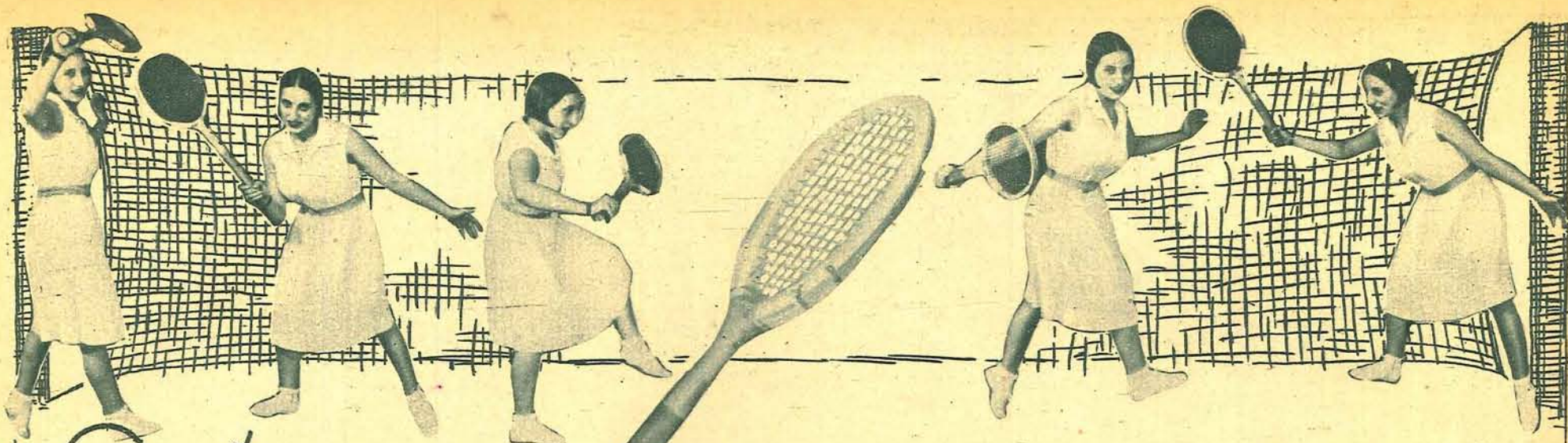


porque ellas encuentran que la maravillosa y rica espuma de este jabón blanco marfil conserva su cutis tan hermoso como los más caros jabones de belleza. Esta es la causa por lo cual es tan popular el Jabón "LUX" de Tocador en cinco continentes. Por esto y su hermosa y suave apariencia y su sutil perfume. Es un verdadero jabón de lujo.

LUX
JABÓN DE
TOCADOR



50 centavos la pastilla
L. T. S. 12



Cuatro
preguntas a

MYBI DANIEL



Cual es su sport predilecto?

CONSIDERO al lawn-tennis un gran sport: elegante, entretenido, agradable y con la ventaja de exigir una indumentaria sencilla y bonita. Lo he practicado con mucha frecuencia en Italia, y aun cuando estoy un poco en "relache" sportiva, conservo todavia algunas de las cualidades que de mucho me sirvieron en los campeonatos en los cuales intervine."



Cómo
estudias
sus papeles?

UNA tiple de opereta debe preocuparse, al estudiar sus papeles, de la música y de la letra. En cuanto a ésta, la aprendo leyéndola en voz alta varias veces y después la recito de memoria y la repaso en los ensayos. Por lo que se refiere a la música, la escucho, primeramente, ejecutada en el piano, y después repaso sola los cantables hasta aprenderlos bien."



Falda
larga
o
falda
corta?

YO defensora de la falda larga, no sólo porque así lo exige la moda—de la cual tenemos que ser esclavas ciegas las artistas,—sino también porque indiscutiblemente siento mejor y da más personalidad femenina."



Qué
música
prefiere?



La música que escribe "fox-trots" "jazz", cuenta con todas mis simpatías. vivaz y "alocado".

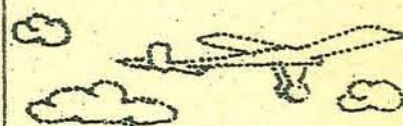
alegres o tristes, el autor que en sus Por ello, en cuanto siento los primeros

composiciones pone un poco de fantasía compases de esa música, mi cuerpo,

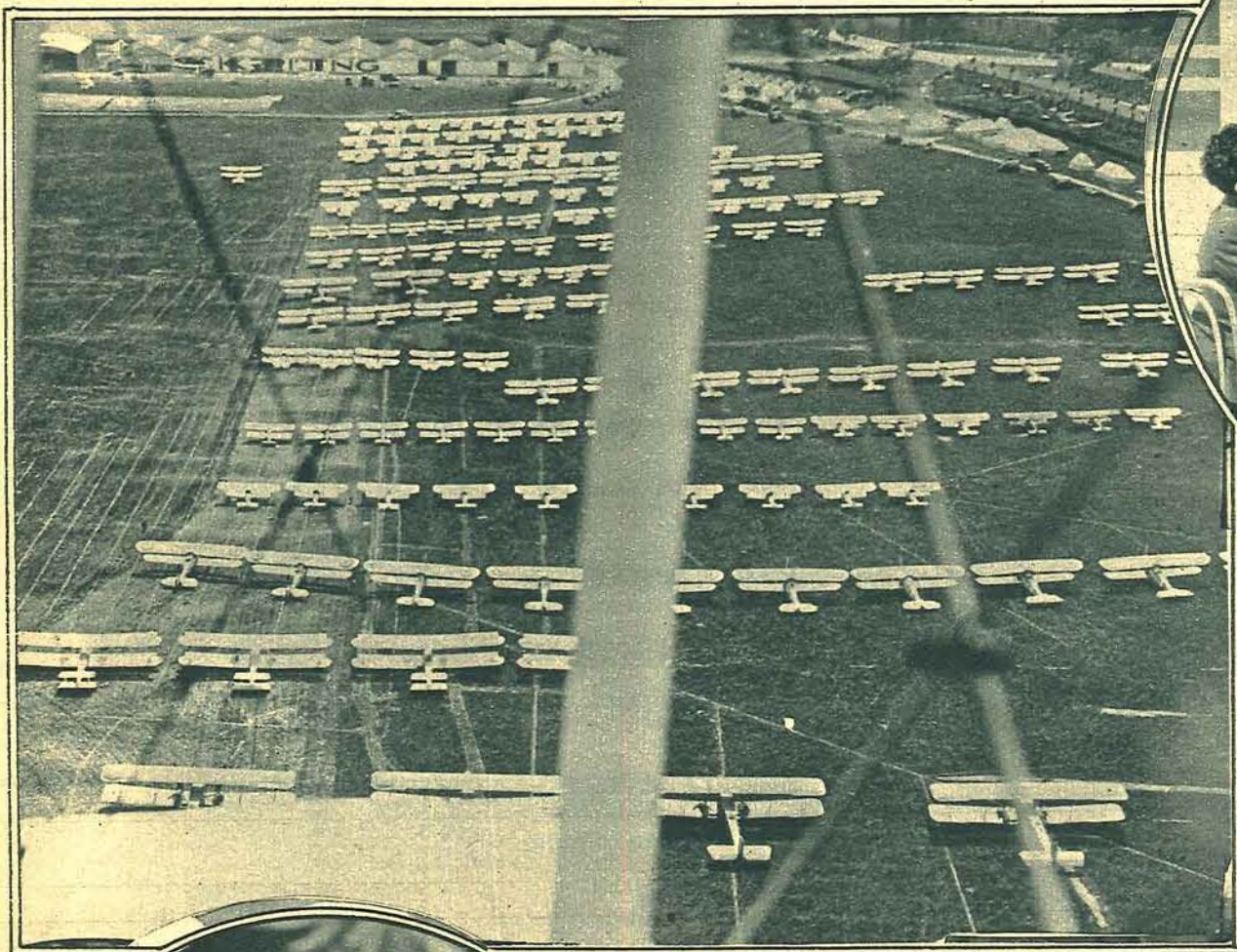
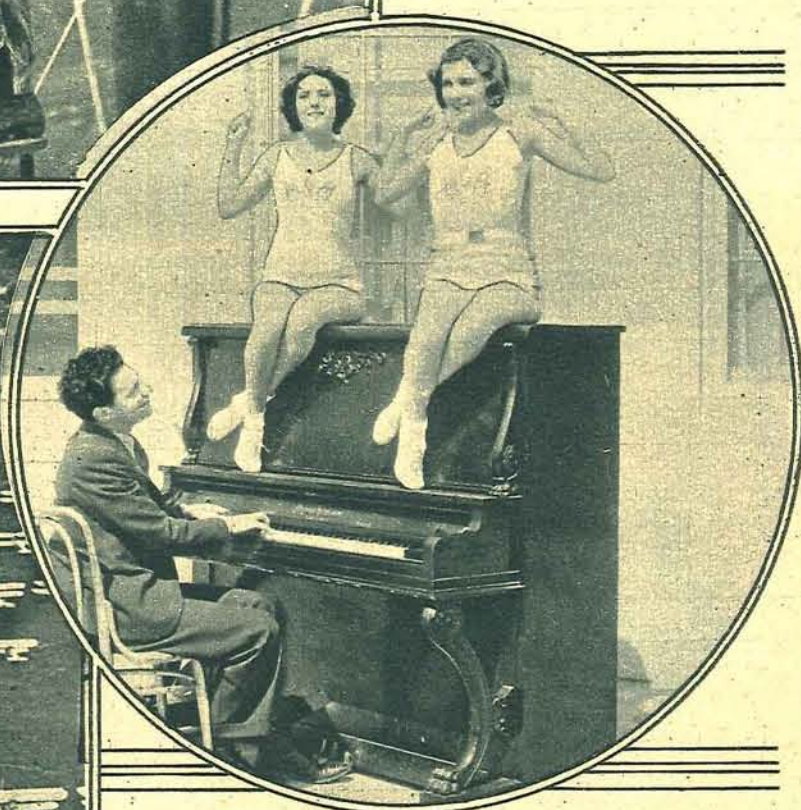
en las partituras características de la insensiblemente, va siguiendo el ritmo



Uno de los aviadores que tomaron parte en la exhibición de las Reales Fuerzas Aéreas británicas disponiéndose a lanzarse al espacio desde su aparato.



Raquel Torres y Mary Doran, artistas cinematográficas, realizando sus ejercicios matinales de gimnasia sueca a los acordes de una musiquita especial para la ocasión.



Algunos de los aviones que figuraron en la exhibición militar británica organizada en el aeródromo de Hendon. En primer término aparecen los poderosos aparatos de bombardeo y al fondo los de caza.



Norma Shearer, la bella artista de la Metro Goldwyn Mayer.

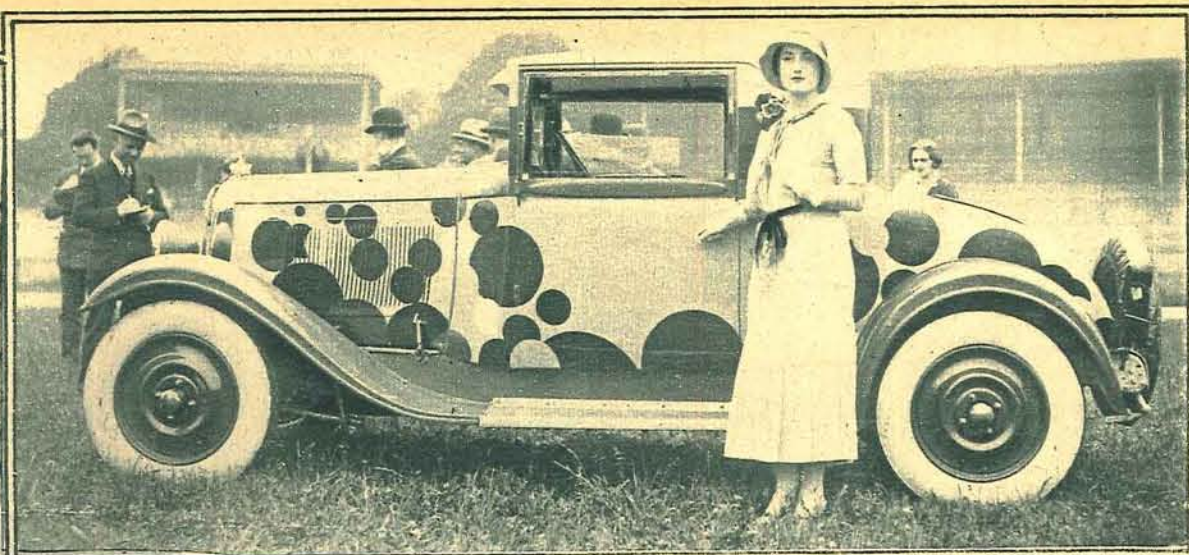


Urmila K. Parekh, la primera mujer hindú que ha conseguido el título de piloto aviador.





Lilian Willworth, elegida "Reina de las Sirenas" en un concurso de natación de los Estados Unidos.



Mlle. Tigrane, modista que lleva la fantasía de sus confecciones al adorno de los automóviles.



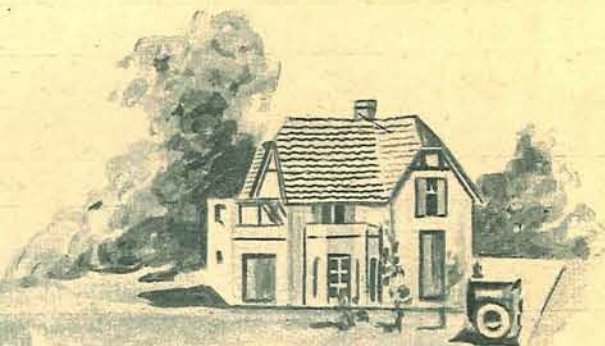
Ramón Navarro, caracterizando un torero, en una nueva película de la que es protagonista.



Todo hombre desea dejar a su esposa e hijos una entrada suficiente que los libre de sufrir penurias.

Lea lo que sigue. Le dirá cómo usted puede hacer eso, y otras cosas que usted desea.

Ud.
puede tener
las cosas que desea!



Tenemos un medio para proporcionarle cualquiera de estos anhelos

Lea la lista de algunas de las cosas que por Ud. podemos hacer. Es indudable que habrán de interesarle. Esta información se la haremos llegar a Ud. sin compromiso alguno de su parte.

Nosotros tenemos la convicción de que el seguro de vida significa encarar con optimismo la VIDA, en las circunstancias que hacen más agradable el vivir, en librarse de preocupaciones, en conseguir mayor éxito...

Llene el cupón agregado y tendrá la información necesaria, sin que ello signifique compromiso alguno para Ud. Envíelo HOY MISMO.

Ud. no tiene interés alguno en morir. A Ud. le desagrada pensar en ello. Ud. no desea que se le hable al respecto.

Su interés está en vivir. En el éxito. En conseguir lo que desea. En obtener el máximo de la vida, con las menores preocupaciones. Como la mayoría de nosotros, Ud. desea tranquilidad y felicidad para Ud. y su esposa y un buen porvenir para sus hijos.

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

PARA CONSEGUIR CUALQUIERA DE ESTAS COSAS.....

MANDE ESTE CUPON

Aquí hay algunas de las cosas que le podemos proporcionar:

- 1.—Un capital a los 50, 55 ó 60 años.
- 2.—Ser realmente el propietario de su casa.
- 3.—Educar a sus hijos a su gusto.
- 4.—Tener reservas disponibles.
- 5.—Una renta mensual en caso de incapacidad.
- 6.—Dejar una renta garantida a su familia.

(Marque el punto o los puntos que más le interesen con una X).

Señor Jefe de Consultas:

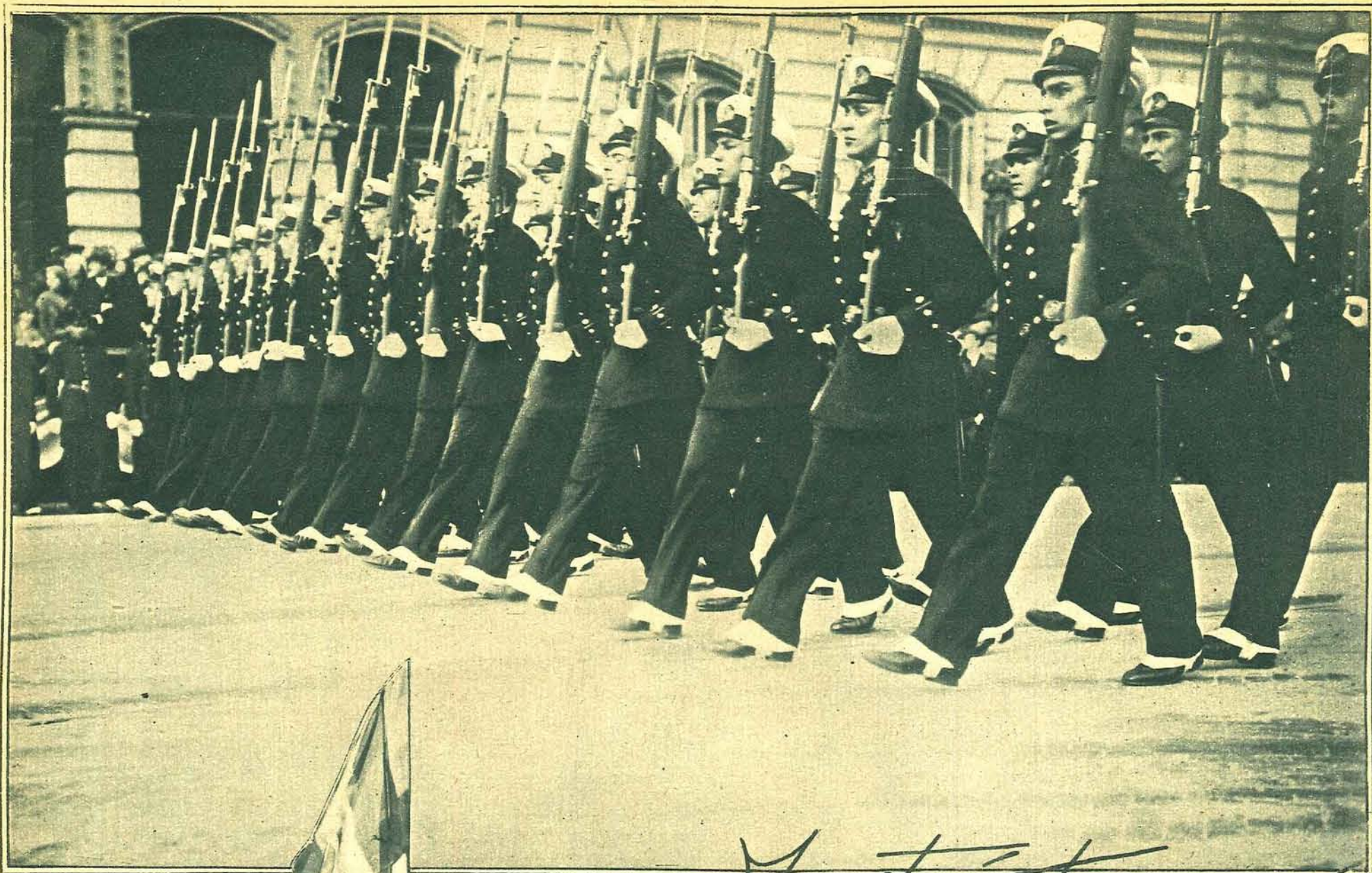
Nombre

Dirección

Ciudad

Provincia

Fecha nacimiento..... L. 6

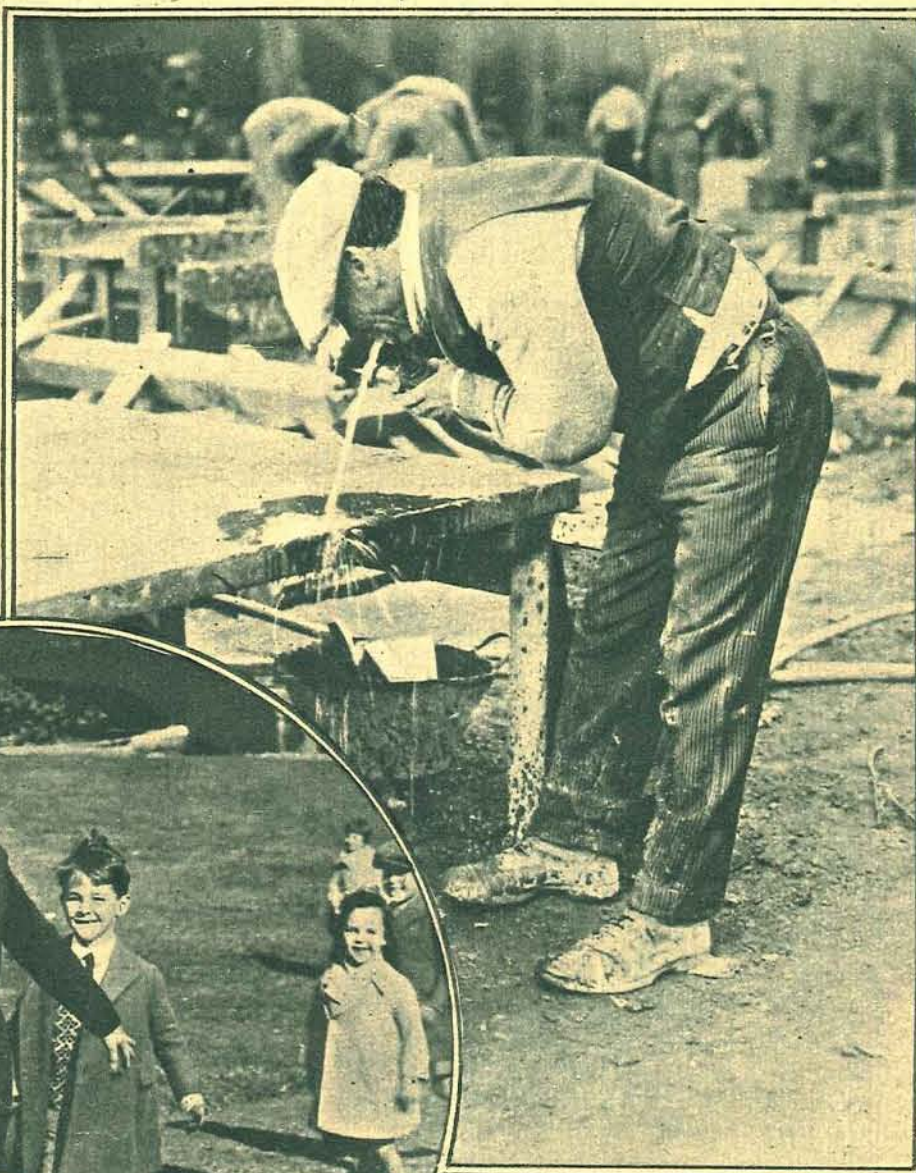


En pleno desfile.

Instantáneas



El entretenimiento
codiciado.

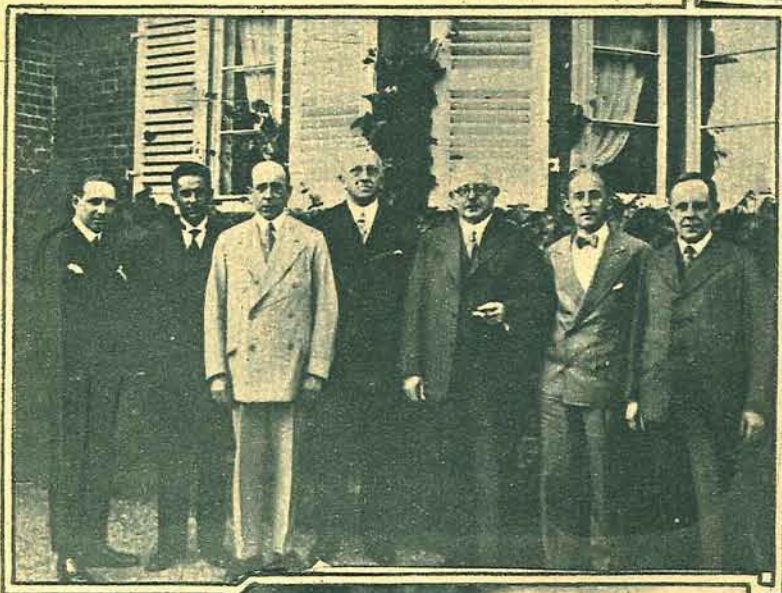


Después del trabajo.



Correr es saludable y predis-
pone bien el espíritu.

La delegación argentina en el Congreso mundial de energía de Berlín. De izquierda a derecha: señores Thern, Schäfer, Lincke, Diercks, Ascher y el doctor Otto Buek.



Desfile naval por las calles de Berlín en conmemoración de la batalla de Jutlandia.

Este notable baño de belleza le permite rebajar de peso

en forma rápida y agradable

Como si le traieran a casa de usted 22 fuentes termales que han sido durante muchos años el recurso de damas elegantes del gran mundo y de hombres esbeltos. La ciencia, que todo lo investiga, averiguó por qué las aguas de 22 fuentes famosas en todo el mundo, disuelven las grasas y los tejidos adiposos. Ya no es necesario hacer largos viajes a balnearios de lujo para rebajar de peso. Sin dieta, sin ejercicios arriesgados, sin peligrosas medicinas, usted podrá rebajar uno o dos kilos en una noche con Baños Sarowal.

Por millares se cuentan las damas — y hombres también — que adoptaron esta fácil manera de rebajar de peso. Dos veces por semana agregan al agua caliente del baño uno de los paquetitos que contiene cada caja de "Polvos para Baños Sarowal".

Los "Polvos para Baños Sarowal" abriendo los poros, estimulando la secreción, expulsan una considerable cantidad de substancia grasa, células y toxinas, y disuelven el tejido adiposo. Agregue "Polvos para Baños Sarowal" al agua de la bañera esta noche, y perderá uno o dos kilos en forma fácil, refrescante y saludable. Su médico le confirmará que los "Polvos para Baños Sarowal" ciertamente son eficaces y completamente inofensivos.

Refrescan. Afirman la piel, la alisan y la libran de arrugas. Usted dormirá mejor después de un baño Sarowal y al despertarse se sentirá como si hubiera descansado una semana.

RESULTADOS INMEDIATOS

Pésese antes y después de cada "Baño Sarowal". Usted constatará que ha rebajado uno o dos kilos. Pocas noches después, al repetir el baño, usted volverá a reducir su peso. Pronto tendrá usted el que corresponde a su estatura. Después bastará un baño por semana para conservar la línea sin guardar régimen en las comidas.

PARA LA PAPADA Y LOS TOBILLOS GRUESOS

Para eliminar rápidamente la papada, para conferir formas esculturales a los tobillos gruesos y a los brazos, reducir las caderas solamente, o disolver el tejido adiposo del vientre, el Instituto Sarowal elabora también la científica "Pomada Reductora Sarowal".

Es esta una crema que penetra rápidamente por la epidermis mediante suaves masajes. Purga la piel de cualquier impureza. Destruye los tejidos adiposos obligando su reabsorción por el organismo.

Con ella fácilmente puede usted adelgazar las partes del cuerpo que desee. Una señora rebajó la nuca por dos centímetros y medio en diez días. Otra, aplicando la "Pomada Reductora" en las caderas, pudo reducir el tallo de su ropa por cuatro números. Su eficacia es un hecho comprobado. El uso es fácil y agradable.

Desde luego, la "Pomada Sarowal" y los "Polvos para Baños Sarowal" no afectan el esmalte de las bañaderas o la ropa. También pueden usarse en forma combinada.

SE VENDEN EN LAS CASAS DE MÁS PRESTIGIO DEL RAMO. PIDALOS EN:
LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA N° 8

Piso 1°

BUENOS AIRES

Perfumería Vislowna: Cabildo, 1589 — Franco-Inglesa: Sarmiento y Florida — Gath y Chaves: Casa Central y Sucursales — Farmacia Scannapieco: Esmeralda y Tucumán — Farmacia Nelson: Suipacha, 457 — Farmacia Inglesa: Avenida de Mayo, 900 — Casa Argentina Scherrer: Suipacha, 171 — Farmacia González: Rivadavia y Centenera — Farmacia Chialvo: Talcahuano y Sarmiento — Farm. del Pueblo: Rivadavia, 739 — Perfumería Oasis: Avda. San Martín, 1717 y Cangallo, 1180 — Farmacia Canning: Santa Fe, 3700 — Farmacia L'Aiglon: Callao y Cangallo — En Montevideo: Andes, 1338, 2° piso. — En Mendoza: Cohon B. y Trostanzky: Lavalle N° 1 al 5. — En La Plata: Calle 7 esquina 47.

POLVO
PARA BAÑOS
Y POMADA
REDUCTORA

SAROWAL

Maria Esther P. de Pomar

aconseja a toda señora que desee conservar
el cutis lozano, claro, siempre joven,
abundantes aplicaciones de

CREMA DE ORIENTE VINDOBONA

No es un cold-cream. No es un tónico para el cutis. Crema de Oriente Vindobona sobrepasa todo lo que usted pueda haber ensayado hasta ahora. Sus componentes son distintos; por eso son diferentes sus resultados también.

Alisa las arrugas. — Elimina las pecas y manchas

Aplicada por la noche rejuvenece las capas profundas de la piel. Así modifica su textura, mejorándola porque es vaso-constructora. Con cada aplicación su cutis mejorará. Se reafirmarán las partes flácidas de la piel y se borrarán aún las arrugas más pronunciadas alrededor de los ojos, en el cuello, en la frente, junto a la boca.

Así como rejuvenece la epidermis, la libra de todas las impurezas. Al llegar los científicos ingredientes de la Crema de Oriente Vindobona a las capas ocultas de la piel, intervienen en la elaboración del cutis que usted ostentará mañana. Apuran la expulsión de la piel marchita, y con ella se van las pecas, los paños, las manchas cutáneas. Día a día el espejo le señalará cómo rejuvenece y se aclara la piel de usted. Los barritos desaparecerán. Los poros se contraerán. La piel aparecerá más fina y transparente. Se borrarán de ellas las huellas del sol y de los años. Las paspaduras sanan en seguida.

Los Laboratorios Vindobona le garantizan a usted los resultados. Póngase en tratamiento con la Crema de Oriente Vindobona. Si a usted NO le diera resultados satisfactorios, le devolveremos el dinero gastado.

Adquiera un pote hoy. Se vende en las buenas farmacias, tiendas y perfumerías y en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA
FLORIDA, 8 Piso 1° BUENOS AIRES

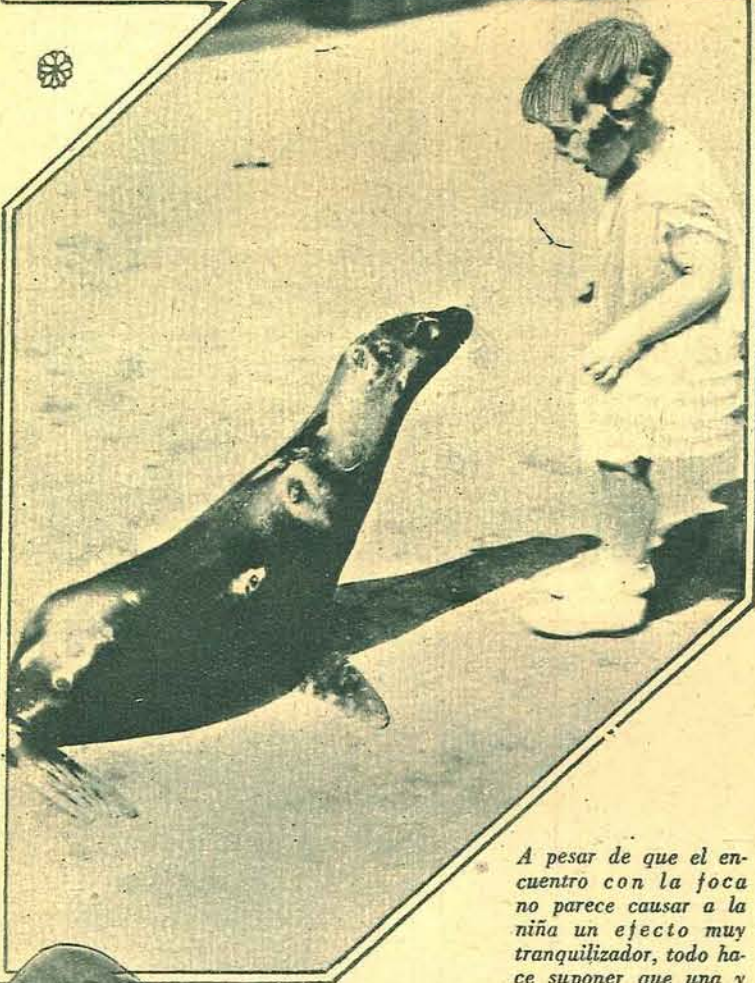
Se atienden en el día pedidos del interior y telefónicos.

Folleto gratis. Pídalos.



"Tengo por norma, todas las noches antes de acostarme, hacerme una abundante aplicación de Crema de Oriente Vindobona en el rostro y brazos, y aconsejo hacer lo mismo a toda señora que desee conservar el cutis lozano, claro, limpio, siempre joven."

Maria Esther P. de Pomar



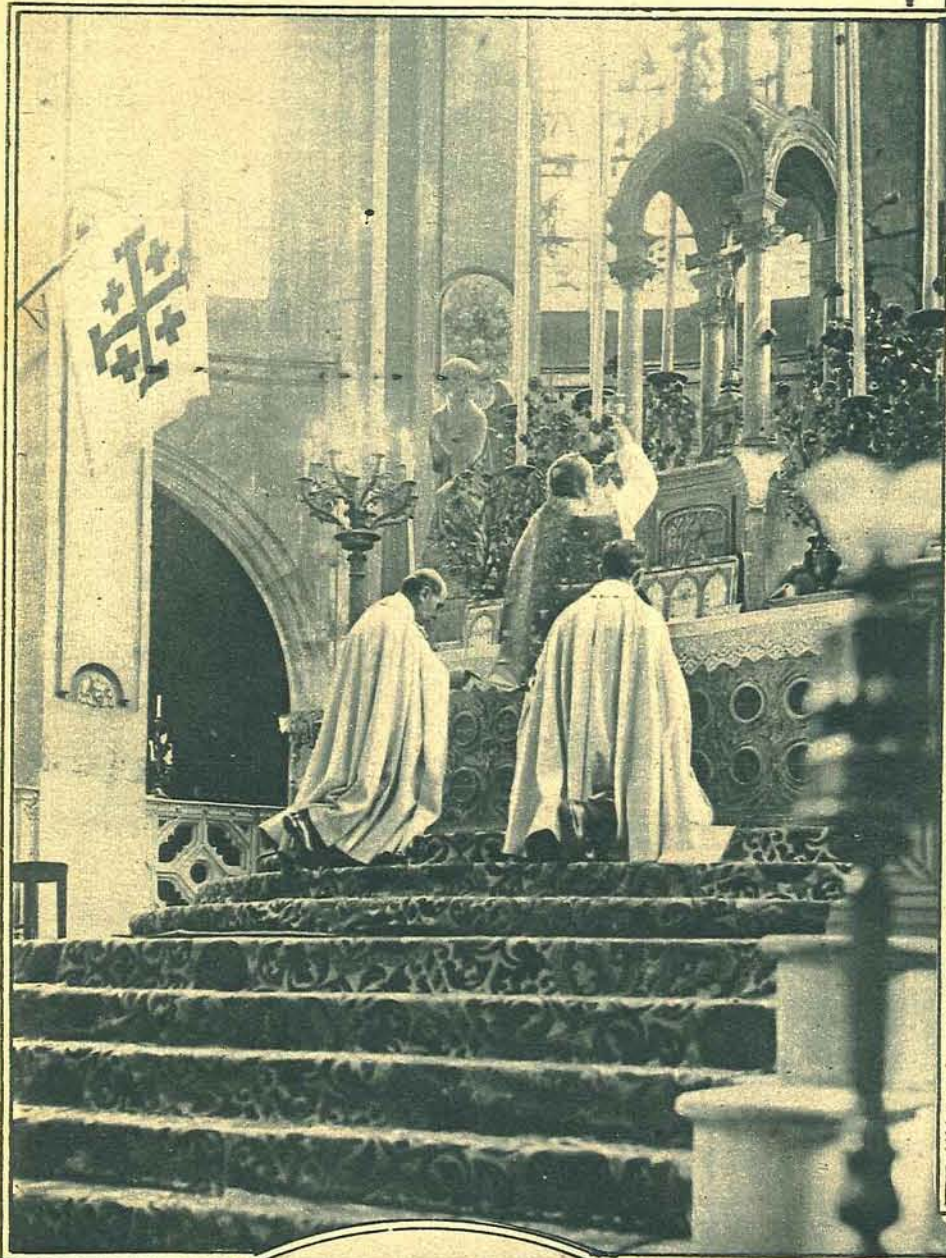
A pesar de que el encuentro con la foca no parece causar a la niña un efecto muy tranquilizador, todo hace suponer que una y otra terminarán siendo buenas amigas.



Mientras el "bravo" cazador espera, lista el arma, la aparición del oso, surge éste y sorprende al cazador.



Misa de réquiem oficiada en París en memoria de los Caballeros de la Orden del Santo Sepulcro fallecidos desde la celebración de la última asamblea general.



Lina Valery, actriz de la cinematografía española.

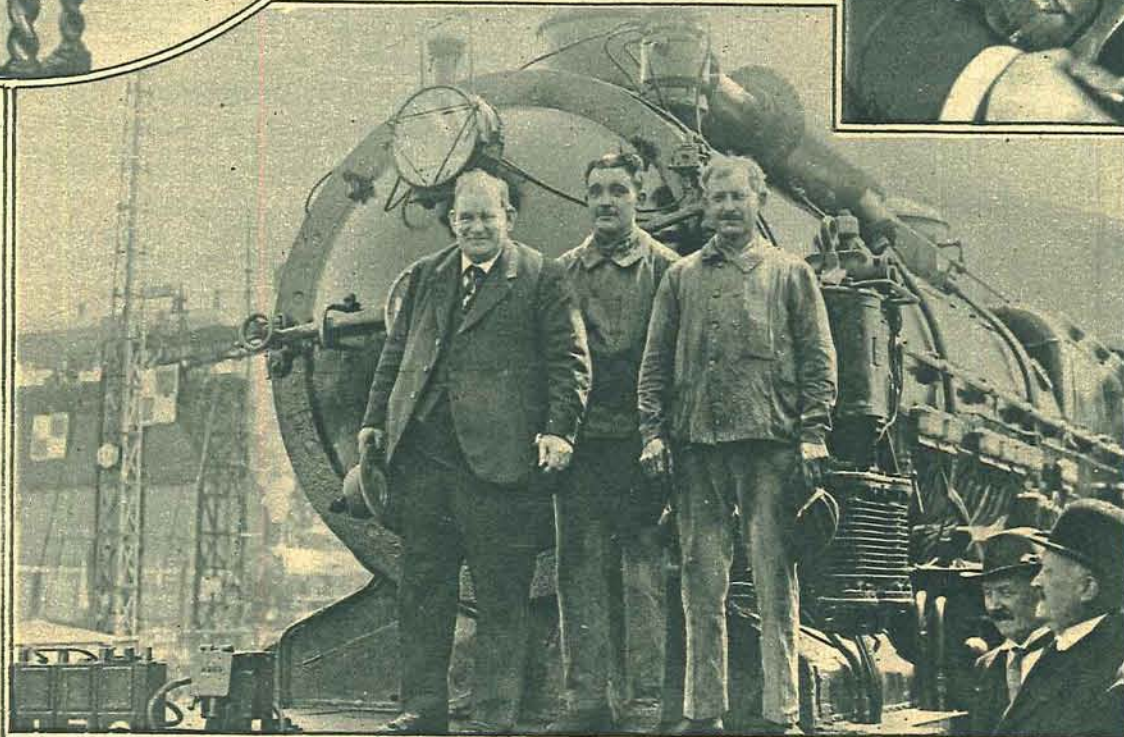


La señorita Rosa Pizarro Aráoz, "Miss Bolivia", en el concurso de belleza de Miami.

N. Bearseley, obrero de los ferrocarriles británicos durante 48 años e intendente hoy de la ciudad de Sheffield, durante una visita realizada a la estación del Norte de París.



Angel Juan Reta, violinista argentino que actuó con éxito en París.



COLMENAR "LAS ISABELES"

Remita \$ 1.20 en estampillas y recibirá a vuelta de correo una lata de un kilo de miel y siete pago al precio de propaganda.
Combata su resfrío con miel.
Complete su alimentación diaria con miel.
Ordene al productor: **J. R. RUIZ**
Jesús María - Pcia. de Córdoba

PARA LAS CANAS
COLORANTE ALSINA
Tonos perfectos y garantidos.
Preparación científica.
Dosificada prácticamente, constituye una garantía sin igual.
Para evitar falsificaciones, exija la caja cerrada.
Caja \$ 7. Interior \$ 7.50
Aplicaciones y venta
MAIPÚ, 843
U. T. 31, Retiro, 0374

“¡Mi muchacho tendrá carrera!”

Cómo la previsión del padre aseguró el éxito a un joven. Este caso le interesará a Vd.

DE dos cosas estaba seguro Pedro Ortiz: de la incertidumbre de la existencia y del deseo de que su hijo tuviera éxito en la vida...

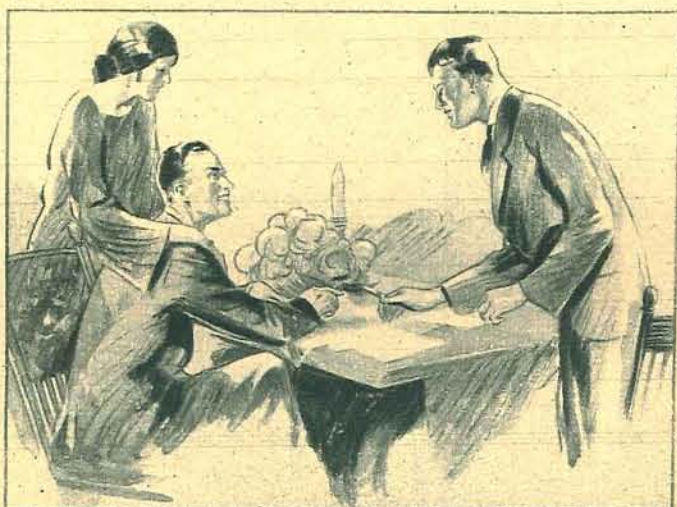
Por eso respaldó su vida con \$ 10.000 cuando recibió la visita de un representante de la Sud América, quien le explicó cómo, con una póliza de vida, podía asegurar una carrera a su hijo, aun en el caso de que sus días se viesan inesperadamente interrumpidos.

¡Y con qué sorpresa supo que esto sólo significaba el desembolso de un porcentaje mínimo de sus entradas mensuales!

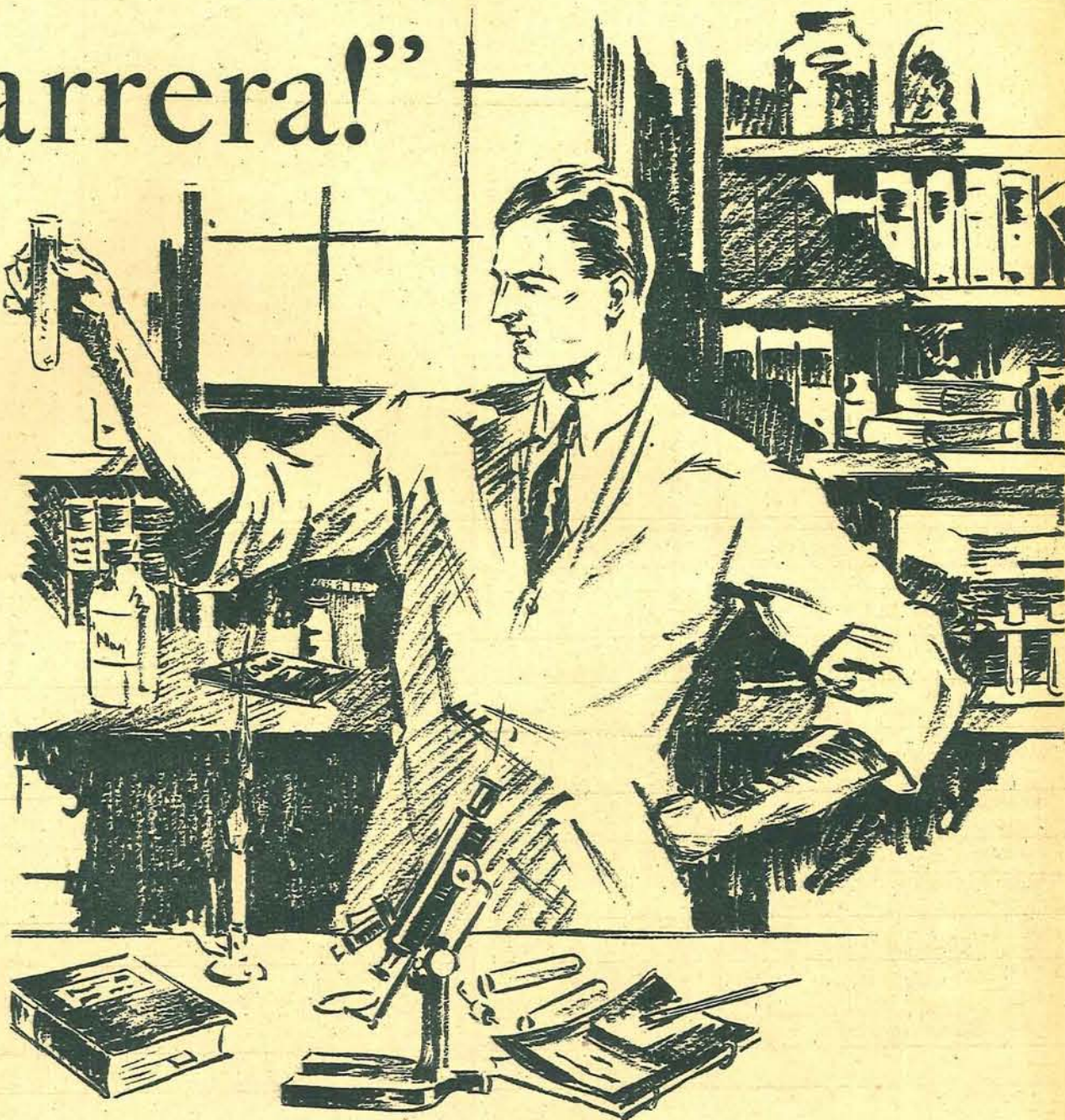
La cariñosa previsión paternal permitió que concluyese su carrera...

YA estaba su hijo Roberto cursando el 5º. año de medicina cuando tuvo el gran dolor de perder a su padre.

Creyó Roberto que tendría que interrumpir su carrera, pero la previsión cariñosa de don Pedro trajo al hogar atribulado una suma de dinero que, resolviendo la situación material inmediata, permitió a Roberto terminar su carrera, asegurándole un porvenir.



Sabía. Don Pedro Ortiz al tomar la póliza que estaba salvaguardando a su familia con una segura protección.



Pronto proveerá al sostén de los suyos. Gracias a la inteligente previsión que tuvo su padre, Roberto Ortiz está próximo a concluir su carrera.

Y fué un gran consuelo para Roberto saber que podría proteger adecuadamente a su familia.

Y será inmensa su satisfacción... inapreciable su tranquilidad

SOBRE todas nuestras vidas pesa siempre la misma incertidumbre. El mismo cariño entrañable por los hijos guía en gran parte nuestras acciones. ¿Ha tomado usted las medidas necesarias para asegurar el porvenir de sus hijos, la adecuada protección de los suyos? Hágalo ahora... ¡La inmensa satisfacción de cumplir con este deber primordial la inapreciable tranquilidad de espíritu, bien valen unos pesos mensuales! Consulte con la Sud América; es una compañía nacional seria y poderosa, que le facilitará a usted la forma más conveniente de seguro.

Pida

este interesante libro gratis.

Le servirá de guía para labrarse un porvenir, le mostrará cómo resguardar a los seres que usted más quiere.



COMPAÑÍA NACIONAL DE SEGUROS

Sud América

AVENIDA PRESIDENTE ROQUE SAENZ PEÑA 530 - BUENOS AIRES

Esta Compañía tiene el 40 % de las pólizas en vigor en el país. Pagó por siniestros y en vida \$ 3,933,318,52 durante 1929. Sus pólizas se liquidan de inmediato. Capital y reservas \$ 35,573,718.77. Para informes sobre otros ramos de seguro concurre a nuestra filial Sud América Terrestre y Marítima.

SECCIÓN CONSULTAS

Sud América, Compañía Nacional de Seguros
Avenida Pte. Roque Sáenz Peña 530 - Buenos Aires

Sírvase mandarme gratis su libro titulado "Siguiendo este camino se alcanzan los grandes ideales".

Nombre

Dirección

Ciudad F.C.

003-LN-20/7/30



LAS COLECCIONES DE MEDIA ESTACION

Por EVA A. TINGEY

Las colecciones de media estación ofrecen muchas variaciones sobre los temas del bolero y de la capa. Doucet, Lenief y Lelong tienen bonitos efectos de boleros en la espalda.

Vestido de Paquin, con cuello-pelerina sobre el lado derecho, abrochado en biés, en tweed beige y marrón.

Vestido de Nicole Groult, en encaje y tul alforzado. Traje de Nicole Groult, en taffetas negro.

da, algunos cuadrados, otros abiertos en el medio, con puntas algo redondeadas. Patou prefiere las espaldas ligeramente ablusadas. "Chez" Worth se exhiben muchas capas cortas colocadas sobre vestidos en satén, e Irene Dana las emplea en trajes de lana. Los efectos de babero se observan "chez" Lanvin, Martial y Armand y Worth.

La ELEGANCIA FEMENINA

Las faldas siguen hasta la mitad de la pierna en trajes para sport, un poco más abajo para usar en general durante el día y largas para la noche. En los trajes de noche se ve alguna variedad. Algunos levantan algo en lo delantero del ruedo; otros tienen el ruedo abierto de vez en cuando, de manera que se ve el tobillo al caminar. Los vestidos de tarde no se usan exageradamente largos para la calle; éstos sólo se consideran de buen gusto después de las cinco, en reuniones de alguna etiqueta. Para las reuniones más sencillas se usa el chiffon, encaje, etc.

Los adornos blancos en piqué, organdie o linón, están muy a la moda siempre. Lelong, Patou, Cheruit, etc., ofrecen jabots efectos de chaleco, volados, cuellos, puños, etc. Cheruit adorna algunos modelos con organdie en color. Maggy Rouff pone un pañuelo en linón rosado en el cierre de un saco.

Casi todos los modelos de esta casa tienen líneas de cuello drapés, terminados con echarpes o con efectos de berta. En todas partes se ven moños a un lado del cuello o en la terminación del escote en V. Molyneux coloca un moño en un hombro de los boleros o termina la cadera y el canesú con moños.

La línea del talle está en su lugar normal en todas las exhibiciones de trajes.

Los cinturones angostos predominan en los vestidos y también en los tapados, a pesar de que se ven muchos modelos en forma princesa. Las faldas tienen mucho vuelo en el ruedo; este vuelo empieza casi siempre arriba mismo de las rodillas. Se usan bastantes peplum sobre la cadera, ligeramente en forma, cayendo un poco en la espalda.

Muchas faldas tienen volados con tabloncillos hondos o en forma. Para sport y lana se emplean las piezas como pretina ancha, con partes en forma, algunas veces con un tabloncillo planchado en el centro de cada sección. Patou tiene ruedos irregulares, con godets en punta o drapés alargados a un costado del vestido.

Jenny emplea la pana en un tono más oscuro como cuello, chal y puño alto en un conjunto con saco corto en chiffon imprimé. Patou acompaña los vestidos de noche, en chiffon y en encaje, con bolero con mangas haciendo juego.

Los tapados son con mucho adorno de piel. Lanvin emplea agneau rasé blanco con negro y también astracán negro. Patou, zorro negro; Martial y Armand, breitschwantz; Jenny, nutria y armiño, este último en forma de corbata anudada o con moño.

Los tapados de noche son cortos y se envuelven ajustando las caderas, o son largos del todo. Estos suelen ser alargados en punta por detrás y algo levantados adelante. Patou los bordea con zorro, siendo en terciopelo chiffon que entone con el traje. Vionnet ofrece modelos en pana.

Los adornos que más se usan son las alforzas en todos los tamaños, los pliegues, los volados, las vainillas bordadas, algunos flecos, sobrios, bordados en cuentas, y cortes e incrustaciones primorosas. Algunas flores adornan los vestidos. En casi todas las casas hay algún modelo con manga corta.

Los sombreros son grandes o drapés, ajustando la cabeza.

Entre las joyas predominan las turquesas "chez" Worth, Patou, Lelong, Vionnet, etc.

Casi siempre son grandes, mezcladas con strass o cristal, y se llevan lo mismo de noche que de día.

Un vestido de Worth en chiffon negro tiene bretelles en forma bordados en turquesas.

Tapado de sport en tweed negro y blanco, de Jane Regny



Traje de Irene Dana, en crêpe grège. Drapé terminado con un moño. Traje de Cheruit: beige adornado con galones negros; cuello y corbata en piqué blanco.

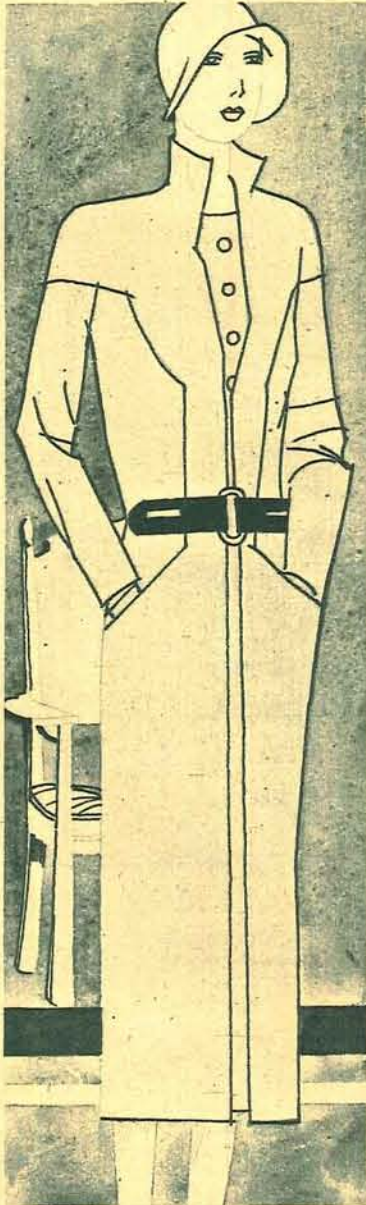
LAS TROUSSES

UNA de las piedras semipreciosas que está más de moda es el lápizlázuli. He visto últimamente una trousse de ónice negro rodeada de brillantes con motivos en lápizlázuli y ámbar. Otra trousse te-

nía un diseño en lápiz y jade, una tercera era en oro con flores en mosaico pálido con diseños finos en verde.

Las trousse de última moda son verdaderas joyas por su material y por la belleza de sus diseños, tanto que, sin duda alguna, serán las piezas más buscadas por los coleccionistas del futuro, como la más perfecta expresión del arte de esta época.

DIBUJOS DE
PIERRE FOSSEY



Son los polvos de moda.

Matizan la belleza de todos los cutis. Huelen a jardín.

Use usted **POLVOS TRINI**

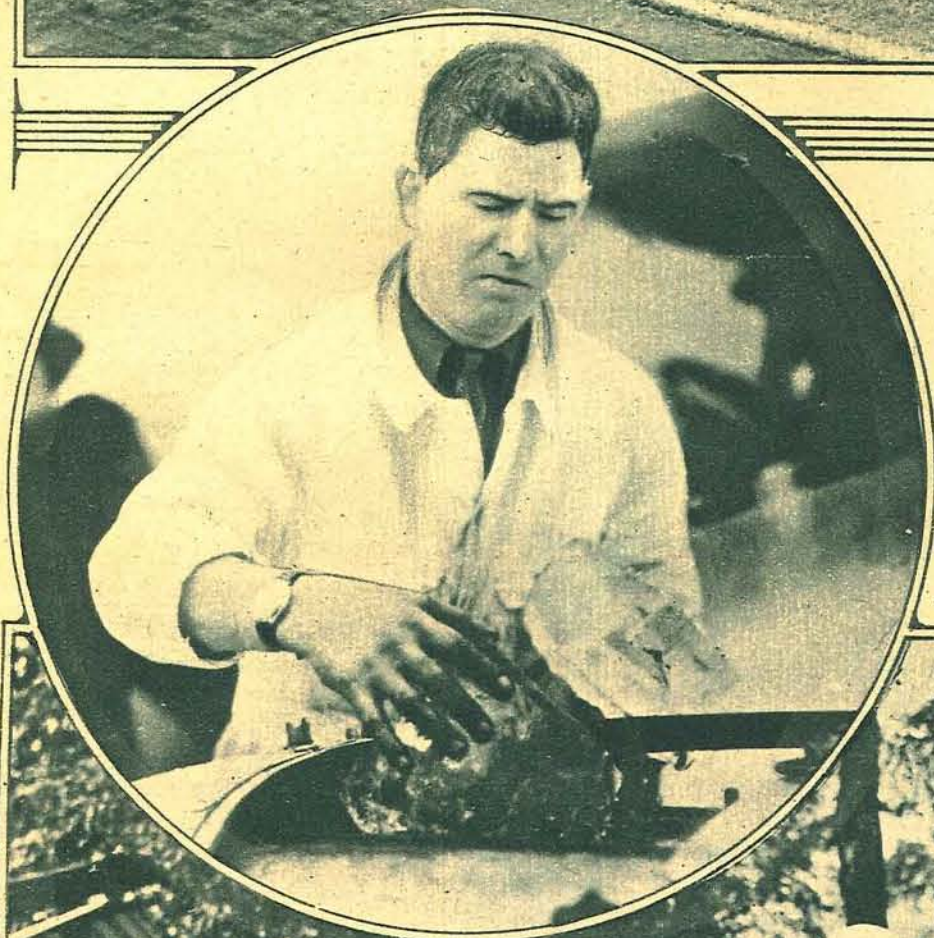
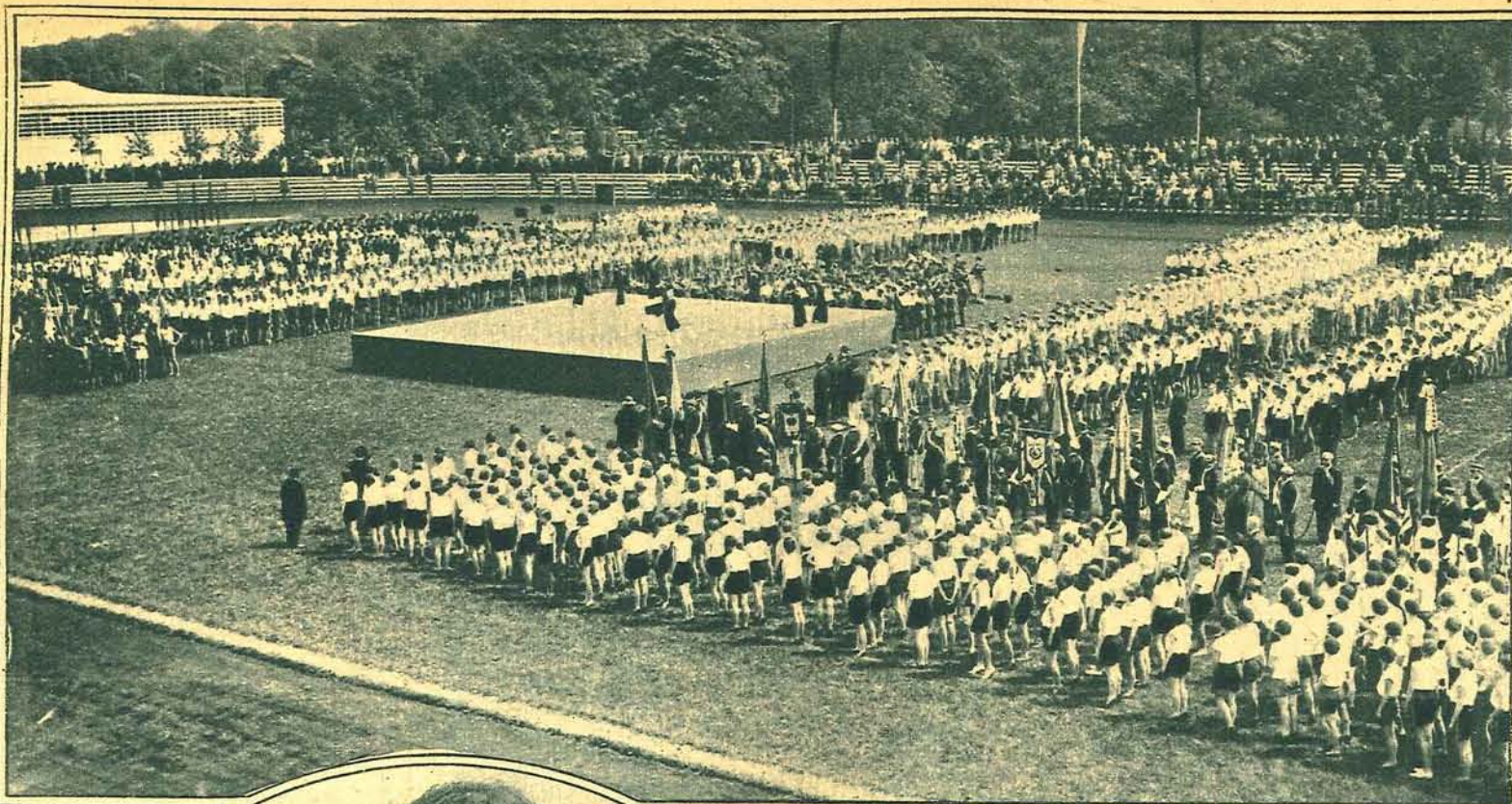
del tono que prefiera. **CAJA \$2**

GAL MADRID - BUENOS AIRES
LONDON - NEW YORK

SPORT

EXTRANJERO

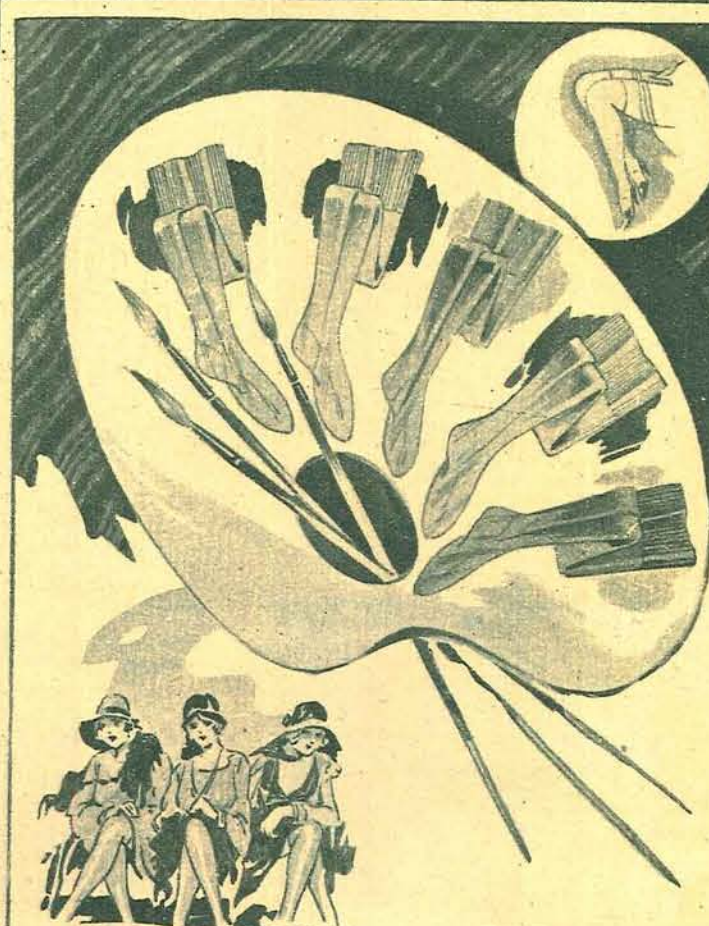
Una magnífica vista del desfile de atletas y escolares realizado recientemente en Dresden, con motivo de la inauguración de la Exposición de Higiene



El corredor británico Kaye Don, que ha realizado varias tentativas para batir el record mundial de velocidad con su automóvil "la bala de plata", coloca varios bloques de hielo con el fin de evitar el recalentamiento del motor



Con motivo de la disputa de los matches de tennis entre los Estados Unidos y México, correspondientes a la copa Davis, se ha puesto en práctica una interesante iniciativa: la venta de asientos portables de cuero o caucho, con los que la permanencia en las tribunas se hace más cómoda.



Si Vd. quiere Colores de Moda
compre solo Medias París—

NO existe mayor garantía de acierto, puesto que las Medias París se crean únicamente para interpretar las predilecciones argentinas—y evitar los gustos exóticos extranjeros.—

A tal punto se reconoce la superioridad del buen gusto argentino, que los colores que aquí surgen, entran en boga en Europa y Estados Unidos, poco tiempo después...

—Tenga en cuenta "la garantía de los colores de moda" cuando adquiera medias de seda.

VENTA AL
DETALLE:

En las principales
casas del ramo
de toda la
República.

PARIS



MEDIAS DE CALIDAD
para señoras, caballeros y niños

Fabricantes: N. MUÑOZ SAUCA Y SALZMANN

Distribuidores LOPEZ GOYA & Cía. — Alhina 1273
al por mayor: STAUDT & Cía. S.A.C.—B. de Irigoyen 330

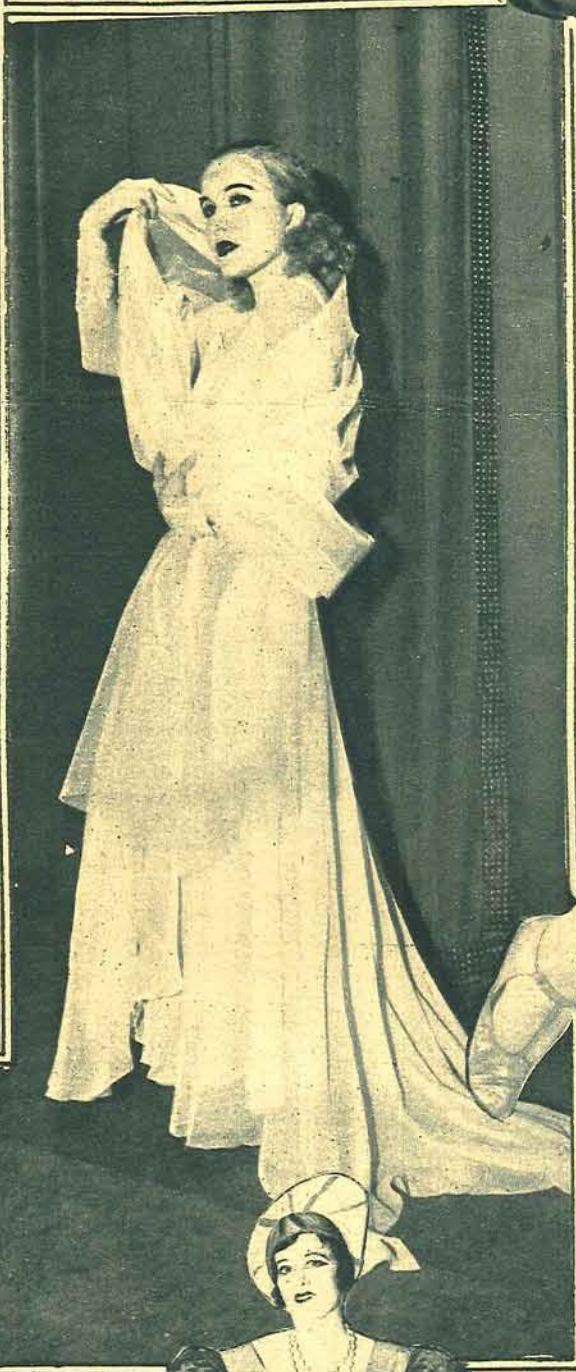


Anita Miguel y Dely Riza, del Mayo, en "El sobre verde", obra del maestro Jacinto Guerrero



Serafina Fernández, del Onrubia, en "Campanela"

KODAK TEATRO



La Valfleury, cancionista que actúa en el Teatro Casino

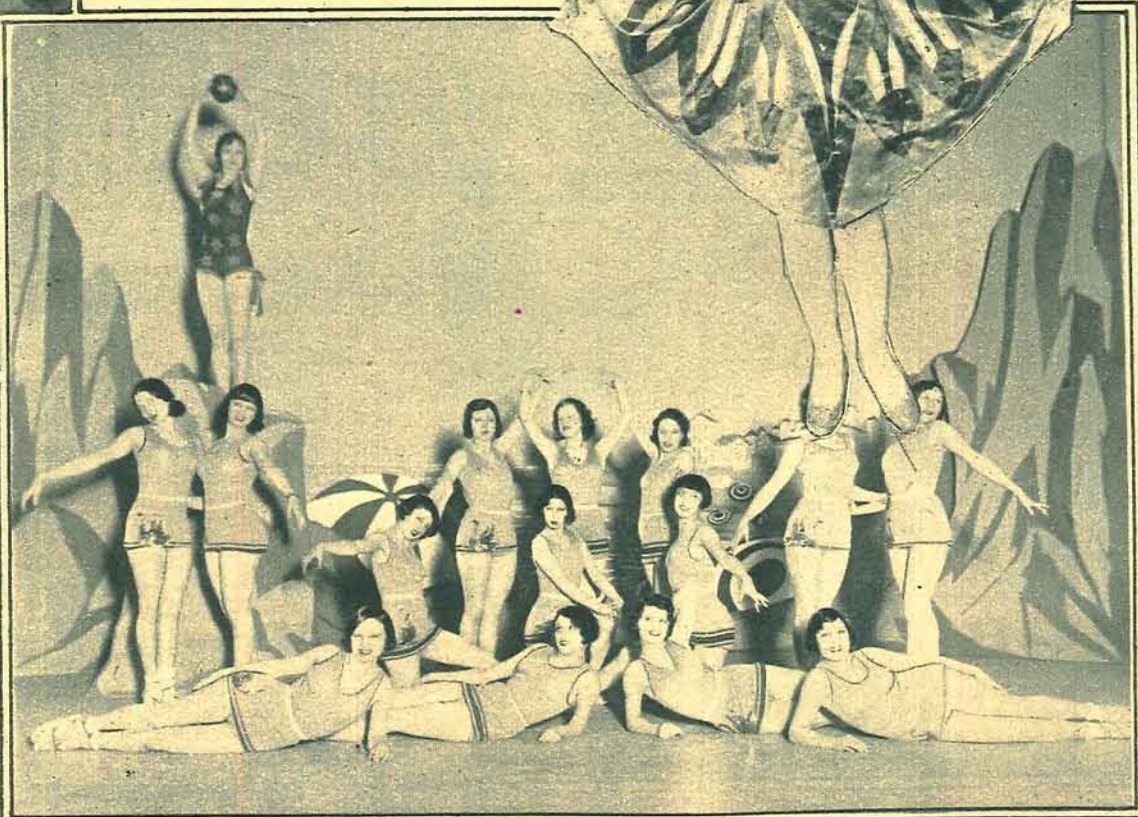
Gloria Guzmán en su celebrada caracterización de Greta Garbo, en la revista "Las burlas del film sonoro", últimamente estrenada en el Sarmiento



Amalia Montero, "vedette" de la compañía del Teatro 25 de Mayo de Villa Urquiza

NIZA QUEEN'S HOTEL

Bd. Victor Hugo. Jardín. 100 habitaciones. 50 cuartos de baño. Teléfono en todas las habitaciones. Dernier confort de lujo. Restaurante y Grill Room. Pieza y pensión: de 95 a 160 francos diarios (pesos m/n. 10 a 17), con facilidad para comer a la carta sin pago de extras. John Agid, propietario.



La bailarina Myrtil y Noemi Di Cenzo, Carmen Carmona, Felisa Bonorino, Angela Maglio, Ester Torday, Fanny Alvarez, Aurelia Padrón, Lila Valle, Margarita Ríos, Ana Orquin, Juana Becker, Zuquita Roland, Jenny Green y Ada Pampín, del Sarmiento, en "Las burlas del film sonoro"



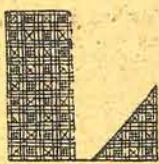
CREMA HINDS

EL AIRE FRÍO, la lluvia pertinaz y los vientos de invierno envejecen el cutis en forma cruel. El uso diario de la Crema Hinds lo rejuvenece.

MI VIDA

P O R

LEON TROTZKI



Las paredes de las casas de Viena estaban empapeladas con el lema "Alle Serben müssen sterben" (Mueran todos los serbios). Este era el estribillo de los pilletes callejeros. Azuzado por el instinto de contradicción, nuestro hijo menor Sergio empezó a gritar en el campo Sivering: "¡Viva Serbia!", y volvió a casa con los dos ojos amoratados y experto en materia de política internacional.

Sir George Buchanan, a la sazón embajador británico en Petersburgo, habla con deleite en sus memorias de los "primeros días gloriosos de agosto", cuando "Rusia parecía completamente transformada". Expresiones análogas de encanto pueden verse en las memorias de otros estadistas, si bien no expresen tan cabal y claramente como las de Buchanan la satisfacción de la mentalidad mediocre de las clases dirigentes de Europa. En todas las demás capitales europeas hubo días de agosto igualmente "gloriosos"; todos los países del Continente "transformáronse" al poner manos en la obra de su mutuo aniquilamiento.

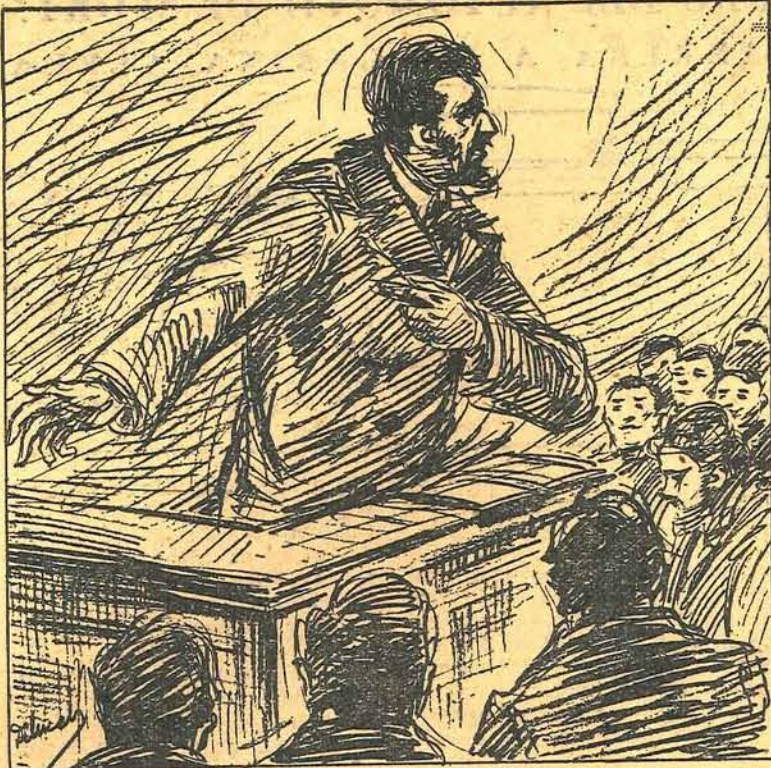
Pero el entusiasmo patriótico de las masas austrohúngaras parecía excepcionalmente inesperado. ¿Qué era lo que llevaba al aprendiz de sastre Spiszl, medio alemán y medio checo, o a nuestra almacenera en ciernes Frau Marosch o al cochero Frankl a la plaza fronteriza al Ministerio de la Guerra? ¿El patriotismo? ¿Cuál? Austria-Hungría era la negación de la idea de patria. No; la fuerza que los empujaba era otra.

Pulula en el mundo la gente cuya vida es un círculo terriblemente monótono y desesperado; esa gente constituye el espinazo de la sociedad actual. La llamada a filas para la movilización sacude tales vidas como una promesa. La vieja rutina a que estaban tan habituados esos seres y que tanto les aburría, se quebranta y la reemplaza algo nuevo e inusitado. El futuro ha de traer cambios más fuertes. ¿Serán para mejorar o para empeorar? Por cierto que para mejorar, porque, ¿habrá cosa peor que la vida "normal" de Pospiszl?

Vagaba yo por las calles principales de Viena, que me eran familiares, observando la multitud, en cuya alma habíase despertado nuevas esperanzas y que era tan diferente de la sociedad elegante del Ring.

Y, ¿acaso no se han cumplido ya en parte esas esperanzas? ¿Podían sentirse entonces como hoy, dueños de la situación en el Ring, los porteros, las lavanderas, los zapateros, los aprendices y los mozalbetes? La guerra echó mano de todos y, por consiguiente, los pisoteados, aquellos a quienes la vida engañó y oprimió, siéntense como iguales, por el momento, de los ricos y poderosos. Tómese como paradoja, pero lo cierto era que la actitud del populacho vienes al demostrar su alegría y su confianza en el triunfo de los Hapsburgos me recordaba a lo vivo por muchos aspectos, cosas que yo viera en los días de octubre de 1905 en las calles de Petersburgo, tales como ocurrieron. No sin razón la guerra ha solido ser, en el curso de la historia, madre de la revolución.

Escribí a Rusia: "La movilización y la declaración de guerra han borrado en este país todas las diferencias nacionales y sociales; pero esto no es sino



un aplazamiento histórico, una especie de moratoria política. El papel moneda ha sido renovado, pero al fin y al cabo habrá de ser convertido". Con estas palabras aludía no sólo a Austria-Hungría, sino también a Rusia, y muy especialmente a ésta.

Los acontecimientos se precipitaban. Llegó un telegrama anunciando el asesinato de Jaurés. Los periódicos rebosaban de tantas mentiras maliciosas que hubo cierta esperanza y cierta duda; mas en breve no fué ya posible dudar del asesinato del tribuno francés por sus enemigos, traicionado por su propio partido.

¿Qué actitud asumían frente a la guerra los grupos dirigentes de la socialdemocracia austriaca? Algunos se regocijaban abiertamente expresándose en términos hirientes con respecto a los serbios y los rusos, y distinguiendo apenas entre pueblos y gobiernos; los tales eran nacionalistas por temperamento, con un leve barniz de educación socialista, que perdían rápidamente, no de día en día, sino de hora en hora. Recuerdo haber oído decir, sin ambages, a Hans Deutsch, que luego fué nombrado algo así como ministro de Guerra, lo inevitable y saludable del conflicto europeo que, al cabo, libertaría a Austria de la pesadilla serbia. Otros, encabezados por Victor Adler, miraban la guerra como una catástrofe externa de la cual había que "sacudirse y seguir adelante"; pero su pasividad expectante apenas servía de embozo al ala nacionalista activa. Había quienes recordaban a sus amigos la victoria alemana de 1871 que estimuló la industria de Alemania y con ella la socialdemocracia.

El 2 de agosto, Alemania declaró la guerra a Rusia; pero antes de esa fecha los rusos empezaron a salir de Viena. En la mañana del 3 de agosto me dirigí a Wenzlre a conferenciar con los diputados socialistas acerca de la actitud que deberíamos adoptar los emigrantes rusos. El viejo Adler propuso en seguida que fuese con él al árbitro sumo, esto es, a Geyer jefe de la policía política. Mientras íbamos en el automóvil a la Jefatura de policía llamé la atención de Adler sobre la circunstancia de que la guerra había suscitado en el pueblo un como íbulo de día festivo. "Es la alegría de los que no van a filas", repuso inmediatamente. "Por otra parte, las calles atraen hoy a toda la gente loca o semiloca: necesitan exhibirse. El asesinato de Jaurés no es más que el comienzo. La guerra dará rienda suelta a todos los instintos, a toda suerte de locuras".

El especialista en enfermedades mentales que fuera Adler en su mocedad solía mirar los sucesos políticos (sobre todo

El comité invitó a los jefes del partido a una reunión en la que leí un discurso...

los austriacos, acostumbraba añadir irónicamente) con la mirada del psiquiatra que trata una dolencia mental. ¿Qué lejos estaba por entonces de pensar que su propio hijo cometería un homicidio político! En la revista "Kampf" (La Lucha), que dirigía éste, yo había publicado, precisamente muy poco tiempo antes de estallar la guerra, un artículo en que demostraba la inutilidad de los atentados terroristas. Es digno de notarse que el artículo fué calurosamente aprobado por el director de la revista. El acto de terrorismo que perpetró después Friedrich Adler fué el estallido de su desesperado oportunismo y nada más. Una vez que dió salida a su desesperación, Friedrich Adler volvió a encarrilarse.

Geyer nos dijo que en su "opinión" era probable que al día siguiente se dictase una orden de arresto contra todos los rusos y serbios.

—Entonces, ¿Vd. opina que nos vayamos?

—Cuanto antes, mejor.

—Perfectamente; mañana ire con mi familia a Suiza.

—¡Hum! Preferiría que lo hiciera usted hoy.

Esta conversación ocurría a las tres de la tarde, y a las 6.10 ocupaba ya con mi familia un vagón del atestado tren que partía para Zurich. Dejaba tras mí siete años de vida, amistades, libros, archivos y algunos trabajos inconclusos, entre los que figuraba una polémica con el profesor Massaryk acerca de la cultura rusa.

Escortados por la policía austro-húngara, los últimos ciudadanos rusos que quedábamos en el territorio de la monarquía, grupo asaz abigarrado, llegamos a la frontera suiza el 3 de agosto de 1914. Ya Zurich reboaba de refugiados rusos. Nos fué sumamente difícil hallar una pequeña habitación para nosotros cuatro. Tuvimos que dormir en el suelo y comer potajes. Pasados los primeros días de pánico se hizo posible encontrar alojamiento mejor.

Cuando llegó a Suiza el número del "Vorwärts" de Berlín que informaba sobre la sesión del Reichstag del 4 de agosto, Lenin creyó que se trataba de una edición fraguada por el Estado Mayor alemán para atemorizar al enemigo. Tan grande era su fe, a pesar de su penetración crítica, en la socialdemocracia alemana. Por otra parte, el "Arbeiter Zeitung" de Viena aclamaba el día en que el socialismo alemán había capitulado ante el capitalismo, como "el gran día de la nación alemana". Era la culminación de Austerlitz, ¡de su Austerlitz!

LOS COMIENZOS DE LA GUERRA

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

Yo no creí que esa edición del "Vorwärts" fuese fraguada. Las primeras impresiones de la guerra en Viena me habían preparado para lo peor; con todo, el voto del 4 de agosto será siempre uno de los recuerdos más penosos de mi vida. ¿Qué habría dicho Engels?, preguntábame. La respuesta me parecía evidente. ¿Y qué habría hecho Bebel? La respuesta a esta otra pregunta ya no podía ser tan segura como la anterior; pero Bebel ya no existía. Sólo quedaba Haase, honrado demócrata provincial, sin perspectiva teórica y sin temperamento revolucionario; propenso, en todo momento crítico, a rehuir las decisiones categóricas, para tomar medidas moderadas y a quedarse de espectador. Los acontecimientos iban mucho más allá de su capacidad.

Suiza resultaba un reflejo de Alemania y de Francia; pero en forma neutral, esto es, modificada. Como para que las cosas fueran más evidentes y equilibradas, dos diputados socialistas al Parlamento suizo tenían el mismo nombre y apellido: Johann Sigg, representante de Zurich, y Jean Sigg, por Ginebra. Johann era un tremebundo germanófilo; Jean, un francófilo todavía más rabioso. ¡Tal era el espejo suizo de la Internacional!

Durante el segundo mes de la contienda encontré al viejo Molkenbuhr en una calle de Zurich, y al preguntarle cómo creía el partido socialdemócrata que se desarrollaría la guerra, me respondió: "Dentro de dos meses ajustaremos cuentas a Francia; en seguida nos volveremos al Este a arreglárselas al zar, y al cabo de tres o, en el peor de los casos, de cuatro meses, daremos a Europa una paz sólida", respuesta que transcribí literalmente en mi diario. Por cierto que al exponerle Molkenbuhr no expresaba su opinión personal; limitábase simplemente a dar la opinión oficial de la socialdemocracia. Entretanto el embajador francés en Petersburgo apostaba cinco libras a sir George Buchanan a que la guerra habría concluido para Pascua. No; nosotros los "utópicos" veíamos las cosas con más realismo que algunos de esos grandes realistas socialdemócratas o diplomáticos.

Suiza, donde hube de pasar el tiempo de la guerra, me hacía recordar mi casa de pensión finlandesa, Rauha, del otoño de 1905. Verdad es que en Suiza se había decretado también la movilización, y que la existencia misma del Estado se hallaba en juego, pues en Basilea podía oírse el tronar de los cañones; pero con todo, los suizos se preocupaban principalmente del aumento de sus depósitos de queso y de la merma de sus cosechas de patatas, en su tranquilo oasis circundado por el anillo ígneo de la guerra.

¿Tal vez se acerca la hora, preguntábame, en que será posible salir una vez más de la "Rauha" suiza para arengar a los obreros de Petersburgo en el salón del Instituto Tecnológico? Habían de pasar treinta y tres meses antes de que esa hora sonara. La necesidad de darme cuenta yo mismo de lo que ocurría me movió a redactar un diario. He aquí lo que escribía en sus páginas el 3 de agosto:

"Es clarísimo: no se trata de yerros ni de aisladas medidas oportunistas ni de una observación "dura" de un miembro del Parlamento, ni de experimentos del ministerialismo francés ni de la apostasía de ciertos

caudillos... no; trátase evidentemente del fracaso decisivo de la Internacional en el momento más crítico, del cual todo el trabajo anterior era un mero preparativo".

El 11 de agosto escribía:

"Las bases de la nueva Internacional no podrán echarse sino después del despertar del movimiento socialista revolucionario, que habrá de asumir al principio formas muy borrosas. Los años venideros serán la época de la revolución social".

Participé activamente de la vida del partido socialista suizo. Entre sus masas de obreros el internacionalismo era acogido con simpatía casi unánime. De cada reunión del partido salía más convencido que nunca de que la posición que había escogido no era errónea. Hallé mi primer apoyo entre los miembros de la unión obrera "Eintracht", internacionalistas casi en su totalidad. De acuerdo con el comité directivo de esa agrupación, redacté un borrador de manifiesto contra la guerra y el socialpatriotismo. El comité invitó a los jefes del partido a una reunión en la que leí un discurso en alemán en apoyo del manifiesto; pero los jefes no asistieron, porque consideraban demasiado peligroso tomar una actitud definida en cuestión tan crítica y preferían quedarse de espectadores y limitarse a criticar los "extremos" del chauvinismo alemán y francés. La asamblea del Eintracht votó casi unánimemente en favor del manifiesto, que, a pesar de su reticencia sobre varios puntos, obró como útil estímulo respecto a la opinión pública del partido. Si no me engaño, éste fué el primer documento internacionalista en favor de una organización obrera emitido desde el principio de la guerra.

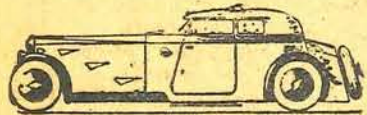
Cuando la prensa socialista francesa y alemana pintaban claramente el profundo fracaso moral y político del socialismo oficial, yo posponía mi diario para dedicarme a escribir panfletos políticos. Uno, titulado "La guerra y el internacionalismo", fué publicado en Zurich en noviembre de 1914, y con la ayuda de Fritz Platten circuló profusamente no sólo en Suiza, sino en Alemania y Austria. Destinados al público de habla alemana, el panfleto se dirigía en primer lugar contra la socialdemocracia alemana, el partido director de la Segunda Internacional. Si mal no recuerdo, era Heer Heileman el primer violín de la orquesta del chauvinismo social y decía de mi folleto que era "loco, pero coherente en su locura". Yo no hubiera podido desear elogio mayor; pero no faltaba quien dijese que el fascículo en cuestión era hábil instrumento de la propaganda de la Entente.

Posteriormente en Francia, leí, no sin cierto asombro, un despacho procedente de Suiza y publicado en un diario francés, donde se decía que yo había sido condenado durante mi ausencia por un tribunal alemán a causa de mi panfleto de Zurich, por lo cual pude ver que éste había dado en el centro del blanco. Añadiré que los jueces de los Hohenzollern con su fallo y sentencia, que yo no me apresuré a cumplir, me hicieron un servicio valiosísimo, pues aquella sentencia constituyó al fin y al cabo una gran valla para los calumniadores del socialismo patriótico, para los pesquisas "idealistas" y para los espías de la Entente, noblemente empujados en probar que en realidad yo no era sino un agente del Estado Mayor General alemán.

(Continúa)

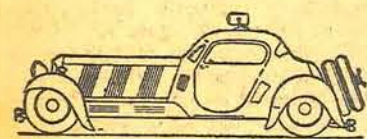


O es aventurado afirmar que donde más rápidamente ha evolucionado la técnica de los carroceros modernos, ha sido en el tipo de automóvil de "sport". Las exigencias de la velocidad, la necesidad de lograr, tanto la menor resistencia a la fuerza adversa del aire como todas las comodidades posibles para el turismo, ha hecho que el ingenio de los constructores fuera febrilmente acumulando detalles ventajosos que poco a poco han ido introduciendo un concepto nuevo en las líneas de estos coches.



La curva de la capota indica ya una tendencia a evolucionar

No hay duda que en su aspecto fundamental se ha llegado, casi, a obtener el bloque único del tubo alargado, que constituye la conquista del tipo de carrera. Sobre la larga

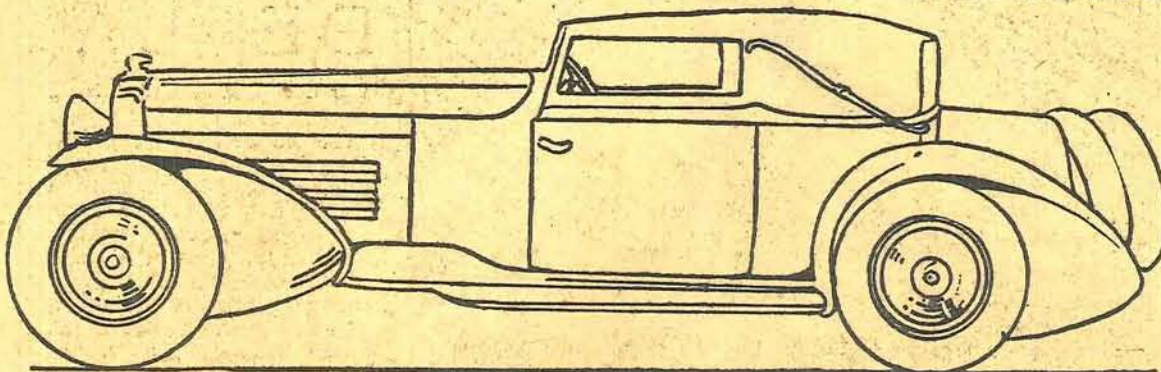


El semicírculo, del parabrisas a la parte posterior, es el primer paso

línea del chasis tendida casi a ras del suelo y la paralela apretada de la silueta del capot, apenas emerge el techo de la carrocería, con el mínimo de espacio para ventanillas y parabrisas, que adquieren así características de miradores sintéticos.

Alargadas más aun las líneas vivas, por el agregado de los baúles de emergencia y las ruedas de auxilio, el actual coche de "sport", del tipo, todo belleza, que ilustra estas líneas, llega a ser un motivo de indudable atracción visual, que es el índice de todo lo que en ma-

¿CUAL ES EL FUTURO DEL AUTOMOVIL DE SPORT? DEL TIPO DE CARRERA A LA CABINA AEREA



teria estética aparece como un problema resuelto.

La verdad es que se trata sólo de una solución en apariencia. Ya los escasos ángulos de la actual silueta de este tipo, han comenzado a desaparecer, y la suavidad de las curvas tienden insensiblemente a un modelo de blindaje total que marcha a pasos acelerados hacia el tipo de cabina aérea, que informa uno de los últimos proyectos de un dibujante británico.

Ya no es más el huso interminable del "bólide" sensacional el que parece regir las inquietudes creadoras. El primitivo diseño de líneas alargadas, a ras del suelo, que actualmente es un paso adelante — con una curva en la parte trasera de la capota y línea oblicua de la cabina posterior y el parabrisas — ha suscitado controversias en lo que se refiere a la practicabilidad de la mar-

El modelo actual, suntuoso y elegante, que parecía haber resuelto el problema

carrocería de dos puertas, un gran baúl oblicuo de cola y un motor de seis cilindros con capacidad para seis litros. En algunos el estribo de pie sustituye a los corridos.

Ese tipo ya ha sido superado, sin embargo, con la ejecución de otro de líneas curvas en su totalidad. Se trata (número 2) de un coche de 45 HP. Dado el sistema de radiador, en el capot figuran ventanillas laterales ajustables para utilizarlas como ventiladores. La carrocería, que es de fábrica, según es habitual en el modelo de referencia, tiene cuatro asientos, de los cuales los dos delanteros son deslizables. Además, lleva dos maletas, una delante de la rueda delantera y otra sobre el portaequipajes.

Los proyectos actuales, tien-

den a involucionar aún más los ángulos. Se ha ideado un automóvil (No. 3) que al terminar el capot, involucra en una misma línea curva, en forma de semicírculo, el parabrisas, el techo y la parte posterior de la carrocería, dando la sensación de que se ha blindado la parte destinada a los ocupantes del vehículo.

Se trata de un coche capaz de producir grandes velocidades y se lo ha provisto de guardabarros tipo motocicleta, que facilitan sin duda las reparaciones del motor y de las cubiertas.

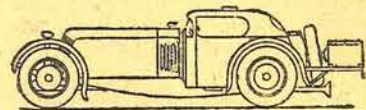
El proyecto agrega también una luz exploradora que obtenga la corriente de una unidad independiente del resto del equipo eléctrico, y ha agregado un baúl de equipajes, que apenas sobresale de la parte trasera del coche, y dos ruedas de auxilio.

Sin duda alguna este modelo

una sola línea desde el radiador a la cola del coche.

Es ésta, al parecer, la meta de las actuales especulaciones en esta materia. El autor del último diseño aparecido, ha ideado un coche que, salvo la ausencia de alas, tiene todas las características de un avión, sin faltarle las aletas en la cola para impedir las patinadas laterales en las grandes velocidades.

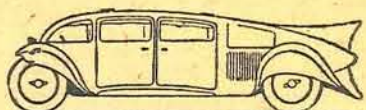
No pueden hacerse a ese tipo (4) las críticas sobre escasa visibilidad que han acompañado a los que le precedieron, pues el autor se ha empeñado en facilitar lo que considera



Aquí las curvas se acentúan, aunque sin perder el carácter actual

ideal en turismo: la visualidad y la altura del chasis.

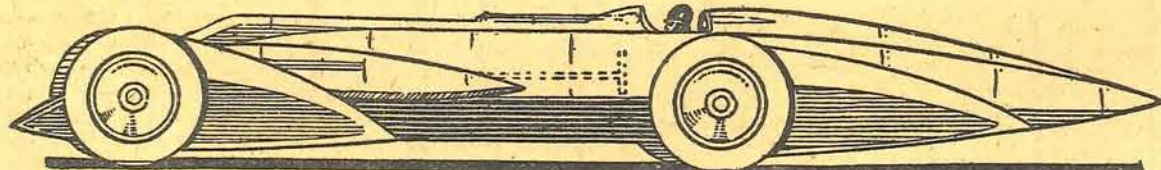
Proyéctase realizar este modelo con una carrocería de acero, fortísima, capaz de soportar los efectos de un choque de



He aquí lo que parece ser el modelo del futuro: una cabina blindada, con aletas

frente, en mejores condiciones que los actuales capots. Se le establecen cuatro puertas, guardabarros especiales y por su aspecto y consistencia, adquiere las líneas de un automóvil blindado, aunque naturalmente mucho más liviano.

De seguir, pues, la tendencia actual de los dibujantes de carrocerías de "sport", se habrá de llegar a un tipo nuevo de automóvil que tendrá más de cabina blindada que de máquina de carrera, como parecía ser hasta ahora la orientación exclusiva de los constructores.



cha en caminos que no sean irregulares.

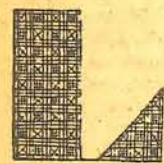
Se lo critica por la escasa distancia entre el suelo y el chasis y la poca visibilidad que, según algunos peritos, no supera los cincuenta metros. El modelo (No. 1) consta de una

El "bólide" que ha significado hasta ahora la meta de los proyectistas

ERNESTO ECHEVARRIA

representa la verdadera evolución del coche de turismo, en procura de la menor resistencia a la fuerza del aire y la formación de una pequeña cabina, que en un nuevo proyecto con vistas al futuro ha sido aún superada, hasta alcanzar

BRIDGE ~ Por LEON CASABAL



A intervención del cuarto jugador en el remate, se produce a raíz de que los tres primeros hayan pasado o declarado, y su actitud está supeditada, en gran parte, a la asu-



♠ K-10	♥ Q-8	♦ 6-5	♣ A-Q
			J-10

INTERVIENE EL CUARTO JUGADOR

ción fácil. Pero puede resultar también de fuerzas, con un raro reparto de fuerzas, su mano (tal vez algo más abundante que la de los otros), no justifique tampoco una buena declaración en su posición delicada. Y digo posición delicada, porque puede presentarse el caso de que uno de sus adversarios haya pasado con una mano relativamente fuerte a la espera de

do. En el Auction lo importante es impedir que los oponentes ganen el "game" y, después, que cumplan su contrato. El cuarto jugador debe estudiar cuidadosamente ambas circunstancias y proceder de acuerdo a sus elementos.

En algún momento, tal vez, procede que declare su palo largo, no precisamente con el objeto de encarecer el remate o de jugar la mano, sino simplemente para indicar a su compañero la salida que conviene. Ello es a menudo de gran utilidad y hasta puede revolucionar el remate en sentido favorable, ya sea porque los contrarios tengan que virar hacia otra declaración, ya sea porque, por raro azar, se encuentre correspondencia con la mano del compañero, o se lo decida a una intervención personal.

Pondré un ejemplo demostrativo:

Pique 7 - 5 - 4.
Corazones K - Q.
Diamantes Q - 6 - 3.
Tréboles A - Q - J - 8 - 2.

La declaración de dos tréboles corresponde. Una salida del compañero en ese palo, jugando sin triunfo, puede ser la única manera de salvar el "game".

He de llamar la atención especialmente sobre la notable diferencia (que para el cuarto jugador nunca debe quedar inadvertida), a establecer, entre la marca de "un sin triunfo" ofrecida por el dador, y la ofrecida por el tercer jugador. En este último caso la información que aconsejo deja de ser útil,

pues el cuarto jugador tiene el mismo la salida y no hay razón (corriendo riesgo), de orientar al compañero en ese momento.

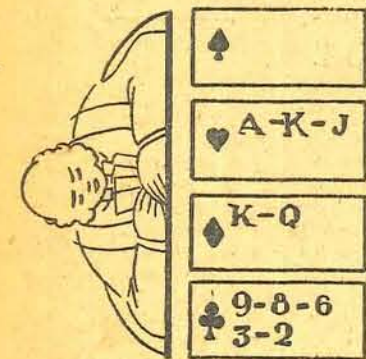
El primer jugador ha pasado, el compañero ha declarado un palo y el tercer jugador ha pasado. El proceder del cuarto en esta situación lo hemos ya estudiado, pues debe ser análogo a la del tercero cuando el dador ha pasado, con enorme ventaja de conocer a los contrarios con juego pobre o por lo menos no tan fuerte como el exigido para una declaración reglamentaria.

La no coincidencia con el palo declarado y la conveniencia de resolverse a cambiarlo, lo he tratado también en mi artículo sobre el "take out".

El dador ha declarado un palo y el segundo y tercero han pasado. Si el triunfo declarado no implica la posibilidad de que los oponentes ganen el "game" y, por otra parte, no hay probabilidades de que el cuarto jugador lo gane, lo que conviene a éste es evitarse el peligro de que pueda entrañar una declaración forzada. Su acción, de acuerdo con la del compañero, debe tener por norte impedir que los contrarios cumplan su contrato.

Cambia de aspecto la situación, si el "game" corre peligro con la declaración adversaria. La defensa justificada y el lance posible de una corres-

(Continúa en la pág. 34)

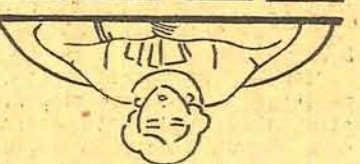


mida por sus predecesores. Su situación tiene algo de analogía con la del tercero, por cuanto conoce la declaración del compañero, pero con la ventaja de haber oído a sus adversarios.

Supongamos primeramente que llegue el remate al cuarto jugador, después de tres "pasos": en este caso, lo más probable, es que la mayor parte del juego se encuentre en poder del jugador cuyos precedentes estoy estudiando y su situación cómoda le permita pronunciarse con una declara-

NORTE			
Triunfo es corazón. Sur tiene la mano. Norte y Sur deben hacer ocho de las diez bazas, contra cualquier defensa de Este y Oeste.			
SUR			

♠ 10-7	♥ J-8	♦ K	♣
4-3	6-5		
2			



los acontecimientos, y, forzado por las circunstancias, se resuelva a intervenir activamente en el remate, entablando un combate desfavorable para él, aunque, eso sí, muchas veces peligroso para nuestro jugador.

Al resolverse, pues, por una declaración voluntaria, y por lo tanto agresiva, el cuarto jugador debe prever posibles emboscadas y pesar todas estas consideraciones.

El dador ha declarado "sin triunfo" y los demás han pasa-

"MASCARA BLANCA"

P O R
EDGAR WALLACE

CAPITULO XXI

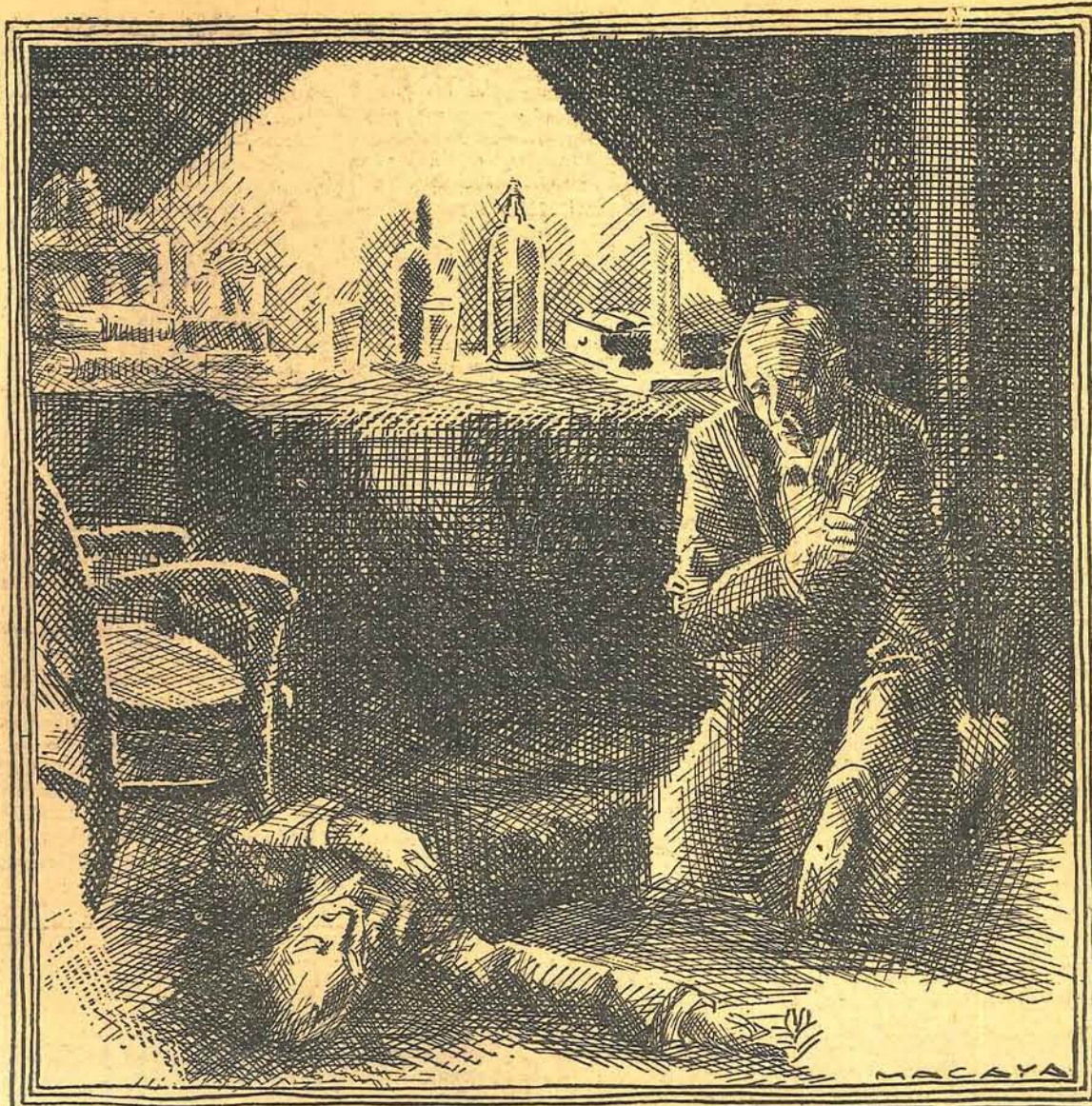
Si yo hubiera logrado — explicó el doctor Marford — convencerla para que abandonase la vecindad, habría experimentado algún alivio. Pero aunque semanalmente le entregaba una fuerte suma, con la cual podría vivir con comodidad en el West End, ella insistía, al cambiar de alojamiento, en alquilar habitaciones en el barrio y en esto gastaba una cantidad equivalente a mis utilidades anuales.

Por qué se negaba a residir en otra parte, eso yo no lo sabía. Me inquietaba ese empeñamiento suyo. Un día, caí en la cuenta de lo que sucedía. Lorna creía que, más tarde o más temprano, Donald Bateman se encontraría conmigo y quería estar en mi vecindad para vigilar cualquier movimiento mío; de ese modo, quizá conseguiría salvar a su amante. Un síntoma premonitorio, acaso... Ese fenómeno no entra en la esfera de mis conocimientos. Soy un fisiólogo; de fenómenos mentales y psíquicos, no entiendo nada.

Parecería que sólo una posibilidad entre un millón me favorecería para que volviese a verme yo de nuevo con Donald Bateman. Supóngase, en efecto, que viniese a Londres, ¿qué probabilidad existía de que se acercase a un punto tan apartado como Tidal Basin? Y, sin embargo, ocurrían coincidencias singulares. El primer médico a quien traté, una vez instalado mi consultorio, fué el doctor Rudd... y yo conocía al doctor Rudd, por haber oído hablar de él a Bateman. ¡Rudd desempeñaba el cargo de médico en un penal en que Bateman había cumplido dos años de trabajos forzados! Recordé el nombre y los detalles descriptivos en el mismo instante en que le contemplé. Es muy verosímil que Donald también se haya encontrado con el médico en Londres, pero no sé una palabra al respecto. Odiaba a Rudd, causante de una ampliación punitiva de su condena por denunciar que se fingía enfermo en la prisión. Solía pintarlo con términos poco lisonjeros, si bien, debo confesarlo, exactos.

Las exigencias de mi clínica aumentaban a medida que crecía mi ambición. Tenía yo una necesidad desesperada de dinero. Por un lado, por la legítima expansión de mis servicios profesionales; por el otro, por los crecientes pedidos de Lorna.

No me explico por qué acudí a mi imaginación la idea. Me inclino a pensar que fué al notar el conmovedor dolor del anciano Gregorio Wicks, cuando le comunicé que no debía tornar a empuñar el volante de su taxímetro, excepto que quisiera exponerse a un gravísimo riesgo y exponer, también, a un serio peligro a la comunidad. Estaba casi ciego y la depresión moral que le embargó ante el pensamiento de que caducase el permiso de que disfrutaba desde hacía cincuenta y cinco años, me emocionó. Reflexioné sobre lo útil que puede ser un taxímetro y sobre lo fácil que sería suplantar a Gregorio. Una reflexión sugirió la otra; la idea tomó, por fin, forma definitiva y me estremecí frente al alcance del plan. ¿No circula por ahí una leyenda de un antiguo salteador de caminos, que robaba ¡rico para dar al pobre? Las perspectivas no me seducían; pero, no obstante, cobrar dere-



chos de peaje a esa gente opulenta que había ignorado mis llamamientos, transmitidos y divulgados a los cuatro vientos, me resultaba un proyecto fantástico y fascinador.

Creo que no fui completamente feliz hasta que inicié mis fechorías. Planee las cosas con minuciosidad, me pasé varias noches en el West End, observando, concertando horas y preparando mi primer golpe. Inventé, en beneficio de Gregorio Wicks, a un ficticio ex-presidiario que no lograba obtener un permiso de conductor y que era un motorista bueno y cuidadoso. Tomé alojamiento para él en la casa de Gregorio y el anciano se mostró encantado.

No es cierto que permitiera siempre que otra persona saliese con el vehículo. Gregorio siente una formidable vanidad por su personalidad y el pobre hombre no transigiría ni siquiera con el pensamiento de que alguien recorriese las calles ofreciendo un aspecto muy parecido al de él; le hería ese pensamiento. Por último, estipulé una condición: que su sustituto se comprometiese, con una solemne promesa, a devolver cualquier objeto olvidado que hallase en el vehículo. Alentaba un orgullo extraordinario por sus antecedentes.

La primera aventura fué de una simpleza ridícula. Dejé mi taxímetro en las proximidades de un restaurante al que concurría el mundo elegante a cenar e, introduciéndome audazmente a través del vestibulo, amenacé a los ocupantes del salón con una pistola de juguete y retorné con las joyas de una mujer grandota y llena de adornos. No tengo remordimientos. Probablemente, no se morirá de hambre, porque le dejé sobre su cuerpo diamantes por valor de bastante más de diez mil libras.

El hampa me había otorgado su confianza. Conocía a un sujeto en Amberes y otro en Bruselas, con quienes contaba para "colocar" las piedras preciosas. El primer golpe me proporcionó dinero suficiente para equipar nuevamente por completo la clínica y abrir mi hogar para convalecientes en Eastbourne.

Pero eché mis cálculos sin acordarme de Lorna. Ella leyó

En un plazo de diez segundos yacía en tierra. Le auxilié, tal como había auxiliado a Lorna

un relato del asalto y sucedió que, cosa que yo desconocía, presencié mi regreso de la excursión. A la mañana siguiente me visitó y me pidió su parte. En consecuencia, tuve que entregarle unas mil libras. La hubiese abominado si no fuera un filósofo. Me resultaba mucho más fácil hacerme la ilusión de que mi esposa no existía.

Mi segunda y tercera aventuras se vieron coronadas por el éxito, igual que la primera. Le pagué a Lorna su parte. Constituía ella la comidilla del barrio, por sus vestidos lujosos. Visitaba el West End en coches de alquiler y vivía, indudablemente, con una suntuosidad que jamás había logrado en su vida.

Si algún escrúpulo se me presentaba con motivo de la aventura en que me embarcaba, provenía de mi relación con una muchacha cuyo nombre no citaré. Rara vez la hablaba. Era, absolutamente, una criatura de ensueño; su dulzura y su pureza resaltaban aún más por el contraste con el carácter de mi esposa.

De Bateman continuaba sin saber nada. No me imaginaba que estaba en Gran Bretaña y que Lorna se había encontrado con él accidentalmente en el West, y que le había rogado que la visitase en su domicilio del barrio. La primera noticia de su llegada la tuve una noche en que visité mi clínica una mujer que venía bajo la impresión de que su esposo acaba de trenzarse en una pelea y de dar muerte a su contrincante. Atacada por una crisis nerviosa, la mujer depositó en mí su confianza; me habló de un sujeto que la extorsionaba y mencionó su nombre: ¡Donald Bateman! Al oírlo, pareció que el cuarto giraba a mi alrededor. Bateman se hallaba en Gran Bretaña... ¡se hallaba en mi mismo barrio! Imaginense ustedes la excitación endiablada que se apoderó de mí.

La mujer se tranquilizó al asegurarme yo que los dos hombres que se habían peleado eran trabajadores de los muelles y, al fin, se fué, dejándome en una especie de delirio pasivo.

Me reconocía incapaz de coordinar razonablemente. La vieja repugnancia por el denunciante traidor se hizo carne en mí. Pude ver, tan claramente como si estuviera presente, el rostro contraído de mi hermano agonizante. Retornaba y me reprochaba que su recuerdo se hubiese desvanecido de mi memoria. Algo que en mí se aun se mantenía sano me decía que, a pesar de todo, no era posible que yo hiciese algo, que era poco probable que me tropezase nunca con Bateman. ¡Iba a lanzarme por las calles de Londres, a la busca de ese traidor? Le identificaría, por supuesto; tenía bajo la barba la cicatriz de una cuchillada que le infiriera una mujer en Australia. Llegué, precisamente, a Melbourne cuando terminaba de cicatrizar.

Seguía reflexionando sobre estas cosas. Se marchara ya la Sra. Landor y oí voces en el extremo opuesto de la calle. Llovía; el agua espantó a la gente y Endley Street permanecía desierto. Divisé a un hombre en traje de etiqueta y a una mujer que corría en su dirección. Por las trazas, el hombre procedía del departamento de la mujer, que acudía a traerle algún objeto olvidado. Yo sabía que Bateman sufría de angina pectoris y que llevaba siempre consigo un frasquito con un preparado amoniacal, para utilizarlo en caso de urgencia. Se le olvidaría en el piso de Lorna este frasquito. Le escuché darle las gracias. Y luego los vi cruzar el camino hacia donde me encontraba y advertí que ella le había dicho quien era yo. ¡No sospechaba él que yo, a mi vez, estaba al cabo de su verdadera personalidad!

Se despidió de ella; no se movió hasta que la perdió de vista; en seguida comenzó a caminar lentamente. Me preparaba para seguir, y en eso percibí a un hombre — era Landor — que le salía al paso; escuché unas cuantas palabras e inmediatamente presencié cómo Landor le atacaba a puñetazos y el agredido caía al suelo. Había sido siempre un tipo trapacero, y una de sus mañas favoritas consistía en fingirse fuera de combate por un golpe de "knock-out". De este modo se libraba de castigos posteriores. Esto es lo que suce-

LA DOBLE PERSONALIDAD DEL DOCTOR MARFORD

ILUSTRACION DE
LUIS MACAYA

dió en su pelea con Landor, puesto que un ratito después éste se marchaba, presuroso, poniéndose fuera del alcance de mi mirada.

Todavía vacilé; no me animaba a adoptar una determinación. Sabía que el cabo Hartford andaba de ronda; vi un reflejo de su casco en momentos en que pasaba bajo un foco eléctrico distante. No podía, pues, hacer nada.

Y hé aquí que Bateman se levantaba, se sacudía el polvo y marchaba al encuentro de Hartford. Vi al sujeto y al cabo charlando juntos y a Hartford que se alejaba. No se alejó mucho; pronto dió vuelta, justamente en el momento en que Donald Bateman se despedía cual si hubiese sido herido por un tiro.

Comprendí exactamente lo que acaecía: sufría un ataque al corazón. Mi instinto profesional me impulsó hacia adelante, pero en ese momento una figura cruzó el camino y se inclinó sobre el caído... Hartford lo había visto. Regresaba, redoblando el paso, y le seguí. Recogí del pavimento un objeto que yacía a mis pies: un cadenero roto, con un manojito de llaves, y lo guardé en un bolsillo. El hombre que registraba los bolsillos de Bateman era un ratero llamado Lamborn, popular en el barrio. El también vió al policía y emprendió una carrera, mas antes de que pudiese desaparecer, Hartford le echaba el guante.

Mientras ellos forcejeaban, me aproximé al caído. Distinguí al lado del hombre a quien odiaba una vaina de cuchillo. Evidentemente, se le había escurrido del bolsillo. Tenía yo que tomar una decisión con rapidez. Allí estaba extendido... el embustero, el traidor, el burlador de mujeres, el hombre que causara la muerte de mi hermano... No recuerdo cómo extraje el cuchillo de la vaina o cómo lo utilicé. El "tipo" no volvió a moverse; debió morir instantáneamente.

Proseguía el forcejeo entre el policía y el ratero. Metí el cuchillo, enrojecido, en un bolsillo. Tenía una excusa para la sangre que manchaba mis manos... Era un médico auxiliando a un hombre víctima de una agresión. Nadie me interrogó ni nadie sospechó de mi persona. Un policía me trajo una palangana con agua para que me lavase las manos. No lamenté el suceso mucho tiempo. No lo lamenté siquiera ahora. Me siento feliz por haberle matado... ¡orgulloso de haberle matado!

Vino luego Rudd, un teórico imbécil. Pero hasta los teóricos imbéciles ponen el dedo, en ocasiones y por accidente, en las soluciones de problemas con diabólica perspicacia. Y Elk sospechaba, asimismo. Sabía yo que sospechaba de mí desde el principio. El verdadero peligro, no obstante, me amenazó al llegar Lorna al escenario del crimen. Su instinto de mujer le decía que sucedía algo de malo. Oyó hablar de un hombre asesinado y se abrió lugar entre el gentío a empujones, para arrojarle, sollozando, sobre el hombre que había hecho de ella lo que era, si es que mi esposa había nacido con su parte del pecado original a cuestas nada más.

No me localizó entre el gentío. Comprendí que se disponía a hablar y me preguntaba yo el modo de imponerle silencio. Afortunadamente, intervino la naturaleza, y mi esposa se desmayó. Se me pidió que la trasladase a la comisaría. Se me presentaba la oportunidad que

yo solicitaba. Introdujimos a la mujer en un coche y tardamos un poco en llegar a una farmacia. Apenas abandoné el coche para cumplir esta diligencia, saqué una jeringa hipodérmica. Estaba cargada, preparada por mí para un caso de maternidad. La droga producía su efecto cuando el policía volvía con un restaurativo que, ciertamente, no la repondría.

Aceché el momento oportuno y más tarde, interin descansaba en la sala de mujeres, suministré a mi esposa una segunda dosis... suficiente, pensé, para obligarla a permanecer tranquila durante el resto de la noche.

Reducir a mi esposa era un cantar; silenciar a Rudd era otro. Oí que se había ido a su casa. Por eso me confundió su aparición al golpear en mi ventana, de paso para la comisaría, y al entrar en mi clínica para exponerme su sorprendente teoría. Entiéndase que digo sorprendente, porque era la exacta.

—El hombre — expresaba — debió ser asesinado entre el momento en que el policía aprehendía a Lamborn y el momento en que manifesté que ocurrió su muerte.

Se internaba en el mismo terreno de usted, Mason. De haber declarado Lamborn la verdad desde un principio, la tarea de ustedes se simplificaría extraordinariamente. Partamos de la base de que Bate-man no podía haber sido acuchillado en las circunstancias en que el raterillo le "limpiaba" los bolsillos; de lo contrario, la cartera del muerto y las manos de Lamborn se cubrirían de sangre. Esa era la teoría que desenvolvía Rudd. Bromeando, me acusaba de ser el asesino y me señalaba ciertas manchas de mi saco que no existirían de no haberme acercado al cuerpo en el momento del crimen.

Costase lo que costase, precisaba silenciar a Rudd. Le invité a beber un vaso de vino en mi compañía, prefirió whisky con soda. Aprovechándome de que su atención se posaba en mi nueva lámpara de rayos solares, le deslicé unas gotas en su bebida. No deja de ser bastante curioso que no notase ningún sabor extraño al beber, aunque, en verdad, dispuso de poquísimo tiempo para notar nada, puesto que en un plazo de diez segundos yacía en tierra. Le auxilié, tal como había auxiliado a Lorna; le conduje al "garage" y allí le abandoné.

Tenia yo que marcharme; me daba cuenta de que se imponía imperativamente esa medida. Para viajar necesitaba dinero, pasajes, pasaporte... cosas que no poseía. Después, hallándome cerca de la puerta del salón del inspector, en la comisaría, oí que Lander retenía una gran suma de dinero en su departamento. La única solución de mi situación se dibujaba ahí. Regresé a casa, saqué el taxímetro y me dirigí a un camino que pasa a espaldas de la casa del matrimonio Lander. Adivinaba que se vigilaba el lugar; pero yo estaba desesperado. Felizmente encontré una salida para caso de alarma y por ella entré en el edificio.

Disponía de las llaves del piso de Lander; recuérdese que las recogí del pavimento en la noche de la pelea. Tenía que asirme de la oportunidad... Con certeza, no sabía si los Lander vivían en el primer piso o en el segundo. La suerte me ayudó. El nombre de Lander se leía en una chapa, abrí la puerta y entré. No bien cerré la puerta, me detuve al escuchar una voz femenina que me preguntaba si era Luis. Mi retentiva para las voces es grande y reconocí instantáneamente la voz de la mujer que me visitara en mi clínica en aquella noche. Me mantuve quieto, temeroso de que la mujer se aproximara y encendiera las luces. Se retiró, sin embargo, a su alcoba y yo me arrastré a lo largo del corredor, en pro-

cura de un escondite. Me refugié en un cuartito que, a juzgar por lo que contenía, se destinaba a la mucama. La llave estaba puesta por dentro y cerré. Dos minutos más tarde llegaba Lander; y en seguida, con la sorpresa consiguiente, oí las voces de Elk y del inspector Bray. De nuevo me favorecía la fortuna: los agentes salían con el matrimonio Lander y me proporcionaban unos cuantos minutos para apropiarme del dinero y de los pasajes, a pesar de que ni el dinero ni los pasajes me servirían. El sitio en que se guardaban me lo indicó, inopinadamente, Lander, quien explicó a los policías lo que contenía el cajón.

Esperaba apoderarme del dinero y fugarme antes de que Elk regresase, pero regresó demasiado pronto y no me quedó más remedio que defenderme. Declaro que agredí lleno de pesar a un hombre al que siempre había considerado como un amigo.

Se presentaba otro peligro, que descubrí al retornar a la clínica. Rudd recobraba la conciencia. Llegó hasta mí un refunfuño suyo al cruzar el patio para suministrarle una segunda inyección.

Se me ofrecía una ocasión

de escapar. Mas acababa de ultimar mis preparativos y de situar el automóvil en la puerta trasera, cuando se me llamó de la comisaría policial para advertirme de que Mason seguía las huellas a "Máscara Blanca". No me forjé ilusiones.

Llegaba mi último minuto de seguridad y, aguijoneado por la natural nerviosidad, inventé la visita del hombre de "la máscara blanca". Concebí el plan a la ligera, derramé por el pasaje el contenido de una botella de extracto de carne, que bajo la luz artificial parecería sangre, probé el funcionamiento de los conmutadores y engrasé los cerrojos de la puerta por el lado exterior, en el espacio de tiempo que medió entre la salida de los policías de la comisaría y la llegada a la clínica.

Tenia aún que estudiar el modo de mi fuga y arreglé, también, eso. En mi escritorio hay un timbre para tocar una campana instalada en el pasaje y que utilizo para hacer entrar, por turno, a los pacientes. Aceché la oportunidad y toqué la campana, empleando la señal que, según dije, hacía siempre "Máscara Blanca". Lo demás se redujo a una tarea fácil; sostener una conversación con alguien imaginario en el vesti-

bulo fué sencillo. Dar un portazo de golpe y cerrar la puerta, fingir un ataque, apagar las luces y huir en el taxímetro me ocupó breves minutos. Ya había colocado a Rudd en el coche, pues no me atrevía a dejarlo a mi espalda.

Me dirigí, como ustedes saben, a la granja que había

comprado y a la cual proyectaba convertir en un hogar para niños tuberculosos. Acaso algún filántropo se encargue de llevar a la práctica esta obra.

Creo que no tengo nada más que contarles. Si ustedes no lo estiman así, me complacerá salvar cualquier duda.

LA MUERTE DEL DR. MARFORD

CAPITULO XXII

El doctor Marford se reclinó en su silla. Se dibujó una sonrisa en su rostro cansado.

—¿Fatigado, doctor?... —habló Mason.

Asintió:

—Fatigadísimo.

—Nunca me había dado cuenta de que usted tartamudeaba algo.

El doctor hizo caso omiso de esta frase.

—Dígame: ¿cómo lograron descubrir mi paradero, en Annerford? ¡Ah, ya sé! —expresó, sonriente—. Interrogaron a la pobre miss Harman; ella les dijo que yo tenía otro establecimiento y, naturalmente, se trasladaron allá.

Mason aprobó el razonamiento.

—¿No tienen más preguntas que hacerme?

Mr. Mason reflexionó.

—No veo ningún otro punto sobre el cual debamos interrogarle, doctor. ¿No querrá usted facilitarme el nombre de los dos prenderos que le compraban las joyas robadas?

Marford se negó con un movimiento de cabeza; un destello de burla asomaba a sus ojos.

—Eso sería antiprofesional, ¿no?... —

—El loco del Gallows Court... ¿estaba enterado?

—Ese sujeto es un gran adivino. A veces creo que es un psicólogo —manifestó Marford. —Siempre que me encontraba me lanzaba la mirada más rara e inquisitiva que pueda uno imaginarse.

—Acabo de referirme a su tartamudez. No me había dado cuenta nunca de ella —insistió Mason.

—No tartamudeo — el doctor Marford se agitó con nerviosidad en la silla — y nunca he sufrido ningún impedimento al hablar. Pero reconozco que hay cosas inevitables; desde hace hora y media conservo en la boca, y ahora tengo entre los dientes, un pomito de cristal que contiene cianuro de potasio...

Tres agentes se precipitaron sobre él. Fué demasiado tarde. Se estremeció ligeramente; un espasmo de dolor pasó por su faz y quedó rígido.

Mason le contempló con admiración.

—¿Juego, eh? — dijo secamente. — ¿Qué juego, Dios!

Se marchó con brusquedad. Cruzó la sala de audiencias y salió, con la cabeza descubierta a la calle, a respirar el dulce aire de la mañana.

Alboreaba.

FIN

BRIDGE

(Continuación de la pág. 32)

pondencia de elementos con el compañero, es buen juego.

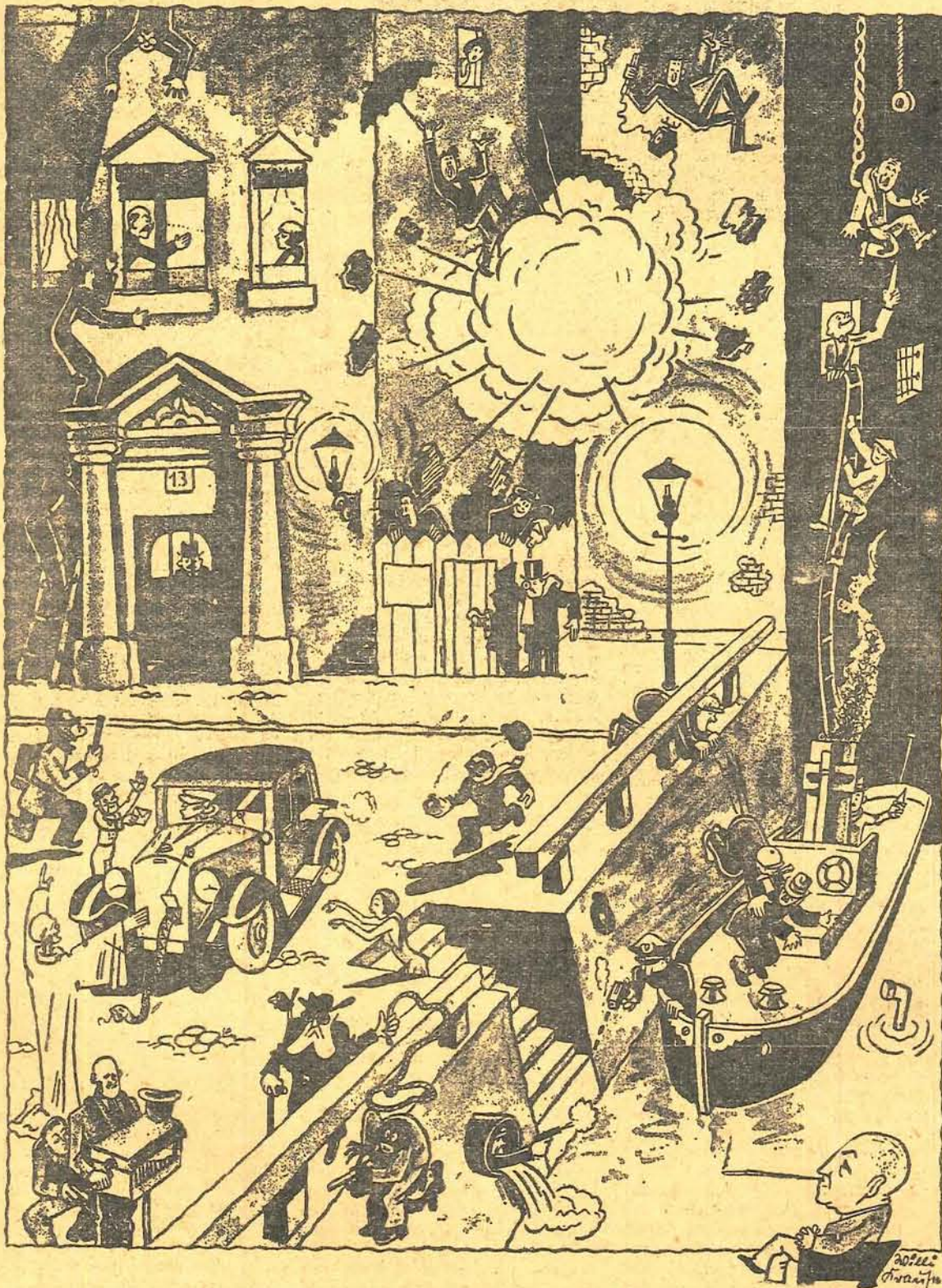
Pero debe comprenderse correctamente la diferencia entre ambos casos, para no correr riesgos innecesarios y ello se consigue estando al día con el "score".

El segundo jugador ha hecho una declaración forzada a raíz de la del dador. El cuarto jugador tiene que tener presente la intención y carácter de esa declaración, y para aumentarla debe poseer elementos superiores a los establecidos para una declaración voluntaria o informativa. Esta situación puede variar, si el jugador de la declaración forzada hiciera por su cuenta y riesgo una ulterior manifestación de fuerza, en otra vuelta de remate, pues, evidentemente, esa declaración que, en apariencias era forzada, deja de serlo.

Termino aquí con la declaración de los cuatro jugadores, estudiada desde el punto de vista de su posición personal. Agregaré algo importante para todos en cualquier posición.

Encarecerse el remate entre compañeros, cuando ello no tiene por fin informarse recíprocamente, es contraproducente y mala política. Dos socios deben comprenderse con medias palabras, evitando la lucha interna con la terquedad de declaraciones alternadas que no hacen sino beneficiar a los adversarios, aumentando las dificultades para el cumplimiento del contrato.

LA CARICATURA LITERARIA



MR. EDGAR WALLACE EN PLENA LABOR

—¿Cómo diablos titularé mi nueva novela? ¿"El galtero traidor"? ¿"El mormón y los cuervos"? ¿"La barrica de vitriolo"? ¿"El hipnotizador de Whitechapel"?...

(De "Lustige Blätter")

NOTAS CINEMATOGRAFICAS

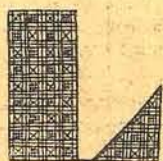


Frances Dade y David Manners en la película "El hombre que conocía a las mujeres"

EL CINEMATOGRAFO ORAL Y LA BATALLA DE LAS LENGUAS POR MIGUEL BARROS CASTRO

(Para La Nación)

MONTEVIDEO, junio de 1930.



La industria cinematográfica pasa actualmente por una zona de trascendentales modificaciones. Mientras subsistan la curiosidad y la expectativa que lógicamente despierta todo intento de innovación—y el cinematógrafo parlante es quizá uno de los más sugerentes y característicos de nuestra época—, no nos será fácil precisar el rumbo que señalarán a sus trabajos de impresión de películas estos inquietos capitanes del comercio contemporáneo. No obstante, hemos de fijar, simultáneamente, nuestra atención en la realidad presente del cinematógrafo y en sus posibilidades inmediatas. Y aun esto lo debemos considerar en orden a una medida de tiempo, pues será indispensable contar, para una completa trans-

formación de tales espectáculos o representaciones de cómo son en lo que deben ser, con el correspondiente cambio en las preferencias o apetencias del público.

Tal vez exista en el espíritu de los impresores de Hollywood, además de un innegable cálculo crematístico, una positiva preocupación de orden estético en función reformadora del cinematógrafo. Es lícito pensar que el arte, por sí solo o en relación con el negocio, tiende a conquistar un nivel más alto de expresión y autenticidad, y para que ni el impulso artístico se detenga ni el factor económico a él añejo de maiga, es condición ineludible que aquellos a quienes está encomendada la orientación de la industria cinematográfica más importante del mundo, procuren armonizar tendencias, buscar la coincidencia de intereses morales y materiales, ya pro-

prios o bien ajenos, y plantear finalmente un problema lleno de inquietud — como es el del cinematógrafo oral.

Claro está que un problema ofrece siempre características diversas, según sean el espíritu, la intención o propósito de quienes están interesados, directa o indirectamente, en su estudio. El simple productor de cintas juzga la cuestión desde un punto de vista esencialmente económico. El cambio de sistema, el tránsito del cinematógrafo mudo al oral, aviva su curiosidad y le incita a explorar otros sectores de la especulación mercantil que ofrezcan nuevas posibilidades a su industria. Por otra parte, el artista, el creador del mundo fantástico de la pantalla, persiste en la aplicación de la palabra a la representación cinematográfica, y tras el noble hallazgo o invención técnica que le consiente inyectar al arte mu-

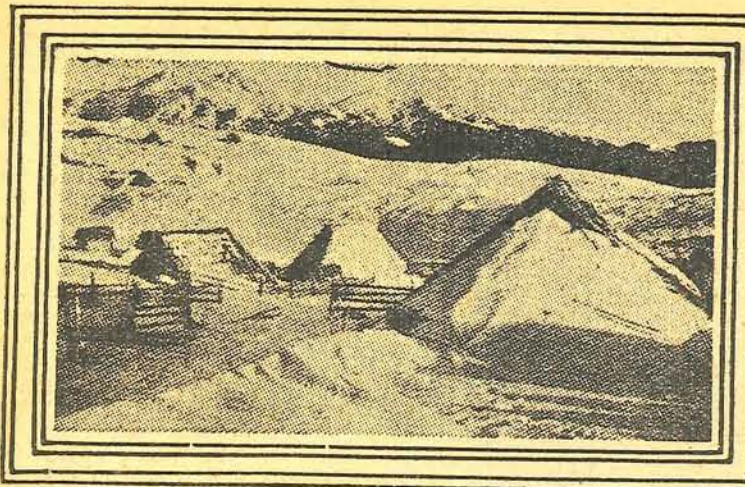
do una valoración afirmativa de nuevas tendencias o preocupaciones, las figuras, los fantasmas, verticalmente agitados en la superficie del lienzo por simples efectos de luz, comienzan a poseer, además de la mágica expresión del ademán, del gesto, la impresionante realidad de la palabra. No se dirá, pues, que el séptimo arte permanece estático, inerte. Quienes sigan con interés la evolución de tan importante instrumento de cultura contemporáneo, tendrán que reconocer lealmente la presencia de un acaecimiento sorprendente. La adecuación de los sonidos y principalmente de la voz humana a la proyección cinematográfica, es muy posible que en ciertos aspectos y determinadas circunstancias haga comprensibles, sin ulteriores disputas, las teorías de la deshumanización del arte o del imperio del maquinismo. Por donde llegaríamos, tal vez sin sospecharlo, al reconocimiento colectivo de una sensibilidad común que singulariza a la generación actual en relación con sus antecesoras, las cuales posiblemente no se habrán figurado nunca — excepto algunos casos de prodigiosa intuición — que el arte engendrara nuevas normas para la humanidad o que el maquinismo, con su progresivo perfeccionamiento técnico, fijara un medio de expresión tan curioso y sugestivo como el cinematógrafo parlante.

No interesa discutir precisamente el hecho de la aparición de esta novedad sensacional. Mejor será que pensemos sobre la influencia de este invento en la personalidad de los hombres actuales, porque además del interés inmediato del hecho económico — que necesariamente tiene que ser apreciable —, existen motivos primordiales, de orden espiritual, que justifican la inquietud de los hombres de nuestro tiempo ante la presencia, en su horizonte social y político, de la invención del cinematógrafo hablado, cuya instantaneidad, admirable ya en los primeros ensayos, nos hace conjeturar, mediante tales indicios, extraordinarias posibilidades de diverso orden.

En lo que va de siglo es evidente cómo ha influido en la evolución de la sociedad humana, dotándola de más movilidad y rapidez, de mayor resistencia y capacidad tanto para el trabajo como para el goce de la vida, la difusión de los vehículos a motor, una de las más grandes conquistas de la civilización contemporánea; así también, en los tiempos próximos, cuando el cinematógrafo oral haya llegado al mayor grado posible de perfección, se sentirá el hombre poseedor y dominador de un medio de expresión, importantísimo no sólo en su aspecto material, sino preferentemente en sus incalculables proyecciones como agente de cultura, como elemento de difusión, como factor de propaganda, en función de actuar constantemente, sin desfallecimientos, sin fatiga, con la tenacidad y dureza de la máquina creada por el hombre como complemento de sus actividades y tal vez como perpetuación de su afanosa existencia sobre la tierra. Es muy posible que el hombre insista en estos actos demostrativos de su voluntad de dominio como afirmación de su personalidad en el mundo físico y moral; pero no será menos cierto que cuanto más se esfuerce el individuo en su anhelo de supervivencia, tanto más grande y duradera será la realidad de su conquista.

Tal es ya la interdependencia de todo orden que los nuevos acontecimientos establecen para los habitantes de todo el mundo, que la aparición de un hecho como el cinematógrafo oral nos induce a pensar en su trascendental influencia en el desenvolvimiento de la vida de relación humana. Agregaremos un elemento más, y no de los menos importantes, a la cifra ya crecida de los que el inge-

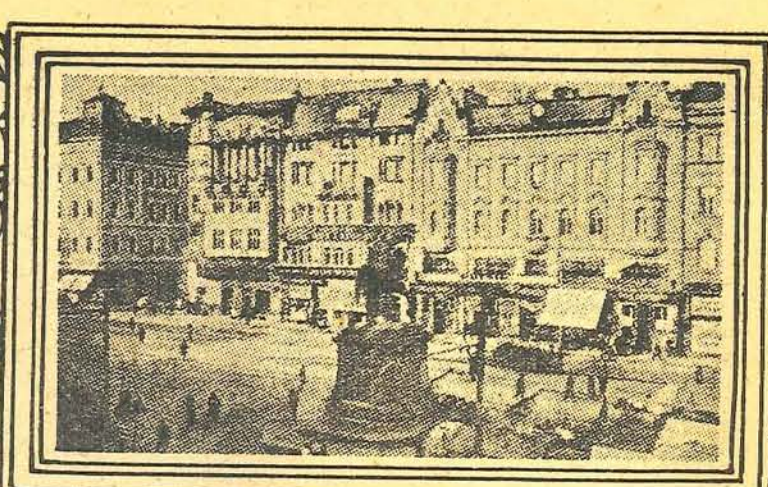
(Continúa en la pág. 38).



Dama sefardi con tocado antiguo

La Planina en invierno

Plaza central de Zagreb



CONCIENCIA HISPANICA DE LO YUGOESLAVO

YUGOESLAVIA es el fenómeno histórico más tentador — en la actualidad — para la confrontación de lo que una "nación" sea, pueda ser o haya sido.

En pleno devenir, con sus nuevos límites recién estrenados, con sus grupos étnicos acabados de agrupar, con sus problemas históricos y raciales en aguda convulsión todavía, Yugoslavia tienta a cualquier nacional no yugoeslavo a la tarea de las compulsaciones. Sobre todo si este no yugoeslavo es un español. Quiero decir un casi yugoeslavo.

¿En qué se parece España a Yugoslavia? O por plantear el problema de modo más general, ¿en qué se parece España a los Balcanes?

España no se parece a los Balcanes. Se diferencia. Se diferencia en que tiene una historia. Y los Balcanes no la han tenido nunca. Y probablemente nunca la tendrán. Historia quiere decir continuidad en una común tarea. Y lo que caracteriza lo balcánico son la discontinuidad y las tareas opuestas.

La unidad de España se debió a un pugnar de siglos por una geografía dada: una península finitamente preestablecida en occidente, cuyos deberes expansivos se abrían hacia lo africano y hacia lo atlántico. España se unió para poder reunirse luego al otro lado del océano.

Pero, ¿y Yugoslavia para qué se reúne?

La unidad geográfica de Yugoslavia es muy discutible. Su unidad histórica y racial aun más. Sus propósitos de acción externa, agresora, desbordante, imperiosa no se conocen ni se sospechan apenas.

De ahí que Yugoslavia — nacida por una sutura artificial de trasguerra, por voluntad indirecta, por mandato de los demás, de los otros — sea un desgarrado abrazo, una compactez centrifuga, una tiranía centralista insufrible, un querer lo que ningún yugoeslavo en el fondo quiere.

Y a pesar de todo eso — a pesar de tanta imposibilidad de apiñamiento, de tanto grito irredento y sofocado — no sé por qué el espectáculo de lo yugoeslavo me ha atraído, me seduce y lo quisiera ver triunfante, duradero y eficaz. No sé, no sé. No sé si lo yugoeslavo me hace presentir una España inmediata o recordar una España ya sida. La España deshacinada, deshecha, multijada. No sé si este comprender a Yugoslavia quiere significar un no olvidar a España.

Los eslavos meridionales que poblaron originariamente Yugoslavia tuvieron un vago papel de iberos.

Procedían de un continente no europeo. Llegaron en grupos densos y pronto se escindieron en modalidades específicas de convivencia llamadas "zupe" y semejantes a las del cabilismo iber. Los eslovenos, croatas, dálmatas, serbios y

JUDIOS • DE • PATRIA • ESPAÑOLA • EN • YUGOESLAVIA •

POR
ERNESTO
GIMENEZ
CABALLERO

camente también semejantes diferencias. Etnicamente ni hablar de semejanzas entre un macedonio y un hombre de Liubljana.

Y, sin embargo, sin embargo, a pesar de estas interesadas afirmaciones, ¿quién duda ya que la vieja Serbia morava — sacudiendo la media luna musulme, como otrora la vieja Castilla — e iniciando bravamente la reconquista, va imponiendo su hablar, su letra y su espíritu, y, desde Zagreb a Escopía, un sentido difícil y heroico de unidad comienza a ligar haces extraviados, marginales, solitarios?

Si históricamente no, geográficamente la Yugoslavia pudiera constituir un ser vertebrado.

Su dorso jurásico, su fuselaje enhebrador, va de Norte a Sur en un guiño paralelo al de la costa dálmata. Mar y montaña juegan un juego de andar la misma ruta, de seguir gemelo destino: unir Alpes con Pindo, Europa bárbara, moderna y rubia, con Europa antigua y morena: Grecia. Brazo de piedra y brazo de agua. El brazo de piedra — con sus cadenas líricas, cadenas entorchadas al brazo — es llamado por el aldeano la Planina o la Brda.

La Planina en una de sus más características partes es un paisaje crudo y violento. De alza y baja. Deprimido y enhiesto: como los rostros más castizos del país. Para mí un serbio puro será siempre esa anchura de arcos cigomáticos que da — al intersectarse con la perpendicular de una nariz rígida — un golpe angular durísimo sobre la facie, promoviendo en ella depresiones rápidas junto a la boca.

El paisaje puro de la Planina está estructurado a base de depresiones. Si suaves, se llaman "dolinas". Si acentuadas, "uvalas". Y si anchurosas co-

mo las de Cetiñe, Tetovo y Gacko, "poljes".

En estas depresiones, como en el rostro el vello, crece la vida vegetal y humana, huyendo del afeitado duro de los vientos duros, vientos sobre las zonas cársicas, sobre los pedregales malos, vientos duros y agresores que se llaman "bora", "kosava" y "vardar".

Esta parte de montaña ruda tiene un contratipo de rudeza en otra rudeza: la del desierto occidental o Zagora, donde el abismo y la roca desnuda desalojan al hombre y a la vida. Y que podría ser o la Extramadura yugoeslava (Zagora igual Tras los montes) o el sector estepario de lo aragonés.

Pero la Planina tiene otra Planina: una parte oriental que podría ser nuestra Cantabria, nuestra Vasconia: parte apraderada y verde, pastoral, con casitas estivas y ganaderas llamadas "katuns" y que recuerdan, en su esencia, el tipo biológico del caserío vasco, cuya suma discontinua forma la aldea y desemboca a la villa o pequeña ciudad. Ciudades como Prizrend, Mitrovitza, Prishtina, me asemejan a un Elbar, un Azpetia, un Beasain...

De ahí que la gran ciudad no cuaje con este sistema rural, aislado, independiente. La gran ciudad — por hablar con exactitud — no existe en Yugoslavia por razones básicas, constitutivamente balcánicas.

Superfetadamente, se han estructurado dos fundamentales: Beograd y Zagreb, en torno a las cuales se polariza la vida política más activa del reino.

Belgrado es una ciudad de confluencias. El Danubio, con su ayuntamiento al Sava, le da un prestigio y un halo que no tendría de otro modo.

Es una ciudad revuelta, ordenada, escandalosa y aburrida.

Posee el fermento de lo bárbaro y la levadura de lo pedante. Estos dos gérmenes al encontrarse producen efectos cómicos unas veces. Otras, trágicos. Y desde luego y en todo caso: desasosiego. Es una ciudad — como toda balcánica — muy buena por tanto para judíos.

El judío es la especie humana que sólo puede desarrollarse en un medio desasossegado. Buscando la paz va al encuentro siempre de la angustia. Signos de histerismo colectivo. A fuerza de persecuciones, el alma judía ha adquirido la pasión de la persecución. Así como el histerico busca todo aquello que le precipite en el síncope, así el judío querencia la situación sincopática que le haga vibrar milenariamente un espíritu sólo sustentado y nutrido de violencias y resentimientos, y donde inserta va su razón de existir y de seguir arrastrando por el mundo el credo de una "nación" que no es nación, y que es, sin embargo, un algo aparte en la humanidad y en la geografía.

Mientras un hebreo amigo me mostraba la visión idílica

del Kalemegdan, me contaba las huidas tormentosas por el río en tiempo de guerra, las fugas de su familia y mezclaba la calma del atardecer — divinamente azul — con la pertinaz desazón de su propio descontento social y humano.

Por la noche en un restaurante ruso — de estos que infectan y aturden los Balcanes — tuve la misma impresión de desasosiego y encanto. Refugiados eslavos en perfecta tranquilidad nostálgica recordaban, a fuerza de alcohol, sakuskas, cantos y zarabandas, un paisaje ya imposible para ellos.

Judíos, rusos, macedonios, minorías étnicas inasimiladas, generales despotas, liberales fantásticos, malas carreteras, deliciosos ríos, alminares turcos, cúpulas bulbares ortodoxas, cruces católicas... ¡qué inquietud y desorientación! Y, sin embargo, enojoso, aburrido: Belgrado. Cuando el torbellino de las cosas y de los problemas se presenta inadaptable a nuestras posibilidades de organización y encauce, produce laxitud. A fuerza de nerviosidad Belgrado enerva. Su fantasía, como la del fumador de estupefacientes: tendida en un rincón del mundo. Belgrado tiene algo de la finura y el tedio luminoso de Madrid. Mejor emplazado en el continente europeo que Madrid, no obstante resulta también como desbrujado. Su atmósfera política es también un poco la madrileña: intrigas y generales, rey militarista y parlamentarios demócratas que chillan sin entenderse. Y, sobre todo, el contrapunto "catalán", "separatista", que da Zagreb. La Croacia.

Zagreb es una pequeña Barcelona. Una ciudad que sólo empieza a vibrar intensamente cuando la unidad del resto del país se ve en peligro.

De fundación romana, con aire rústico durante muchos siglos, sólo adquiere importancia en la época que encanta a todo catalán: la de las luces, la francesa, la "mariateresiana".

En 1892, un grabado de Hudovski, muestra a Zagreb como un poblachón grande y sin substancia, todavía. Con bellas tradiciones medievales, con una ciudadela alta muy pintoresca y una ciudad baja: la "Capitol", donde se va formando una aristocracia burguesa y liberal de patriotas, que llegará a dar tipos como el dramaturgo Krlje (un Guimera croata), y plazas públicas como la Jellatchich (Plaza de Cataluña zagrebiana) y un "hecho diferencial" que llevará al Parlamento nacional la voz tempestuosa de un Raditch, acallada únicamente a balazos.

La fórmula "federativa" sueña tanto en Croacia como en Cataluña. Detrás de los Alpes como detrás de los Pirineos, surgen periódicamente "hojas libres" que expanden en varios idiomas las protestas de los oprimidos e insurgentes. Puntualmente me leo yo ese periódico clandestino recibido de Viena con el nombre de "Die Balkan-Konföderation" y donde todos los horrores del general dictador Jivkovitch y sus pretoros de "La Mano Blanca"



Matilde Salom, sefardi bosniaca

y las sevicias del Karageorgevitch Alejandro son puestas al desnudo con una ira y una violencia que ya las hubieran querido nuestros emigrados en Hendaia los días de más furia.

Furioso, terrible país Yugoslaviano. La brutalidad más brutal de lo político y de lo humano unido a paces, delicias y silencios terrestres como: callecitas solitarias de Liubljana; descansaderos adriáticos de Ragusa, de Espalato; piedras encantadas de Mostar; lagunosaidad pura de Ochrid. Y paisaje total y universo de este oriente próximo — próximo a lo itálico, a los austriacos, a lo griego —. Y, sobre todo, próximo oriente al lejano oriente ibérico de occidente.

LOS JUDIOS EN YUGOESLAVIA

Las noticias que dió Pulido — 1904/1905 — del judaísmo en lo que hoy es Yugoslavia están dispersas por su grueso libro, simpática y revueltamente informador. No son muchas ni muy precisas. Personalmente, visitó Belgrado (pág. 400) y sin duda Semlim (pág. 320), pues la califica de "bonita".

El sistema epistolar de Pulido — guiado por aquella su damamusa bosniaca, doña Mica Gross Alcalay — logró agrupar diferentes cartas de las cuales hoy pueden extraerse algunas notas útiles.

Serbia. — "Hay muchos israelitas españoles en esta joven nación, los cuales conservan bastante del castellano". Las cifras estadísticas que luego transcribe J. A. de Sangroniz en obra ya citada, son éstas: Belgrado, 3200; Chabatz, 60; Lescowatz, 200; Nish, 800; Pirot, 300; Pojarevat, 200; Semendia, 250...

Belgrado. — De Belgrado afirma Pulido que sólo mantuvo correspondencia con un abogado presentado por la señora Alcalay: D. Benko S. Davitscho.

Este Davitscho cuenta que esperando un día recibir el "Oráculo Manual", de Gracian, que había solicitado a una librería española, recibió el libro de Pulido sobre los españoles sin patria. Libro que le merece toda suerte de exaltados elogios. Davitscho da una noticia interesante: y es la de la influencia del teatro de Echeagaray en el drama serbio, teatro traducido por un hermano suyo. Asimismo da cuenta de otras traducciones españolas: Campoamor y Ramón Navauille y Landa (?).

Sarajevo. — De Sarajevo estuvo Pulido en correspondencia con los fabricantes D. S. D. Alcalay, D. Abraham Levi Sadic y D. Abraham Cappon.

Las nuevas más agudas y finas se las ofrece Cappon, aun vivo y de quien he hablado al tratar de Sarajevo.

Doña Mica Gross era también procedente de Bosnia, y cita indirectamente algunos bosnios como Salon, Finzi y algún otro.

Herzegovina. — Esta misma señora también le alude en una carta (pág. 329) a la Herzegovina, con quien no le relaciona por no haber más de 50 familias sefardíes, y en cuya capital "Mostar" (pág. 323) fija indeterminadamente algunas.

Semlim. — Sobre Semlim (Zimony en Eslavonia) publica Pulido una carta del Dr. Steuer Geza (pág. 316). El cual afirma existen 36 familias, citando algunas: Majó, Kalderón, Eskenazy, Mataras. Se llaman estos judíos a sí mismos "frenquis" (francos). Y toman sus criadas entre cristianas suevas. Más adelante (pág. 320) Pulido inserta otros datos del profesor Calev: 25 familias sefardíes no más. Y una escuela con enseñanza del español tres veces por semana.

Pancsova. — Aun cuando Pulido sitúa Pancsova en Hungría, hoy pertenece a la Croacia yugoeslava. Su suministrador de noticias es el ex consejero municipal, director de un Banco y censor de otro (el

Austro - Húngaro), D. Enrique Haim (pág. 319). Haim dice haber cuatro familias sefardíes. Treinta había pero tornaron al Oriente. Los días solemnes se hacen las oraciones en rito español, trayendo un cantante de Belgrado.

Otras ciudades. — Asimismo pertinentes al antiguo dominio húngaro recoge datos levisimos proporcionados por judíos magyares (Keyserling, Agai, Schachter y Lendrai), sobre "Temesvar", "Arad" y "Ujudek".

Monastir. — Del antiguo imperio turco, Monastir conserva, según un tal José Misraeli,

judíos. Cualquier otro sistema resultará parcial, improvisado y, a fin de cuentas, inútil.

Mientras no aproveche España los elementos más valiosos y técnicos del sefardismo en los Balcanes no obtendremos de este sefardismo nada que merezca la pena.

En Belgrado tuve el gusto de visitar al Gran Rabino actual, Dr. Isaac Alcalay, que habita en lugar céntrico (Jevrejoka Uopstine. Krajba Petra 71). Supuse en sus palabras y señas lo más exacto sobre la estadística actual de los judíos sefardíes yugoeslavos.

Alcalay es un hombre de al-

Es decir, por un total de 26.250 sefardíes.

En Belgrado eviste una Casa de la Comunidad sefardi y una hermosa sinagoga. Desgraciadamente — por fallecimiento recentísimo del presidente de la Comunidad, otro Alcalay — no pude utilizar la Casa Comunal para mi conferencia ni para reunir los diferentes miembros de la colonia. Es difícil en Belgrado reunir estos dispersos miembros. Todos gozan o sufren de grandes quehaceres.

Me vi obligado a utilizar el Teatro-Dancing del Palace para poder operar sobre un de-

Majo dejó resbalar mi visita en un torrente de papeles inservibles.

Impresión de cosa disuelta, atorbellinada, esta del sefardismo en Belgrado. Los judíos no tienen mucho interés, en la Capital, de aparecer como lo que son: oriundos de España, y, antes, de Palestina. Tratan de disimular sus nombres con sufijos serbios, de confundirse aparentemente lo más posible con el pueblo que les ha acogido, de ser "animales ciudadanos neutros", sin casta y sin marca.

El sefardismo puro, cordial, sabroso, hay que buscarlo por la provincia y por la pequeña ciudad, un Zagreb, un Escopia, un Sarajevo, un Monastir. (El famoso médico de la Embajada de España en París, Alberto Bandelac de Pariente, el que asistió a Primo de Rivera en sus últimos momentos, es un sefardi de la provincia serbia).

Del puro elemento yugoeslavo sólo encontré reflejamente interesado por España a un escritor, colaborador de la Pravda: Teodoro Manoilovitch. Seguía el movimiento de vanguardia en el mundo y me preguntó por Gómez de la Serna y Guillermo Torre.

Económicamente parece ser que el tratado de comercio, recién firmado, nos pondrá un poco más en relación con Yugoslavia. Nunca mucha mientras no establezca España una línea regular de comunicación con el próximo oriente.

Esta sensibilidad del próximo oriente — perdida para los españoles — sólo podrá reconquistarse cuando desaparezca algo la obsesión de lo hispanoamericano, de lo anglo-salón, de la política romántica.

España tendría, tiene aún mucho que hacer en el Mediterráneo. De Lisboa a Constantinopla pasando por Roma. Sólo el día que haga bien ese tránsito, Méjico, Río Janeiro y Buenos Aires comenzarán a significar de nuevo algo concreto y positivo para nuestra genuina cultura y nuestra leal política.

En el próximo oriente — y concretamente en Yugoslavia — lo primero que España deberá ocuparse es en el aprovechamiento rápido de los factores útiles del sefardismo.

Ante todo de modo cultural. Luego de manera económica.

Cómo y en qué estilo podría articularse este entendimiento próximo es tarea que tuve el honor de especificar a nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores en un plan hoy ya aprobado y en vías de realización — según mis últimas noticias — pronta.

UN HOMBRE SALVADO GRACIAS A UN RUIDO

EN un circo ambulante habían instalado una jaula sin techo, en la que se encontraban dos leones. El pequeño Emilio Kretschmar no tenía ciertamente razón alguna para acercarse a la jaula, pero olvidando todas las recomendaciones, lo hizo en tal forma, que uno de los leones sacando sus garras por entre los barrotes se apoderó de él. Con la otra pata, la fiera dió un fuerte golpe a la criatura que perdió el conocimiento. Un guardián que se encontraba cerca de la jaula, vió lo que pasaba. No tenía arma alguna, ni siquiera el barrote de hierro con que suelen golpear a las fieras. No sabiendo qué hacer, corrió hacia la jaula y empezó a sacudir sus barrotes fuertemente del lado opuesto al que se encontraba la fiera, dando al mismo tiempo unos gritos agudos. El león dió vuelta la cabeza para ver lo que pasaba. Entonces, el peón tomó un látigo largo, de los que emplean en los circos y empezó a sacudirlo violentamente, produciendo un fuerte ruido. El león soltó entonces a la criatura y empezó a retroceder en la jaula. Mientras tanto, alguien que había acudido retiró al niño.

Este escapó milagrosamente a la muerte, pero su travesura le costó el brazo derecho que fué necesario amputarle.



Campesina de Busovacha

unos 6000 sefardíes.

Estos datos de Pulido, tan lejanos, apenas si han podido ser modificados por nuevas aportaciones noticiosas.

El general Manrique de Lara, recorrió algo Yugoslaviano después de la guerra. Tras su muerte, sus papeles están inéditos y en poder de un hermano suyo, que tal vez nos los suministre en cercano día.

Aportaciones de los mismos sefardíes son, si circunscriptas, importantes: las dos mejores proceden de dos sarajevinos, que ya aludí en el ensayo anterior: las de Moritz Levi y Kalmi Baruch, ambas sobre la Bosnia.

Sólo podremos tener datos veraces, científicos y completos en el instante que el profesor Kalmi Baruch, elevado por nuestro país a la Universidad de Belgrado, pueda gozar de amplitud y de medios para investigar escrupulosamente todas las colonias yugoeslavas de

ta madurez. Su levita, su fineza de trato e intelecto le conciertan muy bien figura y cargo. Su casa, limpia, amplia, confortable, moderna, de pergeño germánico. Pensaba venir en el estío a España y quedó en avisarme.

Puso a mi disposición — amable y rápidamente — la última estadística de judíos en Yugoslavia:

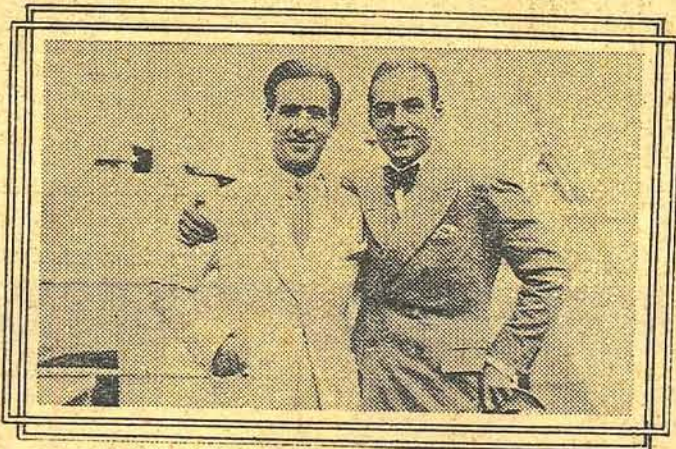
Belgrado	6500
Nish	500
Uskub	4600
Monastir	4500
Stip	1000
Pristina	750
Novipazar	300
Korovska Mitrovitzta	100
Sarajevo	7500
Zagreb 70 a 80 familias	—
Smederevo	12
Chabatz	13
Pozareovatz	10
Kraguyevatz	10

terminado número de sefardíes. El propietario del Palace, señor Talvi, me auxilió con gentileza de antiguo compatriota. Era, es, un tipo fino de castizo ibérico, de hombre de tratos y de toros. Puesto en plena calle de Alcalá, con su capa, su cabujón, su café, su cigarro, su décimo de lotería, y su limpiabotas a las plantas nadie podría reconocer en él un fidedigno hijo de Judá.

Mucha ayuda me prestó también otro de los infinitos Alcalay (¿cuántas almendras de Alcalá llevo mandadas a estos alcalainos?) Negociante retirado, muy amigo de nuestro ministro, suscriptor de prensa y de revistas españolas, y entusiasta de las cosas de España.

Conoci al negociante de tejidos Sr. Abramovich, que visitaba frecuentemente nuestro país por asuntos comerciales. También trabé amistad — esta leve — con el abogado y político Sr. de Majó. El Sr. de

LA VERDAD ACERCA DE RODOLFO VALENTINO

LA
SEPARACION
Por NATACHA
RAMBOVA

Rodolfo Valentino, el malogrado astro de la pantalla, fotografiado junto con su hermano Alberto, a bordo de un transatlántico, en el puerto de Nueva York

cidencia extraña, era roja, aunque sus cabellos fuesen negros. Sus ojos delatores estaban ocultos tras unas antiparras enormes. Vestía traje de golf, llevaba cruzada a la espalda una bolsa con palos, y una gorra gris le cubría la cabeza. Y sonreía satisfecho, con la sonrisa que ha hecho famoso a Valentino en el mundo entero.

Como era natural, no había engañado a nadie, excepto a sí mismo. Los reporteros de los diarios lo siguieron durante todo el viaje con la misma persistencia con que me siguieron a mí. Pero él los había tratado con más cortesía que yo. Hay que tener en cuenta que se encontraba en un estado de ánimo diferente al mío. Además, sentíase encantado de su disfraz.

El fiel Gerry lo había acompañado todo el trayecto. A fin de evitar el ejército de reporteros que los rodearían en Nueva York, descendieron en las afueras y se escaparon en automóvil en dirección a los montes Adirondack. Los que trataron de seguirlos quedaron muy atrás, envueltos en nubes de polvo. Por fin se encontraba de nuevo a mi lado, y nos sentíamos felices.

Valentino gastó hasta el último centavo del dinero que le dieron por su trabajo en la nueva película en comprarme en San Francisco una multitud de regalos exquisitos, pero inútiles. Empezó a exhibir orgulloso piezas raras de marfil, géneros delicados de seda, un centro de mesa de oro y otra serie de cosas innecesarias. Y se encontraba sin dinero, porque lo había gastado todo. ¿Pero qué importaba eso? Estábamos juntos otra vez, y éramos felices.

Valentino era un verdadero atleta

Me contó que había sido enviado a San Francisco, para aparecer con una tripulación de remeros, en una de las escenas de la película "El joven rajá", y que había remado con el equipo de la universidad de California. Los muchachos quedaron asombrados de la habilidad con que Valentino manejaba los remos, aunque había tenido muy poca experiencia como remero, y ningún entrenamiento como miembro de un equipo.

Rudy era en realidad un atleta notable. Quienquiera que lo dudase, no tardaba en dispa-

divertida, pero entonces era trágica.

Por fortuna, tan pronto como se demostró que era falsa la acusación de bigamia, y se aseguró a la Famous Players que no se prohibirían las exhibiciones de las películas de Valentino, éste empezó a trabajar en Hollywood en la cinta titulada "El joven rajá". Me envié trozos de ella, asegurándome que el trabajo adelantaba en condiciones espléndidas y que estaría terminado al cabo de pocas semanas. Muy pronto, todas las cartas y telegramas que recibía me traían la grata noticia de que, apenas terminara la impresión de la cinta, se reuniría con nosotros en Fox-lair.

Valentino viaja disfrazado

Ambos esperábamos con impaciencia el día de nuestra reunión. Cuando Rudy llegó a Foxlair reí por primera vez después de muchas semanas de seriedad. Desde el día en que partí de Hollywood me había olvidado, incluso, de sonreír, hasta el momento en que el coche de Rudy entró ruidosamente en el patio, y él, saltando afuera, me gritó:

—¡Mírame! ¡Ni mi propia madre sería capaz de reconocerme!

Con la esperanza de poder evitar la publicidad periodística, había realizado "de incógnito" el viaje a través del Continente con un disfraz que él creía perfecto. Llevaba una barba larga, que, por una coin-

dy, podía leer mi propio mensaje y su respuesta en los diarios que me entregaban en el tren.

Al llegar a Nueva York, la persecución continuaba; los reporteros me seguían por las calles. A fin de evitarlos, solía utilizar las entradas de servicio en los hoteles y en las casas, y salía de noche, tomando toda clase de precauciones para no ser descubierta. Y ni aun así había escapatoria. Dondequiera que me descubrieran me apuntaban con sus cámaras fotográficas. Hasta cuando salía apresuradamente por una puercecita del hotel para meterme en el automóvil de mi madre.

De tener un revólver, creo que hubiera disparado sobre ellos, resignada a sufrir las consecuencias. Lo cierto es que deseaba que un terremoto terminara con todos ellos. Durante algunos años después, la sola palabra "reportero" me hacía sentir sed de sangre.

En familia

Acudí en Nueva York a casa de mis padres, los esposos Richard Hudnut. Tenían el propósito de embarcarse para Europa en esos días, pero cuando comprendieron la situación en que me encontraba y lo desolada que me sentía, modificaron sus planes y decidieron trasladarse conmigo a Foxlair, su residencia de campo en los montes Adirondack.

Foxlair era una magnífica residencia situada a unas seis horas de automóvil de Nueva York, muy aislada, con un coto de caza y un extenso terreno montañoso, en el que había una laguna.

Pero necesitaba yo para sentirme feliz algo más que bellos paisajes y aislamiento. Es claro que Rudy y yo nos enviábamos cartas y telegramas todos los días, y que varias veces por semana recorrí yo los quince o veinte kilómetros que nos separaban de la aldea más cercana, para comunicarme con Rudy en Hollywood por el teléfono de larga distancia.

Cuando era medianoche en el Este, podía tener las mayores seguridades de comunicarme con Rudy. Se pasaba todo el día en el estudio, y no me era posible hablarle a solas. Solíamos enviarnos a gritos mensajes de amor, y comunicarnos las esperanzas que sentíamos de vernos pronto reunidos. La situación parece ahora

y profundidad, a través de los medios materiales que les proporcionen su ingenio y su riqueza; pero lo perentorio y lo urgente es que los pueblos hispanoparlantes acudan a la cita o llamamiento de la realidad cinematográfica contemporánea, que sepan realizar, con la nobleza de medios que exige toda obra perdurable, los conceptos estéticos dotados de modular universalidad, distintivos de nuestra personalidad, reveladores de nuestros propósitos. Lo importante es que los valores propios de nuestra raza y de nuestra civilización y cultura hallen un modo de fijarse en la conciencia universal mediante el cinematógrafo oral. La capacidad científica y artística y la organización industrial de quienes están empeñados en la transformación del cinematógrafo mudo en hablado, crearán una nueva y poderosa arma de penetración pacífica de unos pueblos sobre otros, de unas culturas frente a otras. Se nos ocurre pensar si los pueblos de habla española

no consideran llegado el momento de intervenir decididamente en esta nueva disputa o batalla de las lenguas, haciendo el ademán revelador de su presencia y participación en los trabajos y preocupaciones de la civilización moderna y también en los beneficios de las grandes industrias erigidas en torno al cinematógrafo.

Los Estados Unidos, Rusia y Alemania nos ofrecen hoy un ejemplo magnífico de su actividad en el perfeccionamiento del cinematógrafo y en su empleo como elemento de enseñanza, de ilustración. Mr. Jules Klein, subsecretario de Comercio de la Unión, afirmó en un discurso pronunciado recientemente en la Universidad de Yale sobre relaciones internacionales, "que uno de los grandes factores de extensión del comercio norteamericano en la América de habla española es el cinematógrafo, que tiene efectos psicológicos e inspira el deseo de adquirir productos de los Estados Unidos". Toda la prensa de la gran república

del Norte dedica preferente atención a los asuntos relacionados con la producción y difusión de sus películas. Los Estados Unidos fabrica la inmensa mayoría de las cintas y tiene cabal juicio formado sobre la importancia de este comercio. Sería, por otra parte, pueril negar a sus industriales, no ya capacidad técnica y financiera — de las cuales hacen derroche —, sino sentido de la oportunidad para realizar sus ideas. Saben perfectamente en qué momento una empresa es factible y cuándo nuevas circunstancias — el cinematógrafo parlante, por ejemplo — imponen nuevas orientaciones, tanto en la faz económica como en la artística y política de sus especulaciones. No debe, pues, causarnos asombro que para la fecunda actividad de ese pueblo vengán a ser gran parte de los países del orbe — y principalmente los de habla española — excelentes mercados de absorción, sin asomos de temores de que antes de muchos años puedan conver-

sus dudas al ser víctima de una demostración personal, que Valentino estaba siempre dispuesto a hacer. Muchos actores burlones de Hollywood salieron con un ojo marcado y convencidos de que Valentino no era un afeminado.

La cultura física era una especie de religión para Rudy. Contrató a un entrenador particular, tan pronto como tuvo el dinero suficiente para pagarle el sueldo, y practicaba ejercicios diariamente con él. Era tan espadachín como un mosquetero, a caballo parecía un centauro, se mostraba excelente nadador, y podía luchar y boxear con los mejores atletas. Tenía todas las condiciones físicas necesarias para ser boxeador; su "uppercut" era poderoso, y su juego de pies tan veloz como el del propio Jack Dempsey. Pero, a pesar de su gran afición al boxeo, un serio defecto de la vista le impedía practicarlo como profesional.

Un ataque de malaria que sufrió en su niñez había afectado la visión de uno de sus ojos, con el cual podía distinguir los colores, pero no los objetos colocados a alguna distancia. Aunque no se le notaba a simple vista, el defecto le impidió incorporarse al ejército.

En el año 1914, cuando no llevaba todavía un año en los Estados Unidos, hizo todo lo posible para incorporarse a su clase militar, llamada a banderas en Italia. Más tarde, en California, trató de unirse al cuerpo de aviación británico, y realizó algunos vuelos de ensayo con un aeroplano. Pero no fue aceptado, a causa del defecto de su vista, cosa que le afligió mucho, porque la guerra, cuyos incidentes seguía él desde una gran distancia, le parecía llena de aventuras románticas.

Pero volvamos a nuestra historia.

Con la llegada de Rudy y Gerry a la residencia de Foxlair, las circunstancias cambiaron por completo; todas las penas se trocaron en alegrías. El lugar era ideal para pasar una temporada de vacaciones. La pesca abundaba en la laguna, y podíamos practicar el golf en los links particulares de la finca. Organizamos también grandes partidas de caza, pues en las montañas había venados, y la caza menor era abundantísima en los bosques. Pasábamos casi todas las tardes nadando, aunque el agua estaba bastante fría, y mi madre se sentía contenta de oírme reír otra vez.

Con nuestro entusiasmo juvenil, imaginábamos que todas nuestras penas habían concluido. Pero estábamos equivocados. Aquello era sólo un intervalo. Muy pronto surgirían dificultades mucho mayores.

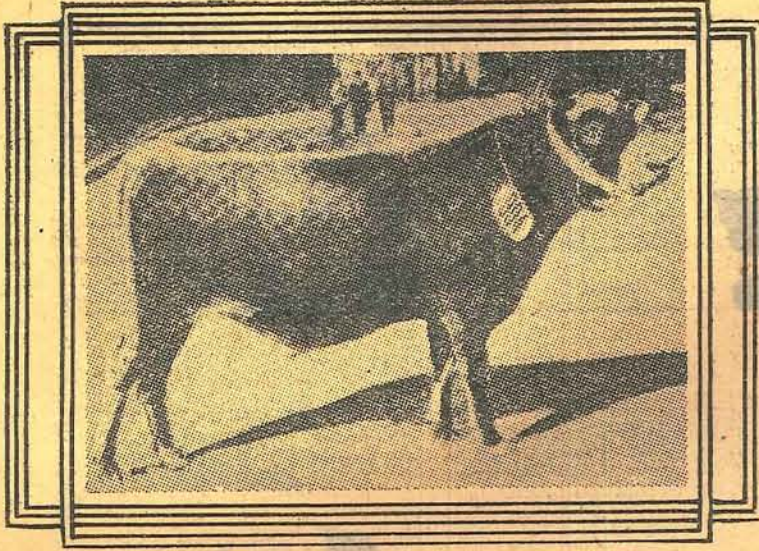
(Continuará)

EL CINEMATOGRAFO
ORAL Y LA BATALLA
DE LAS LENGUAS

(Continuación de la pág. 35)

nio del hombre ha creado en beneficio de la comunidad de todos los pueblos civilizados y en apoyo del sentido de la universalidad ("unus versus alius"), uno hacia otro, no contra otro), característica profundamente cultural de todo movimiento o acción que tienda al conocimiento de los hombres entre sí. Y no cabe duda que el cinematógrafo oral llegará a ser, como agente pedagógico, de una eficacia sorprendente.

Esta nueva aportación a la cultura del mundo señalará históricamente el principio de una etapa de actuación social y política en la que es ineludible la función del idioma español y del pensamiento de los hombres de nuestra estirpe. Será menester que uno y otro se hagan sentir con toda justeza



N crónicas anteriores, al referirnos a las razas productoras de leche, tuvimos oportunidad de mencionar a la Holandesa de Argentina, por considerarla como una de las de mayor rendimiento y por ser también la que más se ha difundido en nuestro país. Hoy nos ocuparemos de las razas anunciadas, por ser la primera de ellas la de mayor producción de gordura en su término medio, estimando que la segunda, además de tratarse de un tipo especializado para el ordeño, es la que más se aproxima por su facilidad para el engorde a conciliar esas dos tendencias.

La raza Jersey, de origen antiquísimo, es conocida también con el nombre de raza de las Islas de la Mancha; según algunos zootécnicos, se debe a la resultante del cruzamiento entre las normandas y las bretonas; otros hacen remontar su origen al siglo XII, habiendo sido introducidas durante el reinado de Juan Sin Tierra.

Se trata de una raza inconfundible; no tiene semejanza con ninguna de las otras especializadas como lecheras, pues si bien es cierto que como las demás, presenta ese aspecto desgarrado de todos los tipos de ordeño, su diminuta talla y pelaje son originales en ella. Todos sus representantes, sin excepción, son de cabeza fina, algo alargada, de cuernos pequeños; su pecho, aunque relativamente ancho en concordancia con su pequeña corpulencia, a primera vista parece más angosto de lo que en realidad lo es, debido a la anchura de su partes posteriores.

Su baja caída de cola, es precedida por un lomo recto; el color de su pelo, abarca a toda la raza; es lo que podríamos llamar el resultado de una mezcla de gateado, lobuno y bayo. Es ésta, por excelencia, la raza productora de mayor porcentaje de gordura, y es así como entre todas las razas lecheras, se llega, según sea ella, a necesitar cuarenta litros de leche para conseguir uno de manteca, con la Jersey, esta cantidad se adquiere con menos de veinte litros.

Desde hace más de treinta y

Falucho, campeón macho de la raza Jersey, expuesto por don Benito Villanueva

cinco años, fué prohibida la introducción de otros reproductores en la zona de su origen, y debido a ello y a la inteligente selección efectuada por sus cabañeros, se consiguió obtener esta raza, la que, como hemos dicho, se distingue en el mundo por su extraordinaria producción de manteca, cualidad ésta que hace que en todo momento se encuentre en el estado de flacura que le es peculiar.

El período de lactancia de esta raza puede calcularse en diez meses por año, durante el cual y estableciendo un porcentaje medio en un tambo homogéneo, puede obtenerse un promedio de doce litros diarios, o sea 3600 litros al año. Su parición es regular y fácil, siendo además de una mansedumbre poco común.

Para dar una idea de la gran cantidad de gordura que contiene por litro la leche de las vacas Jersey, pasaremos por alto lo que en teoría nos enseña la zootecnia, y ya en el terreno de lo práctico ha de resultar interesante consignar la siguiente anécdota: hace diez años o más se instaló en la estación Los Cardales, del F. C. C. A., un tambo compuesto de vacas de esta raza. En un principio, sin fabricar manteca, se reducía a remitir la leche a uno de los tantos repartidores que circulan por la Capital.

Ocurrió que un día, el tren que debía conducir el producto, llegó con tal atraso que el lechero no tuvo tiempo de "preparar" su mercadería (léase, de adicionarle agua), viéndose en la necesidad de repartirla a sus clientes en las mismas condiciones en que la había recibido. Esta honestidad obligada le valió la queja de toda su clientela, pues al decir de ellos, parecía que la hubiera mezclado con almidón o alguna materia grasa; tal era su gordura.

Este caso, además de demostrar la cantidad de grasa butírométrica que contiene la leche de las Jersey, pone en evidencia el absoluto desconocimiento

Bolívar H. B. A., primer premio de la raza Flamenca en la Exposición Rural de Palermo

to de los consumidores a este respecto, los que, acostumbrados a ingerir un producto manipulado, les sorprende y lo consideran nocivo cuando en un caso fortuito como el señalado llega a sus manos en las condiciones en que precisamente debiera llegar a diario.

A pesar de las bondades de esta raza lechera por excelencia y de ser una de las más indicadas para su adopción en los establecimientos próximos a grandes centros de población donde su explotación debe realizarse en forma intensa, su difusión no está en relación con sus positivas bondades.

Sólo podemos contar como criadores de esta raza que presentan sus ejemplares anualmente en la Exposición Nacional de Ganadería que se lleva a efecto en Palermo, a la Cabaña "Tuyú", de Da. Hortensia Aguirre de Leloir y de D. Guillermo Udaondo, y "Los Arenales", de D. Benito Villanueva.

Otra de las razas de gran producción láctea es la Flamenca: la francesa y la belga; esta última se la encuentra en la Flandes occidental, es de las más precoces en su desarrollo y una de las más indicadas también para obtener lo que en las razas lecheras especializadas es tan difícil: carne y leche a la vez. El color de su pelo es colorado, el que va oscureciéndose dentro del mismo

LAS RAZAS JERSEY Y FLAMENCA Por JOSE LUIS DOMINGUEZ

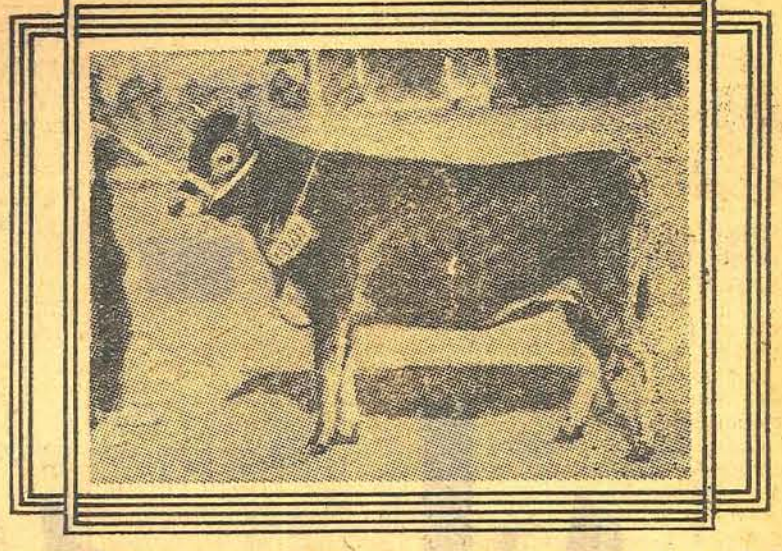
tono en las partes anteriores, llegando en algunas de las subrazas a presentar un hocico negrozco y negros su lengua y paladar.

La flamenca belga se compone de tres subrazas: la Marvillesa, la Cassel y la Veurne-Ambacht; todas ellas son buenas lecheras y de fácil engorde, aunque la Cassel sea, sin que ello signifique gran diferencia, mayor productora de leche que las otras dos. El período de lactancia media es de diez meses por año, durante el cual alcanzan a producir alrededor de tres mil litros de leche, y si se las somete a una sobrealimentación adecuada esta cantidad puede elevarse hasta 3800 litros. La producción de manteca puede calcularse en un kilogramo por cada 28 ó 30 litros de leche.

La flamenca francesa es tan buena productora como la belga; se las ve pastar desde los alrededores de París hasta el Paso de Calais, encontrándose en mayor cantidad en las regiones de Bailleut y Bergues. También como la belga, son de fácil engorde y de gran fecundidad, sin que por ello se reduzca el período de lactación; el color de su pelo cambia de colorado claro a colorado oscuro y es común encontrar ejemplares con manchas blancas en la cabeza, en las patas, en la panza y también en las ubres.

Aunque de una talla más reducida que la Durham, se asegura que esta raza ha intervenido en su mejoramiento y seguramente es a ello que se debe su facilidad para el engorde. Su talla media es de un metro cuarenta y su peso vivo alcanza a media tonelada; un novillo de tres años, gordo, puede dar hasta ochocientos kilogramos con 62 por ciento de carne neta y noventa kilogramos de grasa.

La producción media oscila entre 3500 y 3800 litros de le-



Orange Blossom, campeón hembra de la raza Jersey. Expositores: Hortensia Aguirre de Leloir y Guillermo Udaondo

che por año, con 4,22 de manteca y 3,15 de caseína por ciento. Es particular que en esta raza exista una diferencia tan marcada entre el toro y la vaca; a este respecto refiere Buxareo Oribe que: "El toro flamenca difiere mucho por su conformación exterior con la vaca; el toro joven es de pelaje rojo más o menos subido, que con la edad de diez meses a dos años se oscurece más.

La conformación del toro — agrega — es la siguiente: cabeza bastante grande; frente ancha con o sin manchas blancas; cuernos cortos, blancos en la base y negros en la punta, separándose de la cabeza en línea casi recta. Las orejas pequeñas, los ojos negros y dulces, el hocico negro y angosto. La cruz y los músculos del lomo son bien llenos; el pecho amplio, algunas veces apretado en las costillas, y el vientre de regular tamaño."

Muy pocos son los cabañeros que en nuestro país se dedican a la crianza de la raza flamenca, tan pocos, que en las últimas exposiciones efectuadas en la Sociedad Rural Argentina, sólo han hecho acto de presencia los reproductores remitidos por la cabaña "El Placer", de D. Angel Velaz.

Para demostrar este cabañero la bondad de sus flamencas, sometió a ocho vacas de esta raza a un contralor de producción, fiscalizado por la Sociedad Rural, con el óptimo resultado que a continuación se detalla:

PROMEDIO DIARIO (Kilos)			
Días	Leche	Grasa	Porcentaje
271 ..	15.402	0.535	3.47
271 ..	15.044	0.546	3.62
263 ..	14.585	0.506	3.46
292 ..	12.565	0.534	4.25
73 ..	22.945	0.836	3.66
68 ..	22.206	0.912	4.15
100 ..	18.160	0.650	3.61
51 ..	20.360	0.852	4.18

Rosette, Flamenca pura de pedigree y excelente productora de leche

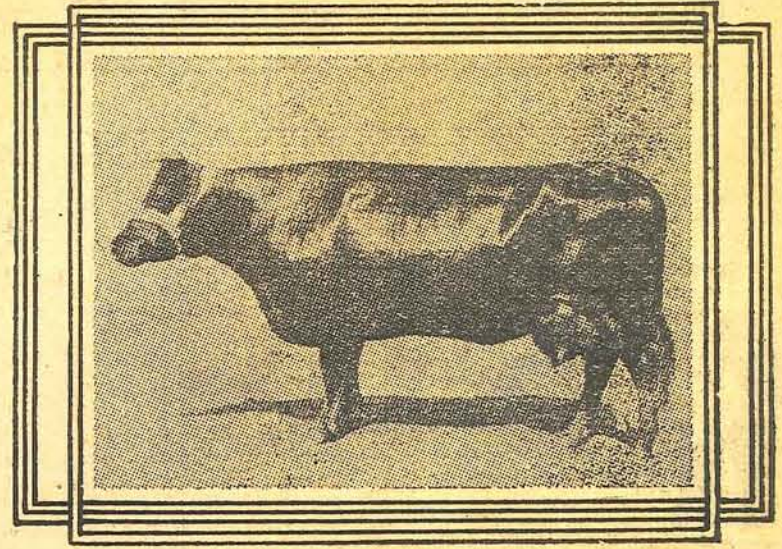
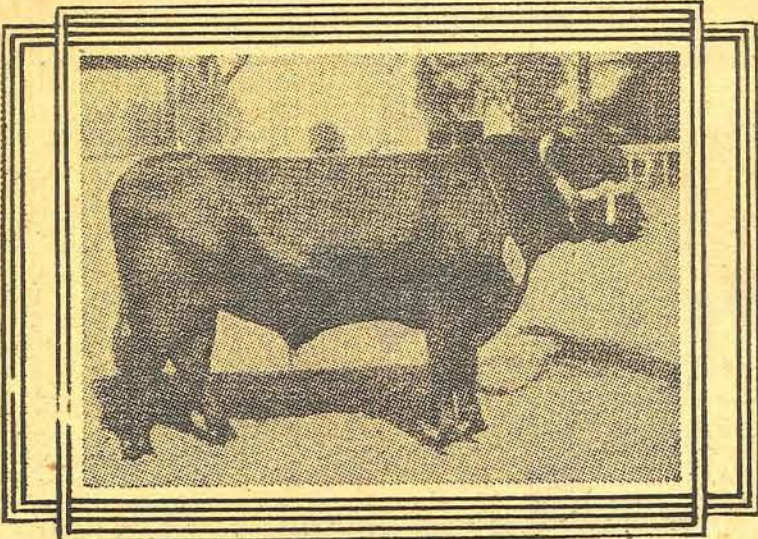
En salvaguardia de la salud pública y a riesgo de incurrir en repeticiones las que, por otra parte, nunca serán demasiadas, no hemos de dejar en lo que a la profilaxis de la leche se refiere. Si como en el caso desde luego raro de la anécdota consignada más arriba, el producto llega puro al consumidor, es malo por cuanto carece de la indispensable pasteurización, al no estar sometido a un lento ascenso de temperatura hasta los 63 grados C., para luego descender repentinamente a 4 grados C.

A esta falta de higienización deben agregarse todas las impurezas con que salen del tambor de su origen, donde además de efectuar un ordeño poco higiénico, debe tenerse en cuenta que aun cuando el animal presente ubres normales, contienen bacterias dentro de los tejidos de las glándulas, de modo que la leche ya sale con un sinnúmero de gérmenes, aun cuando lo hemos dicho, el animal se encuentre en un buen estado de salud.

Hay quien cree que hirviendo la leche se eliminan las materias nocivas; sin embargo, no es así; a este respecto el doctor R. Teodoro Moreno expresa que "la práctica todavía corriente de hervir la leche de consumo no debe recomendarse como un procedimiento a seguirse en el abastecimiento público"

El mismo doctor Moreno agrega, entre otras cosas: "La pasteurización ha significado y significa mucho para la industria lechera. Debido a ella en primer término, todas las industrias que utilizan la leche como materia prima o que de ella se derivan, han adquirido un gran desarrollo y han hecho considerables progresos de todo orden. La leche y sus derivados son conocidos como elementos esenciales de la salud, de la alimentación y del bienestar de la humanidad. La pasteurización "es la mejor garantía" de todos los productos de esta naturaleza, desde el punto de vista de la salud; y además ella reduce considerablemente las pérdidas por descomposición al detener la multiplicación

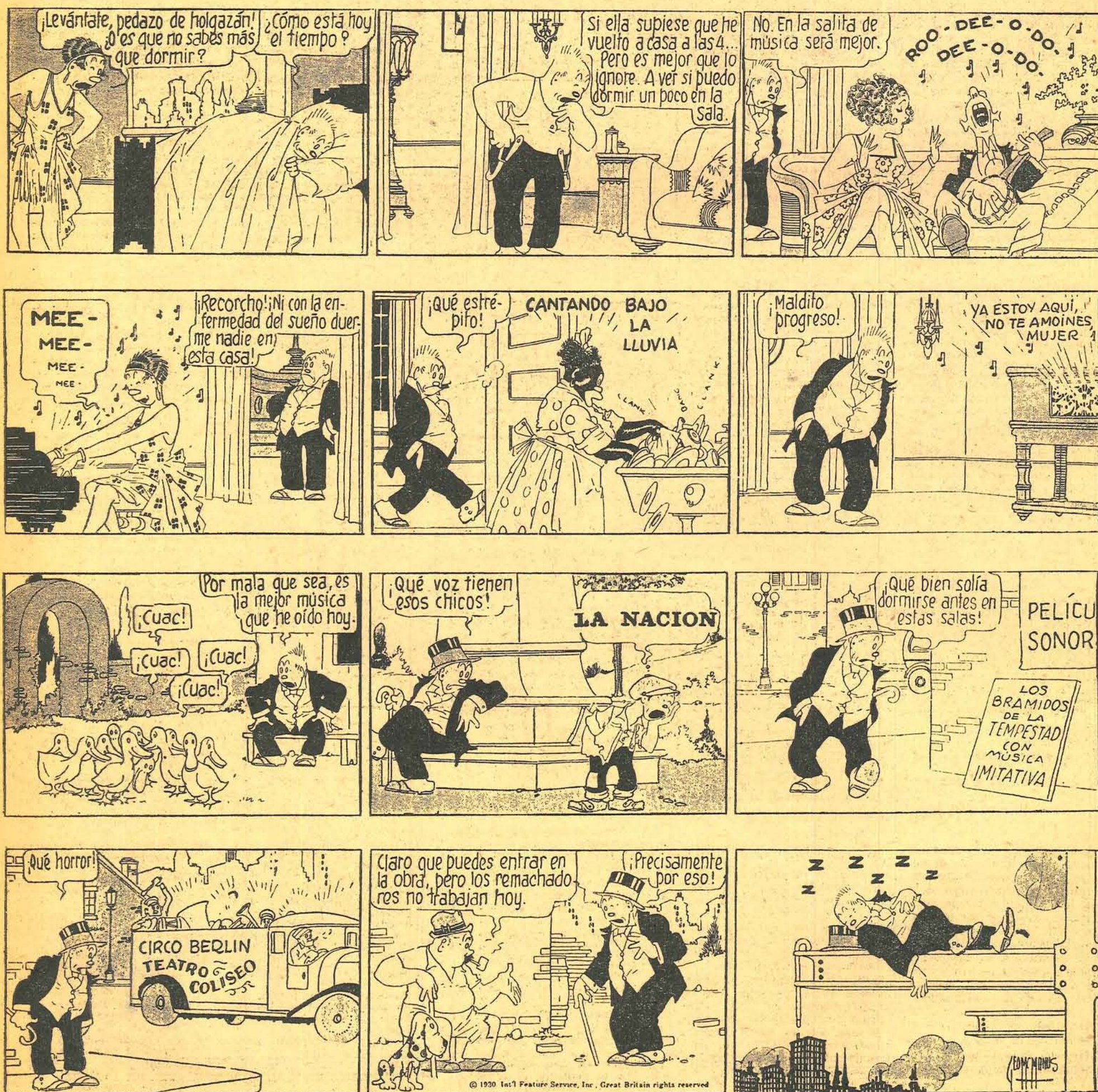
(Continúa en la pág. 41)



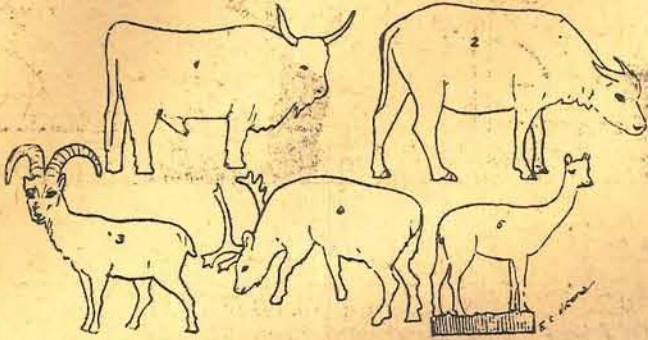


LA CIUDAD DE LOS RUIDOS

Dibujos de GEO McMANUS



COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



Continuamos con el pequeño jardín zoológico. Haremos hoy, siguiendo el procedimiento ya explicado en números anteriores, los siguientes animales: 1: vacuno Highlander de Escocia. 2: búfalo del Congo. 3: muflón. 4: ciervo. 5: vicuña.

ARIADNA

UNA suave brisa del Oeste empujaba al barco ateniense hacia el puerto, en la isla de Creta. La embarcación conducía corazones doloridos, pues todos los jóvenes y doncellas que llevaba a su bordo iban a ser sacrificados al temible Minotauro, monstruo feroz, mitad hombre y mitad toro. Al acercarse al puerto fueron recibidos por los súbditos del rey Minos, que habían venido a saludarles, y los desgraciados jóvenes se pusieron a llorar, pensando que bien pronto no verían más la luz del sol.

Entre la muchedumbre se encontraba Ariadna, la hija del Rey, a quien llamó la atención una de las futuras víctimas, joven de extraordinaria hermosura que caminaba con la cabeza levantada como si no temiera la suerte que le aguardaba. Ariadna lo hizo notar a su padre, quien hizo señas al joven para que se acercara.

—¿Cómo te llamas? — preguntó el Rey.

El joven desconocido respondió:

—Soy Teseo, hijo del rey Egeo y formo parte de los jóvenes enviados para ser sacrificados al Minotauro, pero estoy resuelto a no abandonar esta vida mientras tenga fuerzas para luchar. Haré todo lo posible para exterminar a este espantoso monstruo. Os ruego, pues, que me enviéis primero que todos, pues si logro triunfar, mis compañeros volverán a su patria sanos y salvos.

—Sea — respondió el rey de Creta —. Serás el primero en afrontar al monstruo, pero he de advertirte que es inútil tener la más remota esperanza de vencer, pues las llamas que salen de su boca queman a todo el que se le acerca.

—El hombre debe hacer lo que puede — replicó Teseo — corresponde a los dioses dar la victoria al que ellos estimen más justo.

Ariadna quedó traspasada de dolor, pensando que un joven tan valiente y tan hermoso sería pronto víctima del terrible Minotauro.

Yo no puedo matar al monstruo — se dijo la joven — pero guiaré a Teseo hasta su cueva para que lo sorprenda mientras duerme.

El Rey había resuelto que Teseo entrara al día siguiente en el laberinto de Creta,

donde se encontraba el monstruo. Este se escondía en una sombría caverna situada en el lugar donde se encontraban la infinidad de caminos del laberinto. Esa misma noche, Ariadna llamó a Teseo y le habló en secreto, dándole un ovillo de hilo que debía atar a la puerta de entrada y devanar, poco a poco, a medida que se internara en el laberinto, a fin de poder salir fácilmente de él una vez muerto el Minotauro. A media noche, la joven condujo a su amigo por una puerta secreta, asegurándole que no debía temer nada, pues gracias a ella, atacaría al monstruo durante su sueño. Teseo obedeció, penetrando valientemente.

Al día siguiente los habitantes de la isla encontraron al Minotauro extendido, sin vida. Hubo grandes fiestas para celebrar el feliz acontecimiento y la proeza de Teseo.

El hijo de Egeo con todos sus compañeros volvieron alegremente al barco que debía conducirlos a su lejana patria, cuando en el momento de partir, el joven vio a Ariadna que lloraba, tendida sobre la arena.

—¿Por qué lloras de este modo, hermosa Ariadna? — preguntó Teseo, estrechándola en sus brazos —. Me has salvado la vida. ¿Crees tú que podría vivir en adelante sin ti? ¿Quieres seguirme? Te conduciré a casa de mi padre, el rey Egeo, en el hermoso país que él gobierna. Sígueme a fin de que mi pueblo pueda ver a la que me salvó la vida, lo mismo que la de todos mis compañeros, condenados a ser víctimas del terrible Minotauro.

Ariadna aceptó alegremente la proposición. Amaba apasionadamente a Teseo y no pensó ni un instante en que él podía no quererla del mismo modo. No lloró al alejarse de su patria, tan grande era la confianza que tenía en el cariño de su esposo, y durante toda la travesía, los dos jóvenes no dejaron de expresarse su amor.

Al pasar por la isla de Naxos se detuvieron, y como Ariadna se sentía algo fatigada rogó a Teseo que descansaran allí una buena hora.

La joven se durmió profundamente y sólo despertó al día siguiente, viendo con asombro que se encontraba sola. El barco había desaparecido y no encontró a Teseo, ni a ninguno de sus compañeros de viaje.

Desesperada, Ariadna buscó



LECTURAS INFANTILES

por toda la isla, pero no vio a nadie.

—¿Teseo! ¿Teseo! ¿Por qué me has abandonado tan cruelmente! — gritaba la desgraciada niña; pero sólo el eco le respondía.

—¿Teseo! — gritó por segunda vez, con voz entrecortada por los sollozos. ¿Es así como me recompensas por lo que he hecho por ti? ¿Te he salvado la vida y luego creí en tus palabras de amor! ¿Cuál no sería la desesperación de mi padre, si supiera que me has abandonado de una manera tan cruel!

Durante largo rato caminó por entre las rocas, buscando a su amor, hasta que extenuada de cansancio, se dejó caer en la arena de la playa.

De repente vio a su lado un joven de belleza sobrenatural, que la miraba tiernamente. El joven se inclinó hacia ella y acercó a sus labios una copa de oro que tenía en la mano, diciendo:

—Bebe un poco de este vino, hermosa desconocida. El te reconfortará.

Ariadna obedeció y cuando hubo bebido se sintió mucho mejor.

—¿Quién eres? — preguntó al extranjero que le sonreía amablemente.

—Soy Baco — respondió —. Recorro la tierra entera, cantando alegremente. He visto cómo socorrias a Teseo cuando entró en el laberinto para matar al Minotauro. He oído las dulces pero falsas promesas que él te hiciera, para convencerte de que debías seguirle hasta Atenas. Esta mañana lo

he visto despertar a sus compañeros cuando aun brillaban las estrellas en el cielo, y lo he visto embarcarse para el país de Egeo. Sin embargo, no he tratado de retenerlo, pues deseo que vivas siempre conmigo y seas mi mujer. Teseo no merece tu amor, ni tu belleza. Serás la esposa de Baco, dios del vino, y como regalo de bodas te daré una corona de oro, admirablemente hermosa, obra de Vulcano. Pasarás tu vida entre fiestas, y cuando llegue la hora de tu muerte te trasladaré conmigo a la morada de los dioses inmortales, y en las noches hermosas, los habitantes de la Tierra verán centellar en el cielo la corona de oro de Ariadna. No llores, Ariadna, tu amor por Teseo ha durado sólo un día, pero yo te amaré durante muchísimo tiempo.

Ariadna se consoló y al lado de su nuevo marido pronto olvidó al perverso Teseo. De todos cuantos rodeaban al alegre dios del vino, nadie era tan alegre ni tan hermosa como Ariadna, hija del rey Minos.

PENSAMIENTO

ES mejor no hablar aunque lo crean un tonto y no hacerlo y que queden convencidos de ello.

LA MEJOR DIRECCION

EL agente al niño perdido: —¿Cómo te llamas?

El niño muerto de miedo: —Nooooo loooo sé.

El agente: —¿Dónde vives, entonces?

—¿Noo loo sé!

—¿Dónde compras los chocolates?

—¿En el almacén de don Juan!

—¿Una dirección que nunca falla!

CURIOSA HISTORIA DE DOS AMIGOS

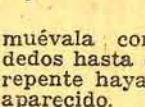
QUIEN puede decir lo que nos espera en la vida? La historia de dos niños que se reunían para jugar, nos da una prueba de ello.

A la muerte de su padre, uno de ellos se encontró, siendo aún

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR



Esta prueba se ejecuta sobre una mesa. Muestre una moneda y



CAE LA MONEDA

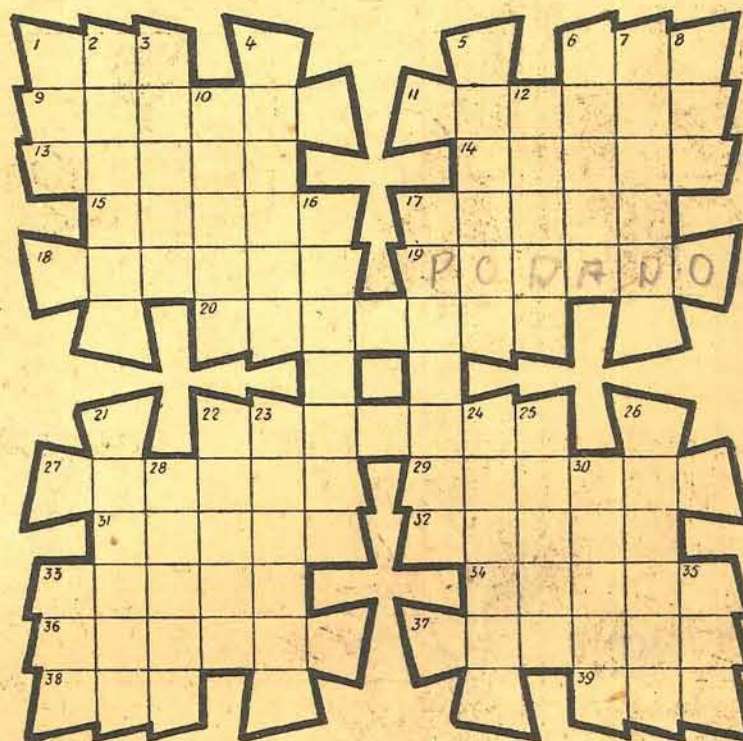
giendo siempre tenerla debajo de los dedos, llevarla hasta cerca del borde de la mesa, desde donde caerá a sus faldas.

El secreto consiste en empujar la moneda hasta la palma de la mano, y fin-

muy niño, en la necesidad de ganar la vida de cuatro hermanos más pequeños, y de su madre. El niño, pues no era otra cosa, trabajó en las minas de Inglaterra y nunca faltó el pan en su casa, hasta que un día se sintió enfermo. Durante un tiempo siguió trabajando, pero llegó el día en que se vio en la necesidad de consultar a un médico. Este le dijo que ningún remedio le haría absolutamente nada, y que lo que necesitaba era abandonar esa clase de trabajo, pues de otra manera sólo tendría para dos años de vida. ¿Qué hacer? Era muy difícil encontrar otro trabajo, y su familia no podía morir de hambre. El heroico niño ocultó su malestar, cada vez más grave, y siguió trabajando, pensando que dentro de dos años su hermano segundo estaría ya en edad de reemplazarlo.

Desgraciadamente, el pronóstico del médico se cumplió al pie de la letra, y el pobre niño murió a los dos años, después de haberse agravado durante una semana, siendo reemplazado en las minas por su hermano.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



36. Quitaré o hurtaré con engaño.
37. Aves muy semejantes al cuervo.
38. Altar en que se ofrecen sacrificios.
39. Nombre de mujer.

Verticales

1. Nombre de un signo aritmético.
2. Cualquier discípulo, respecto de su maestro, de la escuela, clase, colegio o universidad donde estudia.
3. Chupas suavemente el jugo de una cosa.
4. Reduje a términos breves y concisos lo esencial de un asunto.
5. Tabla gruesa.
6. Emite voces tristes y prolongadas el perro.
7. Tratamiento que se da en Inglaterra a las señoras de la nobleza.
8. Ya.
10. Viento abrasador que suele soplar en los desiertos de África y de Arabia.
12. Con voz baja o que apenas se oye.
16. Acabe.
17. Que adolece de impasibilidad del ánimo, dejadez, indolencia, falta de vigor o energía.
21. División de la bóveda celeste en doce partes iguales o casas por medio de meridianos.
22. Hará servir una cosa para algo.
23. Indio libre que en América se empleaba en el servicio doméstico.
24. Parte superior del morrión, que se solía adornar con plumas.
25. Orilla de la calle, destinada al tránsito de la gente que va a pie.
26. Comarca de España, que comprende las provincias de Teruel, Zaragoza y Huesca.
28. Doctor de la ley mahometana, entre los turcos.
30. Molesta, desazona, causa enfado.
33. En sentido figurado, quita o impide el movimiento o la acción.
35. Jugo que fluye de diversas plantas umbelíferas.

EL PAIS DEL REPOSO

(Continuación de la pág. 8)

fué olvidada, ni uno solo de los billetes quedó en poder de las "honradas".

Brevísimos me parecieron mis días de estadía en M'zab, de cuyo país me despedí en Guereira, puesto avanzado suyo en la ruta a Tuggout. Desde aquí, punto de enlace de las caravanas, donde hasta el velado tuareg se aventura de vez en cuando para unirse a la suya, seguí a Biskra a reincorporarme, a mi vez, a la "civilización"; pero no quería tornar a "civilizarme". Mi corazón y mi imaginación aferrábanse obstinadamente al oasis bañado de sol y a la Edad de Oro del País de los Sheikhs Cuáqueros, allí donde el Tiempo se detiene.

LAS RAZAS JERSEY Y FLAMENCA

(Continuación de la pág. 39)

ción bacteriana, que es la causa principal de aquéllas".

Más adelante manifiesta que "Los gérmenes de la difteria, escarlatina, anginas de origen estroptocócico y fiebre tifoidea, sucumben con facilidad. El bacilo de la tuberculosis es más resistente que aquéllos, pero una pasteurización conveniente es suficiente para destruirlo. Precisamente, para fijar el tiempo y la temperatura necesarios en la operación de la pasteurización, se ha tenido principalmente en vista las condiciones en que tiene lugar la destrucción completa de este bacilo y todavía sobre éstas, se ha dejado un amplio margen de seguridad".

REFERENCIAS

Horizontales

1. Contrariamente a lo que es debido.
6. Cabeza o señor de la casa o familia.
9. Pongan una cosa igual, sin asperezas ni tropiezos.
11. Santón mahometano que vive de limosna y practica actos de singular austeridad.
13. Pasáis de un sitio o lugar a otro superior o más alto.
14. Gritería o ruido que hacen una o más personas.
15. Especie de elefante fósil.
17. Pone fatuo, simple y como pasmado.
18. Costoso.
19. Aplícase al árbol al que se le han cortado las ramas superfluas para que fructifique con más vigor.
20. En el budismo, bienaventuranza obtenida por la ab-

sorción e incorporación del individuo en la esencia divina.

22. Hace de muchas cosas una o un todo, uniéndolas, mezclándolas o reduciéndolas a una misma especie.
27. Alisan el pelo, especialmente pasando por él la mano o el peine mojado.
29. Unidad de medida usada generalmente en tipografía para la justificación de líneas, páginas, etc. Tiene 12 puntos y equivale a poco más de cuatro milímetros y medio.
31. Rama de árbol combada hacia la tierra.
32. Aplícase a la persona o cosa que tiene el don de recrear o deleitar apaciblemente.
33. Producto siderúrgico, combinación de hierro con carbono.
34. Distribuye, reparte bienes o caudales.

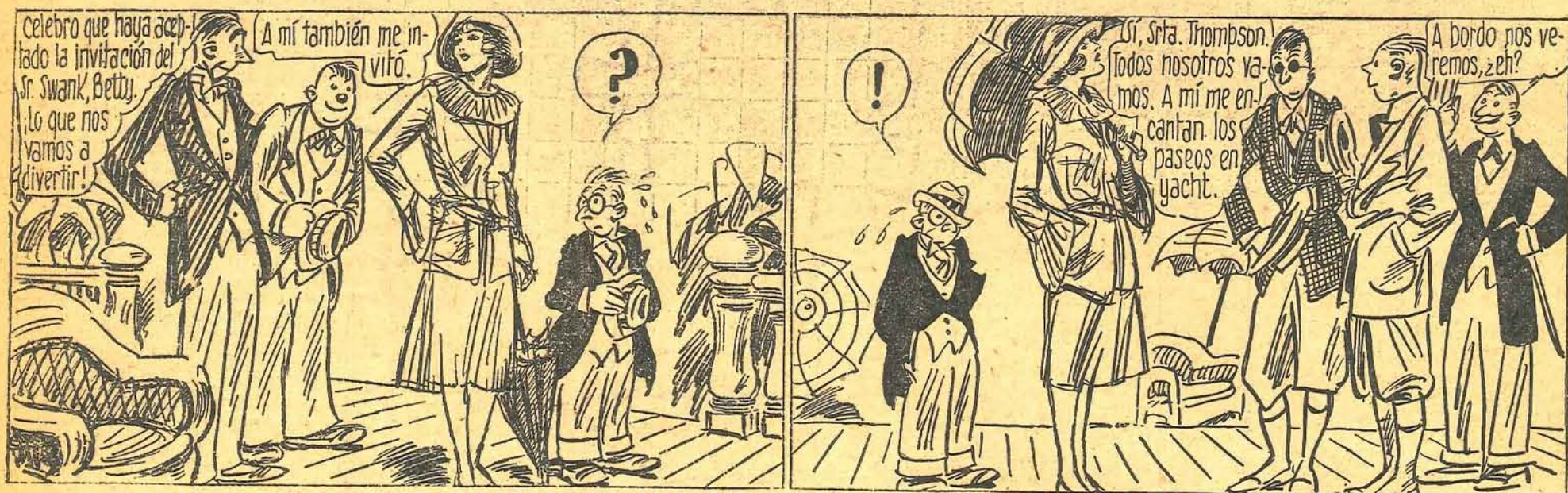
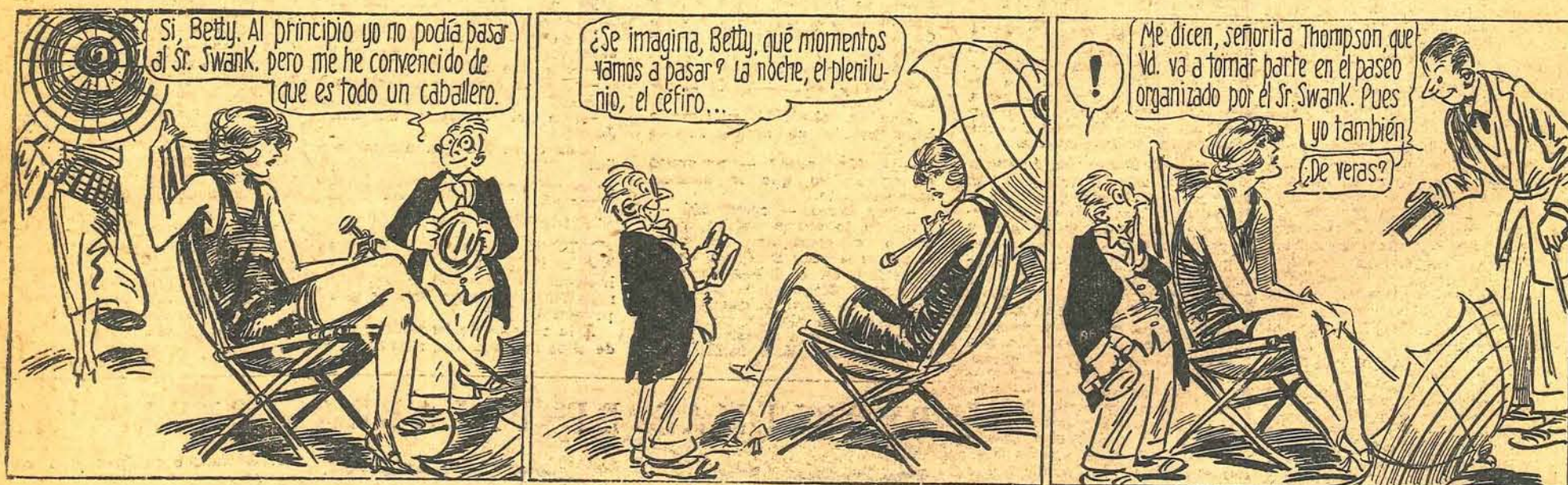
BETTY

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

por C.A.Voight

PALABRAS DECISIVAS

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).





Por el buen camino

En todo el mundo se abandona cada vez más la mala costumbre de tomar café después de las comidas. La experiencia demuestra que nuestros antepasados tenían razón cuando terminaban sus comidas con una infusión de plantas y flores aromáticas, grand entonadoras del estómago.

En la casa donde entra el Te del Hogar desaparecen el te y el café comunes — tan perjudiciales — con gran satisfacción de todos y con ventaja para la salud de todos. Se prepara como el te común. Una cucharadita para cada taza.

Muchas Personas Nos Preguntan

¿Qué es el Te del Hogar?

El Te del Hogar es la bebida racional e higiénica que todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, deben tomar a diario, después de cada comida, en lugar del café y te común, tan perjudiciales.

En cada taza de Te del Hogar se funden y armonizan las virtudes del azahar de Andalucía,

de la menta de Piamonte, de la naranja de Valencia, del tilo y de la melisa francesa y del anís de Castilla.

El Te del Hogar es una feliz combinación de plantas y flores aromáticas tradicionalmente consagradas para asegurar digestiones felices y, como natural consecuencia, nervios tranquilos.

Mejor que el café y te común, mucho más rico y más barato.

Dep. Gral. para la Rep. Argentina Sgo. del Estero 1972 - Bs. Aires

SE VENDE EN TODOS LOS ALMACENES Y DESPENSAS

Te del Hogar

LA BEBIDA IDEAL PARA DESPUES DE LAS COMIDAS



Ahora, como antes...

—¿.....?
 —Todas me preguntan lo mismo, y lo único que uso, desde hace 25 años, es el

Polvo **LE SANCY**

Según las circunstancias es el tono: para la mañana el color natural, para la tarde el rachel, para las fiestas el ocre y cuando me siento un poco pálida, uso el rosado.

—Con razón he oído comentar tan favorablemente la Caja LE SANCY Tricolor.

Caja Grande \$ 1.90

Caja Media \$ 0.70

En cajas : Piel Natural, Ocre,
 Morocho, Rosado,
 Rachel, Tricolor.

Perfumeria
Dubarry

FUNDADA EN 1903